

Los momentos y sus hombres

Textos seleccionados
y presentados
por Yves Winkin

Erving Goffman



Erving Goffman

**Los momentos
y sus hombres**

Textos seleccionados
y presentados
por Yves Winkin


**ediciones
PAIDÓS**
Barcelona
Buenos Aires
México

Título original: *Les moments et leurs hommes*
Publicado en francés por Les Editions du Seuil, París

Traducción de Eloy Fuente Herrero (todo excepto texto 6)
Luis Botella (texto 6)

Cubierta de Mario Eskenazi y Pablo Martín

cultura Libre

1.ª edición, 1991

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

- © 1988 by Editions du Seuil, París, para el prólogo, la presentación general y la recopilación
- © 1983 by American Sociological Association, para *El orden de la interacción* (texto 6)
- © 1964 by American Anthropological Association, para *El olvido de la situación* (texto 4)
Al comienzo de cada texto de Erving Goffman (a pie de página) figura el copyright de la edición original.
- © de todas las ediciones en castellano, Ediciones Paidós Ibérica, S. A., Mariano Cubí, 92 - 08021 Barcelona y Editorial Paidós, SAICF, Defensa, 599 - Buenos Aires.

ISBN: 84-7509-708-1

Depósito legal: B - 13.165/1991

Impreso en Hurope, S. A.,
Recaredo, 2 - 08005 Barcelona

Impreso en España - Printed in Spain

Sumario

Prólogo	9
Presentación general: Erving Goffman: retrato del sociólogo joven	11
Textos	
1. El orden social y la interacción (1953)	91
2. Los recursos seguros (1953)	99
3. La persuasión interpersonal (extractos, 1957)	107
4. El olvido de la situación (1964)	129
5. La ritualización de la femineidad (1976)	135
6. El orden de la interacción (1982)	169
Yves Winkin: Entrevista con Erving Goffman (1980)	207
Bibliografía	215
Índice de nombres	223
Índice analítico	230

Prólogo

¿De dónde sale esta obra, algo extraña, aparentemente sencilla, atractiva por su sentido de lo cotidiano y, a la vez, chocante por su sentido de la elipsis teórica? La presente introducción se propone contestar a esta pregunta: no en la forma de una interpretación de los textos, sino de una biografía intelectual..., que se detiene cuando en Estados Unidos aparece la primera obra de Goffman. Nos hemos aventurado a concentrarnos en la génesis de la obra y quedarnos ahí. Ordenadas todas las condiciones, puede retirarse el biógrafo: el sistema produce sus efectos con autonomía. Esta empresa se basa en la tesis de que reconstruir las «fuerzas formadoras de hábitos» de un autor es esencial para la comprensión de su obra. Una vez captadas estas fuerzas, lo demás se deduce naturalmente.

El resto son los libros ya publicados, pero también un conjunto de textos que reunimos en la segunda parte de este volumen, y que son otros tantos jalones de una obra abundante. Leyendo estos seis textos, a los que sigue una entrevista con Goffman, se obtendrá una idea general de su producción.

Esta biografía narra los años de 1922 a 1959 de Erving Goffman: su juventud en Canadá, sus estudios en la Universidad de Chi-

cago y su primer trabajo de investigación sobre el terreno en las islas Shetland. Los datos se deben principalmente a conversaciones celebradas, de 1980 a 1987, con colegas, amigos y alumnos suyos. No entrevistamos a la familia, para respetar el deseo de Gillian Sankoff, viuda y albacea de Erving Goffman.

La investigación debe mucho a las instituciones que me permiten trabajar a mi ritmo desde hace casi diez años: el Fondo Nacional Belga de la Investigación Científica y la Universidad de Lieja, así como a las instituciones que me recibieron asiduamente durante el mismo período: la Annenberg School of Communications de la Universidad de Pensilvania, la Universidad de Wisconsin-Parkside, la Universidad de Quebec-Montreal, la Casa de Ciencias del Hombre, la Escuela de Estudios Superiores de Ciencias Sociales, el Centro Nacional de Investigación Científica y el departamento de Sociología de la Universidad de California-Berkeley.

Por muchísimos motivos, he decidido no citar a mis informadores en el cuerpo del texto, con poquísimas excepciones. Pero, evidentemente, están detrás de casi cada frase de esta biografía. Gracias, pues, a Roger Abrahams, Alan Adamson, Howard Becker, Reinhardt Bendix, Bennett Berger, Gerald Berreman, Ray Birdwhistell, Herbert Blumer, Kenneth Bock, Elizabeth Bott, Jacques Brazeau, Tom Burns, Sherry Cavan, Aaron Cicourel, Jim Clark, John Clausen, Randall Collins, William d'Antonio, Regna Darnell, Fred Davis, Lady Elton, John Fought, Renée Fox, Vera Mae Fredericson, Muni Frumhartz, Frank Furstenberg, Todd Gitlin, Henry Glasie, Ward Goodenough, Allan Grimshaw, Larry Gross, John Gumperz, Joseph Gusfield, Arlie Hochschild, Dell Hymes, John Irwin, Jerry Karabel, Edith Kasin, Adam Kendon, Melvin Kohn, William Labov, Charles Lemert, John y Lyn Lofland, David Matza, Hans Mauksch, Dean McCannell, Saul Mendlovitz, Robert Merton, Sheldon Messinger, Dan Rose, Emanuel Schegloff, Philip Selznick, Beth Simkin, Neil Smelser, John Smith, Anselm Strauss, Harold Wlensky, Jacqueline Wiseman, Dennis Wrong y Leo Zakuta.

En fin, me han ayudado muchas personas con su consejo y estímulo. Pienso particularmente en Pierre Bourdieu, Wendy Leeds-Hurwitz, Steve Murray, Monique de Saint-Martin y Rod Watson. Reciban aquí la expresión de mi gratitud.

Por último, quisiera decir cuán paciente, estimulante y exigente, ha sido Jean-Luc Giribone, un verdadero editor, durante todo el proceso de realización del proyecto. A él se deberá que este estudio aparezca antes de celebrarse el centenario de Goffman.

Presentación general

ERVING GOFFMAN RETRATO DEL SOCIÓLOGO JOVEN

Habrá que confiar de entrada la hipótesis que va a ordenar los datos recogidos acá y allí durante estos años pasados: la obra de Goffman es una autobiografía; trivial proposición, sin duda, que podemos enunciar sobre cualquier escritor sirviéndonos de principios explicativos tomados del psicoanálisis (desplazamiento, condensación, etc.), o de las ciencias sociales (táctica de reconversión, adecuación entre la disposición y la posición, etc.), proposición menos corriente, sin embargo, tratándose de un sociólogo. Después de todo, apenas se dice que Parsons est  en su obra (y, por lo demás, el término «obra» sólo puede aplicarse a los trabajos de muy pocos sociólogos: Éstos, en su mayoría, se dedican a acumular libros más que a elaborar una unidad armónica, penetrada de una idea general del mundo social). Hablar de autobiografía en cuanto a la obra de Goffman es curioso, de todos modos, porque él no aludió nunca a su vida en sus escritos (exceptuando lo muy concreto de sus experiencias sobre el terreno, que corresponden a su vida profesional: la isla de las Shetland y el hospital Sainte-Elisabeth de Washington). Al contrario que otros sociólogos, sobre todo de Es-

tados Unidos, no recurrió nunca a sus recuerdos juveniles para ilustrar sus argumentos, no practicó nunca la entrevista, el texto de memorias, ni el «diario». Su vida privada parece totalmente opaca e independiente de su obra. No obstante, podemos proponer que Goffman, del mismo modo que Flaubert, «reproduce indefinidamente en su obra la posición que ocupa en la estructura social¹». A esta hipótesis me han llevado dos comentarios:

El primero es el de *La presentación de la persona*, de Luc Boltanski². Después de haber expuesto la herencia intelectual de Goffman, Boltanski sugiere que nos remontemos allende la obra para aprehenderla:

Para comprender la intuición en que se basa la obra de Goffman, y que ordena su particular entendimiento del orden social, según la cual las relaciones entre individuos (del mismo modo que las relaciones entre Estados) son siempre relaciones de fuerza basadas en el simulacro, seguramente tendríamos que poder remontarnos, en la génesis de la obra, allende el instante, relativamente arbitrario, en que ésta se objetiva en lo escrito, y aun allende el tiempo en que, mediante el aprendizaje racional del oficio, su autor adquiere el hábito científico, para llegar a las experiencias sociales anteriores que son constitutivas del hábito de clase. En efecto, el hábito científico no goza nunca de una independencia total del hábito de clase que le preexiste y en el cual se fundamenta, de suerte que la obra científica, como la obra literaria, encierra siempre el rastro de la trayectoria social de su productor.

Pero, ¿cómo llegar a las «experiencias sociales» de Goffman a fin de reconstruir su «hábito de clase³», «constitutivas del hábito de clase» que quedan en sombra? Surge entonces el segundo comentario, el de John M. Cuddihy en *The Ordeal of Civility*⁴. Un

1. P. Bourdieu: «L'invention de la vie d'artiste», *Actes de la recherche en sciences sociales*, núm. 2, marzo 1975, pág. 91.

2. L. Boltanski: «Erving Goffman et le temps du soupçon», *Information sur les sciences sociales*, 12, 3, 1973, págs. 127-147.

3. Empleamos aquí la noción de hábito en el sentido de «sistemas de esquemas generadores de prácticas y de esquemas de percepción de estas prácticas» (P. Bourdieu: *Questions de sociologie*, Éditions de Minuit, París, 1984, pág. 135).

4. J. M. Cuddihy: *The Ordeal of Civility, Freud, Marx and Lévi-Strauss and the Jewish Struggle with Modernity* (Basic Books), Nueva York, 1975; (Beacon Press), Boston, 1987.

ensayista «gentil» reelabora una tesis que se oye a menudo, a veces con embarazo, porque puede tener rasgos antijudíos. Mostrando la progresiva inserción, durante el siglo XIX, de los judíos procedentes de Europa Oriental en las distintas capitales de la sociedad noreuropea (Varsovia, Viena, Berlín y París), Cuddihy señala que esta «emancipación», esta escapada de la judería, seguida de un ascenso social en la «sociedad de los gentiles», no se produce sin choques internos y externos. Las sutiles humillaciones se asimilan bajo la forma de una compostura, de una prudencia permanente en la expresión de sí mismo: «Todo debía someterse a las normas occidentales, a la tiranía del decoro burgués y cristiano⁵». Según él, en esta experiencia compartida (el paso al Oeste, paso a la vez geográfico, religioso y social), encuentran las comunidades judías de Europa y América una relación común en el mundo.

La primera objeción, sin duda, a la exposición de Cuddihy es que la condición judía no es específica en esta materia: sus dificultades de asimilación son las de cualquier grupo o individuo en tránsito de una cultura a otra o de una clase social a otra. Cuddihy rodea el obstáculo estudiando detalladamente tres carreras, las de Freud, Marx y Lévi-Strauss. Durante la marcha, los incorpora a conjuntos más vastos, de los que surgen los nombres de muchas personalidades judías europeas y americanas. Ciertamente, va demasiado lejos y demasiado deprisa. Pero su interpretación de que Freud medicaliza, bajo la forma de «síntomas», la irrupción en público de ciertos rasgos de una identidad judía todavía mal reprimida da que pensar, sobre todo, cotejándola con la de Lydia Flem, más comedida, en *Freud et ses patients*⁶.

En el capítulo «Un Juif viennois», muy documentado, Flem muestra cómo ganó Freud poco a poco su clase y su puesto en el seno de la «familia occidental»:

Su descubrimiento del psicoanálisis ocurre sobre la base de la carrera más singular, más autobiográfica: el ascenso de un joven judío llegado de Moravia, procedente de una familia de comerciantes de la Galicia polaca, al seno de la burguesía liberal y universitaria vienesa⁷.

Y no podemos eludir la realización de un cotejo con Goffman.

5. *Ibid.*, pág. 29.

6. L. Flem: *Freud et ses patients* (Hachette), París, 1986; (*Le Livre de Poche*), París, 1987.

7. *Ibid.*, pág. 122.

¿No encontraremos en su vida de hijo de inmigrantes judíos la experiencia «constitutiva del hábito de clase» de que hablaba Boltanski? La obra de Goffman, ¿no será, como la de Freud, la autobiografía de un ascenso social? Quizá la respuesta esté en los datos.

Erving Goffman, dicen todas las notas biográficas, nació el 11 de junio de 1922 en Mannville (Alberta). Pero, de hecho, pasó la infancia y la primera adolescencia en Dauphin, al norte de Winnipeg. Sus padres, Max y Ann, nacieron en Rusia, quizás en Ucrania. Dauphin es una de las primeras colonias ucranianas de Manitoba. De 1897 a 1914, se establecen en las llanuras canadienses 200.000 inmigrantes ucranianos (de Rusia y la Galicia polaca)⁸. La ciudad de reunión es Winnipeg, de donde los servicios de inmigración los dispersan por Manitoba, Saskatchewan y Alberta. Así es como, en 1896, llegan a Dauphin unas treinta familias ucranianas. Las olas de inmigración son fuertes y rápidas: en 1901, la colonia ucraniana de Dauphin ha llegado a contar 5.500 personas⁹. Entre esta población nueva, en cualquier parte, tenemos a los Goffman. Son mercaderes judíos que han acompañado a los emigrantes. Como en Ucrania (y en toda Europa Oriental), estos mercaderes son integrados y rechazados a la vez. Sus «compatriotas» compran en sus «tiendas de todo» lo que necesitan, pero convencidos de que se dejan engañar. Así, el reverendo Nestor Dmytriw, aconsejando a los inmigrantes de fecha reciente en *Svoboda*, diario de los ucranianos de América del Norte, escribe en el número del 10 de junio de 1897:

5) Compren todo lo que necesiten en Winnipeg, porque en Edmonton y en Dauphin los precios son dos o tres veces más altos.

6) No compren en las tiendas judías, sólo en las aprobadas por la Cámara de Inmigración. Tendrán mejor calidad a mejor precio¹⁰.

8. La historia de la emigración ucraniana al Canadá está notablemente bien documentada. Me he servido en especial del enorme: M. H. Marchuk: *The Ukrainian Canadians: A History* (Ukrainian Academy of Arts and Sciences), Winnipeg, 2.^a ed., 1982; y de la obra, más concisa, de J. Petryshyn y L. Dzubak: *Peasants in the Promised Land: Canada and the Ukrainians, 1891-1914* (James Lorimer), Toronto, 1985.

9. Datos sacados de: Petryshyn y Dzubak, *op. cit.*, pág. 68. La pequeña ciudad de Dauphin, fundada por Pierre de la Vérendrye en 1741, sigue siendo conocida hoy por su colonia y sus fiestas ucranianas (véase *Encyclopedia canadiana*).

10. Cita de Petryshyn y Dzubak, *op. cit.*, pág. 93.

Goffman crece en este ambiente de solapada hostilidad aldeana. Posteriormente, dirá a su colega Dell Hymes: «Usted olvida que yo he crecido (en yídish) en una ciudad en la que hablar una lengua extranjera acarrea la sospecha de homosexualidad¹¹».

Por suerte, está Winnipeg. Si, a comienzos de los años treinta, Dauphin no cuenta más que sesenta familias judías, en Winnipeg hay más de diecisiete mil¹². La familia Goffman mantiene muchos lazos con la comunidad judía de la metrópolis. Por lo demás, la hermana de Erving, Frances, logrará en ella el éxito en una carrera teatral¹³. Erving se reúne con ella en 1936, a los 14 años, cuando ingresa en la *Saint John's Technical High School*. «Saint John's Tech», como la llaman en Winnipeg, es una escuela progresista. Su director, George Reeve, es un docente inglés que procede del Ruskin College (el colegio «izquierdista» de Oxford). Ha abierto generosamente su establecimiento a los hijos de inmigrantes judíos: en 1929, más de la mitad de los escolares son judíos¹⁴.

Parece que, en Saint John's, Goffman es el brillante mal alumno. Sus compañeros lo llaman «Pookie», nadie sabe ya por qué. Es muy bajo, pero musculoso. Es muy fuerte en las paralelas y en el potro. Además, está loco por la química: hasta se ha hecho un laboratorio en casa. Y en la fiesta de baile de fin de estudios, en mayo de 1939, lanza en la sala bombas fétidas de fabricación casera...

Detengámonos en esta imagen, demasiado caricaturesca para ser cierta: Goffman, adolescente rebelde y marginal, judío, hijo de inmigrante y provinciano; Goffman, presto a partir a la conquista del mundo occidental, igual que Sigmund Schlomo Freud, hijo de Jacob, mercader ambulante de la Galicia polaca. ¿Cómo no dejarnos llevar por este fácil paralelismo? ¿Cómo retener la singularidad de una vida que parece desenvolverse de acuerdo con un modelo novelesco tan clásico? La contestación no puede ser inmediata.

11. Cita de D. Hymes: «On Erving Goffman», *Theory and Society*, vol. 13, núm. 5, sept. 1984, pág. 625.

12. El *Canadian Jewish Yearbook* de 1939 recoge las cantidades del censo nacional de 1931: 61 cabezas de familia que se declaran judíos en Dauphin y 17.632 en Winnipeg.

13. Frances Goffman proseguirá su carrera en N.Y. y en Hollywood. La hemos visto hace poco en *Terciopelo Azul*, película de David Lynch.

14. Informaciones proporcionadas por H. S. Ferns: *Reading from Left to Right: One Man's Political History* (University of Toronto Press), Toronto, 1983, págs. 12 y 45.

Volvamos al relato. Goffman ingresa en la universidad en 1939. Se queda en Winnipeg, en la universidad de Manitoba. Escoge como especialidad... Química, naturalmente. Además, la sociología todavía no existe en la universidad de Manitoba en 1939¹⁵, y Goffman está muy lejos de imaginar que hará «carrera» de ella. En 1943, Goffman se encuentra en Ottawa, en el National Film Board (N.F.B.), que dirige John Grierson desde el principio de la guerra¹⁶. ¿Cómo ha llegado ahí? Misterio. No es que haya tratado de eludir el servicio militar. Canadá envía al frente sólo a los estudiantes más mediocres¹⁷. Por tanto, es muy probable que Goffman escapase al alistamiento, y debió de entrar en el N.F.B. voluntariamente. ¿Qué hace allí? Misterio, también. Son pocos los que se acuerdan de él, como su compañero de despacho Alan Adamson¹⁸. Hay que decir que Grierson y los suyos, particularmente Stuart Legg, producen documentales y películas de propaganda a un rit-

15. Sobre este punto, véase V. A. Tomovic: «Institutionalization of Sociology in Canada: The Case of 42 English Language Universities», relación al X Congreso Mundial de Sociología, México, 16-22 agosto 1982, pág. 16.

16. El National Film Board había sido fundado en mayo de 1939 para «mostrar el Canadá a los canadienses». Bajo la dirección del inglés John Grierson desde octubre de 1939, llegó a ser un gran centro de producción de documentales que superan, con mucho, su función primera de «películas de propaganda» o «películas de guerra» (véase G. Evans: *John Grierson and the National Film Board. The Politics of Wartime Propaganda*. University of Toronto Press, Toronto, 1984).

17. Auténtico. Como parte integrante del Imperio británico, el Canadá está en guerra desde 1939. Pero el alistamiento es voluntario todavía, como en 1914-1918. A partir de 1941, el servicio de tierra se hace obligatorio. Y después de Puerto Perla, cuando la guerra se hace palpable, el Gobierno canadiense convoca un referéndum (abril 1942) pidiendo autorización a la población para enviar hombres en servicio activo fuera de sus fronteras. Aceptan todas las provincias, salvo Quebec. Se encuentra un compromiso, que el Gobierno aplica a todo el país: los estudiantes universitarios de la primera mitad de su clase quedarán exentos del servicio activo...

18. Ni Stuart Legg, director de producción, ni lady Elton ni Tom Daly, sus primeros colaboradores, ni Beth Bertram, directora de personal, se acuerdan siquiera del nombre de Goffman. Doy las gracias a estas personas, que han contestado amablemente a mis preguntas. Agradezco también a Gary Evans que me proporcionase las direcciones de Stuart Legg, Tom Daly y Alan Adamson y que, además, respondiese largamente a mi petición de informaciones.

mo infernal: 310 en 1945¹⁹. Muchos equipos, a menudo compuestos por jóvenes universitarios atraídos por la personalidad de intelectual «comprometido» de Grierson, recorren todos los rincones de Canadá. Regresan y vuelven a partir enseguida. De modo que el cuartel general de Ottawa —750 personas— está sumido constantemente en la crisis creativa que suscita la urgencia. Y las baterías de Grierson no se descargan nunca. El único trabajo pesado que parece haber tenido allá Goffman era administrar las cajas de películas de un departamento y otro y preparar embalajes sólidos para expedirlas casi a todo Canadá y el resto del mundo. Durante el verano de 1943, parece que tuvo también la misión de repasar la revista *Nation*, encerrado en un despacho pequeño con pilas enormes de números atrasados... Pero nada impide decir que no se formase, en el tajo, en las técnicas de realización de documentales. Quizá no recibiese una formación explícita en escritura de guiones, filmación y montaje. Pero, como escribe Alan Adamson, muy bien puede haber ocurrido que Goffman estuviese «completamente rodeado por la teoría y parte de la técnica documental de Grierson». Y añade Adamson: «Todos estábamos un poco intoxicados por las ideas de Grierson, y le habría sido muy difícil no agarrarlas²⁰». En efecto, muchos eran los intelectuales reunidos en el N.F.B. que se apasionaron por el cine y que, después de la jornada laboral, se reunían para ver y discutir una película, leer un guión..., o reformar el mundo de la posguerra. Es poco probable que Goffman quisiese reformar el mundo —para eso le faltaba todavía entrar en él—, pero no sería nada aventurado imaginar que la moviola sustituyó el laboratorio de sus 15 años.

Detengámonos otra vez en esta imagen, como primer elemento de contestación a la pregunta de si la biografía tiene que respetar la singularidad de una vida. Porque el episodio del N.F.B. es propio únicamente de Goffman, no de todos los hijos de comerciantes

19. Cantidades ofrecidas por P. Morris: *The National Film Board of Canada: the War Years. A Collection of Contemporary Articles and a Selected Index of Productions* (Institut du film canadien), Ottawa, 1965.

20. Alan Adamson, carta a Y. W., 3 julio 1987. El historiador del N.F.B. Gary Evans abunda en el mismo sentido: «Sobre la base de lo que yo sé de la atmósfera del Film Board en la época, no habría sido raro que Goffman viese las películas que embalaba, porque todo el mundo era libre de ver las películas, en montaje o terminadas, no cubiertas por el secreto militar, supuesto que tuviese acceso a una moviola o a una sala de proyección» (carta a Y. W., 21 abril 1987).

judíos emigrados. Este es, sin duda, en la génesis de la obra, «allende el instante, relativamente arbitrario, en que ésta se objetiva en lo escrito» (expresión de L. Boltanski, cit. pág. 14), un momento fundamental. Goffman descubre la *illusio*. Quizá había comprendido ya que su supervivencia en Ottawa, entre todos aquellos intelectuales, dependía de su arte en dar el pego. Pero, en la moviola, la fabricación de la «realidad» aparece como un hecho objetivo, tangible, que puede descomponerse en elementos cada vez más pequeños. Los detalles son verdaderos, indiscutibles, pero el conjunto es arbitrario: se monta, desmonta y se vuelve a montar como se quiere. La vida social no es, pues, tanto teatro como cine de montaje prieto. Necesitará más de treinta años para expresar esta idea, y lo hará en su obra magna, *Frame Analysis...* Antes, habrá visto y reproducido la vida cotidiana en forma de escenas, de planos cortos de algún detalle, de juegos de plano contraplano entre observador y observado, como si hubiese querido hacer otros tantos documentales, aunque en el modo de escritura²¹. Goffman cinéfilo: he aquí la primera «fuerza formadora de hábitos», como decía Panofsky, la primera matriz intelectual. Pero hay que establecer otra: el aprendizaje racional del oficio de sociólogo.

Durante el verano de 1944, Goffman traba amistad con Dennis Wrong, joven productor del National Film Board, que se licencia en Sociología (obtiene el «A.B.», Bachiller en Artes, de su especialidad) en la Universidad de Toronto, la más británica de las universidades canadienses (hiedra en muros neogóticos). Sugiere a Goffman que se reúna con él. Para gran sorpresa suya, efectivamente, allí está Goffman al comienzo del curso. Le han permitido estudiar materias sueltas, con las que podrá obtener el diploma de Sociología. Poco integrado en la veintena de estudiantes que se conocen desde tres años antes, podrá abandonarse a sus propios intereses. Dos profesores y una joven estudiante despertarán su vocación de sociólogo.

En 1944-1945, en la Universidad de Toronto, la Sociología está integrada en un departamento de Economía Política, que dirige el historiador economista Harold A. Innis, el mismo inspirador de Marshall McLuhan. De la coordinación de los cursos de Sociología se encarga Charles William Norton Hart²², antropólogo forma-

21. Debo la primera formulación de esta hipótesis a Ray Birdwhistell, que fue uno de los primeros maestros de Goffman en Toronto (véase abajo).

22. Véase H. H. Hiller: *S. D. Clark and the Development of Canadian Sociology* (University of Toronto Press), Toronto, 1982, pág. 14.

do por Radcliffe-Brown en Sydney, y que vivió de 1928 a 1930 en el seno de una tribu, los tiwis, de la isla Bathurst, al norte de Australia. Debe a esta experiencia unos cuantos artículos²³..., y una uña larguísima en el meñique derecho, signo de iniciación. En Toronto, no es sólo esta uña, sino sobre todo su estilo pedagógico lo que extraña a algunos colegas..., y maravilla al joven Goffman.

Hart enseña solemnemente en toga, de acuerdo con la gran tradición inglesa. Pero, para animar la clase, de cuando en cuando se la remanga, se la pone encima de la cabeza, como hace el fotógrafo con su paño, y con terrible energía su uña iniciática señala al estudiante al que quiere preguntar. Goffman lo adora. Todo el curso 1944-1945 ha sido dedicado a la lectura profunda del *Suicidio* de Durkheim. Y así es como Goffman entra en la sociología. Ya no lo abandonará nunca la muletilla de C.W.M. Hart: «Todo está determinado socialmente».

El otro profesor es el que lo introduce en la antropología: Ray Birdwhistell, joven antropólogo de 26 años que empieza a enseñar mientras termina su tesis en la Universidad de Chicago²⁴. Personal e intelectualmente cercano a Margaret Mead y Gregory Bateson, ofrece un curso sobre el tema, muy corriente en la época, de la relación entre cultura y personalidad. Birdwhistell también es un profesor espectacular, como Hart. Quizá por la costumbre, hace a sus estudiantes leer obras como *Sun Chief*, de L. W. Simmons, y *Naven*, de G. Bateson. Pero la originalidad de su enseñanza está en otra cosa: en la manera como les hace comprender que la instancia tercera entre la cultura y la personalidad es el cuerpo. La cultura se encarna. Así, sus alumnos lo escuchan hablar con el labio inferior vuelto al mentón (como hacen en el Sur) o apretado contra los dientes (como en el Norte), o ven que se pone a andar como un actor del Este queriendo imitar un vaquero del Oeste. Birdwhistell es muy alto, muy delgado, muy flexible. Da un verdadero espectáculo, pero sólo con el fin de hacer comprender que lo social penetra hasta en los ínfimos actos cotidianos. Los gestos son, por tanto, tan susceptibles de análisis sociológico como las «instituciones» y otros «hechos sociales». Goffman dirá posteriormente que esta demostración era muy innovadora para la época²⁵. Aquí, tenemos que abrir un paréntesis.

23. Véase C. W. M. Hart y A. R. Pilling: *The Tiwi of North Australia* (Holt, Rinehart and Winston), Nueva York, 1960.

24. Sobre la carrera y la obra de Ray Birdwhistell, me permito remitir al lector a mi «Introduction», *La Nouvelle Communication* (Éditions du Seuil), París, 1981, págs. 61-78.

25. En «Entrevista con Erving Goffman», pág. 207 de la presente obra.

En Chicago²⁶, Birdwhistell trabaja bajo la dirección de Lloyd Warner²⁷, antropólogo que dirige un amplio estudio de una ciudad pequeña de Massachusetts, a la cual llamará «Yankee City», en una serie de cinco libros publicados de 1941 a 1959²⁸. Su análisis del municipio se basa en la idea de que la «estratificación social» es de tres clases (*lower, middle, higher*), dividida cada una en dos (*upper, lower*). Y la pertenencia a uno de estos estratos se determina combinando seis características (profesión, cantidad de ingresos, etc.), lo que se corona con una multitud de índices de «estilos de vida», que van desde el número de habitaciones hasta el color de las cortinas del salón²⁹. Volvamos ahora al joven Birdwhistell profesor del joven Goffman.

Birdwhistell enseña a sus alumnos a observar los índices corporales que permitan clasificar según la tipología warneriana. Así, los lleva a veces a una taberna cercana y les pide que determinen la pertenencia social de los clientes por su forma de andar, su vestido o su manera de beber o de fumar. Ejemplo: advierten una joven. No hay duda, es una «U.M.C.» (*upper middle class*), concluyen los estudiantes, muy orgullosos de hacer observaciones tan sutiles. Todo indica su pertenencia a la «U.M.C.»: su modista, sus gestos, etc. «¡Falso!», exclama Birdwhistell soltando una carcajada, «no han prestado atención a los zapatos: son zapatos L.M.C. (*lower middle class*). ¡Miren las suelas!» Y los estudiantes se rinden. Goffman se apasiona por esta manera de proceder.

26. Sobre la historia del departamento de Antropología de la Universidad de Chicago, véase el soberbio documento realizado por G. W. Stocking Jr.: *Anthropology at Chicago: Tradition, Discipline, Department* (The University of Chicago Library), Chicago, 1979.

27. Sobre la carrera de W. Lloyd Warner, véase B. B. Gardner: «Lloyd Warner (1898-1970)», *American Sociologist*, vol. 5, núm. 4, 1970, págs. 384-385, así como G. W. Stocking Jr., *op. cit.*, pág. 25.

28. W. L. Warner y P. S. Lunt: *The Social Life of a Modern Community*; W. L. Warner y L. Strole: *The Social Systems of American Ethnic Groups*; W. L. Warner y J. O. Low: *The Social Systems of the Modern Factory. The Strike: A Social Analysis*; W. L. Warner: *The Living and the Dead. A Study of the Symbolic Life of Americans* (Yale University Press), New Haven, 1941-1959.

29. Véase W. L. Warner, M. Meeker y K. K. Eells: *Social Class in America. A Manual of Procedure for the Measurement of Social Status* (Science Research Associates), Chicago, 1949. Véase, sobre el color de las cortinas, B. F. Junker: *Room Compositions and Life Styles. A Sociological Study of Living Rooms and Other Rooms in Contemporary Dwellings* (University of Chicago, Ph.D. Dissertation, Sociology), 1954.

Paralelamente a esta culturización intelectual, Goffman recibe un baño de vida social y política dentro de un grupo de estudiantes llegados del Oeste del Canadá. Unos vuelven de la guerra; otros han pasado por el National Film Board. Muchos de ellos comparten una casa común, en la calle de Bathurst, la gran arteria que baja al lago Ontario. Es una vida bohemia: unos viven en casa de otros, juegan al póker toda la noche, beben mucho. Cuidan de las chicas de los compañeros que siguen en Europa. Pero nada de eso les impide tampoco pensar, leer y discutir mucho. Se presiente que la guerra acaba y que va a empezar una era nueva. En este sentido, el C.C.F. (Cooperative Commonwealth Federation), el partido socialista canadiense, llena de vanas esperanzas los corazones, porque en junio de 1944 acaba de obtener la mayoría en Saskatchewan³⁰. Puede que esta victoria se extienda por todo el Canadá...

Goffman participa en tales discusiones, pero considerando la política con una ironía que, a veces, irrita a sus compañeros. Además, no vive con ellos. Acude a las reuniones, pero vuelve después a su casa. Se siente en él como una aversión a dejarse llevar por el grupo. Quizá se lo impida su sentido moral: los compañeros de la calle de Bathurst son muy duros unos con otros, y tales asperezas chocan mucho a Goffman. Una anécdota: su compañero Dennis Wrong le cuenta un día la historia de su operador del National Board, que lo había desplumado jugando a las cartas, hasta el punto que un año después todavía estaba pagándole la deuda. El desplumador estaba también en Toronto con ellos terminando sus estudios. Goffman, indignado, fue a verlo y le exigió que devolviese el dinero a Wrong...

Es en este hervidero de hombres y de ideas donde conoce a Elizabeth (Liz) Bott, estudiante de psicología, interesada por la antropología..., y por muchas cosas. Es viva, inteligente y de buena familia, de universitarios muy conocidos. Su padre fundó el departamento de Psicología de la Universidad de Toronto; su madre investiga psicología infantil. Liz y Erving irán juntos por todas partes. Ella será amiga, confidente y *alter ego*. Erving comienza a adquirir gran prestigio intelectual entre sus condiscípulos, quienes

30. Véase L. Zakuta: *A Protest Movement Becalmed. A Study of Change in the CCF* (University of Toronto Press), Toronto, 1964 (véase sobre todo el capítulo 5: «Major Party: Ascent 1942-1945»). Describe el entusiasmo entre los intelectuales S. M. Lipset: «Socialism and Sociology», en I. L. Horowitz (comp.): *Sociological Self-Images. A Collective Portrait* (Sage), Beverly Hills, 1969, págs. 150-151.

se dicen que es un «genio extraño». Los sorprende, además, por sus observaciones y réplicas rápidas y tajantes. Es vivo e ingenioso..., lo que a veces hace mucho daño. Otro detalle que recuerdan: Goffman lee una monstruosidad, en todos los sentidos. El día en que Talcott Parsons, el sociólogo estadounidense que pronto será maestro de una generación, llega a pronunciar una conferencia en el Departamento, no se espera el chaparrón que le viene desde el fondo de la sala por parte de un estudiante que parece haber leído todos sus libros y que los critica basándose en las obras epistemológicas de Whitehead.

Goffman se licencia en Sociología en junio de 1945. Curiosamente, su foto no aparece en el anuario de su promoción. Quizá se trate ya de esa aversión a ser fotografiado que lo perseguirá toda su vida. Es hora de elección: no puede quedarse en esta licenciatura, pero, ¿a dónde ir? Hay que elegir una universidad estadounidense, porque los departamentos canadienses no tienen todavía programas de tercer ciclo muy cumplidos. Columbia y Harvard parecen muy dinámicas: no dejan de enviar a sus figuras, Parsons y Merton, en giras de conferencias y de reclutamiento al Canadá. Pero Chicago sigue conservando todo su prestigio de departamento fundador, que ha colocado a sus ex-alumnos en todos los departamentos canadienses, y muy particularmente en la Universidad «McGill», de Montreal, donde Oswald Hall sólo tiene ojos para Chicago, y en la Universidad de Toronto, donde S. D. Clark anima a sus alumnos a continuar los estudios en la «ciudad ventosa». Goffman escoge Chicago, en efecto, bajo la influencia conjunta de Ray Birdwhistell y de Liz Bott. Esta, por su parte, opta por seguir un doctorado en Antropología. Pero Dennis Wrong y otro compañero, Muni Frumhartz, parten para Columbia. La hegemonía de Chicago ha pasado.

En 1945 va a obrar la segunda matriz intelectual. «El aprendizaje racional del oficio», por emplear la expresión de Boltanski, ha sido ofrecido por dos antropólogos de tradición inglesa, el australiano C. W. M. Hart y el estadounidense R. Birdwhistell. Adquiere la disposición a la lectura intensiva, esencial para un futuro investigador. Se encuentra con maestros: Durkheim, Radcliffe-Brown y Warner. También, más discretamente, Freud y Parsons. Además, libros-fetiché: *En busca del tiempo perdido*, por ejemplo.

Lo fascinante, podemos adelantar, es la manera como este hábito científico todavía en ciería viene a reforzar el hábito de clase y a reflejar la primera matriz intelectual, la aprehensión fílmica de la realidad. En su interés por localizar sobre el terreno los índices

de posición propuestos por Birdwhistell basándose en Warner, observamos, por una parte, una nueva manifestación, de manera «científica», de las preocupaciones personales de Goffman en materia de categoría social y, por otra parte, un proceder muy visual, basado en la observación del detalle que revela el conjunto. Hay que «tener ojo» para practicar esta sociología etnográfica, y Goffman, formado ya por su experiencia en el National Film Board, no puede menos de sentirse cómodo en ella.

Además, la experiencia de Toronto recoge y amplía la de Ottawa en cuanto a la «socialización» del joven Goffman, que aprende a desenvolverse en un grupo intelectual. Vemos presentarse una actitud que conservará siempre: la de «espectador comprometido». Está en el grupo, pero se va de él y vuelve cuando él lo decide. Mira más que habla. Diríase que se plantea ya la cuestión de saber cómo cumplir las condiciones de un compromiso mínimo, pero suficiente. Aunque, sin duda, esto sería querer leer con demasiada facilidad la prefiguración de la obra en los detalles de la vida. En todo caso, la cuestión: «¿Cómo estar a la vez dentro y fuera?» (del grupo de amigos, de la clase de origen, del país, de la universidad, de la disciplina, de la profesión, de la tradición, etc.) puede plantearse constantemente a la trayectoria de Goffman. Parece que todo va a ocurrir como si el cambio de posición, de la originaria a la alcanzada, acarrearase una oscilación en todos los órdenes, del más personal al más institucional.

Cuando Goffman entra en el Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago, en septiembre de 1945, se encuentra embutido en una enorme masa de alrededor de doscientos estudiantes, por causa del célebre *G. I. Bill*. El Gobierno estadounidense ofrece becas a los soldados cuyos estudios interrumpió la guerra³¹. Se trata, a la vez, de parar el golpe de los once millones de hombres que regresan (sin seguridad ninguna de encontrar trabajo) y de compensar el déficit educativo acumulado (cerca de quinientos mil diplomados universitarios menos). Así, todas las universidades quedarán desbordadas durante unos años. Hay que procurar alojamientos a toda prisa, buscar más docentes y producir gran cantidad de material pedagógico.

La Universidad de Chicago, si bien ofrece enseñanza de segundo ciclo (llamado el *college*), es esencialmente una universidad de

31. Me baso en el artículo de J. M. Stephen Peeps: «A B. A. for the G. I... Why?», *History of Education Quarterly*, vol. 24, núm. 1, invierno 1984, págs. 513-525.

investigación, que da prioridad a la licenciatura y al doctorado. Los cursos se dan en forma de seminarios y los programas se cortan a medida gracias a un sistema interdisciplinario de «comisiones». Esta flexibilidad pedagógica le permitirá a la universidad absorber sin demasiado perjuicio la masa de excombatientes. Así, en Sociología, el objetivo fijado a los estudiantes sigue siendo el mismo: aprobar los exámenes generales en tres materias a elegir entre las cinco ofrecidas: Historia del Pensamiento, Teorías y Métodos, Psicología Social, Organizaciones Sociales y Demografía. Todos los medios son buenos para prepararse: los cursos, dentro del departamento o fuera, las conferencias que se pronuncian acá y allá y, sobre todo, la lectura personal y la conversación entre condiscípulos. Cada uno está llamado a ser su propio profesor y el de los demás, de acuerdo con su ritmo y con sus posibilidades económicas (muchos trabajan al mismo tiempo que estudian). La decena de profesores están para aconsejar, animar los seminarios y orientar el trabajo de investigación³². Hay muy pocos cursos obligatorios (Investigación sobre el Terreno, por ejemplo). La mejor enseñanza es la de la hora del café, que se celebra todos los días de la semana de las dos a las tres y media de la tarde en la *commons room*, donde se reúnen estudiantes y profesores de Sociología y Antropología. Son, por tanto, años de bastante entusiasmo. Los estudiantes que llegan a Chicago gracias al *G. I. Bill* no tienen ganas de perder el tiempo. Muchos son de origen modesto; son más maduros, mayores y, muchos, casados. Tienen que recuperar años, intelectual y económicamente. Y se lanzan a fondo a la aventura intelectual, como escribirá Joseph Gusfield, también excombatiente:

Vivíamos en el barrio de Hyde Park, cerca de la universidad. La vida de estudiante de tercer ciclo se llenaba con veladas, estudios y discusiones sin fin. Los profesores y los cursos eran el acompañamiento y el catalizador, pero las discusiones eran el lugar de la acción³³.

32. Ni que decir tiene que, a pesar de la flexibilidad del sistema, los doscientos estudiantes absorben a estos profesores, que les ofrecen una dedicación más que plena. Según dirá Everett Hughes: «Recibimos una enorme avalancha de estudiantes al final de la guerra. En un momento determinado, me encontré en quince comisiones de tesis a la vez. Era la multitud de la posguerra, una multitud magnífica; trabajaban tan duro que nos hacía correr como locos» (Lyn H. Lofland, comp.: «Reminiscences of Classic Chicago: The Blumer-Hughes Talk», *Urban Life*, vol. 9, núm. 3, 1980, págs. 251-280; pág. cit., 258).

33. J. Gusfield: «My Life and Soft Times», en B. Berger (comp.): *Sociological Lives* (University of California Press), Berkeley, en preparación.

Está claro que este ambiente de trabajo desconcierta al joven Goffman, que sólo tiene 23 años, mide 1,65 m y no posee ninguna experiencia de la guerra ni del mundo. Los dos primeros años en Chicago serán muy duros: aun con el apoyo de Liz, está angustiado, escribe con dificultad, entrega sus ejercicios con retraso y falta a clase. Se encierra en casa. Sus pocos compañeros lo encuentran en pijama a cualquier hora del día y de la noche, nervioso, agresivo y fatigado. Sus profesores no están nada contentos con él. Algunos hasta piensan en eliminarlo.

Sin embargo, a partir de 1947, parece que se endereza y se va imponiendo entre sus condiscípulos y profesores. Empieza a desenvolverse dentro de un círculo de compañeros, con los que va a beber una copa por la tarde y a jugar a béisbol los domingos por la mañana. A veces, llega incluso a burlarse de sí mismo: llega al rectorio con un «pastrami» (paletilla de buey ahumada) empaquetada en papel graso, como un emigrante de Europa Central, y, manejando el cortaplumas, reparte rodajas entre sus compañeros. Pero su humor más agudo lo practica con éstos. Cada uno de ellos sabe que, más tarde o más temprano, será objeto de un pullazo. La única contestación posible era devolvérselo. Entre ellos, lo llaman «puñalito». De hecho, quienes lo conocen íntimamente, como Saul Mendlovitz, que va a comer con Erving muy a menudo a la esquina de las calles 63 y de Woodlawn, saben bien que no se trata sino de un rito judío en la conversación, el *kibbitz*, cuya única finalidad es la de consolidar las amistades. Gana el que tiene el ingenio más vivo, la palabra más penetrante, y la respuesta más terrible. «Charlábamos como dos rabinos, perdiendo el aliento, hasta las dos de la madrugada», recuerda Mendlovitz, que no ha olvidado, como si la reunión hubiese sido ayer, los nombres de los amigos de aquella época: Dick Jeffrey, Jerry Carlin, Bob Habenstein, Bill y Ruth Kornhauser, Joe Gusfield, Greg Stone, Fred Davis, Bill Westley y Howie Becker. Casi todos son judíos y casi todos se han labrado un nombre en la sociología estadounidense, conocidos no sólo en su país, sino en todo el mundo³⁴. A mediados casi del siglo, todavía están lejos de sospecharlo. Pero, cuando en una reunión, alguno lanza la pregunta: «¿Quién será famoso dentro de veinte años?»,

34. Para ser más exactos, debemos precisar que R. Jeffrey es filósofo (profesor de Princeton) y, J. Carlin, jurista. Podríamos añadir fácilmente otros nombres a este círculo (que, debe recordarse, nunca fue cerrado, sino que siempre dependió de las idas y venidas de cada uno, entre 1947 y 1954): Hans Mauksch, Eliot Freidson, Bernard Meltzer, Kurt y Gladys Lang, etc.

la respuesta es rápida: «¡Erving!». Ciertamente, esta anécdota es demasiado bonita para ser de todo punto verdadera, pero refleja bien el recuerdo que guardan de él sus compañeros: es patente que, como en Toronto, su ascendiente intelectual los ha impresionado a todos, de una manera u otra. Un día de 1947, recuerda Howard Becker, entonces muy joven estudiante de segundo año, uno mayor, Bernard Meltzer, le hace saber que Goffman quería comer con él: «Yo me sentí llamado por el Papa». La comida fue dura: Goffman quería saberlo todo sobre el mundo de los músicos de jazz, que Becker conocía bien, por ser pianista. «El examen fue más profundo que el de defensa de mi tesis», contará posteriormente, no sin ironía³⁵.

Los compañeros son, pues, los primeros profesores de Goffman en Chicago. Todos leen una enormidad, y él más que cualquiera. Son diversas sus fuentes de inspiración. Conoce a muchos estudiantes de Antropología, probablemente por medio de Liz Bott, inscrita en los cursos de doctorado de esta especialización. Tiene otros compañeros en *Human Development* (psicología clínica de orientación psicoanalítica), que se psicoanalizan. Goffman parece que no lo hizo nunca, pero los escritos psicoanalíticos están lejos de serle desconocidos, de Freud a Reich.

Saul Mendlovitz es otra fuente de aprovisionamiento. Hablan sin cansancio de sus lecturas, se intercambian títulos y tratan de convencerse de leer este u otro autor. Goffman lee una enormidad de literatura. Considera que Proust es extraordinario, pero Mendlovitz se opone: «No dice nada que no se vea en cinco minutos en una reunión». Evidentemente, se trata de una provocación deliberada para que Goffman vuelva a lanzarse al ataque, no enteramente victorioso. Pero sí logran intercambiarse los nombres de dos filósofos marginales, que merodean entonces por la universidad.

Mendlovitz ha descubierto a un exiliado austriaco, Gustav Ichheiser, que da un curso de Sociología de la religión en Chicago para ganarse unas perras, pero que es principalmente un gran fenomenólogo husserliano fracasado..., por ser demasiado agresivo con todos³⁶. Mendlovitz ha conseguido familiarizarse algo con él y ha

35. H. S. Becker, entrevista con Y. W., 31 mayo 1985.

36. La obra de Gustav Ichheiser debería redescubrirse, como también su trayectoria «típica» de intelectual vienés exiliado y nunca reconciliado con el mundo. Hay que leer su reseña de *La Question juive* de Sartre en el *American Journal of Sociology* (1949): es de una violencia extraordinaria. La mayoría de sus artículos están recogidos en *Appearances and Realities* (Jossey-Bass), San Francisco, 1970.

leído todos sus libros y artículos, que pasa enseguida a Goffman. No hay duda: el largo texto de Ichheiser, que acaba por salir en 1949 en un suplemento del *American Journal of Sociology* bajo el título «Los Equívocos en las Relaciones Humanas³⁷», es una de las fuentes de inspiración de Goffman.

Este, por su parte, se ha prendado de un filósofo mucho más curioso, que dirigió un seminario sin creer demasiado en lo que decía (no paraba de contar chistes). Su nombre, ya célebre, pero sospechoso de herejía: Kenneth Burke³⁸. Goffman ha leído y releído sus libros *Permanence and Change* (publicado en 1935) y *A Grammar of Motives* (publicado en 1945). Quizá descubriese en ellos la noción de «perspectiva por incongruencia» y el modelo «dramático» de las relaciones humanas («Los hombres encarnan papeles, los cambian y participan de ellos»). Dos claves más para comprender la obra venidera.

Otros recursos bibliográficos, además de los compañeros, son los cursos y los profesores: no sólo los cursos del Departamento de Sociología, sino los de toda la universidad. Parece que Goffman va picoteando casi por todas partes, sobre todo, en el *college*, esa especie de facultad de segundo ciclo de la universidad. Hay un curso particularmente famoso: «Ciencias Sociales II», que se da a la vez bajo la forma de lecciones magistrales y de seminarios en los que se criban más a menudo los «textos sagrados»³⁹. Un gru-

37. G. Ichheiser: «Misunderstandings in Human Relations: A Study in False Social Perception», *American Journal of Sociology*, LV (supl.), 1949.

38. Kenneth Burke es un monumento nacional estadounidense casi desconocido en Europa. Su obra es enorme, como la crítica que ha provocado (véase W. H. Rueckert, comp.: *Critical Responses to Kenneth Burke (1924-1966)* [University of Minnesota Press], Mineápolis, 1969). Entre las obras más conocidas, hay que citar *Permanence and Change* (New Republic), Nueva York, 1935, 2.^a ed. corr., 1954; *A Grammar of Motives* (Prentice Hall), Nueva York, 1945; y *A Rhetoric of Motives* (Prentice Hall), Nueva York, 1950. Entre la multitud de obras sobre Burke, destaca *Communication and Social Order* (Oxford University Press), 1962, de H. D. Duncan, que por mucho tiempo fue su mejor exégeta, especialmente en Chicago hacia 1950. Hoy nonagenario, Burke sigue escribiendo, recibiendo y hablando en público.

39. Sobre la historia del curso «Social Sciences II», véase J. Gusfield: «My Life and Soft Times», art. cit.; J. Gusfield: «The Scholarly Tension: Graduate Craft and Undergraduate Imagination», relación expuesta con ocasión del 40º aniversario del curso «Ciencias Sociales II», Chicago, noviembre 1982; M. Schudson: «A Ruminating Retrospect on the Liberal Arts, the Social Sciences, and Social Sciences II», inédito, s.a. Agradezco a J. Gusfield y a M. Schudson que me hiciesen llegar sus textos.

po de profesores prestigiosos (o que pronto lo serían: Daniel Bell, C. Wright Mills y David Riesman, por no citar más que tres nombres de diecisiete) se reparten los ochocientos estudiantes, a los que hacen leer a Freud (*Malestar en la Cultura*), Marx, Weber, Durkheim, Mannheim, Piaget, etc. Intervienen con regularidad conferenciantes de fuera. Uno de sus favoritos es Bruno Bettelheim. ¿Está Goffman entre el público? Nada nos permite afirmarlo, pero no es dudoso que, al menos, participase a menudo en el curso, como muchos condiscípulos suyos de Sociología.

Además, tenemos el mismo departamento. La Sociología de Chicago es el *non plus ultra* americano, o por lo menos de eso están convencidos profesores y estudiantes (en la misma época, están menos seguros en Harvard y en Columbia). Cuando un estudiante entra en el Social Sciences Research Building, piensa que todos los grandes nombres de la Sociología americana han hecho el mismo gesto, desde William Thomas hasta Robert Park. Y a la vuelta de un pasillo, puede toparse con un Wirth, un Blumer o un Hughes, personalidades conocidas en todo el país, firmas regulares del *American Journal of Sociology*, la primera revista estadounidense de sociología, editada desde su fundación por el departamento. Por tanto, el joven estudiante de Chicago puede tener el orgullo de un normalista francés: está en el centro del mundo, no necesita saber más. Howard Becker explica bien este sentimiento:

/ Sabíamos que había otras maneras de hacer sociología, pero éramos muy pocos los que las tomábamos en serio. Al crecer dentro de esta tradición y en este lugar, adquirí una arrogancia teórica, es decir, el reconfortante convencimiento de que, en lo esencial, había aprendido toda la teoría general que me llegaría a hacer falta, desde Hughes a Blumer, y que esta teoría sería lo bastante buena para tratar cualquier problema que pudiera presentarse⁴⁰.

En el Departamento, y entre el cuerpo docente, la atmósfera de consenso es menor de lo que haría creer la expresión «escuela de Chicago»⁴¹. Están los viejos y los jóvenes, los «cuantitativos» y los

40. H. S. Becker: *Writing for Social Scientists* (University of Chicago Press), Chicago, 1986, pág. 95.

41. Hay grandísima cantidad de obras sobre la «escuela de Chicago», es decir, la primera generación de docentes y estudiantes (años veinte y treinta). Pero no hay casi nada sobre los años después de 1945. Por el momento, hemos de contentarnos con las referencias siguientes: R. Faris: *Chica-*

«cualitativos», los hombres de acción y los hombres de pensamiento. Estas diferencias son las que advierten los estudiantes y orientan su elección de los cursos optativos y de su director de tesis. Ciertas tensiones forman parte del folklore estudiantil. Otras parecen más reales, como la que hay entre Hughes y Blumer, a pesar de una afinidad de ideas y métodos que habría debido acercarlos. Pero, como ha dicho el maestro común de todos ellos, William Thomas, cuando los individuos definen una situación como real, ésta es real en sus consecuencias. Los estudiantes, como dirá posteriormente uno de ellos, al ver «divisiones» y «abismos» entre sus profesores⁴², se adhieren a uno u otro, y estas adhesiones crearán generaciones paralelas que hoy todavía siguen siendo reales.

Las opciones tácticas de los estudiantes se refuerzan con las opciones metodológicas y, a veces, económicas. Por ejemplo, para trabajar en una tesis de demografía con Hauser, hay que estar sobre el terreno, para tratar los datos cuantitativos. Por tanto, hacen falta créditos o medios personales. En cambio, trabajando con Hughes o Warner en una tesis etnográfica, se pueden acumular los da-

go Sociology 1920-1932 (University of Chicago Press), Chicago, 1970; J. Carey: *Sociology and Public Affairs: The Chicago School* (Sage), Nueva York, 1975; Fr. H. Matthews: *Quest for and American Sociology: Robert E. Park and the Chicago School* (McGill-Queens University Press), Montreal, 1977; y M. Blumer: *The Chicago School of Sociology* (University of Chicago Press), Chicago, 1984. Sobre los artículos, véase L. Kurtz: *Evaluating Chicago Sociology, A Guide to the Literature, with an Annotated Bibliography* (University of Chicago Press), Chicago, 1984. Hay una colección de textos sobre la escuela de Chicago en lengua francesa: Y. Grafmeyer e I. Joseph (comps.): *L'École de Chicago. Naissance de l'écologie urbaine* (Aubier-Champ), París, 1979; (Aubier-Montaigne), 1984. Ulf Hanerz: *Explorer la ville* (Minuit), París, 1983, ofrece también una buena exposición de la escuela de Chicago (capítulo 2: «Ethnographes à Chicago», págs. 36-83), aunque orientada esencialmente desde el punto de vista de la sociología urbana; lo mismo que ocurre con J. Rémy y L. Voyé: *La Ville et l'Urbanisation* (Duculot, Gembloux, 1974, cap. 6, págs. 156-192. En cambio, N. Herpin: «L'Interaction, la déviance et la théorie des jeux», *Les Sociologues américains et le Siècle* (PUF), París, 1973, cap. 5, págs. 65-98, cita la escuela de Chicago desde el punto de vista de la desviación.

42. Son palabras de Lee Rainwater: «The Sociologist as Naturalist», en I. L. Horowitz (comp.): *Sociological Self-Images: A Collective Portrait, op. cit.*, pág. 96: «Retrospectivamente, lamento el efecto de la desgraciada tradición de Chicago de rivalidad y de división entre los profesores. La consecuencia, desde el punto de vista del estudiante, no era una dialéctica entre opiniones concurrentes, sino más bien una serie de abismos».

tos de terreno poco a poco mientras se trabaja para costear los estudios y educar a los hijos. Pero hay que saber que, entonces, será más difícil obtener recomendación para un buen departamento que poniéndose bajo la protección de Burgess o de Blumer.

¿Cómo va a desenvolverse Goffman en este campo de minas? La verdad es que no necesita trabajar: al contrario que muchos discípulos, no está casado y sus padres costean sus estudios (parece que la tienda familiar prosperó y que Max Goffman se convirtió en un comerciante acomodado y muy respetado).

Birdwhistell creía que Goffman y Wirth se entenderían, vista la amplitud de sus registros intelectuales respectivos. Wirth, de origen alemán, enseña Sociología urbana e Historia del pensamiento. Hace leer a sus alumnos, tanto a los grandes sociólogos alemanes (Simmel, Sombart, Tönnies, Weber y, desde luego, Mannheim, cuya *Ideología y Utopía* ha traducido con E. Shils), como a los moralistas escoceses (Fergusson) y a los filósofos árabes (Ibn Jaldún). Es también un entusiasta de Kenneth Burke, de quien dice desde 1937 que avergonzaría a los autores de manuales de Sociología⁴³. Pero, cuando sus alumnos no lo siguen, se enfada, se sofoca y acaba por ahogarse. Entre él y Goffman no pasa la corriente. Son enfrentamientos como el que cuenta Becker:

Creyendo que Wirth no había prestado atención suficiente a ciertas ideas esenciales en materia de operativismo, Goffman lo desafió en clase con citas del libro de Percy Bridgeman sobre el tema. Wirth sonrió y le preguntó sádicamente: «¿Qué edición maneja usted, señor Goffman⁴⁴?»

Tampoco pasa la corriente entre Goffman y Blumer, jugador de fútbol con una espalda imponente, que encarna el «interaccionismo simbólico⁴⁵». Dos aclaraciones: Blumer llegó a la Universidad de Chicago en 1925, a la vez como doctorando y como instructor de Sociología. Entre otros cursos, sigue la famosa enseñanza

43. L. Wirth: «A Review of *Permanence and Change*», *American Journal of Sociology*, XLIII, 1937-1938, págs. 483-486.

44. H. S. Becker: *Writing for Social Scientists*, op. cit., pág. 136.

45. Sobre la carrera de H. Blumer, fallecido en 1987, no hay todavía más que unos cuantos artículos dispersos: un retrato en el *Berkeley Journal of Sociology*, vol. 1, núm. 1, 1955, págs. 63-64; la transcripción de un diálogo con Hughes publicado por Lyn Lofland: «Reminiscences of Classic Chicago: The Blumer-Hughes Talk», *Urban Life*, vol. 9, núm. 3, 1980, págs. 251-281; y algunas necrologías.

oral de George Herbert Mead de «psicología social». Poco a poco, él mismo se establece como «heredero del manto de armijo» del maestro⁴⁶. Nombrado profesor asociado de Sociología el año mismo de la muerte de G. H. Mead, en 1931, pasará su larga carrera explicando el pensamiento de éste. De hecho, la contribución esencial de Blumer a la sociología parece consistir en haber creado la expresión «interaccionismo simbólico», en un artículo de 1937. Veinte años después, esta expresión servirá de estandarte a aquellos de sus alumnos que buscan una identidad en el mercado de trabajo universitario, entonces en plena expansión.

Para el estudiante Goffman, la enseñanza de Blumer no tiene, por tanto, nada demasiado atractivo. Asiste a sus clases como oyente libre, pero sin participar nunca en las discusiones, ni entregar trabajos, ni, menos, hablar con él después de clase. Según me dirá en carta el propio Blumer: «No tengo ninguna idea de la influencia que mi enseñanza pueda haber tenido sobre él⁴⁷». Esto, en cuanto a la relación Blumer-Goffman.

Quedan, pues, Everett Hughes y Lloyd Warner. De hecho, a ellos se dirigirá Goffman. Pero hay que matizar:

Mucho después en su vida, Goffman hablará de Hughes como si hubiese sido su santo patrón en Chicago. Pero esta devoción de relojería más bien molestará al santo..., que no fue el patrón de su tesis, y que en aquella época consideraba a Goffman como un joven sabelotodo, además de «freudiano dotado de una penetración superior de los móviles de todo el mundo⁴⁸».

Así, pues, el ambiente está cargado. Quizás empezase todo por no haber seguido Goffman el seminario de Hughes sobre «El Trabajo y las Ocupaciones» antes de su tercer año de curso, en 1947-1948. Al parecer, eso ofendió un poco a Hughes. Cuando por fin Goffman se presenta, Hughes le pregunta qué piensa hacer. To-

46. B. N. Meltzer, J. W. Petras y L. T. Reynolds: *Symbolic Interactionism: Genesis, Varieties and Criticism* (Routledge and Kegan Paul), Londres, 1975, pág. 55.

47. Carta de H. Blumer a Y. W., con fecha del 28 de septiembre de 1985.

48. La cita está sacada de una conversación entre Hughes y Randall Collins, de que éste informa en: «Reflections on the Death of Erving Goffman», *Sociological Theory*, vol. 4, núm. 1, primavera 1986, págs. 106-113. Véase también esto: «Goffman habló siempre de Hughes en términos cañeros y le atribuyó siempre gran influencia intelectual sobre su propio desarrollo. Al hablar de ello a Hughes, me contestó dándome a entender que siempre le habían parecido irritantes e hipócritas estas flores de Goffman».

dos los estudiantes tienen que hacer una investigación etnográfica sobre un oficio pequeño. Goffman le contesta sin vacilar que quiere estudiar las personas que ostentan los signos de posición de la clase alta sin pertenecer a ella. De hecho, está preparando un artículo sobre la cuestión. «Muy bien responde Hughes». «¿Entonces? ¿A quiénes va a estudiar usted?» Goffman, seguro de lo que se trae entre manos, suelta sin vacilar: «A los mayordomos.» «¿Y dónde va a encontrar usted mayordomos en Chicago?», le pregunta Hughes. Goffman se queda con la boca abierta. No hay mayordomos en Chicago. Y Hughes retendrá la impresión de que Goffman farolea.

Aquí debemos detenernos un momento para examinar la sociología propuesta por Everett Cherrington Hughes⁴⁹. Es uno de los (muy pocos) maestros reconocidos por Goffman⁵⁰. Quizá lo haya utilizado un poco como pantalla. Pero realmente hay semejanzas entre las dos obras.

Hughes sigue sus estudios en el Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago de 1923 a 1927: los grandes años, los que recuerdan sin cesar gran cantidad de libros y artículos sobre la «escuela de Chicago». El Departamento está dominado por Robert E. Park y Ernest Burgess, cuya obra común, *Introduction to the Science of Sociology* (1931) es de lectura obligatoria para todo sociólogo de estreno en Chicago. Hughes sigue las huellas de Park y se convierte en su hijo espiritual, como se manifestará en toda su obra. Así había seguido Park la enseñanza de Georg Simmel en Berlín a comienzos de siglo, llevándose, entre otras, la noción de «hombre marginal» (como el emigrante o el extranjero). Hughes traducirá varios textos de Simmel y no dejará de interesarse por los actores sin papel concreto, cogidos entre dos grupos étnicos o sociales.

49. Para ello, además de mis entrevistas con muchos ex-alumnos suyos, me sirvo de los artículos siguientes: Lyn H. Lofland (comp.): «Reminiscences of Classic Chicago: The Blumer-Hughes Talk», *op. cit.*; D. Riesman: «The Legacy of Everett Hughes», *Contemporary Sociology*, vol. 12, núm. 5, septiembre 1983; págs. 477-481; H. S. Becker y B. Thorne: «Everett Cherrington Hughes (1897-1983)», *ASA Footnotes*, abril 1983; pág. 8; J. M. Chapoulie: «Everett C. Hughes et le développement du travail de terrain en sociologie», *Revue française de sociologie*, XXV, 1984, págs. 582-608; y D. Riesman y H. S. Becker: «Introduction to the Transaction Edition», en E. C. Hughes: *The Sociological Eye: Selected Papers* (Transaction), New Brunswick, 1984, págs. V-XIV.

50. Véase «Entrevista con Goffman», págs. 207-213 de este volumen.

Park no empezó a enseñar Sociología hasta 1914, a la edad de 50 años. Antes fue periodista. En su enseñanza de Ecología urbana y en su insistencia metódica en las observaciones de primera mano, se reconocerá su sentido del terreno, su gusto por los datos verdaderos y su idea de la ciudad como «organismo social». Hughes hará también investigación urbana sobre el terreno, especialmente en Canadá, en una pequeña ciudad industrial francoparlante, que llamará Cantonville⁵¹. Y Chicago será para él también un laboratorio pedagógico permanente. Y enviará a generación tras generación de estudiantes a rozarse con las realidades de la vida, no sólo para desbastarlos, sino también para hacerles trabajar según la tendencia de Park.

Sin embargo, no debemos hacer de Hughes una copia fiel de Park: «El creará su propia doctrina, que marcará muy particularmente a la generación de Goffman. Se trata de construir una sociología de las «ocupaciones»: cómo la gente se gana la vida, o la llena. No es una sociología de las «profesiones»: para Hughes, emplear el término «profesión» es entrar en el juego de aquellos a quienes se observa, porque es «símbolo de una idea imaginaria del propio trabajo y, por tanto, de sí mismo⁵²». Hay que ir, una vez más, al terreno, si no vivir la situación del «tajo» que se estudia, para hacer en serio sociología del trabajo. Así es como, en un decenio, de 1947 a 1957 (sobre todo), veremos aparecer en Chicago más de sesenta licenciaturas y doctorados sobre los traperos, los agentes de policía, los rabinos, los empresarios de pompas fúnebres, etc. Hughes explica la razón de estas relaciones, aparentemente estrambóticas, morbosas o novelescas, en la introducción a un número del *American Journal of Sociology*, que presenta los trabajos de una decena de sus alumnos: estudiando a los porteros, se comprenderá el comportamiento de los médicos: «Tanto el humilde portero como el altivo médico, deben protegerse del cliente (inquilino o paciente) demasiado ansioso e importuno⁵³». Lo mismo ocurre con la prostituta y el psiquiatra: «Ambos deben tener cuidado con

51. E. C. Hughes: *French Canada in Transition* (University of Chicago Press), Chicago, 1943.

52. E. C. Hughes: «Work and the Self» (1951), en *Men and their Work* (The Free Press), Glencoe, Ill., 1958, pág. 44.

53. E. C. Hughes: «The Sociological Study of Work: An Editorial Foreword», *American Journal of Sociology*, vol. 17, núm. 5, marzo 1952, pág. 424. Se encuentran ecos de este enfoque en Eliot Freidson, otro alumno de Hughes. Véase *La Profession médicale* (Payot), París, 1984.

no interesarse demasiado personalmente por sus clientes, que los visitan por causa de problemas bastante íntimos⁵⁴». Esto tiene gracia, pero no parece muy serio. De hecho, tanto en Hughes como en sus alumnos, habrá siempre un rastro de ánimo conspirativo, algo irreverente, frente a los valores sociales establecidos. Pero no es por simple ansia de provocación: es, en realidad, manifestación de una actitud ante el mundo. Según explicará posteriormente Hans Mauksch, otro alumno del período grande de Hughes⁵⁵:

Haga lo que haga, aun si le interesa enormemente, aunque sea muy serio, nunca está totalmente prendido, nunca se deja absorber del todo.

El humor escéptico es, pues, un medio epistemológico muy serio: sirve para quebrar la ilusión de lo real, establecer las relaciones fundamentales y pasar de lo social a lo sociológico. Hughes sabe muy bien lo que hace al comparar al médico con el fontanero: domina el objeto, contrariamente a ciertos sociólogos parsonianos y mertonianos, tan serios que a veces se dejan engañar por la gente seria. Muchos textos salidos de Harvard y Columbia, de la misma época, parecen alegatos *pro domo sua*, que recogen por cuenta propia los discursos de defensa y de ilustración de los profesionales interrogados.

Pero, en Hughes, el humor será también otra cosa: será una arma de justicia social. Este hijo de pastor metodista tiene una idea de la sociología como medio para transformar la sociedad en un mundo más justo⁵⁶. A su interés científico por los marginales, por los «humbles porteros», se añade una indignación moral..., manifiesta bajo la forma de un razonamiento que provoca la sonrisa y, después, la reflexión. Su maestro Robert Park sentía horror de los «bienhechores», de esas almas benditas que invaden la sociología pasando por la filantropía y las misiones. Pero transmitirá a Hughes la idea

54. E. C. Hughes: «Mistakes at work» (1951), en *Men and their Work*, op. cit., pág. 88.

55. J. L. MacCartney: «An Interview with Hans Mauksch», *Teaching Sociology*, vol. 10, núm. 4, julio 1983, pág. 457.

56. La tesis de la sociología estadounidense como protestantismo secularizado está lejos de ser particular del caso de E. C. Hughes. Dos sociólogos estadounidenses han hecho poco de ella el fundamento mismo de la historia de la disciplina en Estados Unidos: A. J. Vidich y S. M. Lyman: *American Sociology: Worldly Rejections of Religion and Their Direction* (Yale University Press), New Haven, 1985.

esencial del Evangelio Social, ese movimiento «democristiano» que, en olas sucesivas, atraviesa Estados Unidos desde fines del siglo XIX⁵⁷. La transmisión a la generación siguiente, a los alumnos de Hughes, será por vías más apartadas. Pero el sentido moral de Goffman y de sus discípulos y colegas seguirá siendo vivo; sólo que únicamente se manifestará en una radicalización del humor, a lo Swift. (Estilo: «¿Superpoblación? Pues comámonos a los niños, que tienen la carne tan tierna.»)

Hughes transmitió a sus discípulos un legado más directo, el trabajo en vivo. La observación participante que reconocemos en la mayoría de los trabajos hughesianos sobre las ocupaciones no se corresponde con el periodismo «vivido por sentido», sino que se debe a la profunda asimilación del método antropológico, la cual se remonta a la época en que los departamentos de Sociología y Antropología de Chicago no eran más que uno (1895-1929).

Park escribió en 1925 que los «métodos de observación participante» de Boas y Lowie debían tener aplicación fecunda en Little Italy, Greenwich Village o el barrio del North Side de Chicago⁵⁸. Hughes no dirá otra cosa veintisiete años después, cuando declare que el sociólogo debe ser «el etnólogo de su propio tiempo, que saque a plena luz los aspectos menos evidentes de su propia cultura⁵⁹». En la época en que Goffman sigue sus estudios en Chicago, todos los estudiantes de Sociología deben asistir al seminario de «Métodos y Formación en Observación sobre el Terreno» que dirige Hughes. En este sentido, valdrá la pena echar un vistazo al manual del curso, titulado *Cases on Field Work*⁶⁰.

Lo chocante es que esta obra no expone en absoluto las «técni-

57. Sobre la historia —fascinante— del «Evangelio Social» en Estados Unidos, véase R. C. White Jr. y C. Howard Hopkins: *The Social Gospel: Religion and Reform in Changing America* (Temple University Press), Filadelfia, 1976.

58. R. Park: «Propositions de recherches sur le comportement humain en milieu urbain» (1925), en Y. Grafmeyer e I. Joseph, op. cit., pág. 81.

59. E. C. Hughes: «The Sociological Study of Work», op. cit., pág. 424.

60. E. C. Hughes, B. H. Junker, R. L. Gold y D. Kittel (comps.): *Cases on Field Work. A pilot study of fields observation and recording, based upon the reported activities and experiences of persons in the social sciences concerned with learning at first-hand from living people in contemporary situations about themselves and their society, without intentionally, directly or immediately changing them or their several situations* (The University of Chicago), Chicago, 1952. Publicó una versión muy abreviada B. Junker: *Field Work. An Introduction to the Social Sciences* (University of Chicago Press), 1960.

cas» de la investigación sobre el terreno (observación, notas, entrevistas profundas, etc.): no se trata más que de una panorámica histórica y psicosociológica, de una antropología (compuesta por textos antropológicos y extractos de tesis dirigidas por Hughes) y de una bibliografía enorme. Toda la empresa parece una tentativa de justificación de la investigación sobre el terreno, como si los autores hubiesen tenido que defenderse de una acusación de «acientifidad». Lo que también se ve con claridad es la devoción a los datos, los sacrosantos datos de la sociología empírica anglosajona. Hughes, y la mayoría de sus colegas del Departamento, son como Santo Tomás: no creen sino lo que tocan. En esto, debemos señalar que Harvard y Columbia eran más ambiciosas. Parsons y Merton se atrevían a teorizar. Para los sociólogos de Chicago, sus doctrinas eran vanas: verborrea del intelectual que no ha estado nunca en el terreno, como ellos. No es que Hughes no leyese —en realidad, era muy erudito, apasionado por Musil y Böll, por ejemplo—, pero el respeto a la realidad probada prevalecía sobre cualquier consideración generalizadora. Joe Gusfield, uno de sus alumnos de fines de los años cuarenta, describe bien esta postura:

Una pequeña historia inventada entonces por uno de nosotros puede informar de la idea de Chicago, limitada y cerrada en lo empírico. Decíamos que una tesis sobre el consumo de alcohol escrita por un estudiante de Harvard podría titularse *Modos de descompresión cultural en los sistemas sociales occidentales*; la misma tesis de un estudiante de Columbia rezaría: *Funciones latentes del consumo del alcohol, según una investigación nacional*; y la de un estudiante de Chicago: *La interacción social en Jimmy's, bar de la calle 55*. Era una metodología que obligaba firmemente al estudiante a atenerse a lo que podía ver, oír y tocar directamente. La interpretación y la imaginación venían en segundo lugar. Las abstracciones y las teorizaciones no basadas en la experiencia de la observación concreta eran sospechosas. Las perspectivas, las teorías, las doctrinas y los conceptos generales podían ser necesarios para emprender la investigación, pero había que someterlos al mundo específico, particular y real de la experiencia⁶¹.

Goffman, ciertamente, aprenderá esta lección. Después, no dejará de repetir a sus propios alumnos: «¿Qué datos tiene?». Pero no la aplicará sino secundariamente a su propio hacer, que nunca

61. J. Gusfield: «The Scholarly Tension: Graduate Craft and Undergraduate Imagination», *op. cit.*, págs. 6-7.

será puramente etnográfico, según veremos enseguida. En esto, no es muy fiel a la orientación de Hughes y de la escuela de Chicago, que no dejará de hacérselo saber bajo la forma de reseñas negativas de sus libros. Lo mismo, con Warner: durante sus estudios, Goffman ha hecho de él su mentor, lo sigue muy de cerca en el plano teórico (Durkheim y Radcliffe-Brown) y en el plano metódico (investigación sobre el terreno) hasta la tesis..., y después se convierte en Goffman, y nadie más. Hay que detenerse en esta independización estudiando detalladamente las relaciones entre Goffman y Warner.

En Toronto, Birdwhistell había hablado mucho de Warner a Goffman, que, como recordaremos, estaba maravillado por sus ejercicios de clasificación en «clases sociales» según índices ínfimos de la vida cotidiana. Warner es «emprendedor», como se dice en Estados Unidos: llegado en 1935 a Chicago, no sólo dicta cursos de Antropología y Sociología, lleva a cabo la enorme investigación de *Yankee City*, lanza nuevas investigaciones sobre pequeños municipios del Sur y del cercano Oeste y sobre seis tribus indias, sino que, además, crea un centro interdisciplinario para cruzar la psicología, el psicoanálisis y la antropología (se trata del *Committee on Human Development*) y, con el fin de tener las manos libres cuando se trate de contratos de investigaciones, funda una empresa particular de ciencias sociales aplicadas, llamada *Social Research Inc.*, en la que trabajarán muchos de sus alumnos. También ha sido juglar, es fanático de la música popular y buen vividor. O sea, que tiene ánimo, iniciativa y recursos, elementos que le atraen la desconfianza de sus colegas, pero que quizá sedujesen a Goffman.

El curso principal de Warner es una mezcla de antropología social inglesa, de teoría warneriana de las clases sociales y de estudios de «comunidades». Divide la clase en «comisiones», que deben escoger una comunidad (los italianos, los anglosajones, los negros, etc.), exponer un informe sobre ella ante sus condiscípulos, estudiar después una institución social de esta comunidad (por ejemplo, la familia) y presentar un nuevo informe. Warner no teoriza simplemente por gusto: la teoría está al servicio de los datos, como en Hughes. Su frase de síntesis favorita, que pronuncia restallando los dedos de las dos manos juntas y las palmas vueltas a la clase, es muy simple: «La sociedad es una red de interconexiones⁶²».

Pero lo fundamental en su enseñanza es la manera como inte-

62. «*Society is interconnected.*» Pozo vacío, esta frase ha hecho carrera al menos en dos ex-alumnos de Warner: Birdwhistell, cuya teoría de la

gra datos antropológicos sobre los aborígenes australianos, datos sociológicos sobre el sistema de «castas» del viejo Sur y datos psicológicos de orientación psicoanalítica sobre la personalidad de los cuellos blancos de «Jonesville», Illinois. Warner se interesa detalladamente, como su colega Robert Redfield, cuya enseñanza seguirá también Goffman, por la continuidad entre la sociedad rural tradicional y la sociedad urbana contemporánea. Pero, mucho más que Redfield (y Park, y Hughes, y Wirth), sigue la evolución estadounidense de las teorías de Freud y Jung de la personalidad, especialmente en cuanto a las relaciones que establecen entre ésta y la cultura, en aquella época, muchos antropólogos y psicólogos⁶³. Goffman había leído ya, sin duda, las obras clásicas de Sapir⁶⁴, Linton⁶⁵ o Bateson y Mead⁶⁶ sobre el tema. Pero, ciertamente, es Warner quien lo incita a leer y utilizar los estudios de Henry Murray, el psicólogo discípulo de Jung que creó, hacia 1935, la prueba de percepción temática (T.A.T.) y que, con la ayuda de antropólogos como Clyde Kluckhohn, trata de establecer las diversidades culturales y sociales de las «determinantes de la personalidad⁶⁷».

El dominio de estas obras es patente en la tesis de *Master of Arts* que Goffman deposita en la Facultad a fines de 1949 bajo un

comunicación se basa en la «interconectividad humana», y Elizabeth Bott, cuyo análisis de las redes sociales de las familias inglesas se basa en una noción de «conectividad»: véase *Family and Social Network*, (Tavistock), Londres, 1957.

63. Hemos llegado, desde luego, al centro de la corriente «Cultura y Personalidad» de los años 1940-1955, cuya historia intelectual y social está por escribir. La aversión francesa a estos trabajos ha hecho que se capten más a menudo sus límites que su alcance y, sin embargo, éste es importante: véase la bibliografía de 1.800 títulos de D. G. Haring (comp.): *Personal Character and Cultural Milieu* (Syracuse University Press), Siracusa, 1956.

64. D. Mandelbaum (comp.): *Selected Writings of Edward Sapir in Language, Culture, and Personality* (University of California Press), Berkeley, 1949.

65. R. Linton: *The Cultural Background of Personality* (D. Appleton-Century), Nueva York, 1945.

66. G. Bateson y M. Mead: *Balinese Character: A Photographic Analysis* (New York Academy of Sciences), Nueva York, 1942.

67. Cl. Kluckhohn y H. Murray: «Personality Formation: The Determinants», en Cl. Kluckhohn, H. A. Murray y D. M. Schneider (comps.): *Personality in Nature, Society and Culture* (A. Knopf), Nueva York, 1954, págs. 53-67 (el artículo original, de Kluckhohn y Mowrer, se remonta a 1944).

título algo misterioso: «Características de la Reacción a la Experiencia Figurada⁶⁸». Es el primer trabajo escrito que tenemos de Goffman. Al principio, se trataba simplemente de ampliar un estudio de Lloyd Warner y William Henry, especialista del T.A.T. aplicado a los indios hopí⁶⁹. La C.B.S. (Columbia Broadcasting System) les había encargado estudiar las reacciones de los oyentes a un folletín radiofónico. Warner y Henry muestran que hay relación entre las condiciones de vida socio-económica y la personalidad. Para esto, someten al T.A.T. a sesenta esposas de obreros especializados y a cinco esposas de directivos⁷⁰. En su introducción, Goffman explica que, en el momento del estudio de Warner y Henry, se interesaba «por la relación entre la posición socio-económica y la personalidad⁷¹». Ha pedido y obtenido el permiso de utilizar la documentación de Warner y Henry y ha decidido equilibrar las dos muestras. Durante el otoño de 1946, somete al T.A.T. a cincuenta esposas de directivos de los alrededores de Hyde Park, de Chicago. Tratando de relacionar la posición socio-económica y los tipos de respuesta al T.A.T., advierte que los medios de investigación son malos y que, por tanto, es imposible determinar la relación entre la posición y la personalidad. Así, explica que ha decidido concentrarse únicamente en las características de las respuestas dadas a las imágenes del T.A.T.⁷² Y aquí viene el estallido: de tesis que había de reproducir fielmente un estudio anterior, pasará, no sólo a criticar con rigor las técnicas que se encuentran y otros utilizan ser-

68. E. Goffman: *Some Characteristics of Response to Depicted Experience. A dissertation submitted to the Faculty of the Division of the Social Sciences in candidacy for the Degree of Master of Arts* (universidad de Chicago, departamento de Sociología, diciembre 1949), 80 páginas.

69. W. E. Henry: «The Thematic Apperception Technique in the Study of Culture-Personality Relations», *Genetic Psychology Monographs*, vol. 35, 1947, págs. 3-135.

70. W. L. Warner y W. E. Henry: *The Radio Daytime Serial: A Symbolic Analysis* (The Journal Press), Provincetown, 1948.

71. E. Goffman: *Some Characteristics...* *op. cit.*, pág. 1. En aquella época, esta cuestión está en el aire, como lo atestigua la frase siguiente, sacada del artículo de Kluckhohn y Murray citado arriba (nota 4, pág. 00): «Algunas diferencias de personalidad entre los estadounidenses pueden atribuirse a haber crecido en distintas subculturas. Jones no es sólo estadounidense: es también miembro de la clase media, de la costa oriental, que ha vivido toda la vida en un pequeño municipio de Vermont» (pág. 59).

72. *Ibid.*, pág. 3.

vilmente, sino también a presentar un conjunto de proposiciones originales sobre la categoría de realidad que otorgan los examinandos a las representaciones que se les someten. Critica el T.A.T. y produce un primerísimo esbozo de... *Frame Analysis*, el libro que escribirá veinte años después. Y, por último, ofrecerá un primer análisis de las «escenificaciones de la vida cotidiana», exponiendo los estilos de decoración, los tipos de revistas y los modos de sentarse el ama del lugar. Reconocemos todavía a Warner, pero hay ya algo más.

La primera parte de la tesis da prueba, ante todo, del dominio que tiene Goffman del T.A.T.: con estilo sobrio y denso, pasa revista a la historia, los objetivos, el alcance y las limitaciones de esta prueba. Goffman insiste mucho en sus deficiencias y en sus supuestos teóricos, basándose, entre otras obras, en *Collected Papers* de Freud. Su crítica de las técnicas de análisis de las respuestas deja entrever su decepción por la imprecisión de las unidades y subunidades que manejan habitualmente Murray y los psicólogos clínicos que lo siguen..., por no hablar de los mismos Warner y Henry. En la segunda parte, explica cómo abordó a sus examinandos por teléfono, según la técnica clásica de la «bola de nieve»: un nombre proporciona otro. Presenta las características socio-económicas de los miembros de su muestra y cumple el acto de contricción inevitable en todo ejercicio académico: dice que sus métodos de muestra y de recogida de datos son defectuosos. Todo, explicado con mucha finura pero sin aportar nada demasiado nuevo.

La revelación queda para la tercera parte: pone patas arriba el cuadro psicológico realista en que suelen analizarse las respuestas a las imágenes del T.A.T. y esboza su propia interpretación sociológica, basada en Whorf, Sapir, Burke y Cassirer, entre otros. Es sabido que las planchas del T.A.T. representan diferentes personas colocadas en distintas situaciones. Así, tenemos la famosa «escena» del niño con el violín roto, la campesina con libro, la madre con hijo, etc. Para Murray, hay en cada imagen un contenido real (que suscita una respuesta *objetiva* sobre los elementos de la escena representada) y un contenido hueco (que provoca una respuesta *proyectiva* de los pensamientos, los móviles y las dificultades de la persona representada, es decir, se supone, los del examinando). Son, desde luego, las respuestas proyectivas las que interesan a los clínicos, y sobre todo las más originales, las que se desvían de las respuestas provocadas por la estereotipia de las imágenes. Goffman elimina la oposición entre respuesta objetiva y respuesta proyectiva basándose en la idea de que toda visión es una proyección, es decir,

una interpretación. Así, Goffman lleva el experimento del T.A.T. a una perspectiva más vasta de «interpretación del mundo»:

Suponemos, pues, que el sentido se introduce en el mundo sobre la base de las reglas que observa un grupo para seleccionar, clasificar y ordenar parcialmente los hechos. Suponemos también que estas reglas resultan un poco arbitrarias colocándonos en el punto de vista de un hipotético mundo exterior. Por tanto, estas reglas constituyen una forma de proyección, y en esta acepción emplearemos el término en el presente estudio⁷³.

Naturalmente, este idealismo simplista haría sonreír a cualquier kantiano de pura cepa. Pero hemos de tener presente que esta discusión sobre la categoría de la experiencia sensible no era moneda corriente en antropología ni, menos aún, en psicología alrededor de 1945 en Estados Unidos, aunque generaciones de filósofos no hubiesen dejado de enunciar proposiciones semejantes a la de Goffman. Los antropólogos de la escuela «Cultura y Personalidad» habían extendido, sin duda, la noción de proyección al grupo social, pero haciendo de éste un metaindividuo a través de la idea de una «personalidad básica» que obra dentro de cada cultura. Están todavía lejos de haber asimilado la llamada hipótesis de Sapir-Whorf sobre el lenguaje como «guía simbólica de la cultura», que será uno de los fundamentos de la antropología «cognitiva» de 1955-1970⁷⁴. Pues bien, Goffman está ya, o casi, al término de un recorrido que lo ha llevado, de 1945 a 1949, por la semántica antropológica, la crítica literaria y lo que él llama la «crítica filosófica de las ciencias físicas⁷⁵». Ha digerido la enseñanza que podía obtener de un enfoque psico-cultural de la conducta interpretativa y sugiere un enfoque cognitivo al hablar de la reconstitución de los «modos de pensamiento» que podrían establecerse a partir de las respuestas al T.A.T. Evidentemente, no podemos esperar que lo tuviese todo listo en 1949. De hecho, casi seguirá una curva descendente en los siguientes capítulos, como si en mitad de la tesis, al principio de la tercera parte, hubiese alcanzado la cima de sus posibilidades crí-

73. *Ibíd.*, pág. 42.

74. Así es como la obra fundamental de la escuela «Cultura y Personalidad», *Personality in Nature. Society and Culture*, de Kluckhohn y Murray, apenas alude a Sapir y no menciona ni una sola vez los nombres de Whorf ni de Cassirer.

75. E. Goffman: *Some Characteristics...* op. cit., pág. 43.

ticas y creativas; lo que no obsta para que los capítulos VIII-XII sigan siendo sorprendentes.

A la primera lectura, notamos ya el modo de exposición de las ideas en forma de árbol, que después se hará muy (demasiado) frecuente en él: el fenómeno A se divide en A-1 y A-2, que, a su vez, se divide en dos o tres subespecies, una de las cuales vuelve a subdividirse en algunos casos. El árbol que puede así dibujarse no es nunca simétrico: Goffman no hace arquitectura gótica, aunque nos haga recordar la escolástica. Aparece también en estas páginas otra técnica de Goffman: la expresión vulgar, formada en «concepto». El término aparece una vez entre comillas, varias veces después, acá y allá en el cuerpo del texto sin hacerse notar y, después, nunca más. Será, pues, un gran consumidor de conceptos efímeros. Ilustrémoslo:

Su objetivo es, pues, descubrir las diferentes respuestas que un individuo puede dar al presentársele imágenes de situaciones en las que aparecen una o varias personas, en este caso, planchas del T.A.T. Empieza por dividir estas respuestas en dos categorías: las respuestas que tratan de la dificultad de dar una respuesta y, en la segunda categoría, el resto de las respuestas. Ya tiene dos ramas el árbol. Entre éstas, tenemos las «directas», que son muy frecuentes, y las «indirectas», que lo son menos. Otras dos ramas. Las respuestas directas son aquellas por las que el examinando reacciona a las situaciones representadas como si fuesen reales. La imagen se considera como un simple espejo del mundo exterior. En cambio, las respuestas indirectas eluden afirmaciones sobre el grado de realidad de la representación. Planteada esta oposición (desde luego, menos corriente en sociología que en estética, hay que decirlo, sobre todo entonces, a fines de los años cuarenta), Goffman entra en los detalles. Les dedica cerca de treinta páginas, cuyo contenido nos importa ahora menos que su ordenación. Las respuestas directas se dan, ya bajo la forma de una identificación de las personas («Es una madre y su hijo»), ya bajo la forma de un guión dominado por un giro (*turning point*, punto de inflexión). He aquí otras dos subramas y la primera de una larga serie de conceptos *ad hoc*. Analicemos un instante cómo llega Goffman a proponer este «giro» y cómo lo utiliza a fondo antes de abandonarlo. Observar este procedimiento en sus comienzos nos proporcionará un firme apoyo para comprender la obra venidera: habremos captado así uno de los esquemas de pensamiento de Goffman, que resultará un incorregible experimentador intelectual.

Veamos, pues, las respuestas directas a las imágenes del T.A.T. que se dan bajo la forma de guión. Goffman observa que el tema

del amor se encuentra presente muy a menudo. El amor interviene en un momento de crisis de las personas y «reorienta» toda su conducta. «La reorientación que efectúa el amor puede llamarse un “giro”», indica Goffman, ofreciendo una definición funcional de su nuevo concepto:

La formulación de un giro facilita la inserción de los elementos de la imagen en un guión único. El pasado y el futuro de una escena no necesitan de reconstrucción imaginaria. Este esfuerzo no es necesario porque un hecho crítico prima sobre todo hecho anterior, encerrando al mismo tiempo un futuro completo para cada una de las personas⁷⁶.

Una vez así explicada la función narrativa del giro, Goffman no volverá sobre él. Empleará esta expresión como si fuese perfectamente evidente, sin comillas ni cualquier otra precaución («Otro giro favorito es la muerte»). De hecho, la expresión queda algo ambigua. Descansa sobre una imagen fuerte, la de la báscula o de la placa giratoria, y arroja una luz muy viva, pero efímera, sobre los datos a los que se aplica. Si tratamos de rodearla más de cerca, definirla abstractamente, o incluirla en un «sistema» teórico, se desvanece. Lo mismo ocurrirá con la mayor parte de los conceptos efímeros de Goffman. Es como si se agotasen al transmitir su energía a los datos que iluminan, hasta el punto de no ser ya más que la sombra de sí mismos al final del recorrido. Este pragmatismo teórico pondrá a Goffman a mitad de camino entre sus discípulos empiristas de la escuela de Chicago, que seguirán haciendo etnografías de Jimmy's, bar de la calle 55 (por recoger el ejemplo de Gusfield), y sus colegas europeos, que, dentro de la tradición filológica, seguirán construyendo maquinarias teóricas a prueba del tiempo. Con sus teorías «de bajo alcance»⁷⁷, Goffman quiere dar

76. *Ibid.*, págs. 54-55.

77. Erving Goffman lanzará la expresión «marcos conceptuales de bajo alcance» en 1982 para definir el tono que quería dar a la reunión anual de los sociólogos estadounidenses que lo habían elegido presidente de su asociación. Es preciso citar el párrafo entero, porque Goffman explica en él muy claramente su postura epistemológica, que fue muy estable a lo largo de su carrera: «Tengo grandes dudas sobre el valor de las teorías sociológicas generales de estos últimos años, y aun sobre el de sus sucesoras más limitadas, las teorías de alcance medio. (La facilidad con que empleamos el término 'teoría' por doquier en sociología, no el no tener ninguna, es lo que nos distingue de estos discípulos que las hacen.) Sin embargo, creo que el suministro de una sola distinción conceptual, si pone nuestros da-

cuenta de lo real, primera instancia ante la cual se borran los conceptos. Pero es lo real lo que se encuentra tras las situaciones particulares que los datos han captado; es la realidad de las regularidades, de los procesos, de los mecanismos que fundamentan los comportamientos y, en último término, el orden social. Pero no vamos demasiado rápido. Goffman lo piensa ya, sin duda, en 1949, pero no lo explicará claramente hasta cuatro años después, en su tesis doctoral.

Mientras tanto, remontemos el árbol de respuestas que construye en su tesis de licenciatura. Además de las respuestas directas, tenemos las respuestas indirectas, es decir, las que evitan pronunciarse sobre la realidad de la escena representada. Y ello, de tres maneras (tres ramas más): no manifestando, verbalmente o no, ninguna simpatía por las personas, transformando radicalmente el contenido de la imagen (de cuatro maneras diferentes: llegamos ya a tener ramitas), o comentando el estilo de la representación. Entonces, las respuestas se relacionan, en el último capítulo, con el estilo decorativo del cuarto de estar, las revistas de suscripción y el comportamiento durante la entrevista. Las mujeres que dan respuestas directas tienen, en su mayoría, un estilo de vida convencional. El salón es una pieza de ostentación, en la que están vestidas formalmente, mantienen la compostura y leen *Better Homes and Gardens*. Las que dan respuestas indirectas muestran una actitud desaparegada ante su salón (y está claro que para Goffman es un gran placer destacar los objetos que no debieran formar parte de la decoración), ante su vestido y ante su propia postura hacia el entrevistador. Su lectura favorita es el *New Yorker*, la revista que siempre dedica su humor irónico a las costumbres de la burguesía intelectual estadounidense, la misma de las historietas que hacen furor. A estas mujeres que se presentan en pijama masculino, «dicen cortésmente blasfemias descorteses» y se sientan de manera «ostentosamente confortable», dedica Goffman esta frase graciosa: «Estos movimien-

tos en orden, los ilumina y se complace descubriendo sus perfiles, puede justificar nuestra pretensión de ser observadores de la sociedad. Y también es cierto que habremos fracasado gravemente si no conseguimos descubrir los procesos, los mecanismos, las estructuras y las variables que permiten ver a otros lo que no habían visto o relacionar lo que no habían juntado. Lo que necesitamos, creo, es una modesta, pero perseverante cualidad analítica (*analyticity*): necesitamos marcos conceptuales de bajo alcance» («Program Committee Encourages Papers on Range of Methodologies», *ASA Footnotes*, agosto 1981, pág. 4).

tos parecían ser más bien el signo de que el sujeto dominaba sus inhibiciones que el signo de que los impulsos dominaban al sujeto⁷⁸».

Esta «constancia en el desapego», no trata el autor de descubrirla en materia conyugal, doméstica, social y política, pero existe, desde luego, en cuanto a las convenciones sociales que rigen la manera de presentarse ante un desconocido y presentarle su interior. La respuesta que se da a las imágenes no es más que indicio de una actitud general ante toda situación social. Goffman observa que estas respuestas indirectas eran más frecuentes en su muestra, de sólo mujeres de directivos, que en la de Warner y Henry, de sólo mujeres de obreros especializados. De ahí, su explicación final:

Parece, pues, que las mujeres de Hyde Park tienen un concepto refinado de ciertas normas de pensamiento y de conducta; lo que quizá se deba a su larga instrucción y a sus posibilidades de gozar formas de recreo artístico o de representación; o quizá la instrucción y las artes sólo son manifestaciones de una tendencia general a la corrupción de la mezquinidad de espíritu⁷⁹.

La expresión final es bonita. En realidad, muestra que Goffman ha comprendido ya la sugestividad que puede alcanzar mediante la «perspectiva por incongruencia», como dice Kenneth Burke⁸⁰, la cual consiste en meter en una misma frase dos expresiones inesperadas (no solemos pensar en la «mezquinidad de espíritu» cuando se habla de «corrupción»). Y ya no se privará: esta figura retórica atravesará toda su obra⁸¹.

Si sabe ya cautivar, debemos decir también que él mismo ha debido de ser cautivado por algunas de estas burguesas de Hyde Park,

78. E. Goffman: *Some Characteristics...* op. cit., pág. 70.

79. *Ibid.*, págs. 76-77.

80. Se trata, desde luego, de una técnica estilística clásica, conocida por los retóricos bajo el nombre de «oxímoron». Burke la rebautizó «perspectiva por incongruencia» en *Permanence and Change* (1935), y esta expresión ha ido difundándose poco a poco en la crítica estadounidense.

81. El mejor comentario sobre el empleo de la «perspectiva por incongruencia» en Goffman es el de R. Watson: «Reading Goffman on Interaction», relación al coloquio *Lectures de Goffman en France*, Cerisy-la-Salle, junio 1987. Véase también el análisis del estilo de Goffman por J. Lofland en su artículo «Early Goffman: Style, Structure, Substance, Soul», en J. Ditton (comp.): *The View from Goffman* (Mac Millan), Londres, 1980.

vivas, inteligentes y relajadas. De hecho, esta tesis de licenciatura merecería que nos detuviésemos en ella, pues no sólo muestra el proceso de aprendizaje del oficio de sociólogo y la aparición de ciertas formas de pensar y escribir, sino que también revela su fascinación por la forma de vida de la burguesía intelectual. Podemos avanzar un paso desde la hipótesis de principio: su grupo de pertenencia objetiva (la pequeñísima burguesía rural judía) se acompaña de un grupo de referencia subjetiva (la burguesía intelectual urbana étnicamente asexuada). Y va a poner su oficio al servicio de una idea: no ya observar, sino participar en la vida de su grupo de referencia. Así, tanto su tesis de licenciatura, como sus primeros trabajos publicados, pueden interpretarse como los medios que se procura un autodidacto social para entrenarse a vivir «como es debido». Podemos decir, por tanto, que las reglas que él desprenda respecto de otros en modo descriptivo las vivirá para sí en modo prescriptivo. Boltanski decía, como hemos visto, que «la obra científica, como la obra literaria, encierra siempre el rastro de la trayectoria social de su productor⁸²». Empezamos a medir la exactitud de esta proposición aplicándola a la obra y a la trayectoria de Goffman. Pero la demostración no se ha logrado todavía. Hemos de volver a los hechos biográficos.

El año de 1949 no es sólo el año de la tesis de licenciatura: es también el año de la partida para Edimburgo y las islas Shetland. En el origen de este viaje volvemos a encontrar a Lloyd Warner.

La Universidad de Edimburgo inaugura en 1949 un Departamento de Antropología Social, y Ralph Pittington, su director interino, pide a Lloyd Warner, uno de sus viejos conocidos, que le mande un buen estudiante de doctorado que pueda dinamizar la nueva estructura. Y Warner sugiere el nombre de Goffman, que acepta la invitación y llega en octubre de 1949. Nombrado oficialmente «instructor» de Antropología Social, con una remuneración de 475 libras esterlinas al año, cumplirá todas las tareas propias de un auxiliar, por ejemplo, llevar a los estudiantes a las galerías etnográficas del Museo Real Escocés, labor que detesta. La Universidad de Edimburgo, fundada en el siglo XVI, sigue con la enseñanza tradicional, en lecciones magistrales y lecturas de biblioteca⁸³. La comparación con Chicago, entonces en plena ebullición, debió de parecerle dura a veces. Afortunadamente, recién llegado al Centro de Inves-

82. Cita de la pág. 14.

83. Véase C. Donaldson (comp.): *Four Centuries: Edinburgh University Life* (Edinburgh Press), 1983.

tigación de Ciencias Sociales, hay un sociólogo que responde al nombre de Tom Burns⁸⁴. Está elaborando una teoría de las «relaciones de broma» que no puede por menos de encantar a Goffman. Basándose en el caso de una empresa, en la que estudió cómo la ironía y las bromas servían para mantener un consenso entre colegas cuya posición había sufrido una evolución diferente, desarrolla una hipótesis general sobre la «ficción cortés» que los miembros de toda interacción mantienen entre sí para evitar los choques de posición⁸⁵. Así, el chingar es una táctica eficaz entre padres e hijos adultos, como también entre los sindicalistas que se han hecho políticos y sus antiguos compañeros de la base.

El análisis de Burns va a penetrar en la cabeza de Goffman, que podrá pensar en él cómodamente, ya en Edimburgo (sobre todo, cuando se queda a cuidar del niño de su colega), ya paseándose..., por su isla de las Shetland, al norte de Escocia, de diciembre de 1949 a mayo de 1951.

Decide que esta isla de 78 km² (quizá, la isla de Unst), que acoge las tres aldeas más aisladas de la Gran Bretaña, será su «terreno» para la tesis de doctorado⁸⁶. También tenemos en esto a Lloyd Warner, desde luego. El especialista en los pequeños municipios semirurales estadounidenses no debe de haber renunciado al sueño de todo antropólogo: una cultura insular, *in vitro*, y sin embargo *in vivo*, como las que estudiaron los padres fundadores: las islas Trobiand, Malinowski, y las islas Andamán, Radcliffe-Brown. Su director de tesis quiere que haga un «estudio comunitario» para exponer la estructura social de la microsociedad de la isla. Unos años antes, Warner había dirigido en Irlanda de este modo a dos jóvenes antropólogos estadounidenses, Solon Kimball y Conrad Arensberg⁸⁷. Ciertamente, no le disgustaría una empresa parecida en Escocia, y tanto menos cuanto que, en abril-mayo de 1950, se

84. Tom Burns (nacido en 1913) será uno de los grandes maestros de la sociología inglesa, tanto a través de sus obras (*Industrial Man*), como de su dirección de coloquios, seminarios y colecciones de libros (en la Penguin).

85. T. Burns: «Friends, Enemies, and the Polite Fiction», *American Journal of Sociology*, vol. 18, núm. 6, diciembre 1953, págs. 654-662.

86. E. Goffman: *Communication Conduct in an Island Community, A Dissertation submitted to the Faculty of the Division of the Social Sciences in Candidacy for the Degree of Doctor of Philosophy*, Universidad de Chicago, Departamento de Sociología, 1953.

87. S. Kimball y C. Arensberg: *Family and Community in Ireland* (Harvard University Press), Cambridge, 1940.

encuentra en la Universidad de Edimburgo dictando un ciclo de conferencias sobre la «estructura de la vida americana⁸⁸».

Pero, si Warner propone, Goffman dispone. Con su isla del fin del mundo, Goffman parece haber roto los puentes con Hughes y la sociología de las profesiones urbanas y haber abrazado definitivamente la causa warneriana. Nada es menos cierto. De paso, realmente, Goffman va a apartarse, tanto de Warner como de Hughes, para plantearse sus propios problemas. De sus peñas brumosas, regresará con un programa de investigación para veinte años. Así, pues, tendremos que examinar este estudio con mucha atención. Lo demás surgirá de un modo natural, poco más o menos.

Un día de diciembre de 1949 llega una barca a «Dixon», la capital de la isla más septentrional del archipiélago de las Shetland⁸⁹. Viene a bordo un joven americano de 27 años, que va a instalarse en el hotel regentado por la familia Tate. No hay demasiada gente en el hotel en invierno: algunos representantes de comercio y algunos funcionarios en comisión constituyen lo esencial de la clientela⁹⁰. Todos se reúnen por la tarde en torno de la misma mesa para cenar. Los sirven dos mozas de Dixon. Las conversaciones son muy tranquilas, como si hubiese que respetar los rumores del mar, del viento y de la lluvia, que dominan las largas noches de invierno, casi polares, de las Shetland. El sol se pone a eso de las tres y media de la tarde y sale alrededor de las diez de la mañana.

Erving Goffman permanece dos meses en el hotel Tate. Come siempre sus comidas con el doctor Wren y su esposa, llegados unos meses antes de la Gran Bretaña para relevar al viejo médico enfermo. Cuando los Wren se mudan, en febrero de 1950, Goffman se instala, con su provisión de novelas policíacas, en una casita en los alrededores. Sigue comiendo una vez al día en el hotel, pero ya en la cocina, con el personal. Durante el verano de 1950, incluso será «lavaplatos segundo». Así, podrá acumular gran cantidad de ob-

88. W. L. Warner: *Structure of American Life. Being the Munro Lectures delivered in the University of Edinburgh April-May 1950* (University Press), Edimburgo, 1952.

89. Yo no he tratado de averiguar los nombres de las localidades ocultas por Goffman bajo otros ficticios. Después de todo, poco importa saber si la ciudad de «Dixon» se llama en realidad Mid Yell o Baltasound.

90. Todas las informaciones están sacadas de la Introducción y del capítulo 1 de la tesis, titulado simplemente «Dixon».

servaciones sobre la cocina, hechas desde la cocina misma y desde el restaurante.

Por lo demás, se pasea, observa y discute. Se ha presentado como estudiante universitario americano con deseos de obtener información de primera mano sobre la economía agraria insular. Pero, principalmente, trata de hacerse lo más aceptable posible para los habitantes, no haciéndoles demasiadas preguntas, ni mirándolos con los ojos desorbitados. Por tanto, nada de cuestionarios, ni magnetófono, ni cámara. Al principio, durante las celebraciones públicas, toma algunas notas a escondidas. Después, más conocido, y antes participante observador que observador participante, simplemente vivirá las interacciones y las anotará en su diario por la noche, en la calma solitaria de su cabaña. Participa, así, en la mayor variedad posible de situaciones en que se encuentren los miembros de la comunidad, trátense de bodas, entierros o «veladas». Estas, llamadas *socials*, se celebran dos veces al mes, de septiembre a marzo, en la sala de fiestas de Dixon. Asisten de sesenta a doscientas personas, de las mil que cuenta la isla. De las 20 a las 23 horas, juegan al *whist** o escuchan a cantantes y músicos locales. A las 23 horas, después de tomar té con pastas, bailan el baile de los lanceros en cuadrilla y el vals hasta quedar agotados, es decir, por lo general, hasta las dos y media. Goffman bailando un largo vals con Jean Andrews o Alice Simon, las jóvenes camareras del hotel, a quienes él mismo llama en su tesis (pág. 29) las «bellezas» de Dixon: ¡qué precioso cuadro para un relato biográfico menos árido del que aquí se impone!

Pero volvamos a la presentación de sus puestos de observación. Además de en las veladas, participa con mucha regularidad en las actividades en las que participa el mismo pequeño grupo de personas. De esta manera, quiere dar confianza a algunos habitantes — que, en general, son muy reservados y taciturnos— y procurarse la ocasión de observar las crisis de interacción que surgen a veces dentro de tales pequeños grupos. Además de las comidas en la cocina del hotel, se reúne todos los lunes y todos los sábados de octubre a mayo, de las 19 a las 23,30 horas en torno de la mesa de billar de la sala de fiestas de Dixon, con una quincena de hombres, media docena de su edad. Entre los jugadores, están algunos de los hombres más «urbanizados» de la isla. De hecho, parece que, en general, Goffman va a estar mucho más cercano a los habitantes de la clase superior, trátense del doctor Wren, de la familia propie-

* Nombre de un juego de baraja inglés, precursor del «bridge».

taria del hotel o de los encargados de las actividades comunitarias. Si bien señala que los pequeños labradores, que constituyen más de la mayoría de la población, aceptan fácilmente una mano, ofreciendo a cambio la tradicional invitación a comer, parece que Goffman apenas ha compartido su vida. Vive solo, no en familia, y no se mezcla más que en las actividades más públicas de la población, que no está representada de manera proporcional a su distribución socio-económica.

Lo cual es tanto más curioso cuanto que Goffman conoce la importancia de las divisiones de clase y de los lazos de parentesco dentro de esta comunidad. Y los precisa en unas cuantas páginas, que en cierto modo son el esbozo del estudio que habría querido ver Warner. Explica, así, que la línea divisoria entre los grupos sociales de la isla es la que traza, como en el resto de la Gran Bretaña, el haber asistido o no a una escuela privada (*public school*). Tenemos así, por un lado, la «nobleza» de la isla, compuesta por tres familias (una, la del doctor Wren) y, por otro, los plebeyos. Dos tercios de éstos son pequeños labradores que sobreviven gracias a la venta de lana bruta y a la concesión de subsidios gubernamentales. Un tercio está compuesto por funcionarios y comerciantes, entre los cuales se desarrolla una pequeña burguesía local. La familia del comerciante rico de Dixon, que emplea a treinta personas de la isla en diversas operaciones comerciales e industriales, constituye una clase en sí misma, entre la nobleza y los plebeyos. Dentro de cada una de estas clases, la familia es la unidad básica, centro de dos círculos concéntricos, el de los vecinos y el de los primos. Tanto las alegrías como los momentos difíciles son compartidos por todos los miembros de estas redes.

Se ve que Goffman ha comprendido todo esto pronto y bien. Sin embargo, va a escoger unos puestos de observación que no le permitirán entrar en esta estructura. La vida en el hotel, las partidas de billar y las veladas son actividades de asueto, extracotidianas y reservadas a ciertos privilegiados. Son, en realidad, las actividades más formales, más urbanas, si no más mundanas de un universo social esencialmente familiar. De ahí, la pregunta que se nos viene enseguida a la cabeza: ¿Por qué ha procedido así? ¿Por qué ha decidido estudiar una sociedad rural insular desde una perspectiva tan particular? Según dice Michael Schudson, joven y brillante sociólogo estadounidense que ha hecho hace poco una interpretación crítica de la tesis:

Al desechar toda preocupación por las características macrosociológicas de la comunidad que acababa de estudiar; al eliminar todo interés por los caracteres que distinguirían esta comunidad de otra, se ha encontrado examinando, por inadvertencia, las interacciones sociales que más se parecen a las de los lugares más impersonales de la vida moderna. Rechazando el tiempo y el espacio, deshaciendo la tradición de la historia, evitando la intimidad y la amistad, Goffman ha creado las condiciones del «hombre social» puro, del «hombre interaccional» puro..., y ha reivindicado su descubrimiento⁹¹.

Schudson exagera. Pero su vibrante retórica subraya bien la importancia del debate. Toda la sociología de Goffman, ¿procede de un mal punto de partida, de una experiencia falsificada? En mi opinión, Goffman ha sacado partido de una situación difícil, con el resultado de una tesis muy distinta a todo lo que Chicago había producido nunca.

Tomemos la hipótesis siguiente:

Reconstruyendo las circunstancias de su investigación sobre el terreno en la isla, nos damos cuenta de que tropezó con una especie de muro de silencio. No es que una mafia local tratase de vigilarlo. Se trata, sencillamente, de que los habitantes son personas «calladas», sobre todo, ante los extranjeros. Viven replegados sobre su pedazo de tierra, corteses, pero impenetrables. Duro, para un joven intelectual de Chicago, acostumbrado a charlar hasta las dos de la madrugada en un bar de la calle 55. E independientemente de sus gustos personales por el *kibbitz*, esta taciturnidad le impedirá llevar demasiado lejos el estudio etnográfico de las estructuras de clase y de parentesco. No podrá ver sino las dimensiones más patentes, las que se dejan ver en los lugares públicos o semipúblicos. Así, se sentirá atraído naturalmente por los lugares en los que ciertos habitantes viven y hablan un poco más (y hasta un poco más tarde): el hotel, el billar y las veladas de *whist* y de baile. Y en ellos va a observar sus interacciones «conversacionales». No es, pues, por inadvertencia, según dice Schudson, por lo que se encontrará observando las conductas más impersonales de la isla: es porque ha puesto, a mal tiempo, buena cara. El resto de la vida social se le escapa. De ahí, su radical afirmación al principio del trabajo: «Este no es el estudio *de* una comunidad; es el estudio que se ha

91. M. Schudson: «Embarrassment and Erving Goffman's Idea of Human Nature», *Theory and Society*, 13 (1984), pág. 640.

desarrollado *en* una comunidad⁹²). De hecho, podemos seguir suponiendo, es probable que hubiese querido estudiar una comunidad, como Lloyd Warner le había propuesto. Si no, ¿por qué haber escogido un terreno tan particular? Si desde el principio no se trataba más que de estudiar estructuras de interacción en medio semi-público, ¿por qué no habrían podido servir Chicago o Edimburgo?

De un modo u otro, fracaso compensado o no, la tesis está ahí, y se define en la primera página como «estudio de la interacción conversacional»: «El fin de esta investigación es aislar y fijar las prácticas regulares de lo que se llama la interacción cara a cara⁹³».

En cierto modo, esta proposición no tiene nada de sorprendente. Conocemos su fascinación por Proust y el placer que siente observando las veladas de sus compañeros en Chicago. Sabemos, en un plano más universitario, que ha leído a Simmel a través de las traducciones de K. Wolff⁹⁴ y E. Hughes, que conoce el «interaccionismo simbólico» de Blumer y que su cultura psicoanalítica y antropológica lo ha llevado a interesarse por los hechos microscópicos.

Pero, desde otro punto de vista, su proposición sí es sorprendente. El resto de la introducción explica en principio lo que él rechaza:

Este estudio no se ha hecho para determinar por completo, ni con precisión, la historia de una práctica interaccional, la frecuencia y su lugar de aparición, la función social que cumple, y ni siquiera la variedad de personas entre las cuales se produce⁹⁵.

Goffman elimina de este modo toda la problemática de la interacción, tal como la formulan los psicólogos sociales de los años cincuenta basándose en estudios experimentales sobre los pequeños grupos. Hay que releer estos trabajos, en los que se fragmentaba, contabilizaba y estimaba, en sus «efectos» sobre dos grupos de

92. E. Goffman: *Communication Conduct in an Island Community*, *op. cit.*, pág. 8.

93. E. Goffman: *Communication Conduct in an Island Community*, *op. cit.*, pág. 1.

94. En K. Wolff (comp.): *The Sociology of Georg Simmel* (The Free Press), Nueva York, 1950, págs. 9-10.

95. *Ibid.*, pág. 1.

estudiantes, la «transmisión de mensajes», seguida de distintas «retroacciones»,⁹⁶ para comprender la alusión de Goffman a las «frecuencias» y a las «funciones sociales» de las interacciones. Por lo demás, será menos alusivo posteriormente, cuando explique su método en un artículo vibrante de cólera contra dos colegas que la habían tomado maliciosamente con su libro favorito, *Frame Analysis*. Aunque hayamos de dar un salto adelante de cerca de treinta años, citemos este pasaje, buena aclaración del proyecto que se fija Goffman en su tesis:

Creo que, para estudiar un objeto, hay que empezar por atacarlo frontalmente y considerarlo en su nivel como un sistema en sí mismo. Si bien esta actitud se encuentra en el estructuralismo literario contemporáneo, mi fuente de inspiración en este sentido fue el funcionalismo de Durkheim y de Radcliffe-Brown. Basándome en ellos, traté en mi tesis de considerar la interacción cara a cara como una materia por sí misma y de sacar el término «interacción» del hoyo donde parecían dispuestos a abandonarlo los grandes psicólogos sociales y sus epígonos patentados⁹⁷.

Lo que efectivamente es muy chocante en Goffman, hasta en la manera de expresarse, es la visión de una realidad *sui generis* de la interacción⁹⁸. Mientras que, para los psicólogos sociales, las interacciones son producto de los individuos en grupo, Goffman pretende considerarlas como sistemas autónomos, independientes de los individuos que vienen a actualizarlas. Esta actitud es firme desde la primera página de su tesis:

96. Véase H. J. Leavitt y R. A. H. Mueller: «Some Effects of Feedback on Communication», *Human Relations*, 4, 1951, págs. 401-410. Para obtener una visión de conjunto, hay que recorrer la antología de P. Hare, F. F. Borgatta y R. F. Bales (comps.): *Small Groups: Studies in Social Interaction* (Knopf), Nueva York, 1955, donde se encuentra el texto de Leavitt y Mueller (págs. 414-423). Véase un análisis crítico, más dirigido a la rama «experiencial» de la investigación sobre los pequeños grupos, en K. Back: *Beyond Words: The Story of Sensitivity Training and the Encounter Movement* (Russell Sage), Nueva York, 1972.

97. E. Goffman: «A Reply to Denzin and Keller», *Contemporary Sociology*, vol. 10, núm. 1, 1981, pág. 62.

98. Del mismo modo que la realidad *sui generis* de la sociedad en el pensamiento de Durkheim.

Me interesaban muy particularmente las prácticas sociales cuya explicación y análisis pudieran contribuir a la construcción de una sistemática útil para analizar la interacción en nuestra sociedad. Al hilo del estudio, la interacción conversacional se me ha presentado como algo de orden social. El orden social que se mantenía a través de la conversación parecía estar compuesto de cierto número de cosas: la imbricación de los mensajes de distintos participantes, la gestión por cada uno de éstos de la información que estos mensajes aportan sobre él, la demostración del acuerdo que mantienen los interlocutores, etc.⁹⁹

G. H. Mead había sugerido ya que se reconociese la especificidad de la interacción frente a los individuos que la cumplen¹⁰⁰, pero nunca fue más allá, ni propuso, por una parte, una idea de la interacción como tipo de orden social ni, por otra, un análisis de las ruedas, por tenues que sean, de la mecánica interaccional. Pues bien, esto es lo que Goffman se propondrá hacer: trabajo de ambición increíble. Pero puede comprenderse que, una vez digerida la herencia de Chicago, una vez superada la voluntad de ser simplemente un buen alumno que repite un estudio a lo Warner o a lo Hughes, Goffman se vea libre, libre de utilizar todas las referencias que quiera, libre de inventar su propio vocabulario, libre de crear su sociología. Por esto, quizá, será capital para los años siguientes su travesía del desierto marítimo de las Shetland.

Una vez terminada la presentación de Dixon, Goffman propone su «modelo conceptual», que consiste, en un primer momento, en trasladar al plano de la interacción ocho proposiciones sobre el «orden social». La noción de orden social atraviesa toda la historia de la sociología anglosajona, que habla gravemente de ella como la «pregunta hobbesiana», con lo cual se dota a poca costa de raíces filosóficas. De hecho, el pensamiento nunca llega demasiado lejos: se trata sólo de decir que la sociología trata de contestar a la pregunta de Hobbes sobre la «guerra de todos contra todos». ¿Cómo es que los lobos humanos no se comen entre sí? Porque se lo impide la «coacción social» que, o ejercen unas instituciones externas, o se interioriza bajo la forma de normas morales. Es un re-

99. E. Goffman: *Communication Conduct in an Island Community*. *op. cit.*, págs. 1-2.

100. Esto es, por lo menos, lo que Blumer encuentra en ella y enseña. Véase H. Blumer: *Symbolic Interactionism: Perspective and Method* (Prentice-Hall), Englewood Cliffs, 1969, pág. 7.

sumen tocoso, pero no dejan de resurgir estas mismas ideas, de Spencer a Parsons, pasando por Cooley y Park¹⁰¹. Goffman no cae en esto, pero, ya en su primera nota al pie de página, cita a Parsons y a Chester Barnard. Este es un alto directivo de la firma AT & T, que ha dado a las *business schools* su primer clásico moderno, *The Functions of the Executive*¹⁰². Tanto Parsons como Barnard siguieron en Harvard, a fines de los años veinte, el seminario de un curioso fisiólogo, Lawrence Henderson, que se apasiona por la obra de Vilfredo Pareto¹⁰³. Entre Pareto, Henderson, Barnard, Parsons y, por último, Goffman, hay una coincidencia: la noción de *sistema*, que, ciertamente, no esperó a la «sistemática» (*systemique*, término de moda en Francia desde hace poco) para atraer a muchos teóricos de las ciencias sociales, pero que, por lo mismo, se ha convertido en un coladero conceptual. Goffman no va a dedicarse nunca a definir exactamente lo que entiende por «sistema», ni en su tesis, ni en el resto de su obra, pero esta noción, entendida, como en Parsons, en el sentido de conjunto interdependiente de elementos¹⁰⁴, formará cuerpo con su pensamiento, según explicó él mismo en su respuesta a Denzin y Keller (véase cita *supra*, pág. 55). Después de su tesis, Goffman aludirá mucho menos explícitamente a Parsons (conservando sólo a Durkheim y a Radcliffe-Brown como fuentes reconocidas), pero es indiscutible que, desde 1945, tiene gran do-

101. Para esbozar la historia de la noción de orden social en la sociología anglosajona, se puede partir de «Sociology and the Social Sciences», de Robert Park, texto publicado en 1920 en el *American Journal of Sociology* y que encabeza la antología de Park y Burgers: *Introduction to the Science of Sociology* (University of Chicago Press), Chicago, 1921 y 1970. De ahí, se puede volver, por una parte, a Charles A. Cooley: *Human Nature and the Social Order* (Schocken Books), Nueva York, 1964, con una brillante introducción de Philip Rieff; y, por otra parte, releer las páginas que dedica Parsons a «Hobbes y el problema del orden» en *The Structure of Social Action* (Mac Graw-Hill), Nueva York, 1937, págs. 89-94.

102. Ch. I. Barnard: *The Functions of the Executive* (Harvard University Press), Cambridge, Mass., 1938 y 1968.

103. L. J. Henderson: *Pareto's General Sociology: A Physiologist's Interpretation* (Harvard University Press), Cambridge, 1935.

104. Guy Rocher: *Talcott Parsons et la Sociologie américaine* (PUF), París, 1972, pág. 38: «La noción de sistema implica, para Parsons, la interdependencia de los elementos, que forman un conjunto relacionado en el cual los movimientos y los cambios no pueden producirse de manera desordenada y al azar, sino que son fruto de una interacción compleja, de la que se derivan estructuras y procesos.»

minio de la obra del «incurable teórico» que señorea la sociología estadounidense de los años cincuenta¹⁰⁵. En esta época, era grande en Chicago la oposición a Parsons, mientras que las fuentes europeas de inspiración eran las mismas. Según dirá después otro antiguo alumno de Chicago, M. Janowitz:

Algunos mascarones de proa del Departamento eran personalmente hostiles o desdenosos por su falta de investigación empírica. Louis Wirth era el portavoz más vehemente de una actitud que, por primera vez, descubrió connotaciones antiintelectuales¹⁰⁶.

Janowitz alude, sin duda, a la conferencia de Parsons en Chicago, a fines de los años cuarenta: «Louis Wirth, que lo había presentado, se sentó en primera fila y empezó a revisar su correo», recuerda J. Gusfield¹⁰⁷. Aunque sólo fuese por voluntad de independencia de sus maestros, Goffman muy bien podría haber tomado una postura parsoniana en su tesis, que ya no abandonará.

Entre la noción de «sistema» y la de «orden social», hay, tanto en Parsons como en Goffman, una especie de parentesco. Para Parsons, la sociedad posee sus mecanismos autorregulares, que mantienen el orden: el orden social. Para Goffman, la interacción posee sus mecanismos autorreguladores, que mantienen el orden: el orden de la interacción. Pero estos mecanismos autorreguladores son tan frágiles como el orden que protegen. Tanto para Parsons como para Goffman, el mundo social es precario: nunca tiene garantizado el orden. En el caso de la interacción, los actores harán cualquier cosa por evitar el *embarazo*, la sanción que afecta tanto a las víctimas como a los causantes cuando éstos infringen las reglas, provocando el desorden. Y así, con preferencia a sanciones que podrían precipitar a todos los participantes a una desorganización mayor aún, las víctimas de una ofensa adoptan una actitud indulgente que Goffman llama «compromiso de conveniencias». Según el Webster (*working acceptance*). Por poner un ejemplo que no es de Goffman: si su interlocutor le arroja saliva al hablar, usted hará más bien como si nada. Interrumpirlo bruscamente para decirle

105. Esta expresión es del mismo T. Parsons, en la dedicatoria a su esposa del libro *The Social System* (The Free Press), Nueva York, 1951.

106. M. Janowitz: «Foreword», en R. Faris: *Chicago Sociology 1920-1932*, *op. cit.*, pág. XI.

107. J. Gusfield, «The Scholarly Tension: Graduate Craft and Undergraduate Imagination», *op. cit.*, pág. 7.

que tenga más cuidado sólo provocaría una turbación profunda, que desarticularía toda la interacción. Según dice Goffman: «En general, podemos confiar en una cosa: la gente hará todo lo posible por evitar una 'escena'¹⁰⁸». Pues bien, estas pequeñas ofensas, seguidas de otros tantos perdones superficiales, son permanentes en el curso de una interacción. De ahí la proposición de Goffman: «A veces, es preferible entender la interacción, no como una escena de armonía, sino como un orden que permite librar una guerra fría¹⁰⁹». De esta manera, llega más lejos que Parsons en su respuesta a la pregunta por el orden social. La sociedad no es una guerra de todos contra todos, no porque los hombres vivan en paz, sino porque una guerra franca es demasiado costosa¹¹⁰. Sin embargo, Goffman habla sólo de un tipo de orden social, el que ve en la interacción. Los demás órdenes no son cosa suya, y no tratará de articularlos a aquello que le preocupa¹¹¹.

La interacción a la cual dedica toda su atención es la que llama «conversacional» (*conversationnelle*). El capítulo III, titulado «La Conducta Lingüística», confirma su conocimiento, ya descubierto cuando comentábamos su tesis de licenciatura, de la lingüística social de Sapir, otra obra importante olvidada por el Departamento de Sociología de Chicago, mientras que, como en el caso de Parsons, parecían reunidas todas las condiciones para una síntesis original (incluida, en 1925-1930, la presencia física de Sapir)¹¹². Eve-

108. E. Goffman: *Communication Conduct in an Island Community*, *op. cit.*, pág. 40.

109. *Ibid.*, 40.

110. ¿Habría que relacionar esta idea de la interacción como guerra fría y la preocupación que se siente en el mundo occidental por la guerra fría entre los dos bloques, en el momento en que Goffman está creando su teoría? Quizá sería querer encontrar muy fácilmente un contexto.

111. Planteo una de las cuestiones más difíciles de la exégesis goffmaniana: ¿Cómo considera la relación entre los planos microscópico y macroscópico? Goffman hablará, mucho después, de un «acoplamiento laxo». No reducirá nunca lo macroscópico a lo microscópico —la sociedad no está constituida solamente por interacciones—, pero dejará siempre a otros el cuidado de explorar los demás planos y de articularlos al «orden de la interacción» (por recoger el título de su último texto, en que cita esta cuestión con la mayor lucidez). Véase W. Leeds-Hurwitz: «Goffman et le problème de l'ordre social», relación al coloquio de Cerisy, *Lectures de Goffman en France*, junio 1987.

112. «Es un enigma histórico que la escuela de Chicago no fuese influida por Sapir. En vista de la buena relación de Sapir con los so-

rett Hughes reconocerá más tarde la incapacidad de la sociología interaccionista de Chicago de incorporar empíricamente el lenguaje a sus análisis, mientras «se desgañita proclamando que la sociedad no existe más que en, por y para el lenguaje¹¹³». Al fijarse como objeto el lenguaje según se habla, no según se escribe, es decir, el lenguaje como conducta, no como producto, Goffman prefigura en su tesis el movimiento sociolingüístico que surgirá a comienzos de los años sesenta (con Gumperz, Hymes, etc.)¹¹⁴. Que ya en 1950 se proponga hacer una «etnografía del habla» sorprende tanto más cuanto que la corriente dominante en la época es la llamada lingüística «descriptiva»¹¹⁵, la cual postula que «el texto señala su propia estructura¹¹⁶», idea que no invita a atender a los locutores ni a la situación de interlocución. Más sorprendente aún, todas las rupturas con esta actitud se deberán a lingüistas o dialectólogos. Goffman será el único sociólogo de su generación que lleve tan lejos y tan precozmente el análisis del lenguaje en acto, hasta el punto de que sus primeros artículos y sus primeros libros no descubrirán ya el rastro, como si se hubiese dado cuenta de haber llegado demasiado pronto. Hasta 1964, no volverá explícitamente

ciólogos, el interés por el lenguaje que muestra el trabajo de Robert Park sobre los periódicos estadounidenses en lenguas extranjeras, dentro del interés general de Chicago por la asimilación, y también de la importancia que se concede al lenguaje en la filosofía social de G. H. Mead, es sorprendente que no surgiese en aquel momento una u otra especie de sociolingüística»: S. Murray: *Group Formation in Social Sciences* (Linguistic Research, Inc.), Edmonton, 1983, pág. 79.

113. E. Hughes, en carta del 2-X-1967 a H. D. Duncan, citada por S. Murray, *op. cit.*, pág. 243.

114. Véase, sobre la historia social de la etnografía de la comunicación, S. Murray, *op. cit.*

115. No es posible rehacer aquí la historia social de esta corriente de la lingüística, a la que están asociados los nombres de Bloch, Trager, Smith y Joos. Se puede consultar M. Joos (comp.): *Readings in Linguistics. The Development of Descriptive Linguistics in America, 1925-56* (University of Chicago Press), Chicago, 1957, para obtener una idea de conjunto del movimiento. Es muy valiosa la monografía de D. Hymes y J. Fought: *American Structuralism* (Mouton), La Haya, 1981, aunque el lector termine perdiéndose: tan detallado es el análisis.

116. Frase de Martin Joos, citada por D. Hymes en su artículo «Linguistics: the field», en D. L. Sills (comp.): *International Encyclopedia of the Social Sciences* (Mac Millan), Nueva York, vol. 8, pág. 356.

al análisis sociológico del lenguaje, con un breve artículo titulado «El olvido de la situación¹¹⁷».

Si Goffman se fija como objeto de análisis el lenguaje en acto, no es para limitarlo al lenguaje oral, referencial e intencional. En el capítulo IV de la tesis, trata también de la cuestión de la «conducta expresiva», que el vulgo —y muchos autores— consideran instintiva, espontánea y «reveladora». Apoyándose en un artículo muy conocido de Weston LaBarre, «El fundamento cultural de las emociones y de los gestos¹¹⁸», y, de manera más sorprendente, en *Introduction à la Psychologie Collective* de Charles Blondel¹¹⁹, toma la postura de que todo miembro de un grupo aprende, no sólo a expresar correctamente sus sentimientos, sino también a hacerlo «de manera suficientemente automática e inconsciente¹²⁰». Aunque todos verán reforzado su convencimiento de que las emociones revelan sin artificio el estado psicológico de la persona. Es ésta una manera sutil de zanjar el debate sobre la intencionalidad de las expresiones. Para Goffman, los miembros de una sociedad aplican en cierto modo la norma del «Sé espontáneo». De golpe, el lenguaje oral y el lenguaje no oral se encuentran dentro de una misma entidad, la conducta comunicativa, y de ésta va a tratar. En ello también hay novedad. A comienzos de los años cincuenta, la noción de «comunicación» pasa, del mundo de los ingenieros, al mundo, también experimental, de los psicólogos sociales y de los psicolingüistas¹²¹. No es un término consagrado teóricamente por los sociólogos, aunque uno de los grandes antepasados de la escuela de Chicago, John Dewey, escribiese en 1916 que «la sociedad existe en la comunicación¹²²». Goffman va a sacar la comunicación, a la

117. Texto recogido en la presente obra, págs. 129-134.

118. W. La Barre: «The Cultural Basis of Emotions and Gestures», *Journal of Personality*, XVI, 1947, págs. 49-68.

119. Ch. Blondel: *Introduction à la psychologie collective* (Armand Colin), París, 1927.

120. E. Goffman: *Communication Conduct in an Island Community*, *op. cit.*, pág. 60.

121. Me permito remitir a mi «Présentation générale» de *La Nouvelle Communication* (Seuil), París, 1981-1984, y más particularmente a las páginas dedicadas a la historia de la difusión del modelo «telegráfico» de la comunicación, págs. 17-20.

122. «La sociedad no sólo sigue existiendo por la transmisión, por la comunicación, sino también, puede afirmarse sin temor, en la transmisión, en la comunicación. Hay algo más que un lazo verbal entre las palabras común, comunidad y comunicación»: John Dewey: *Democracy and Education* (Mac Millan), Nueva York, 1916, pág. 5, citado por R. Park y E. Burgess: *Introduction to the Science of Sociology*, *op. cit.*, pág. 36.

vez, de su dulce ronroneo filosófico y de los laboratorios de psicología, para observarla evolucionar al aire libre, vivificador. Si todavía utiliza para hablar un vocabulario procedente de los trabajos experimentales («emisor - mensaje - receptor»), la abrirá a una variedad de dimensiones que los psicólogos se habían guardado muy bien de estudiar. Estos, por ejemplo, no ven en la comunicación sino una transmisión intencional de mensajes orales bien empaquetados (en el vocabulario apropiado, son «unidades discretas»). Goffman, que encuentra una fuente de inspiración muy rica en el libro de Ruesch y Bateson: *Communication: The Social Matrix of Psychiatry*¹²³, empezará dedicando cinco capítulos a la «información sobre sí mismo», sea deliberada o no, de carácter lingüístico o no. Con esta línea de ataque, se halla en un terreno que los psicólogos de la comunicación no habían explorado nunca. Después de haberse preguntado, como hemos visto, por las dimensiones sociales y culturales de la conducta expresiva, Goffman acaba por decirse que esta «expresión» de sí, que se hace «impresión» para el otro (recogiendo los términos de Gustav Ichheiser), es posible manipularla tácticamente, a fin de «desinformar» al interlocutor, el cual puede obrar de manera idéntica, aun interpretando como «claros» o «cifrados» los mensajes que le llegan (Goffman dice que, en esto, recoge los términos de la «criptografía»). Toda interacción llega a ser, así, un juego constante de simulación (de sí) y examen (del otro), que Goffman analiza en varios «niveles de refinamiento»¹²⁴:

- nivel 1: a) A envía un mensaje (oral o no) a B y supone que éste no verá en él más que una información «clara» (espontánea).
 - b) B, por su parte, descifra el mensaje, encontrando que está compuesto de elementos claros y de elementos «cifrados» (no espontáneos), pero supone que A no se dará cuenta de que ha hecho tal descifre.
- nivel 2: a) A descifra el descifre de B y su suposición sobre A. Es el farol del póker: hacer creer que es más ingenuo de lo que en realidad es.

123. J. Ruesch y G. Bateson: *Communication: The Social Matrix of Psychiatry* (Norton), Nueva York, 1951.

124. E. Goffman: *Communication Conduct in an Island Community*, op. cit., págs. 84-85.

- b) B comprende que A ha comprendido, pero hace como si no hubiese comprendido, y reajusta su comportamiento en consecuencia.

La espiral puede seguir así arremolinándose. Y el vértigo que produce nos arrastra al corazón de la doctrina goffmaniana, que tendríamos ganas de llamar «paranoica» si este término no hubiese quedado huero por la extensión que ha sufrido durante los años pasados en el vocabulario semiintelectual.

Llegamos a un momento muy importante de la génesis de la sociología de Goffman, que en trabajos posteriores no revelará tan «espontáneamente» sus fuentes. La interacción se considera como una serie de fingimientos y contrafingimientos entre jugadores profesionales, faroleros en enésimo grado, criptógrafos en el frente de la guerra fría. Sorprendentemente, mientras que todo goffmanólogo, por poco advertido que sea, se dice a sí mismo que estamos aquí en plena repetición de *La presentación de la persona* (1956), no hay ningún rastro de la metáfora teatral en estas páginas de la tesis. De hecho, Goffman no ha cifrado todavía su razonamiento y sus referencias son claras: corresponden con frecuencia a la psiquiatría de orientación psicoanalítica. Pues, ¿qué disciplina, más que el psicoanálisis, se ha preocupado profesionalmente de la categoría que otorgar a esas señales, venidas de fuera, que afloran en el cuerpo y en el razonamiento? El proyecto de Goffman se presenta, así, como una sintomatología social, como una desmedicalización de los síntomas cuyas raíces había hundido Freud en lo inconsciente para no ver sus fundamentos sociales y culturales. Cuando Goffman cita los lapsos freudianos para decir que, «en este juego, quien descubre es mejor a menudo que quien disimula»¹²⁵, dialoga con el psicoanálisis, le reconoce capacidad de revelación, pero pretende sumarle una dimensión sociológica.

Vuelta a la casilla de partida. Lydia Flem preguntaba: «¿Quién, sino él, ha escogido la vida cotidiana como proyecto científico?»¹²⁶ La contestación debida era: Freud. Se podría afirmar también, recogiendo la misma frase de Flem: «Si hay un maestro de lo cotidiano, es, desde luego, Erving Goffman». En realidad, como empieza a dejarlo entrever el comentario de la tesis doctoral de éste, ambos proyectos son semejantes. Goffman dice *social* donde Freud dice *inconsciente*. A veces, estos dos proyectos se superponen. Goffman

125. *Ibid.*, pág. 84.

126. L. Flem: *Freud et ses patients*, op. cit., pág. 13.

considera la presencia del otro, y más aún su mirada de observador, como una «especie de superyó de la comunicación¹²⁷». Tanto en Goffman como en Freud, todo tiene sentido: los gestos, las miradas, las palabras..., sentido social o sentido psíquico. Todo es siempre signo (en Goffman) o síntoma (en Freud).

Remontemos una etapa más. Si hay semejanza de los proyectos intelectuales, hay también semejanza de las trayectorias. Todo ocurre como si su experiencia de judíos emancipados se introdujese en su obra: ya, en Freud, medicalizando los vestigios de la antigua identidad judía, convertidos en síntomas psíquicos; ya, en Goffman, reasumiendo la dimensión social de estos vestigios, reprimidos dentro de un sistema de farol permanente. En la vida de uno y otro, encontramos el mismo ascenso social y la misma desazón. En la obra de uno y otro, encontramos tácticas de adaptación: en Freud, sumir su judeidad en un «proyecto intelectual que supera las categorías habituales» de la religión, de la política y de la historia¹²⁸; en Goffman, objetivar el ascenso social en una obra dedicada —hasta cierto punto— a estudiar «las reglas de urbanidad de los gentiles», por decirlo con palabras de Cuddihy¹²⁹. Desde la tesis doctoral, aparece en Goffman el entusiasmo por los libros de etiqueta, que analiza como otras tantas fuentes de datos. Pero, como hemos señalado arriba a propósito de su memoria de licenciatura sobre las burguesas de Chicago, no podemos por menos de ver, tras este estudio de los libros de normas, la ardorosa voluntad de saber más sobre la cuestión. Algo así como Einstein, que se deleitaba con el libro de saber vivir de Emily Post¹³⁰.

Pero, antes de reanudar el comentario de la tesis, tenemos que detenernos un instante en «Symbols of Class Status», el primer artículo publicado de Goffman, que aparece en 1951 en el venerable *British Journal of Sociology*. Es un original que debió de llevar a su isla, o al menos a Edimburgo, porque señala en nota que leyó

127. E. Goffman: *Communication Conduct in an Island Community*, *op. cit.*, págs. 94-95.

128. L. Flem, *op. cit.*, págs. 130-131, y C. Schorske: *Vienne fin de siècle* (Seuil), París, 1983.

129. J. M. Cuddihy: *The Ordeal of Civility*, *op. cit.*, pág. 29.

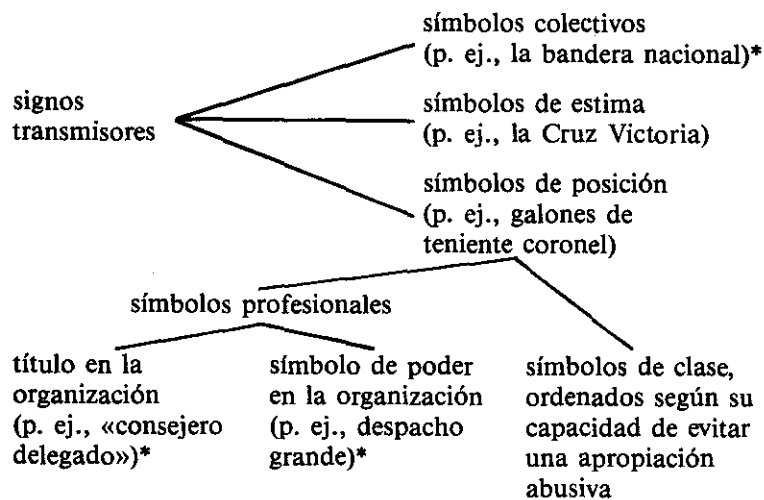
130. Anécdota contada por su huésped estadounidense, Thomas Bucky, y recogida por Cuddihy, *op. cit.*, pág. 233, para sostener la idea de que: «No sólo el genio de Freud, sino el genio de todos los gigantes intelectuales de la diáspora judía, mantienen lazos profundos, si no ocultos, con el ser, consciente y deliberada, pero impotentemente, parias sociales».

una primera versión en 1949 en la Sociedad de Chicago de Investigación Social¹³¹.

Entre las personas citadas en los «Agradecimientos», están —naturalmente— Lloyd Warner, pero también Tom Burns y una mujer, Angélica Choate, cuyo nombre aparece por primera vez en público. Nos la volveremos a encontrar enseguida: Erving Goffman se casará con ella en julio de 1952. Pero sigamos de momento en lo puramente intelectual.

El texto es —todos los exegetas están de acuerdo en ello— un producto warneriano puro. En efecto, en él reconocemos el interés del maestro de Chicago por los índices que permitan «clasificar» a los individuos (en el sentido de atribuirles una posición de clase). Pero la crítica dice con menos frecuencia que el artículo está ordenado como un «goffman verdadero» (en forma de árbol), que sintetiza de manera original una cantidad enorme de obras y, sobre todo, que manifiesta las preocupaciones científicas y personales del joven canadiense por los signos de clase (llamados «símbolos») que se exhiben o se disimulan en el juego interaccional. Quizá no sea ocioso ofrecer, en forma de cuadro «escolar», lo esencial de la exposición de Goffman:

I. Tipos de símbolos



* El asterisco señala que se trata de un ejemplo mío, no de Goffman, que no lo ha puesto del tipo de símbolo en cuestión.

131. La Chicago Society for Social Research es la sociedad erudita de

II. Tipos de restricciones

- 1) restricciones morales
(p. ej., sentido del propio lugar)
- 2) restricciones intrínsecas por sello de rareza
(p. ej., obra maestra en pintura)
- 3) restricciones naturales por escasez de los recursos
(p. ej., los diamantes)
- 4) restricciones sociales
(p. ej., entonación, postura y vestido)
- 5) restricciones culturales
(p. ej., los aprendizajes lentos: idiomas extranjeros, deportes, reserva...)
- 6) restricciones orgánicas
(p. ej., los efectos físicos a largo plazo del trabajo, de la alimentación y del medio ambiente)

III. Tres problemas relacionados con la producción y la apropiación de símbolos de clase

- 1) la desmonetización de los símbolos antiguos y la producción de símbolos nuevos
- 2) la construcción y el mantenimiento de la maquinaria de clasificación social por grupos de «cuidadores» (decoradores de interior, estilistas, etc.)
- 3) la circulación de los símbolos de una clase social a otra, con la consecuencia de ser una la clase ostentada y, otra, la clase efectiva.

Goffman termina su texto señalando el interés que tendría estudiar empíricamente la «carrera social» de algunos símbolos de clase, por ejemplo, en materia de gustos musicales¹³².

los estudiantes de Ciencias Sociales de la Universidad de Chicago, que organizan en ella una reunión anual para probar sus primeros trabajos ante condiscípulos y profesores. Desgraciadamente, no tengo la versión original de la relación que hizo en ella Goffman en 1949. Debo contentarme con la versión definitiva de 1951: «Symbols of Class Status», *The British Journal of Sociology*, II, 1951, págs. 294-304.

132. La expresión «carrera social» ha conocido una larga... carrera sociológica dentro de la escuela de Chicago. Goffman, con toda seguridad, la toma de Hughes y de sus estudios sobre las ocupaciones. La desarrollará posteriormente en *Internados* (1961), hablando de la «carrera moral del enfermo mental». Véase el artículo inédito de M. Rosenbaum y B. Rosenblum: «A Histo-biography of the Concept of Career in Sociology», s.a.

Ciertamente, no es fortuita la comparación, que nos viene enseguida a la mente, entre este programático y *La Distinction* de Pierre Bourdieu¹³³. Porque Bourdieu muestra claramente que la apropiación y la ansiosa defensa de «cualidades distintivas» (que Goffman llama «símbolos de posición de clase») son propias, en particular, de las clases medias:

Su afán de parecer origina su *pretensión*, disposición permanente a esa especie de farol, o de usurpación de identidad social, que consiste en anteponer, al ser, el parecer¹³⁴.

Pues bien, Goffman hace justo de este farol el principio de toda la vida social. Para él, los símbolos de posición de clase no son solamente índices para sociólogos warnerianos que traten de reconstruir objetivamente la estructura social: son también, si no ante todo, fines de «estrategias individuales, clasificadas y clasificantes, por medio de las cuales los agentes se clasifican a sí mismos y a los demás», por recoger otra frase de Bourdieu¹³⁵. Incorporándose así, siguiendo a Bourdieu, a la corriente de las «teorías subjetivistas» que entienden el mundo social, del mismo modo que los miembros de la pequeña burguesía, «como voluntad y como representación» (Schopenhauer), Goffman proyecta a su teoría de lo social su propia ansiedad de actor en tránsito. El sujeto goffmaniano, «acosoado por la mirada de los demás¹³⁶», está «en guardia casi constantemente¹³⁷». ¿Habrà que hacer, pues, de Goffman el primero y el perfecto sujeto goffmaniano? Hallaremos la contestación, a la vez, en su tesis doctoral y en su vida.

Después de calificar la interacción conversacional como un «juego de dominio de la información», basado en el modelo de la guerra fría, Goffman parece dar marcha atrás, como si de pronto se hubiese dado cuenta de la sorda violencia de sus palabras. Justo al final del capítulo VII, el último dedicado a «La información sobre sí mismo», en menos de dos páginas ofrece la sinopsis de una idea muy distinta de la vida social, tan tranquila y tan pacífica que

133. P. Bourdieu: *La Distinction. Critique sociale du jugement* (Minuit), París, 1979.

134. *Ibid.*, págs. 282-283.

135. *Ibid.*, pág. 563.

136. *Ibid.*, pág. 283.

137. E. Goffman: *Communication Conduct in an Island Community*, *op. cit.*, pág. 103.

parece extrañamente poética. Es la que desarrollará plenamente años después en un artículo titulado «Qué son la deferencia y la compostura¹³⁸». Toda interacción llega a ser una ceremonia ritual en que unos sacerdotes sirven a sus dioses:

Estos actos de culto manifiestan nuestra adoración, o nuestro temor, o nuestro odio, y reafirman periódicamente al ídolo que perseveramos en su fe y que merecemos seguir recibiendo sus favores¹³⁹.

La imagen es preciosa, lo mismo que su formulación. Pero la dimensión metafórica del modelo que Goffman propone aparentemente de sopetón podría anular su importancia teórica. Al indicar que lo cotidiano puede interpretarse como un conjunto de hechos sagrados, se procura los medios para establecer una relación esencial entre la macroestructura social y la microestructura interaccional: ésta es una celebración de aquélla, como lo que decía Durkheim de las ceremonias religiosas en *Les Formes Élémentaires de la Vie Religieuse*, libro en el que Goffman reconoce inspirarse. Para Durkheim, las manifestaciones rituales de los aborígenes australianos fundaban simbólicamente su sociedad. Para Goffman, los «ritos de interacción» son otras tantas ocasiones de afinar el orden moral y social¹⁴⁰. Y dirá esto: «Los que a veces llamamos gestos vacuos quizá sean, en realidad, los más plenos de todos¹⁴¹».

En dos páginas de tesis y, algo después, en cuarenta páginas de artículo, Goffman se incluye en la tendencia intelectual de la antropología social británica, se aparta de la corriente interaccionista en que siempre quieren verlo y borra las pistas de sus ideas generales. Expliquémonos:

Lo acerca a la antropología británica la importancia que concede a la noción de *ritual secular*¹⁴². Trátese de Leach mostrando

138. E. Goffman: «The Nature of Deference and Demeanour», *American Anthropologist*, vol. 58, junio 1956, págs. 473-502. Texto recogido en *Interaction Ritual* (1967).

139. E. Goffman: *Communication Conduct in an Island Community*, *op. cit.*, pág. 104.

140. E. Goffman: *Les Rites d'interaction* (Minuit), París, 1974, pág. 80.

141. *Ibid.*, pág. 81.

142. Se alude a la obra de S. Moore y B. Myerhoff (comps.): *Secular Ritual* (Van Gorcum), Assen, 1977, que es algo así como el término de esta línea de pensamiento, puesto que en ella encontramos a Max Gluckman, Victor Turner, Jack Goody y muchos folkloristas americanos intelectualmente próximos a ellos. Este libro es resultado de un coloquio organizado en Burg Wartenstein en 1974, en el que, desde luego, participó Erving Goffman. Todo concuerda.

en *Les Systèmes Politiques des hautes terres de Birmanie* (1954) que el ritual pertenece a la vida cotidiana y no puede limitarse a los textos sagrados¹⁴³, o de Gluckman reconstruyendo los «ritos de transición» de Van Gennep en *Essays on the Ritual of Social Relations*¹⁴⁴, encontramos la misma idea-fuerza: hay que abrir la noción de ritual a otros referentes aparte de las ceremonias religiosas, hay que extenderla al conjunto de las celebraciones seculares (desde los banquetes de aniversario hasta los encuentros deportivos); hay que revisar, por lo mismo, la extensión del ámbito «sagrado». No hay duda de que Goffman va más lejos al postular que «el ídolo es a la persona lo que el rito es a la etiqueta¹⁴⁵», con lo que hace coextensivos los terrenos de lo profano y de lo sagrado. Tampoco hay duda de que, al mismo tiempo, es menos coherente, al yuxtaponer varios modelos de análisis, sin dar nunca prioridad al modelo ritual. Pero una cosa es cierta: no le va nada el «interaccionismo simbólico» que muchos críticos querrán endilgarle. El instituir al otro como objeto sagrado al que debe tratarse con respeto no es idea que proceda de G. H. Mead ni de H. Blumer¹⁴⁶, en este sentido, Goffman distingue entre *tomar* en consideración la acción del otro (es el famoso *looking glass self* del interaccionismo) y *dar* su consideración a la acción del otro¹⁴⁷.

Insistiendo de este modo en el respeto que se manifiestan mutuamente los actores, Goffman hace dudar de la imagen «paranoica» que se desprende de la lectura de la primera parte de la tesis. En estas ofrendas a los dioses que somos nosotros, hay cierta gran-

143. Para seguir reforzando la idea de que la noción de rito en Leach está relacionada con la de Goffman, debe leerse el artículo que este dedica a «ritual» en la *International Encyclopedia of the Social Sciences* (The Free Press), Nueva York, 1968, vol. 13, págs. 520-526: «Nuestras relaciones cotidianas dependen de un conocimiento mutuo y de una aceptación mutua de que, en todo momento, cualquier par de individuos ocupa puestos distintos en una red complejísima de relaciones de posición. Los ritos sirven para reafirmar lo que son estas diferencias de posición» (pág. 524).

144. M. Gluckman: *Essays on the Ritual of Social Relations* (Manchester University Press), Manchester, 1962. Véase sobre todo «Los Ritos de Transición», págs. 1-52.

145. E. Goffman: *Communication Conduct in an Island Community*, *op. cit.*, pág. 104.

146. En este punto, y en otros muchos, estoy de acuerdo con R. Collins: «The Passing of Intellectual Generations...», *op. cit.*

147. E. Goffman: *Communication Conduct in an Island Community*, *op. cit.*, pág. 103; y *Les Rites d'interaction*, *op. cit.*, pág. 75.

deza, si no cierta generosidad... ¿Habrán, entonces, dos «sujetos goffmanianos»?

La respuesta aparece poco a poco durante la segunda parte de la tesis, titulada «Las unidades concretas de la comunicación conversacional». En diez capítulos, Goffman ofrece un ensayo general del libro que publicará..., en 1981, *Forms of Talk*¹⁴⁸. Examina todas las sutilezas del sistema interaccional constituido por dos o varias personas que charlan. Sirviéndose de ejemplos sacados de sus observaciones de la vida social de la isla, y de conceptos compuestos, más a menudo, con el material de los términos vulgares, escribe sobre el habla como nadie lo había hecho antes que él..., a excepción, quizá, de Simmel (a quien, por lo demás, cita acá y allá)¹⁴⁹. De paso, va tomando cada vez más amplitud un tema: el de la «presencia», no sólo física, sino también psicológica, que exige la participación en la interacción, con su corolario, el de la «ausencia», que hay que tratar de disimular o, más infrecuentemente, manifestar (en el caso en que hay que quitar importancia a una presencia física inevitable). Goffman habla de esto estudiando (en el capítulo X) la participación, «acreditada» o no, en la interacción, observando el dominio del amodorramiento (capítulo XI), estableciendo las formas de exclusión de la interacción (capítulo XVI) y recogiendo de *Balinese Character*, de Bateson y Mead, el término «fuera» (*away*) para calificar el retrato psicológico que ofrecen ciertos actores, aun estando aparentemente presentes (capítulo XVII).

La tercera y última parte de la tesis se dedica por entero a esta «inmersión» en la interacción. El título que le da es significativo: «cambio eufórico y disfórico».

La interacción eufórica es la que «funciona bien», la que no arroja ninguna nota falsa. No se trata de implicarse en una beatería de la interacción: si uno de los participantes está «demasiado metido» en ella y se excita, habrá nota falsa (y disforia); por tanto, hay que conservar siempre pleno dominio de sí mismo. Es lo que Goffman llama el «Pasa tú primero, Alfonso», o continente (*poise*). Pero si las reglas del tacto se exageran, la discreción puede adquirir tanta importancia que volverá a aparecer la disforia. La implicación es, pues, una dosificación muy sutil de espontaneidad y

cálculo, «una ligera infracción de las reglas del tacto», dice Goffman en el capítulo XIX¹⁵⁰.

La noción de implicación aparece, así, como una de las claves de la tesis de Goffman..., y de su obra siguiente¹⁵¹. Por una parte, permite comprender que el sujeto goffmaniano calculador, aparecido en la primera parte de la tesis (y que no dejará de resurgir posteriormente en la obra), no se opone al sujeto goffmaniano divinizado que aparece en la segunda parte. Para que una interacción se logre, tienen que fundirse las actitudes que representan estos dos modelos: la treta y la deferencia. La treta sin deferencia y la deferencia sin treta no lograrán más que la disforia, el fracaso de la interacción. El sujeto goffmaniano es un Jano bifronte, como la imagen de la Prudencia...

Por otra parte, la noción de implicación hace que surja el concepto goffmaniano del yo (*self*). Este se considera como una «proyección» a la situación de la imagen que unos creen que los otros quieren dar; sutil postura que Goffman elabora en los capítulos XXII y XXIII. No dice (o sólo de un modo abreviado) que A quiera proyectar cierta imagen de sí mismo en los demás. Tampoco dice que A interprete un papel preestablecido que no tenga más que representar (como en el teatro). Al contrario, explica un yo fundamentalmente situacional, creado por la implicación en la interacción. Cuando A se presenta ante B, B estima «que él (A) ha proyectado a la situación un supuesto sobre la manera como estima debe ser tratado y, por tanto, una idea de sí mismo¹⁵²». El yo de A es, pues, el que B cree que A proyecta a B. Y viceversa. Tanto, que A y B obrarán según cuál crean es la identidad deseada del otro. Para ilustrar a contrario su idea del «yo proyectado», Goffman expone, en una docena de páginas prietas, situaciones arruinadas

150. E. Goffman: *Communication Conduct in an Island Community*, op. cit., pág. 257.

151. El artículo «Le détachement» (escrito en 1957), que aparece en *Les Rites d'interaction* (págs. 101-120), el capítulo III de *Behavior in Public Places* (1963), titulado «Engagement» (recogido en Y. Winkin, comp.: *La Nouvelle Communication*, op. cit., págs. 267-278), la noción de «desatención cortés» (llamada todavía en la tesis «cierre efectivo»), que atraviesa *Relaciones en público* (1971), y el capítulo sobre las «rupturas de marco» en *Frame Analysis* (1974), son otras tantas continuaciones y ampliaciones de la noción de implicación.

152. E. Goffman: *Communication Conduct in an Island Community*, op. cit., pág. 300.

148. E. Goffman: *Forms of Talk* (University of Pennsylvania Press), Filadelfia, 1981.

149. Tarde escribí páginas muy originales sobre la conversación (extractos en *Sociétés*, núm. 14, junio 1987, págs. 3-5), pero sin incorporarles datos recogidos sistemáticamente, como hará Goffman.

por una torpeza, una falta pretenciosa o una «profanación ritual». Se ve bien que se ha deleitado observándolas, coleccionándolas y explicándolas. Trátese del pastor, que, dominado por su carcajada, da una palmadita en el trasero a la esposa del doctor Wren; de la madre soltera que se casa de blanco, o del cocinero del hotel, que persigue a las camareras tratando de meterles un filete crudo por el cuello, vemos aparecer el mismo fenómeno: una discordancia entre el yo deseable que se proyecta a la interacción y un yo embarazoso que uno u otro de los participantes había tratado de disimular.

Lo chocante en estas anécdotas de Goffman es la importancia de las «microluchas de clases». La mayoría de los incidentes relatados enfrentan a representantes de la nobleza y de las clases medias ascendentes, o de las clases medias y de las clases populares. Cuando unos imitan el comportamiento de los otros, se cometen pifias que devuelven a cada uno a su lugar. Como si Goffman, una vez más, proyectase su experiencia personal a su teoría de lo social; como si ésta exigiese, ante todo, el respeto del orden social mediante el cumplimiento eufórico del orden de la interacción.

Aquí se cierra el anillo. El último capítulo de la tesis se titula «El orden de la interacción», como el primer capítulo y como el artículo que Goffman escribirá en 1982, en su calidad de presidente de la Asociación Estadounidense de Sociología¹⁵³. El orden de la interacción es el orden social en el plano de la interacción. Como en la vida económica y en la vida política, de las que no quiere ocuparse, la vida comunicativa se basa en normas que permiten cierta regularidad en las interacciones. Vemos, pues, abrirse paso aquí el entusiasmo de Goffman, que ya nunca perderá, por la mecánica interaccional: extraordinariamente compleja, a la vez frágil y resistente, conocida de nadie y entendida por todos (aludiendo a la famosa frase de Sapir), tan profundamente encarnada que sólo se muestra bajo los rasgos de la espontaneidad individual.

Goffman abandona Dixon en mayo de 1951 y, para redactar su tesis, como si quisiera ofrecerse un buen desquite por su falta de vida urbana de 1949 a 1951, se instala en París. Se enamora de la capital francesa, de la cual dirá que es «el único rincón donde se puede escribir». Su asimilación de Sartre quizá date de esta época, que coincide con el apogeo del existencialismo¹⁵⁴.

153. Este texto se recoge en la presente obra, págs. 169-205.

154. Según Dean Mac Cannell, las referencias directas de Goffman a la obra de Sartre son cinco veces más numerosas que las que hace a las autoridades sociológicas tradicionales (Marx, Weber, Durkheim y Simmel). Véase su art.: «Erving Goffman (1922-1982), *Semiótica*, 45, 1/2, 1983, págs. 1-33.

Cuando por fin regresa a Chicago, a fines de 1951, o principios de 1952, descubre un Departamento en plena crisis. Wirth ha muerto, víctima de un ataque al corazón. Ogburn y Faris se jubilan. Blumer deja Chicago por Berkeley. Sólo quedan Burgess, Warner y Hughes. Es el trágico final de la «escuela». Las redes de antiguos alumnos de Chicago, que antes colocaban de un telefonazo a los recién diplomados por todo el país, resultan menos eficaces. Así, seguramente más por despecho que por verdadera necesidad económica, Goffman va un día a ver al viejo Burgess y le pide un empleo de vigilante nocturno.

Pero no se ha perdido todo: en julio de 1952 se casa con Angelica Schuyler Choate, a quien todos sus amigos llaman «Sky». Nació el 1 de enero de 1929 en Boston, dentro de una de esas grandes familias patricias de la ciudad a las que llaman «los brahmanes», en alusión irónica a la casta superior hindú¹⁵⁵. Para los brahmanes, los Kennedy son plebeyos advenedizos. Por cierto que John Kennedy y sus hermanos pasaron por la Choate School, una encoquetada escuela preparatoria fundada por uno de los abuelos de Angelica. Esto nos aclara las circunstancias. La familia Choate cuenta igualmente con un senador, que fue asesor jurídico de varios presidentes, y un embajador en Londres. El padre de Angelica es director del poderoso *Boston Herald*. De ahí, la duda: ¿Cómo se sentirá Goffman dentro de esta «casta»?

La historia cuenta solamente que Angelica estudia en la Universidad de Chicago y prepara una licenciatura sobre la «personalidad de las mujeres de la clase superior». Reconocemos las preocupaciones psico-culturales de Lloyd Warner y, más precisamente, el tema de la memoria de licenciatura de Goffman. Si se trata, pues, de una lisa y llana compatibilidad de caracteres, no por ello dejaría de resultar increíble en cualquier relato que no fuese una biografía. Lo sorprendente no es tanto que un hijo de inmigrante judío se case con la hija de un burgués protestante, como que un joven sociólogo pase tan de lleno a la acción: dedica sus primeros años a observar y clasificar los «símbolos de posición», los signos de clase y los modos de vida de los intelectuales burgueses..., y después se casa con una de ellos, y no con la primera que llega. Como si su obra programase su vida, como si su vida escribiese su obra.

En el momento en que la hipótesis de principio —la obra de

155. Sobre los «brahmanes» de Boston, empieza ya a resultar clásica la obra de Digby Baltzell: *Puritan Boston and Quaker Philadelphi*a (The Free Press), Nueva York, 1979.

Goffman es una autobiografía— parece encontrar su confirmación más clara, hay que recordar una perogrullada esencial: no es más que una hipótesis, es decir, una «conjetura relativa a la posibilidad de un suceso» (Robert). Hay que luchar sin fatiga contra la «ilusión biográfica», por recoger el título de un breve, pero importante artículo de Bourdieu¹⁵⁶, que consiste en ver en una vida, forzosa-mente reconstruida *a posteriori*, el cumplimiento de un proyecto inicial, cuyas etapas (los «sucesos» que se consideran significativos, como el matrimonio) se ordenan de manera lógica, llevando cada una a la siguiente. Para preservar el comentario sociológico, hay que situarlo en un plano lógico diferente al de su objeto. Una vida, con sus miríadas de sucesos fortuitos, incoherentes, sin relación de causa a efecto, no puede confundirse con la descripción de una trayectoria en el espacio social, aun si el trabajo sociológico toma a veces las formas del relato biográfico para hacerse más legible.

Por tanto, no debe verse sentido peyorativo alguno en la expresión sociológica de «estrategia matrimonial», que emplearemos para sintetizar el análisis de la carrera de Goffman. Tomada, naturalmente, de Bourdieu, esta expresión trata de hacer comprender que el matrimonio es la aplicación, más allá del cálculo y más acá del programa inconsciente, de un conjunto de planes profundamente interiorizados que llevan a «dar golpes», como un buen jugador, que obra primero y piensa después¹⁵⁷.

156. P. Bourdieu: «L'illusion biographique», *Actes de la recherche en sciences sociales*, núm. 62/63, 1986, págs. 69-72.

157. «Las estrategias matrimoniales son consecuencia, no de la obediencia a la regla, sino del sentido del juego que lleva a “elegir” el mejor partido posible según las cartas que se tengan, es decir, los triunfos o las malas cartas (especialmente, las chicas) y la propia habilidad. La regla explícita del juego —por ejemplo, las prohibiciones o las preferencias en materia de parentesco, o las leyes de sucesión— establece el valor de las cartas (chicos y chicas, primogénitos y benjamines)»: P. Bourdieu: «De la règle aux stratégies. Entretien avec Pierre Lamaison», *Terrains*, núm. 4, marzo 1985, pág. 95. Para comprender mejor la noción, falsamente simple, de estrategia en Bourdieu, hay que partir de «Célibat et condition paysanne», *Études rurales*, núm. 5-6, 1962, 32-135, para llegar a la entrevista citada arriba, pasando por «Les stratégies matrimoniales dans le système de reproduction», *Annales*, núm. 4-5, 1972, págs. 1.105-1.125; y «Avenir de classe et causalité du probable», *Revue française de sociologie*, XV, 1974, págs. 3-42. Son también muy útiles *Esquisse d'une théorie de la pratique* (Droz), Ginebra, 1972, especialmente págs. 174-189; y *Le Sens pratique* (Minit), París, 1980, esp. págs. 87-109.

Así, podemos afirmar que Goffman no es, ni un calculador cínico, ni un ser prisionero de su destino, cuando asciende al seno de la burguesía liberal «occidental» a través de un matrimonio *gentil*. Todo su carácter de hijo de inmigrante judío lo empuja a salir de su condición real: sus intereses intelectuales, según hemos visto, son como una tentativa de dominar simbólicamente un mundo social lejano, pero deseable; sus intereses matrimoniales pertenecen a la misma clase de comportamientos. Son consecuencia de este mismo carácter. La conjunción entre su hábito intelectual de primera generación y la situación al alcance de la mano (una mujer con las mismas inclinaciones intelectuales que él y, a la vez, las cualidades sociales a las que él aspira) impone, como consecuencia, una alianza, por una especie de necesidad social. Esta alianza se impone con la misma radicalidad que la opuesta, el casamiento con una joven, de los mismos valores sociales y étnicos que él.

Escenario: una cálida jornada de la primavera de 1953 en la Universidad de Chicago. Acción: una defensa de tesis doctoral. Diez profesores de Sociología contra un doctorando coriáceo. Los movimientos del juego son, naturalmente, el ataque y el contraataque. Sea cual fuere la calidad de la tesis, la tradición exige críticas agresivas, no sólo por parte del tribunal, sino también de sus compañeros, autorizados a preguntar. Hermosísimo espectáculo universitario, que viene en línea recta de la Edad Media.

En el caso presente, además del rito, se respira afán de venganza. Los dos mentores de Goffman, Lloyd Warner y Everett Hughes, tienen la impresión de haber sido traicionados: no se reconocen en la tesis, por motivos diferentes. Uno quería leer la monografía de una pequeña comunidad; el otro no ha comprendido todavía a dónde quiere llegar Goffman, con su manera de enterrar los datos bajo una masa de nociones generales. Uno y otro piensan en «relaciones sociales», mientras que Goffman no para de hablar de «comunicación». Para ellos, eso es vana verborrea. En resumen, le llueven copiosamente las preguntas. Pero Goffman mantiene un perfecto dominio. Tanto, que, cuando una gota de sudor le cae lentamente de la frente a la punta de la nariz, no se mueve, concentrado en la contestación que da a sus jueces¹⁵⁸.

Y Goffman, por fin, recibe el grado de doctor en Sociología. Pero, al contrario que la mayoría de sus discípulos, no tratará de entrar en la docencia lo más pronto posible. Tiene la posibili-

158. Detalle contado por Anselm Strauss, en carta a Y. W. (13 octubre 1985).

dad económica de esperar a que se presente un buen empleo. Así, seguirá en Chicago. Primero, trabaja para la empresa de ciencias sociales aplicadas de Warner. Gracias a un contrato con el Instituto Estadounidense del Petróleo, lleva a cabo una investigación sobre el oficio de gerente de gasolinera¹⁵⁹. Lo asocian después a proyectos de investigación de sociología «pura». Pero, sobre todo, empieza a revisar su tesis para publicarla en forma de artículos y libros. Es la tarea debida de cualquier investigador que quiera hacer carrera rápidamente: darse a conocer.

El golpe siguiente es menos corriente en el oficio: decide ir a vivir con los locos del hospital Sainte-Elizabeth de Washington. Ocurrir que, a mediados de los años cincuenta, un organismo gubernamental, el Instituto Nacional de Sanidad Mental, resuelve conceder cuantiosos subsidios a las ciencias humanas para que contribuyan a aumentar la comprensión de la relación entre la vida social y la «salud mental». Entonces, hay más de medio millón de enfermos mentales hospitalizados en Estados Unidos, cantidad que se incrementa constantemente¹⁶⁰. De modo que las autoridades gubernamentales están dispuestas a probarlo todo para detener esta espiral. El Instituto encarga a un sociólogo, John Clausen, organizar un «laboratorio de estudios socio-ambientales», para el cual podrá contratar a unos cuantos investigadores. David Riesman, entonces en la cumbre de su fama por su libro *La muchedumbre solitaria*, le señala la existencia de Goffman, «el joven más inteligente que he conocido en mi vida¹⁶¹». Clausen puede permitirse no vacilar: toma el avión para Chicago, entrevista a Goffman y lo contrata sobre la base de la idea que él le expone: un enfoque «desde dentro» de la vida hospitalaria. Dicho en plata, Goffman quiere hacerse el loco, del mismo modo que otros se hacen chambulis:

Yo creía, y sigo creyendo, que no hay grupo —trátese de presos, de primitivos, de dotaciones de buques o de enfermos— en el que no

159. «The Service Station Dealer: The Man and His Work» (Social Research Incorporated), Chicago, 1952. No publicado nunca, este estudio se encuentra aquí y allá en el primer libro de Goffman: *La presentación de la persona* (1956-1959).

160. Cantidades que indican Fr. Castel, R. Castel y A. Lovell: *La Société psychiatrique avancée. Le modèle américain* (Grasset), París, 1979, págs. 101 y 109.

161. Según una entrevista con John Clausen (4 mayo 1987).

se desarrolle una vida propia, que se hace significativa, sensata y normal en cuanto se la conoce desde dentro¹⁶².

Esta idea de que el enfermo mental tiene una vida propia, «normal», aunque diferente, que debe comprenderse en su lógica propia, está «en el ambiente» desde hace unos años¹⁶³. Unos observadores acaban de ir a verla más de cerca¹⁶⁴. Y un doctorando en Antropología, William Caudill, incluso se ha hecho pasar un momento por paciente, para gran escándalo del personal..., y de Margaret Mead, que califica de «criminal» la empresa¹⁶⁵.

Goffman no atiende a estas objeciones. En el verano de 1954, Erving, «Sky» y Tom, su hijo muy pequeño, dejan Chicago y se instalan en Bethesda, en los alrededores de Washington. Durante dos meses, a espaldas del patrono, pero con el acuerdo tácito de algunos responsables, va a vivir en un pequeño manicomio experimental, «comiendo y tratando con los enfermos de día y durmiendo a veces en el lugar», como él mismo explicará después¹⁶⁶.

En 1955, se mete en la fosa. Entra por un año en Santa Isabel, enorme manicomio de más de siete mil camas:

Oficialmente, yo era asistente del director y, cuando me preguntaban los verdaderos motivos de mi presencia, no disimulaba que había ido a estudiar la vida de la comunidad y la organización del asueto. Así, pasando mi tiempo con los enfermos, evitaba entrar en relación con el personal hospitalario y mostrarme con las llaves del estableci-

162. E. Goffman: *Asiles* (Minuit), París, pág. 37.

163. Véase Fr. Castel, R. Castel y A. Lovell, *op. cit.*, y R. Castel: «L'institution psychiatrique en question», *Revue française de sociologie*, XII, 1971, págs. 57-92.

164. Véase A. Stanton y M. S. Schwartz: *The Mental Hospital* (Basic Books), Nueva York, 1954. Véase también I. Belknap: *Human Problems of a State Mental Hospital* (McGraw-Hill), Nueva York, 1956, que Goffman reseñará en *Administrative Science Quarterly*, vol. 2, núm. 1, junio 1957, págs. 120-121.

165. W. Caudill: *The Psychiatric Hospital as a Small Society* (Harvard University Press), Cambridge, 1958.

166. Parte de los datos utilizados en el artículo «La tenue et la déférence» (recogido en *Les Rites d'interaction*, Minuit, París, 1974, pero publicado primeramente en 1956) proceden de esta investigación. Goffman lo explica en una nota, págs. 43-45.

miento. Yo no pernoctaba en las salas, y la dirección del manicomio estaba al tanto de mis planes¹⁶⁷.

Esto es lo que Goffman precisa en el prólogo de *Internados*, el libro que publicará en 1961 basado en su experiencia de 1955-1956. En efecto, a menudo hará que lo encierren de noche en el manicomio para vivir plenamente la institución que él llamará *total* (o totalitaria). No es que trate de engañar deliberadamente al personal ni a los pacientes sobre su estado: como explica en el prólogo, no disimula que no es uno de los enfermos. Pero no viste la bata blanca del personal, sino camiseta, vaqueros y botas deportivas. De este modo, deja en el aire cierta ambigüedad, sobre todo, cuando se quita las botas. «Me vestí como un paciente, comí con ellos y traté con ellos», dirá después¹⁶⁸. Así, durante un año irá de un pabellón a otro, sin más fin concreto que «estudiar lo más detalladamente posible la manera como el enfermo vivía subjetivamente sus relaciones con el medio hospitalario¹⁶⁹».

En cierto modo, sigue el procedimiento que empleó para su tesis doctoral: vivir dentro de una comunidad, al paso de los sucesos cotidianos. Pero el informe que hace esta vez es mucho más trágico. Es muy verosímil que saliese conmovido de su año en Sainte-Elizabeth. Su sentimiento se manifestará bajo la forma de una rabia fría, frecuentemente con los caracteres de un juicio en el que se mezclan el humor negro, la crítica social y la teoría sociológica. Así, Ray Birdwhistell, su antiguo profesor de Toronto, lo invita en octubre de 1956 a exponer sus datos a un grupo muy selecto que se reúne todos los años en Princeton bajo los auspicios de la Fundación Macy para hablar de los «procesos de grupo». Es la crema de la psiquiatría y de las ciencias sociales, desde Gregory Bateson hasta Margaret Mead. La foto que conservan las actas de la reunión muestra un Goffman nada forzado, de chaqueta, pajarita y pañuelo y con rostro ligeramente burlón. El pie no dice si la foto se hizo antes o después de la trifulca.

Porque hubo trifulca... De palabra, se entiende: estamos entre gente bien. Pero asombra la violencia de las palabras, sobre todo,

167. E. Goffman: *Asiles*, *op. cit.*, pág. 37.

168. E. Goffman: «Interpersonal Persuasion», en B. Schaffner (comp.): *Group Processes, Transactions of the Third Conference* (7-10 octubre 1956), Josiah Macy, Jr. Foundation, Nueva York, 1957, pág. 135. Se hallan extractos de esta intervención en el texto 3 de la presente obra, págs. 107-128.

169. E. Goffman: *Asiles*, *op. cit.*, pág. 37.

tratándose de una asamblea erudita norteamericana (todo investigador europeo que asiste por primera vez a un coloquio en Estados Unidos queda estupefacto por la insulsez de la conversación). Goffman quiere considerar como un «ciclo metabólico» el proceso por el cual el enfermo entra en el hospital, lo tratan y sale¹⁷⁰. Desde un punto de vista conceptual, considera así la institución como un sistema en equilibrio. Por lo demás, alude a Von Bertalanffy en el curso de su exposición. Pero la analogía metabólica implica también que los pacientes sean considerados *in fine* como desechos excretados por el sistema. Goffman habla, efectivamente, en estos duros términos y, en la transcripción de su exposición oral, sentimos toda su indignación ante esta monstruosa trituradora de hombres que es la institución psiquiátrica de los años cincuenta en Estados Unidos. De hecho, recobra entonces todo el sentido moral de Hughes y de la escuela de Chicago, aunque expresado con tal pudor que parece cinismo. Goffman se las da de duro, desde luego¹⁷¹.

Esto es lo que no comprenden los psiquiatras ni Margaret Mead, al contrario que Bateson. Ante los «desechos», reaccionan con fuerza, obligando a Goffman a retractarse. Lo cierto es que éste, por momentos, es de mala fe, bordeando un poco los escollos. Pero su línea de conducta fundamental sigue siendo fiel a sí misma: es preciso denunciar la arbitrariedad de los métodos de internamiento y la violencia suave del manicomio.

Su hostilidad a la psiquiatría institucional se refuerza por una tragedia personal: la salud psicológica de su esposa es vacilante. La sucesión de estupores y exaltaciones exige un entorno psiquiátrico que Erving acepta mal. En este contexto familiar escribirá *Internados*.

En 1956, publica de manera casi confidencial una primera versión de *La presentación de la persona*. La edita el Centro de Investigaciones de Ciencias Sociales de la Universidad de Edimburgo, que ciertamente está lejos de ser una casa comercial. Pero se mandan unos cuantos ejemplares a Estados Unidos, donde, por su misma escasez, empiezan a rodear a Goffman de un aura algo misteriosa. La obra está lejos de ser un simple refrito de la tesis. Tampoco se trata ya apenas de la isla de las Shetland. Los datos recogidos en

170. E. Goffman: «Interpersonal Persuasion», *op. cit.*, pág. 117.

171. No resistimos la tentación de contar la anécdota siguiente, que descubre todo el sentimiento de Goffman a la noticia del fallecimiento de una antigua colega, afectada de grave tartamudez: «Ah, por fin ha encontrado la manera de librarse de ella».

Dixon siguen apareciendo acá y allá, pero dentro de una multitud de extractos de libros de saber vivir, de tesis doctorales de la Universidad de Chicago y de las Memorias de Sir Frederick Ponsonby, consejero del rey Haakon de Noruega.

Un nuevo «tinglado» conceptual ordena este rompecabezas: es el famoso lenguaje teatral («escenificación», «representación», «papel», etc.) que dará celebridad a Goffman y le valdrá el apelativo, cómodo para los autores de manuales, de primer representante del «análisis dramaturgico». De hecho, Goffman no ha inventado nada en absoluto y no reivindica ninguna paternidad. Recoge explícitamente el «modelo dramático» de Kenneth Burke, el filósofo chistoso que tanto lo divertía en Chicago. Y, al final del libro, declara también explícitamente que «es preciso abandonar ahora el lenguaje y la máscara teatrales¹⁷²», dejando a otros el cuidado de hilar la metáfora¹⁷³. Dejando también de lado los análisis sociolingüísticos de su tesis (los recogerá veinte años después en *Forms of Talk*) y las ideas basadas en la deferencia, el embarazo, la implicación, etc. (las desarrolla en artículos paralelos, que no reunirá en un volumen hasta diez años después, en *Interaction Ritual*), se concentra en un solo problema: «la estructura de las reuniones sociales, esos hechos de la vida social que se originan cada vez que unos individuos se encuentran en presencia directa unos de otros¹⁷⁴». Y en esto, su primer libro prosigue el razonamiento de la tesis, que es la obra fundamental. *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, título de la obra, recuerda indefectiblemente el de un libro famoso de Freud, *Psicopatología de la vida cotidiana*. Ciertamente, no es simple coincidencia.

A fines de 1957, Herbert Blumer, su antiguo profesor de Chicago, lo invita a ir a ejercitarse al Departamento de Sociología de la Universidad de California-Berkeley. Blumer está montando un departamento muy prestigioso, que reúne todas las tendencias, teóricas y metodológicas, de la sociología. Le falta alguien de la orien-

172. E. Goffman: *La Présentation de soi* (Minuit), París, 1973, pág. 240.

173. Dos libros, por lo menos, se ocupan de ella: la antología de D. Brissett y Ch. Edgley (comps.): *Life as Theatre: A Dramaturgical Sourcebook* (Aldine), Chicago, 1975, reúne una treintena de sociólogos que utilizan la analogía teatral a partir de Burke, mientras que la esposa de Tom Burns, Elizabeth, crea un modelo teórico en: *Theatricality. A Study of Convention in the Theatre and in Social Life* (Harper and Row), Nueva York, 1972.

174. E. Goffman: *La Présentation de soi*, op. cit., pág. 240.

tación que en Estados Unidos ha solido llamarse «psicología social», y Goffman responde a ello. El 1 de enero de 1958, es contratado como «profesor-ayudante visitante», con un sueldo anual de 6.840 dólares.

No es con este sueldo¹⁷⁵ como uno puede permitirse una casa en las colinas de lo alto de Berkeley, con vistas extraordinarias a la bahía de San Francisco. Hace falta mucho dinero para gozar el privilegio de ver ponerse el sol en el Golden Gate Bridge. Ahora bien, Goffman posee muy pronto una de esas casas de madera de ancha terraza que busca la burguesía californiana. Tiene también un *morgan*, coche inglés cuyo interior de nogal pulido hace tan buen efecto. Su bodega, dicen, es excelente. Y recibe a sus visitantes con gran refinamiento, llegando incluso a utilizar tarjetas enológicas para comprobar si el medoc que va a ofrecer es verdaderamente de buen año.

Goffman tiene, por tanto, otras fuentes de ingresos. Sin duda, la familia Choate «dotó» a su hija. Pero pueden citarse otras. Goffman siente pasión por el juego, que manifiesta a la vez en la Bolsa de Nueva York y en Las Vegas. No se lo puede molestar en el momento en que Wall Street anuncia las cotizaciones de la jornada. Y el fin de semana, cruza las Rocosas para jugar en Reno o en otro lugar de Nevada. Por lo demás, los casinos serán su tercer gran terreno de investigación, durante todo el decenio de los sesenta, pero de ello saldrá un solo texto, «Los lugares de la acción» (que continúa la segunda parte de *Interaction Ritual*). En fin, constituyen otra fuente de ingresos sus libros, cada uno de los cuales se venderá en varios cientos de miles de ejemplares (sólo en lengua inglesa).

En 1959, precisamente, aparece en Estados Unidos *Presentation of Self in Everyday Life*, en la famosa colección «Anchor Books» de la editora Doubleday. Este libro sale muy pronto del círculo de los iniciados a los que había estado limitado hasta entonces y se difunde entre las masas estudiantiles, cada vez más numerosas, porque los niños del *baby boom* de fines de la guerra comienzan a ingresar en la universidad¹⁷⁶. Si hay un libro que todo estudiante nor-

175. Según B. J. Huber: *Employment Patterns in Sociology: Recent Trends and Future Prospects* (American Sociological Association), Washington, 1985, pág. 19, la asociación estadounidense de profesores universitarios calculó que un profesor asistente ganaba en promedio menos que un vendedor (*sales worker*).

176. Aunque la relación entre la cantidad total de diplomados universitarios y la cantidad de diplomados en sociología sea casi constante de

teamericano de ciencias sociales tendrá en manos durante sus estudios, es *La presentación de la persona*, aunque sólo lo lea por las anécdotas.

Así, pues, en 1959 Goffman ya está en órbita. Intelectualmente, es maduro. Sus «fuerzas formadoras de hábito» pueden desplegarse y trabajar a plena marcha. Puede decirse que, antes de 1959, lo ha pensado (casi) todo y que los años siguientes no son más que la realización de los años de maduración. Hay ya una matriz, que producirá diez libros en veinte años.

De la tesis (1953), saldrán tres conjuntos de trabajos: los análisis sociolingüísticos, que rematará en *Forms of Talk* en 1981; los análisis de las propiedades locativas, que recogerá y desarrollará en *Presentation of Self in Everyday Life* (1959), *Encounters* (1961), *Behavior in Public Places* (1963) y *Relations in Public* (1971), mientras que refinará las grandes nociones teóricas de la tesis en *Interaction Ritual* (1967). Hay una notable coherencia de conjunto.

Asylums (1961) y *Stigma* (1963) no derivan de la tesis, aunque encontramos en ellos la misma búsqueda de la identidad personal. De un enfermo mental, Goffman dirá que es un «interactuante deficiente»; de un impedido físico, que es un «desajustado». La dificultad está, por tanto, en relación con el otro, no en la persona misma; idea hoy aparentemente anodina, pero cuya trivialización es la ancha estela que han dejado, entre otras obras, estos dos libros de Goffman. *Internados*, relevado un año después por *Alguien voló sobre el nido del cuco*, de Ken Kesey, llevará al Senado californiano a reformar radicalmente su sistema hospitalario en 1967 y, uno tras otro, el de todos los Estados norteamericanos¹⁷⁷: la fuerza de la compasión fría.

Goffman no participará en el movimiento que en Europa llegaría a ser la «antipsiquiatría», pero vivirá personalmente la tragedia

1949 a 1980, los números absolutos reflejan bien la «explosión» de la sociología en Estados Unidos de 1959 a 1970, pasándose, de 7.147 diplomados (B.A.) en 1959-1960, a 30.436 en 1969-1970, mientras el número total de diplomados de todas las disciplinas pasa, de 496.661, a 1.065.391: W. V. Grant y Th. D. Snyder (comps.): *Digest of Education Statistics 1983-1984* (US Dpt. of Education, National Center for Education Statistics), 1984.

177. Véase un análisis minucioso de este proceso en E. Bardach: *The Skill Factor in Politics Repealing the Mental Commitment Laws in California* (University of California Press), Berkeley, 1972.

de «la demencia en el lugar» (título del apéndice de *Relaciones en público*, págs. 328-379). Su esposa atravesará todos los episodios descritos en este texto..., y dará fin a su vida en 1964. Goffman acogerá a sus amigos llegados a visitarlo manteniendo todas las apariencias de la cordialidad, pero, de hecho, vivirá momentos muy difíciles. Además, la atmósfera de Berkeley se le hace cada vez más penosa. Profesor titular en 1960 y nombrado catedrático dos años después (lo que es bastante rápido), no dejará de sentir, sin embargo, la enseñanza de segundo ciclo como una tarea ingrata..., e indigna de él. Además, los estudiantes se agitan mucho. El otoño de 1964 marca el comienzo del *Free Speech Movement*: huelgas, sentadas y detenciones se van a suceder durante dos años¹⁷⁸. Goffman no toma partido, de ningún modo, por los estudiantes: «Cuando (los soldados de la Guardia Nacional) empiecen a disparar contra los estudiantes desde los escalones de Sproul Hall (el edificio central de la Universidad)», dirá a uno de éstos, «creo que interveniré, pero no antes¹⁷⁹».

Su compromiso primordial sigue siendo la investigación fundamental. Para eludir cualquier otra actividad, tratará de acumular años sabáticos, vacaciones no remuneradas e invitaciones de fuera. Y no le costará mucho conseguirlo. En 1966-1967, está en Harvard, en el Centro de Asuntos Internacionales, en el círculo que rodea a Kissinger. Escribe allí un raro librito, *Strategic Interaction*, que se publicará en 1969¹⁸⁰. Denunciando una acepción amplia de la noción de comunicación, se empeña en reinterpretar la interacción como «juego» y «estrategia». Naturalmente, reconocemos aquí al sujeto goffmaniano criptógrafo que la tesis nos había presentado ya. Pero se siente la voluntad de Goffman de rehacerse una virginidad; operación, a decir verdad, que no tendrá demasiado éxito.

Lo que sí logra, en cambio, es la tentativa de escapar a la enseñanza, a sus pompas y a sus obras. En 1968, deja Berkeley por Filadelfia, donde la Universidad de Pensilvania le ofrece una de las

178. Sobre esta prefiguración americana del Mayo 68, véanse S. M. Lipset y Sh. S. Wolin: *The Berkeley Student Revolt. Facts and Interpretation* (Anchor Books), Nueva York, 1965, y M. Heinrich: *The Beginning, Berkeley 1964* (Columbia University Press), Nueva York, 1970.

179. Citado por G. Marx: «Role Models and Role Distance. A Remembrance of Erving Goffman», *Theory and Society*, vol. 13, núm. 5, 1984, pág. 658.

180. E. Goffman: *Strategic Interaction* (University of Pennsylvania Press), Filadelfia, 1969.

prestigiosas cátedras «Benjamin Franklin»: gana 30.000 dólares al año (en vez de 20.000) y sólo debe dirigir un seminario anual para un puñado de estudiantes de tercer ciclo, condiciones que, parece, le harán recuperar toda su creatividad.

En 1974, publica *Frame Analysis*, que había estado preparando desde hacía diez años. Es su gran libro de teoría, cuando los críticos le habían reprochado a menudo no tener ninguna. Pero la obra es tan ambiciosa y tan larga (576 prietas páginas) que desanima a más de uno. Sin embargo, este «análisis contextual», que se nos ofrece con todos sus elementos, puede aplicarse directamente: permite descomponer cualquier situación en sus diferentes registros existenciales. Porque éste es el objeto del libro, que precisamente se subtitula: «Ensayo sobre la ordenación de la experiencia»:

Sostengo que toda definición de una situación se concibe de acuerdo con principios ordenadores que rigen los hechos —al menos, los de carácter social— y la implicación subjetiva en estos hechos. La palabra que empleo para designar estos elementos básicos, según puedo identificarlos, es «contexto»¹⁸¹.

El ejemplo del cine dentro del cine (de *La mujer del teniente francés* a *La noche americana*) permite comprender fácilmente lo que Goffman quiere descubrir. Toda situación cotidiana es, en cierto modo, una película dentro de otra, en el sentido de que en ella se mezclan diferentes realidades. Cada uno juega a ser él mismo, a estar presente, a captar el principio y el fin. Todo en ella es engaño y realidad a la vez, en grado diverso. Basta a veces un ligerísimo incidente (una mirada que se pierde...) para que toda la situación se «reafine», es decir, cambie de sentido para los interactuantes.

De hecho, Goffman funde todos sus estudios anteriores en una vasta obra magna dominada por la metáfora del cine. No por azar nos viene a la mente el ejemplo de la película dentro de otra cuando tratamos de hacer comprender el fin esencial de este libro: porque *Frame Analysis* es una obra fundamentalmente visual. Encontramos en ella al Goffman del National Film Board, el apasionado por el cine, que ilustra sus lecciones con diapositivas y que, durante toda su vida, amontona pilas de fotos recortadas de *Life* y de otras revistas ilustradas.

Se revela también la cinefilia de Goffman en un largo artículo

181. E. Goffman: *Frame Analysis*, op. cit., págs. 10-11.

de 1975, que se convertirá en libro en 1979: *Gender Advertisements*. Basado en un enorme cuerpo de fotos publicitarias (que en un primer momento se había negado a publicar), que muestran las posturas ritualizadas en que se presenta sistemáticamente a las mujeres, el análisis ofrece a la vez una idea sobre la categoría ontológica de la fotografía y sobre la posición de la mujer, no sólo en los anuncios publicitarios, sino también, más en general, en la sociedad occidental contemporánea. Y reconocemos en él al Goffman indignado de *Internados* y de *Stigma*: su cólera toma la forma de análisis frío. Y no se calmará hasta su último libro, *Forms of Talk* (1981): así, es alegre y fresco el humor que mana del propio análisis de una conferencia suya. Goffman parece feliz por fin. Y en realidad, lo es. Poco tiempo antes, se había casado con Gillian Sankoff, una lingüista de Montreal. En mayo de 1982, y como introducción a su intervención en el coloquio «Cotidianidad e Historicidad», organizado en la Universidad de Lyon-II, ofrece la que debe de ser la única frase personal de su obra: «Por causa de un suceso ajeno a mi voluntad —el nacimiento de mi hija—, no he preparado ninguna comunicación»¹⁸².

Después, todo ocurrirá muy rápido. Hospitalizado a fines del verano, tiene que anular su discurso de presidente de la Asociación Estadounidense de Sociología en San Francisco. La mañana del 20 de noviembre de 1982, muere de cáncer.

Sin duda, es peligrosa la comparación, por el peligro que encierra de simplificaciones abusivas: pero no podemos por menos de ver en Goffman una especie de Woody Allen de la sociología estadounidense. La misma estatura, los mismos orígenes étnicos y sociales, el mismo matiz autobiográfico en su obra (hasta cierto punto). Uno y otro tienen una producción abundante, pero original; intelectual, pero apreciada por nutridos públicos. Uno y otro son profundamente patéticos.

182. E. Goffman: «Microsociologie et histoire», en Ph. Fritsch (comp.): *Le Sens de l'ordinaire* (Presses universitaires de Lyon), Lyon, 1984, pág. 197.

TEXTOS

Los textos escogidos para esta antología apoyan y prolongan la presentación biográfica. Permiten seguir la trayectoria intelectual de Goffman desde su tesis doctoral (1953) hasta su discurso de presidente de la Asociación Estadounidense de Sociología (1982). Vemos, así, lo importante que ha sido para él la cuestión de los usos sociales del lenguaje desde el principio hasta el final de su carrera: constituye lo esencial de su tesis, y de su fundamental artículo de 1964 «El olvido de la situación», y de su escrito testamentario, «El Orden de la Interacción».

Si el lenguaje es para él un objeto importante de estudio, es también su principal medio de trabajo. Porque Goffman escribe con un refinamiento que irá aumentando conforme vaya edificando su obra. Verdaderamente, cincela sus textos, y no por cuidado estético, sino para exponer, con la mayor concisión posible, toda la complejidad de la realidad social. La lengua francesa, a menudo más prolija, no siempre consigue reflejar esta calidad de estilo de Goffman.

Texto 1
El orden social y la interacción^{1*}

Esta colección de textos comienza con uno que puede parecer relativamente árido. Se trata del modelo que se fija explícitamente Goffman al principio de su tesis doctoral. En sus trabajos posteriores, encerrará este programa en un razonamiento mucho más fluido, pero mucho más alusivo, del que habrán desaparecido las elaboraciones teóricas «brutas». El interés intrínseco del texto compensa, pues, su sequedad. La finalidad de Goffman es establecer un paralelo entre nueve proposiciones que definen las características del orden social en el plano macrosociológico y nueve proposiciones correspondientes que fundan el «orden de la interacción», es decir, el orden social en el plano microsociológico. Aparecen muchos conceptos importantes, muy particularmente el de «compromiso de conveniencias» (working acceptance), acuerdo por el cual los actores consienten en proseguir la interacción a pesar de incidentes, porque la sanción que sufren en caso contrario, el embarazo, es peor que las pequeñas ofensas mutuas.

1*. Título original: «Social Order and Social Interaction», capítulo II de la tesis doctoral *Communication Conduct in an Island Community*, Universidad de Chicago, Departamento de Sociología, 1953, págs. 33-41. © original: Erving Goffman, 1953. (De la traducción al francés por Y. Winkin.)

N.B.: Las notas del editor son llamadas por un número y un asterisco; las notas del autor, solamente por un número.

Cuando se estudia la vida en sociedad, es corriente tomar como modelo básico el concepto de orden social y analizar el comportamiento real según su grado de conformidad o desviación de él. En el presente estudio, parto de la idea de que una conversación entre dos personas reales que se hallan en presencia directa pertenece a cierto tipo de orden social y que se la puede estudiar aplicándole este modelo¹. Abajo indicamos la aplicabilidad de este modelo a la interacción conversacional. Postularemos que, en la sociedad occidental, la conversación ofrece la base empírica para la cual este marco debe ser pertinente.

El modelo

1. *Hay orden social donde la actividad distinta de diferentes actores se integra en un todo coherente, permitiendo el desarrollo, consciente o inconsciente, de ciertos fines o funciones globales.*

En el caso de la interacción conversacional, los actos que se integran en un todo coherente son actos de comunicación, o mensajes. El flujo de mensajes durante una conversación es continuo y no es interrumpido por otros mensajes. Todo mensaje emitido por uno de los participantes es suficientemente significativo y aceptable para los demás participantes, con lo que ofrece el punto de partida del mensaje siguiente. El intercambio continuo e ininterrumpido de mensajes es el proceso ordinario de la interacción conversacional.

2. *El que un actor contribuya (a la interacción) es una expectativa legítima por parte de los demás actores, que así pueden conocer de antemano los límites dentro de los cuales el actor se comportará probablemente, y tienen el derecho virtual a esperar de él que se comporte de acuerdo con estas limitaciones. A la inversa, él debe comportarse como se espera de él, no por simple eficacia, sino por sentir que se trata de una manera moralmente conveniente de comportarse.*

Este criterio del orden social es aplicable, sin modificación ni elaboración, al caso de la interacción conversacional.

1. La clasificación de la interacción social como tipo de organización social o de orden social está tomada de T. Parsons: *The Social System* (The Free Press), Glencoe, Ill., 1951. Mi punto de vista sobre los criterios que definen el orden social se debe esencialmente a Chester L. Barnard: *The Functions of the Executive* (Harvard University Press), Cambridge, Mass., 1947.

3. *La contribución adecuada de los participantes se garantiza o «estimula» por medio de sanciones positivas, o recompensas, y sanciones negativas, o castigos. Estas sanciones aseguran o retiran inmediatamente la aprobación social expresada, así como bienes de carácter más instrumental. Estas sanciones apoyan y sostienen la definición de reglas sociales que son a la vez prescriptivas y proscripivas, que estimulan ciertas actividades y prohíben otras.*

La relación entre el orden conversacional y las sanciones que lo regulan parece algo diferente de la que se establece entre otros tipos de órdenes sociales y sus sanciones reguladoras. En efecto, las sanciones empleadas para mantener el orden conversacional corresponden en gran medida al orden de la aprobación o desaprobación directamente expresada y sentida. No parece que se insista en sanciones de género más instrumental. Por otra parte, y mucho más que en el caso de otras órdenes sociales, el problema del orden conversacional es emplear una sanción cuya simple aplicación no elimine el orden que dicha sanción debe mantener.

4. *Toda manifestación concreta de orden social debe producirse dentro de un contexto social más amplio. La acción que se extiende entre este orden y su medio social debe ser dirigida por una regulación integrada en este orden como tal. El mantenimiento de esta relación depende del mantenimiento del orden social en el medio. En conjunto, se pone el énfasis sobre las sanciones negativas que miran a la no interferencia, a diferencia de las sanciones positivas que acompañan a las contribuciones específicas intercambiadas entre el orden y su medio².*

Este elemento del orden social es directamente aplicable al caso de la interacción conversacional.

5. *Cuando no se respetan las reglas, o cuando ninguna regla parece aplicable, los participantes dejan de saber cómo comportarse y de saber lo que deben esperar de otro. En el plano social, queda perturbada la integración de las acciones de los participantes, con la consecuencia de desorganización social o desorden social. Al mismo tiempo, los participantes padecen de anomia y de desorganización personal.*

En el caso de la interacción conversacional, el debilitamiento

2. Este factor ha sido descrito recientemente, bajo la expresión «sistemas externos», por George C. Homans: *The Human Group* (Harcourt Brace), Nueva York, 1950. Véanse más particularmente las páginas 86-94.

de las reglas provoca una desorganización sentida habitualmente como embarazo. La aparición del embarazo manifiesta un momento de confusión y desorientación. Los participantes perciben una nota falsa en la situación. De los participantes embarazados se dice que están turbados, incómodos, o que han perdido su aplomo.

6. La persona que infringe las reglas es un contraventor. Su infracción es un delito. El que infringe continuamente las reglas es un desviado.

En el caso de la interacción conversacional, de quien infringe las reglas se dice que es torpe, importuno, o que no está en su lugar. Los delitos, es decir, los actos que provocan embarazo, se llaman planchas, burradas, coladuras, meteduras de pata o trolas.

Estos actos, dicho sea de paso, nos proporcionan la ocasión de estudiar los supuestos en que se basa el comportamiento interaccional adecuado. Estas infracciones del comportamiento correcto nos ofrecen el medio de llevar nuestra atención a las exigencias de las situaciones ordinarias que, de otro modo, habrían quedado inadvertidas.

Si un actor contraviene continuamente las reglas interaccionales, y muy particularmente si las infringe en múltiples situaciones diferentes, decimos que es impertinente, incurable e imposible. En el presente estudio, llamaremos defectuosos a los desviados de esta especie.

7. Cuando un actor infringe una regla, debe sentirse culpable o lleno de remordimiento, y la persona ofendida debe sentirse justamente indignada.

En el caso de la interacción conversacional, la culpabilidad que siente el ofensor se califica de vergüenza. Los participantes que se hayan identificado con el ofensor también sentirán vergüenza, del mismo modo que los que se hayan definido como personalmente responsables para otros del mantenimiento del orden. Los ofendidos se sentirán sorprendidos, agredidos e inquietos.

8. Un delito o infracción del orden social requiere urgentemente acciones correctivas que restablezcan el orden amenazado y reparen el daño causado. Estas acciones compensatorias se dirigirán a restablecer, no sólo la regularidad del proceso social, sino también las normas que lo enmarcan. Algunos de estos correctivos servirán también de sanciones negativas al contraventor.

En el caso de la interacción conversacional, hay un conjunto

de adaptaciones al delito que protegen a la persona ofendida, pero destruyendo el orden de interacción dentro del cual se produce la acción de protección. Así, los participantes ofendidos pueden reaccionar apartándose del ofensor, desconociéndolo por completo, agrediendo francamente, o incluso modificando radicalmente el marco y las distancias sociales en que se basa la interacción. (Todas estas adaptaciones, hay que decirlo, deben apoyarse en la decisión del ofensor, o del actor impropio, de comportarse de manera apropiada ante estos tipos de acciones; si no, no pueden aplicársele.)

Habitualmente, no se emplea ninguna de estas adaptaciones radicales. Los participantes responden lo más a menudo con tolerancia e indulgencia a los delitos contra el orden de la interacción. Aunque esta relación acomodaticia sea bastante precaria, permite el mantenimiento de la interacción. Si deben aplicarse acciones de corrección, puede hacerse con delicadeza, sin romper la interacción misma³. La conducta de acomodación toma la forma de una aparente aceptación del comportamiento del otro; lo cual origina lo que podríamos llamar un compromiso de conveniencias (*working acceptance*). Los ataques a este compromiso se evitan por medio de tácticas protectivas y cicatrizadas y, en su caso, por medio de tácticas correctivas. El ejercicio de estas tácticas puede llamarse tacto.

9. Siendo como son las reglas del orden social, vemos que algunos participantes desarrollan tretas y maniobras para, sin violar aquéllas, alcanzar objetivos particulares proscritos por ellas.

3. Talcott Parsons propone la misma idea en *The Social System*, pág. 303: «Considerando una interacción social normal, dentro de un marco institucionalizado, como una acción contingente, influida por las dos partes, vemos que constantemente obra un proceso de dominio social. Los actores están diciendo y haciendo constantemente cosas más o menos “desajustadas”, por ejemplo, poner en duda, mediante insinuaciones, los motivos de alguien, o esperar demasiado de él. Una observación minuciosa mostrará que los demás actores de la situación, a menudo aun sin darse cuenta, tratarán de reaccionar ante estas desviaciones menores de manera que se devuelva “al orden” al desviado, mostrando con tacto su desacuerdo, mediante un silencio significativo de no ser aceptable lo que ha dicho, o, muy a menudo, con un detalle de humor que relaje la atmósfera. De lo cual se deriva que el desviado termina censurándose por la idea que los demás tienen de él. Estos minimecanismos de dominio son, puede afirmarse, el modo por el cual los valores institucionalizados se aplican conductivamente. En cierto nivel, éstos son los mecanismos más fundamentales, y sólo cuando se atrancan hace falta que entren en juego mecanismos más complejos y especializados».

En el caso de la interacción conversacional, los individuos siguen las que podríamos llamar tácticas de ganancia. Estos planes de acción le permiten modificar la acogida de conveniencias de modo que responda a sus propios fines. Pero la modificación es lo bastante moderada o disimulada como para no amenazar esta acogida. En este caso, el táctico, habitualmente, trata de aumentar la estimación que tienen de él los demás actores presentes, o de disminuir la que tienen de un tercero, también presente. En estas situaciones, la acogida de conveniencias ya no es un objetivo o un medio de acción, sino un marco que establece las condiciones y los límites de la acción.

En cuanto modelo, el concepto de orden social quizá no nos lleve a hacer suficiente hincapié en una característica esencial de la interacción conversacional, a saber, el mantenimiento indulgente de una acogida de conveniencias. Analicemos un momento esta característica.

Cuando las personas creen necesario ejercer su indulgencia, suelen sentir hostilidad y resentimiento hacia quien exige tal trato. Los que cierran los ojos deben aceptar, al menos por un momento, una amenaza pública, tanto para las normas de la interacción, como para la propia estimación que estas normas ayudan a proteger. Se utilizan ciertas defensas y tácticas veladas, mediante las cuales el actor ofendido, pero indulgente, puede afrontar sus sentimientos «verdaderos» y las amenazas públicas concomitantes.

El actor indulgente puede aceptar el daño hecho a sus valores personales o reales, sofocar la experiencia, o apartarla todo lo posible del resto de su vida consciente. Puede tratar sinceramente de reajustar sus ideas personales a fin de establecer una adecuación entre sus demandas y el trato que reciben la interacción y él. Al menos para sí mismo, puede estimar que la indulgencia es un medio oportunista de manipular al ofensor, demostrándose también que su comportamiento público acomodaticio no es manifestación real de sus valores. Puede atribuir secretamente al ofensor caracteres depreciativos, tanto que la conducta de éste y el trato de la ofensa no deban tomarse en serio⁴. Puede decirse que se retirará de la comunicación y de la relación social que la ha provocado, tan pronto como la cortesía lo permita, permitiéndose considerar de este modo

4. Podemos encontrar un ejemplo extremo entre los niños en edad de escuela primaria que se comportan de la manera requerida, al mismo tiempo que sacan la lengua y murmuran profanaciones rituales contra la persona cuyas exigencias deben sufrir.

que su indulgencia es un signo de indulgencia y nada más. Puede, en fin, decidir tolerar el comportamiento ofensivo manteniendo presente la idea de propinar un agrio correctivo al ofensor en otra ocasión, en un momento en que éste se vea obligado a aceptar la crítica de buen grado.

Las defensas que acabamos de considerar representan una forma de comunicación intrapersonal, como se la ha llamado⁵. Pueden resultar eficaces, aun si pocas veces originan una acción franca y una comunicación interpersonal, salvo, quizá, en una interacción posterior.

En la interacción conversacional, contrariamente a otros muchos tipos de órdenes sociales, la ofensa es del todo corriente. Por tanto, la indulgencia es un requisito casi constante. El desacuerdo ocultado por la indulgencia, tal como se manifiesta en las numerosas comunicaciones intrapersonales originadas por la necesidad de mostrar longanimidad, debe considerarse como parte integrante del modelo de análisis de la interacción conversacional, no como excepción de este modelo. Por ejemplo, el empleo de tácticas de ganancia es cosa tan corriente que a menudo es preferible entender la interacción, no como una escena de armonía, sino como una ordenación que permite perseguir una guerra fría. Por tanto, la acogida de conveniencias puede llamarse una tregua momentánea, un *modus vivendi* que permite atender a las cosas y a los asuntos esenciales.

Interesa observar que el deseo de mantener una acogida de conveniencias es, muy paradójicamente, una de las pocas bases generales de consenso real entre individuos. Estos ejecutan regularmente sus actos suponiendo que los demás son de esa clase de personas que tratan de mantener una acogida de conveniencias. La imputación de este atributo suele justificarse por el comportamiento que se deriva. En general, podemos confiar en que la gente hará una cosa: hará todo lo posible por evitar una «escena». En este contexto, podemos añadir que muchos gestos aparentemente vanos parecen servir, en lo esencial, de índices denotadores de que su emisor es «responsable» y que se puede contar con él para desarrollar el juego social de mantener un acuerdo superficial con los demás.

La general tendencia de los individuos a mantener una acogida de conveniencias durante la comunicación en curso no debe llevarnos a suposiciones estrictas sobre el móvil de esta conducta. Un ac-

5. Jurgen Ruesch y Gregory Bateson: *Communication: The Social Matrix of Psychiatry* (Norton), Nueva York, 1951, págs. 199-203 y 278-279.

tor puede tratar de mantener la apariencia de un acuerdo para salvar la situación y reducir el embarazo, para ser sinceramente indulgente con el ofensor, o para explotarlo de una u otra manera.

Hemos de esforzarnos también por tener presente la perogrullada de que se trata de manera muy distinta a las personas presentes y a las ausentes. Personas que se tratan con atención cuando se hallan en directa presencia mutua, con la mayor frecuencia, no muestran la menor consideración una por otra al encontrarse en situaciones en que el origen de los actos de menosprecio no puede ser determinado inmediata e incontestablemente por la persona menospreciada. Los tipos de consideración que se muestran por personas ausentes son una cuestión especial, que no trataremos en este estudio.

Emplear el modelo del orden social para el estudio de la interacción conversacional es inadecuado también en otros sentidos, que expondremos después.

Texto 2

Los recursos seguros^{1*}

Este texto, sacado también de la tesis doctoral, ilustra bien la originalidad de la obra de Goffman que consiste en tejer, dentro de un mismo análisis, datos concretos y elaboraciones teóricas. La cuestión que plantea aquí es la de cómo evitar, por decirlo así, que una conversación se quede en blanco. En una interacción, todo silencio se debe llenar o justificar. Goffman revisa los medios que emplean los habitantes de la isla para respetar esta regla de la vida social. Así, habla de «recursos seguros» (safe supplies), seguros por inagotables. En el momento preciso, los interlocutores los encontrarán siempre, trátese del palique sobre el tiempo, de chismes de vecindario, de bromas, o de comportamientos no orales, como tricotar, llenar de pipa o mirar al fuego de la chimenea. De paso, Goffman elabora una teoría contextual de los actos de habla que ya no debe nada al sentido referencial de las frases intercambiadas.

^{1*}. Título original: «Safe Supplies», capítulo XV de la tesis doctoral, *Communication Conduct in an Island Community*, universidad de Chicago, Departamento de Sociología, 1953, págs. 206-216. © original: Erving Goffman, 1953. (De la traducción al francés por Y. Winkin.)

Cuando un individuo entra en el campo perceptivo de otras personas, una especie de responsabilidad le cae encima. Normalmente, debe presumir que su comportamiento se observará e interpretará como expresión de la opinión que tiene de aquellos que lo observan. Lo cual implica, en el mundo de la comunicación no dirigida, el esperarse de él que se comportará decorosamente, dando la importancia adecuada a la presencia de otro. (No estudiaremos ahora las exigencias de la conducta decorosa en nuestra sociedad ni en otras.) En el mundo de la comunicación dirigida —por ejemplo, la conversación—, el individuo debe presumir que tanto sus mensajes como su comportamiento de destinatario deberán contribuir al mantenimiento de una acogida de conveniencias.

Una vez los individuos se han otorgado mutuamente la categoría de participante acreditado y se han sumido en la conversación, se hace necesario mantener un flujo continuo de mensajes, hasta presentarse una ocasión inofensiva de terminar el intercambio. Algunas personas se hallan a una distancia tal unas de otras que un pretexto mínimo basta para interrumpir la conversación y recaer en el silencio. Otras están tan íntimamente cerca unas de otras que no habrá ofensa entre ellas si la conversación se agota. Parece que, entre estos dos extremos, hay también gran variedad de distancias y de situaciones sociales que exigen una buena excusa antes de poder dejar sin peligro que una conversación se extinga.

En estas situaciones en que la extinción de la comunicación constituye en sí misma una comunicación inapropiada, los participantes deben asegurarse de que uno de ellos transmita un mensaje, y un mensaje aceptable. En vista de que el flujo de mensajes debe ser alimentado constantemente, los participantes consumen a veces todos los que son, al mismo tiempo, posibles y pertinentes. De ahí, la cuestión: ¿Qué puede servir de recurso seguro, es decir, de fuente fiel de mensajes aceptables? En ciertas ocasiones, sobre todo, en el curso de largos intercambios informales, este problema exige un alto grado de dominio ritual.

1. El palique (*small talk*) constituye un caso famoso de recurso seguro. Así, personas de posición muy distinta pueden proponer legítimamente temas de conversación sin perjuicio de la distancia social que las separa y poniendo a casi todo el mundo de acuerdo¹.

Los extraños que se hallan físicamente cerca el uno del otro, pero

1. Malinowski utiliza la expresión «comunidad pática» para aludir al intercambio de chismes y al palique. Véase C. K. Ogden e I. A. Richards: *The Meaning of Meaning*, suplemento núm. 1, 1923/1946, págs. 314-315.

que no han entablado comunicación, pueden encontrarse a menudo de modo automático en una interacción momentáneamente acreditada si se produce un suceso inesperado que ambos observan manifiestamente y que les ofrece una garantía temporal de que su actitud será semejante, ofreciéndoles al mismo tiempo la seguridad de que esta fuente de comunicación no los embutirá en ningún compromiso posterior y podrá terminarse fácilmente. En nuestra sociedad, son tema habitual de este palique los animales, los niños y el tiempo². En la isla de Dixon, era frecuente objeto de comentario la pesca que llevaban las dos barcas del lugar. En primavera, también eran tema seguro los corderos y los potros, pues quedaba entendido que nadie podía sustraerse a su encanto. La gente explotaba sistemáticamente en su palique cualquier accidente en la isla, cualquier enfermedad, muerte o boda de los demás. Era particularmente útil una enfermedad que se prolongase unas cuantas semanas, porque los interlocutores podían preguntarse varias veces al día sobre el estado de salud del desgraciado, ofreciéndole al mismo tiempo su simpatía. En Dixon se hablaba muy a menudo del tiempo. Entre los pequeños labradores, se trataba del efecto del tiempo sobre la cosecha³. Hablar del buen tiempo y de la lluvia parece a menudo una actividad bastante vana, pero no lo es de ningún modo en esta isla. Para los labradores, desde luego, el tiempo es una contingencia importante, pero se trataba de algo más. Si el tiempo era malo, que era lo que solía ocurrir, los comentarios le quitaban importancia, insistiendo más bien en que el locutor no se dejaba abatir. Lo cual arrojaba, en los días más tristes, intercambios de la especie:

—El tiempo no es muy bueno.

—Hace un tiempo horrible.

—No es buen tiempo para las patatas.

—No, nada de eso.

Cada vez que se producían tales diálogos, los participantes parecían reafirmar su lealtad a las condiciones reinantes en la isla y a las personas que quedaban en ella.

La compra de utensilios domésticos era otro tema frecuente de palique en Dixon. Todo el mundo en la isla, tanto los burgueses como los aparceros, tenían que afrontar las mismas condiciones de incomodidad doméstica y tratar de ponerle remedio comprando co-

2. Son particularmente útiles como recursos seguros los niños y los animales que se pueden coger comportándose un momento de manera casi humana.

3. Corresponde a lo que se llama hablar del trabajo.

sas en las tiendas locales o por correo. Tanto los hombres como las mujeres se interesaban por estos problemas y, si la conversación languidecía, los participantes siempre podían volver sobre los méritos de la última compra, útil de cocina, artilingio o pequeña comodidad.

A propósito de todo esto, interesa destacar dos puntos. En primer lugar, ciertos grupos parecen invertir mucho en las aptitudes que requiere la parleta. Para ellos, es símbolo importante de pertenencia al grupo la capacidad de mantener una conversación anodina cada vez que la situación lo exige. Los miembros de estos grupos incluso pueden someterse a entrenamiento consciente en esta materia. En segundo lugar, parece ser propio del palique el agotarse rápidamente. La parleta se compone de comentarios, no de discusiones. Por tanto, cuando los individuos entran en larga conversación, tienen que servirse de otros recursos.

2. Durante los intercambios informales, los participantes acuden a menudo a un tema de conversación que se llama a veces el chisme (*gossip*). Este implica una alusión a personas ausentes (a veces, a aspectos temporalmente inactivos de personas presentes) y a elementos de su pasado, considerados como otras tantas ilustraciones de los rasgos que se aprueban o desaprueban en ellas⁴. La conducta objeto del chisme debe ser bastante clara y espectacular para que todos los participantes la interpreten de la misma manera. A fin de mantener una acogida de conveniencias, se deben evitar los temas susceptibles de provocar controversias.

Dos formas de cotilleo parecían populares en la isla. En el primer caso, un locutor comunicaba sus sentimientos, heridos u ofendidos por un acto que consideraba incorrecto de una persona ausente, la criticada. De esta manera, se invitaba a los destinatarios a confirmar al locutor que se lo había dañado injustamente y, quizás, a confirmar, por tanto, los principios de justicia que el delito había negado. En el segundo caso, el chismoso no hablaba de actos que lo habían ofendido personalmente, sino de la conducta del criticado, que el orador aprobaba o desaprobaba, le viniese o no nada en ello. Suministraba, así, una especie de comentario edito-

4. El cotilleo suele entenderse como un medio informal de dominio social que se ejerce a través de la sanción de una opinión pública favorable o desfavorable, lo que le otorga una función social en relación con las normas de la comunidad. No tratamos de esta función más amplia del cotilleo, sino que nos interesamos por su función social en el mantenimiento del intercambio.

rial —que expresaba el punto de vista de la comunidad— sobre la conducta objeto de su cotilleo. Interesa observar que los isleños tenían aguda conciencia de las normas de la comunidad. Por tanto, al comentar un acto notable de una persona ausente, el orador podía ofrecer un informe frío, con señalada falta de énfasis lingüístico o expresivo, suponiendo acertadamente que bastaría para provocar en sus oyentes la reacción esperada. Así, la infracción más grave de las normas de la comunidad, por ejemplo, una franca reyerta durante una recepción, se comentaría en ambiente tranquilo, ofreciendo el orador sólo un breve informe apagado del suceso. Un observador externo se equivocaría, desde luego, sobre el sentido de tales conversaciones, creyendo que se hablaba de un acto sin importancia, o que los isleños eran extraordinariamente objetivos al hablar de los delitos sociales.

En cuanto recurso, el cotilleo es limitado por el hecho de que el yo atribuido a cada participante suele definirse en parte por lealtades mínimas hacia personas no presentes. La violación de estas lealtades con chismes francos o tolerados puede perturbar el desarrollo de una interacción. Un casado no cuenta chismes sobre su esposa, como tampoco los hijos, de cualquier edad, los van contando sobre sus padres. Tales actos de deslealtad harían sentirse incómodos a quienes los observasen. De modo semejante, un hombre del pueblo limitará la cantidad de chismes sobre otros plebeyos en una conversación con burgueses o forasteros. En general, los únicos despellejados en este marco son los plebeyos desconsiderados por todos y no protegidos.

En la isla no escaseaban las ocasiones que daban lugar a habladurías llamadas a veces «póstumas» (*post mortem*). Al día siguiente de una velada o de una recepción, una familia charlará, durante el desayuno o la comida, sobre los sucesos de la víspera, asegurándose de que todos los participantes en la conversación han tenido la misma experiencia y pueden dar su opinión. Hablarán de cómo vestía tal persona, de su comportamiento, del barítono local, que podría haberlo hecho mejor, de no haber querido ensayar una nueva aria; de los mozos de Northend, que no sabían todos la letra de la canción que cantaron, de una mujer que tenía el pelo gris por la raíz, porque, si una quiere teñirse el pelo, debe saber cuidarlo, etc.

3. Otro recurso que utilizaban en la isla era el de informar de su estado de salud, sobre todo, las personas de edad y las mujeres. Se sobreentendía que, hablar de sí mismo en estos casos, no implicaba jactancia ni demanda de atención exagerada. Se podía espe-

rar que los locutores estuviesen dispuestos a dar una respuesta compasiva. La invalidez era más «seria» y, parece, mayor era el círculo de las personas con quienes el locutor podía utilizarla sin peligro como tema de conversación.

4. Una especie importante de recursos seguros es el empleo de una definición no seria de la situación. Una selección inofensiva de mensajes durante el intercambio debe ajustarse a tantas exigencias que, para el emisor, puede ser sensato abstenerse de toda comunicación seria, para transmitir, por el contrario, un mensaje lleno de ligereza. Los mensajes transmitidos en tono no serio pueden ser inofensivos, aun con palabras que ordinariamente serían hirientes⁵. Dicho de otra manera: en muchas ocasiones, cuando se comunica en tono serio, es más fácil enviar un mensaje hiriente que un mensaje inofensivo⁶. La ligereza conviene, además, porque permite, y aun estimula, el servirse de una exageración sin límites. Este tipo de clasificación aumenta la posibilidad de que personas de posición muy distinta sean sensibles al mensaje y adopten la misma actitud, incluso si es bromeando.

La ligereza, como recurso seguro, suele llevar a una especie de profanación ritual no seria del locutor o de los destinatarios. Se habla, así, de chincar, burlarse, ridiculizar, bromear, ironizar, hacer rabiar o tomar el pelo. Esta profanación es particularmente importante cuando unas personas que se han conocido siempre en una relación bien precisa se encuentran en un intercambio en el que prevalece otro tipo de relación⁷.

5. No puede entenderse directamente que el mensaje transmitido de manera no seria refleje los valores del emisor: hay que establecer juicios indirectos basándose en una aprehensión de los tipos de personas a quienes gusta señalar un punto bromeando sobre tal o tal cuestión.

6. Los mensajes no serios también pueden ser hirientes cuando versen sobre materias demasiado sagradas para bromear, o sobre materias que habrían debido considerarse como aceptables para una comunicación seria ordinaria.

7. En los escritos de antropología social, la expresión «relación (parentesco) de broma» ha venido a designar un privilegio especial de familiaridad y falta de respeto entre dos personas. Esta relación sirve para impedir la expresión de la hostilidad, aunque ésta tenga fundamentos sólidos. Entre estas dos personas debe mantenerse la armonía por no estar en situación que les permita expresar sus sentimientos chocando o evitándose. El motivo es que están en relación íntima y dependiente con la misma tercera persona, o con terceros también relacionados. Véase análisis y bibliografía en A. R. Radcliffe-Brown: «A further note on joint relationships», *Africa*, XIX, 1949, págs. 133-140.

En la isla, la broma como recurso era utilizada particularmente entre labradores y no labradores. Así, el médico se quejaba de que todo el mundo insistiese en bromear con él cuando asistía a un acto social y de que cualquier otro comportamiento por su parte pareciese inconveniente. La broma parecía muy corriente y fácil entre mujeres de edad de las clases populares y los jóvenes de cualquier otra posición, quizá porque un miembro de uno de estos grupos competía muy poco con un miembro del otro grupo; de modo que podían permitirse la suficiente desenvoltura como para pasar a la broma⁸.

5. Ofrecen otros recursos, además, las manifestaciones de cortesía, en especial, las que exigen pequeñas ofrendas y asistencias. Así, cada vez que se le presenta la ocasión a una persona de ser anfitrión, le es posible dedicar muchos mensajes de demandas y ofertas atentas relativas a la comodidad de los invitados, su necesidad de alimento, etc. Como hemos visto, los modales cifrados ofrecen una isla de refugio que se puede alcanzar a nado cuando la mar se agita o cuando uno quiere retirarse en paz.

Los recursos seguros han sido calificados como reservas de mensajes a las cuales pueden acudir los individuos cuando se hallan en una situación en la que deben mantener un intercambio aunque no tengan nada que decir. Observemos brevemente que los isleños emplean dos tácticas sociales cercanas a la utilización de los recursos seguros, y de los que quizá sean sucedáneos funcionales, aun siendo algo diferentes.

En primer lugar, los habitantes de la isla permitían que, entre los mensajes, se colasen ciertos actos instrumentales, como comer,

El análisis de la broma empleado en el presente estudio sigue el de la antropología social, pero modifica su perspectiva, pasando, de la necesidad de mantener una relación, a la necesidad de mantener una acogida de conveniencias durante el intercambio. Tomamos la postura de que la familiaridad y la falta de respeto que se descubre en las relaciones (parentescos) de broma no pueden predicarse de los actores que emplean estas formas de trato como señal para proclamar un estado de ligereza. La comunicación seria podría llevar finalmente a la franca hostilidad; entonces, la broma es seriamente necesaria para mantener la paz.

8. Véase un análisis del papel de la falta de competencia en la formación del intercambio jovial, en Edward Gross: «Informal Relations and the Social Organization of Work in an Industrial Office», tesis doctoral inédita, Universidad de Chicago, Departamento de Sociología, 1949.

fumar o tricotar, de modo que el mismo número de intercambios podía estirarse durante un lapso más largo sin dar la impresión de que se hubiesen producido silencios. Las mujeres de las clases populares empleaban a menudo esta técnica tricotando. Tres o cuatro mujeres tricotando juntas podían mantener una especie de interacción retardada o adormilada, dentro de la cual quedaba entendido que las personas presentes tenían la categoría de participantes acreditadas, mientras que ruidos de agujas y silencios subsiguientes se deslizaban, a intervalos lícitos, entre las palabras intercambiadas. No se admitía que los hombres tricotasen (aunque, en ciertos casos, esta actividad les hubiese hecho ganar más que con su actividad agrícola), y lo que, en cambio, empleaban a menudo era la pipa. El tiempo dedicado a cortar el tabaco, a llenar, encender y volver a encender la pipa y el lapso entre cada bocanada proporcionaba otras tantas pausas afortunadas entre los mensajes. Para los dos sexos, era medio frecuente de reposo el fuego de la chimenea. El constante cambio de forma de la llama parecía ejercer una especie de hipnosis, por la cual una persona que acababa de recibir un mensaje podía marcar una pausa fijándose en el fuego antes de contestar.

Después, una especie de intercambio puede mantenerse gracias a un recreo organizado, o sea, gracias a los juegos. En general, estos sistemas de interacción permiten mantener una participación acreditada y un solo foco de atención, si bien los mensajes que circulan pueden no ser de carácter lingüístico. En el caso de juegos como el *whist* o el billar, la rotación del papel de distribuidor, la longitud y el número de los mensajes por participante y por partida y el carácter general de los mensajes son determinados y aceptados desde el principio como reglas generales del juego. Cada vez o cada turno, dentro del lenguaje limitado del juego y de su lógica, es una especie de enunciado que debe ser recibido y recogido de cierta manera por los demás jugadores. En la isla, era muy frecuente la organización de juegos. Se la podía esperar en cuanto ocho o nueve personas se reuniesen para una interacción jovial. Sin este medio, bastante automático, de ordenar los mensajes, podían organizarse y repetirse incansablemente partidas entre isleños, o entre otros isleños y no isleños. Los juegos, como fuentes de mensajes, son inagotables⁹.

9. Cantar en grupo y participar en un trabajo colectivo son otros medios muy empleados para asegurar relaciones rituales correctas entre los presentes en cierto lugar. Sin embargo, estos procesos, típicamente, no ofrecen el carácter interaccional de una sucesión de enunciados y respuestas, por lo cual no los he considerado en el presente informe.

Texto 3

La persuasión interpersonal (extractos)^{1*}

La Fundación Josiah Macy Jr. se hizo famosa por su apoyo a los diez coloquios que alumbraron la cibernética, de 1946 a 1953. De hecho, esta Fundación ha costeado una cantidad enorme de reuniones científicas, organizadas de acuerdo con un mismo principio: un pequeño grupo de investigadores escuchaba una comunicación de uno de ellos, que después se discutía largamente, sin precipitación (como ocurre a menudo en los grandes congresos). Los debates se transcribían y publicaban inmediatamente. Así, de 1954 a 1958, la Fundación patrocinó un ciclo de conferencias sobre los «procesos de grupo». En 1956, Erving Goffman fue invitado a exponer su trabajo de observación del manicomio Sainte-Elizabeth, de Washington. El texto traducido aquí recoge las veinte primeras páginas de la transcripción, omitiendo algunas intervenciones secundarias.

Véase una presentación más detallada de este texto en la pág. 78.

1*. Título original: «Interpersonal Persuasion», en B. Schaffner (comp.): *Group Processes. Transactions of the Third Conference* (7-10 octubre 1956), Josiah Macy Jr. Foundation, Nueva York, 1957, págs. 117-193 (extractos traducidos: págs. 117-138. © original: Josiah Macy Jr. Foundation, Nueva York, 1957. (De la traducción al francés por Y. Winkin.)

Goffman: —Creo que convendría aclarar nuestra terminología al comienzo de la discusión. Entiendo por «institución» un establecimiento social como, por ejemplo, un edificio administrativo, una casa o una fábrica. Empleo el término *institución* porque nosotros los sociólogos estamos más acostumbrados a él, aunque no se trate, prácticamente hablando, de un uso afortunado. Creo que se debiera emplear *institución* al hablar del matrimonio, del contrato comercial o de cualquier otro proceso social institucionalizado y habitual en una sociedad determinada. Pero emplearé *institución* para aludir a un establecimiento social, por ser la palabra que encontramos natural.

Me parece que lugares como las cárceles, los campos de concentración, los manicomios, los acuartelamientos militares y los barcos forman parte de una sola clase natural, en el sentido de que, si queremos saber más sobre una de estas instituciones, conviene estudiar las demás. Tal aspecto de tal institución revela más sobre las otras de lo que éstas podrían decirnos nunca. Y es en este sentido como forman parte de una clase natural.

Las llamo «instituciones totales» porque creo que, en cierto sentido, son realidades extremadamente persuasivas. Sobre ellas quisiera hablar hoy.

Ante todo, quisiera destacar algunas características generales de estas instituciones totales. No siempre se dan y, cuando se nos muestran, lo hacen en grado diverso.

En primer lugar, advertimos que el lugar suele estar rodeado por un cerco o barrera, que constituye una especie de barricada contra las interacciones sociales. Puede tratarse de un foso, de una zona difícil de atravesar, de una superficie de agua, o simplemente de un cerco o de un muro de ladrillo, como ocurre en el manicomio.

En segundo lugar, la institución está cubierta por una especie de amplia bóveda de *autoridad*, una autoridad que se difunde a través de ella y que domina todo lo que se le acerca, con casos particulares que quedarían por precisar. Importa añadir (y volveré sobre este punto) que en las instituciones totales hay también clases de personas con una autoridad considerable sobre otras. No es cosa, simplemente, de que haya unos cuantos policías. En este punto, las instituciones totales difieren profundamente de las comunidades cíviles ordinarias.

Una tercera característica es que los usuarios *viven en el lugar*, es decir, que pasan enteros día y noche en el recinto de la institución total. Esto es muy importante. Llamaré a esta gente internos.

Las personas que viven en el lugar están situadas a menudo en el rango, o categoría de posición, más bajo. Yo voy a hablar de estos grupos de internos.

Spiegel: —¿Los distingue usted de las autoridades que viven también en el lugar?

Goffman: —Ocurre a veces que las autoridades viven en el lugar, pero creo que lo contrario sucede más a menudo. En un manicomio típico, las autoridades superiores suelen trabajar durante la jornada normal de ocho horas diarias. Las autoridades medias siguen un régimen de tres turnos, porque están de servicio por períodos de ocho horas. Pero los pacientes viven todo el día y toda la noche en el mismo sitio. El manicomio funciona, por tanto, en dos ritmos: el ritmo de los internos, que están permanentemente, y el ritmo de los que sólo están a ciertas horas. Es como en el cuartel: habitualmente, los oficiales pueden escaparse con más facilidad que los soldados rasos.

Spiegel: —Lo que no ocurre en un barco, desde luego.

Goffman: —Quiero decir que así ocurre en muchos casos, pero no en todos. Es un hecho importante el que los grados superiores suelen tener la libertad de dejar la institución y que, por tanto, para ellos no se trate de una institución total.

(...)

Goffman: —La cuarta característica de las instituciones totales es que son *finales*, es decir, que tienen fines reconocidos y que se han creado como empresas de riesgos calculados racionalmente. Al menos verbalmente, deben admitir que no les incumbe alcanzar un objetivo general. Esto también es importante.

Quinto —y esto establece una distinción entre una casa particular y tales lugares—, estas instituciones poseen lo que podríamos llamar una *cultura de imposición*, en el sentido de que las personas que entran en ellas pertenecen ya a culturas que les son propias. Los internos están formados ya por completo, social y culturalmente. Por tanto, todo lo que se haga dentro de la institución habrá de ser impuesto, en cierto sentido, sobre lo que ya existe.

Sexto, estas instituciones parecen originar a menudo una especie de *contravisión del mundo*, una ideología o perspectiva del mundo que coloca al interno fuera de éste. Lo cual varía según la categoría dentro de la institución y depende en gran parte del tipo de reclutamiento, que puede ser voluntario (por ejemplo, en el caso del convento, las monjas han ido de buen grado, por haber recibido una llamada divina); puede ser involuntario (como en el caso de la cárcel, donde el grupo inferior, el de los presos, suele crearse

una visión del mundo opuesta a la que tienen las autoridades de la institución); y puede ser una mezcla de elementos voluntarios y de elementos coactivos (como en el ejército).

Tales son los rasgos característicos de las instituciones totales. Ciertamente, podrían exponerse otros rasgos generales.

Mead: —Entonces, ¿excluye usted las instituciones que acogen niños, como los orfanatos?

Goffman: —Me parece que sí. Pero si los niños entran en ellos a la edad de 6, 7 u 8 años, habría que revisar la cuestión.

Mead: —¿Descarta los hogares de niños abandonados, lo mismo que los museos, porque los internos son muestras?

Goffman: —Creo que sí. Pero hay una cosa que debe quedar clara desde el principio. Yo no insisto demasiado en estas características, porque no he dedicado mucho tiempo a elaborarlás. Lo que hay que retener es que cada una de ellas representa un aspecto importante de la vida social que se desenvuelve fuera de estas instituciones. Sólo dentro de éstas las encontramos reunidas, y su combinación parece producir un sistema dinámico que puede llevar a muchos problemas interesantes. Este sistema es una especie de monstruo, un híbrido sociológico, semicomunidad, semiorganización final; combinación que, en cierto modo, es casi intolerable en nuestra sociedad, porque sus cualidades pueden ser demasiado dinámicas.

Las instituciones totales pueden estudiarse desde varios puntos de vista. Yo acabo de pasar un año investigando sobre el terreno en un gran manicomio público, que he tratado de ver con los ojos de los internos. Ahora estoy ordenando mis datos en diferentes aspectos. Sin embargo, sólo les hablaré de una dimensión sobre la que creo no conocer gran cosa y no tener ideas muy claras. Me han dicho que eso formaba parte de la tradición de estas reuniones.

El aspecto de las instituciones totales del que quisiera hablar consiste en lo que yo llamo el «ciclo metabólico», a saber, el de introducir o reclutar, triturar y devolver personas.

En cierto sentido, se puede pensar que la función de un manicomio es recoger gente que, fuera, se ha comportado de manera inaceptable. Probablemente, instancias externas trataron, sin éxito, de convencer a estos transgresores para que obrasen correctamente. Entonces, entra en las funciones de la institución el convencer a los internos que la gente de fuera no pudo convencer. Así, pues, la persuasión está vinculada a la función racional general de la institución.

La expresión «ciclo metabólico» nos servirá para hacer compa-

raciones con otros tipos de instituciones. Aunque, desde luego, podemos emplearla simplemente por analogía. Yo creo que, en biología (aunque no sé gran cosa), un organismo traga algo, lo utiliza y, después, lo expelle bajo la forma de un desecho, menos complejo que el producto total. Sin embargo, en la vida social, la materia humana de ciertas instituciones se reinyecta a menudo estratégicamente en la sociedad, donde van a representar un papel importante. En resumen, la organización encuentra su finalidad global en el papel que después representarán fuera los desechos.

El caso típico es el de la escuela de formación, cuyo objeto es formar personas que, un día, irán a ejercer en otro sitio. Pero, si bien se opera una especie de ciclo metabólico, puesto que estas personas pasan por la institución y son modificadas por ella, no se trata exactamente del mismo proceso que en la situación biológica.

Fremont-Smith: —¿Puedo hacer yo una analogía en su lugar? Si en vez de órganos excretores, hablase usted de glándulas de secreción interna, su producto no sería un desecho.

Goffman: —Sí, pero entonces cambiamos de sistema de referencia.

Spiegel: —En realidad, él habla de exteriorización o de procesos de salida.

Fremont-Smith: —Eso depende de dónde se coloque uno: la exteriorización de las glándulas renocorticales podría ser una interiorización en el organismo considerado como un todo.

Mead: —¿Incluye en este concepto las escuelas, los internados, las universidades...?

Goffman: —Tendré que incluir las escuelas cuando en ellas vivan individuos.

Mead: —Yo creo que es muy enojoso emplear la analogía de los desechos. Lo mejor sería olvidarla desde ahora. El efecto de halo es tan grande que complicará toda la discusión.

Fremont-Smith: —¿Un producto, pero no un desecho?

Goffman: —Hablo de esto en un sentido en que no es acertado emplear la analogía metabólica.

Mead: —En ningún caso es acertada esa analogía.

Goffman: —El contingente está compuesto por las personas que pasan por el sistema, sufren ciertos cambios en él y salen.

Las instituciones pueden dividirse en tres clases generales, que podrían resultar útiles en la discusión. Hay, en primer lugar, instituciones basadas más o menos en el hecho de que las personas que entran en ellas están constituidas ya como criaturas correctamente autorreguladas. Lo que el patrono quiere, dirá, es un «buen» obre-

ro, o sea, uno a quien no tenga más que dar instrucciones sobre sus métodos y reglas para que, entonces, pueda seguirlos inmediatamente y por mucho tiempo. Con otras palabras, no hace falta cambiar el sistema de autorregulación del obrero: basta con servirse del que ya tiene. Hemos de volver a repetir que ésta es sólo una clasificación provisional.

Dentro de tales instituciones, el problema de cambiar y de reajustar el mecanismo de autorregulación del individuo es probable que no surja sino en ciertos casos: cuando haya en el sistema una tensión psicósomática considerable, hasta el punto de que los directivos se azacanen hasta el agotamiento; o en las instituciones de trabajo como los campos de concentración, donde los individuos pueden hacer un trabajo físico tan duro que se maten. En estos casos, y en uno o dos más, como el momento de la jubilación, la persona que fue introducida en la institución deja de autorregularse, porque la han obligado a reajustar su centro de equilibrio dinámico, en cierto modo.

Liddell: —Naturalmente, el condenado que vuelve a la cárcel está preformado, ¿verdad?

Goffman: —Demasiado.

En segundo lugar, hay instituciones, como las funerarias, que toman personas muertas, las visten, las adornan y las entierran en los adecuados lugares rituales. Estas instituciones se basan en no estar ya autorregulados, en el sentido en que lo entendemos ahora, los organismos que ellas introducen: no se mueven por nada; pueden hacer con ellos lo que quieran.

El tercer tipo de instituciones es el que discutiremos aquí: el que procura reajustar radicalmente los mecanismos de autorregulación del individuo. (No quiero decir que se trate de un fin consciente: pienso en el efecto, o en la consecuencia, de la acción de la institución, sea o no conocido y pretendido.) Es el caso de los manicomios.

Así, pues, ciertas instituciones totales tienen la misión de almacenar gran cantidad de individuos y cambiarlos radicalmente. Así, resulta que el mismo proceso de reajustar estos individuos tiene un efecto determinante sobre toda la estructura del lugar: el almacenamiento llega a ser más que el simple reclutamiento del número necesario de personas. Volveré a emplear la expresión: el proceso metabólico llega a ser un elemento muy esencial del plan general de actuación, y la estructura de la institución debe explicarse parcialmente a partir de este proceso.

Todo esto es especulación teórica. Yo quisiera llegar a la espe-

culación empírica, describiendo el ciclo metabólico de los manicomios. ¿Sigue molestándole esta expresión?

Mead: —Sí, sigue molestándome.

Goffman: —Déme otra, y la emplearé enseguida. ¿Entrada? ¿Descarga?

Fremont-Smith: —Entrada, salida.

Barron: —El proceso no es cíclico.

Mead: —Tampoco me gusta un proceso mecánico. ¿Por qué no describe usted el proceso tal como se desenvuelve en una institución total?

Goffman: —Lo intentaré. Pero quiero subrayar que se trata de procesos dirigidos a almacenar y devolver individuos. Necesito una palabra para designar esto, y emplearé «metabolismo» entre comillas a partir de ahora, si usted quiere.

Mead: —Devolver significa vomitar. ¿Es eso lo que usted quiere decir?

Bateson: —¿Qué diría de «preparar individuos»?*

Goffman: —¿Es aceptable para todos «preparar individuos»? En esta discusión surgen unos sentimientos morales que espero no se repitan con demasiada frecuencia.

Fremont-Smith: —El empleo de ciertas palabras los hace surgir automáticamente.

Bateson: —Me parece que lo que el doctor Goffman quiere decir es esto: una característica de lo que él llama una institución total es que el personal no considera a los internos —las personas que almacenan, preparan y despachan— como elemento de su organización. Al decir preparación, quiero enunciar la premisa, por parte del personal y por parte de los internos, de que se trata de una organización social completa en la cual los pacientes no son una fuerza que obre *sobre* el personal: al contrario, los pacientes son preparados *por* el personal; lo que, en realidad, es falsear totalmente la dinámica de la institución, pero tanto el personal como los internos la tienen siempre presente. Es la manera que tienen de entenderse a sí mismos.

Fremont-Smith: —Quisiera hacer una observación que podría ser particularmente útil en este punto de la discusión. Hace años, Manley Hudson, brillante abogado y después magistrado, dio un largo ciclo de conferencias muy bien acogidas en la Asociación de Política Exterior. Una vez le preguntaron: «¿Cómo puede hablar de tantos temas, despertando tanto interés y sentimiento, sin provocar nunca la menor hostilidad entre el público?» El contestó que,

2*. *Processing of people.*

según había aprendido pronto en su carrera, los sentimientos no están tan ligados a las *ideas* como a las *palabras* corrientemente asociadas a las ideas. En consecuencia, cuando quería discutir con un grupo de personas una cuestión a la que estaban muy unidas sentimentalmente, ponía mucho cuidado en no emplear ninguna palabra ni vocabulario que hubiesen podido asociar anteriormente a las ideas que él deseaba exponer.

Cuento ahora esta anécdota porque me parece muy aplicable en este caso. Usted acaba de recibir una serie de reacciones a las palabras que emplea, no obstante su deseo de que no se produjesen. Pero las palabras que ha utilizado las ha escogido, aun inconsciente, de tal manera que no podían sino provocar estas reacciones, como ha visto que ha pasado con la palabra «devolver». Eso significa vomitar, lo que origina una reacción de disgusto. Los desechos sugieren habitualmente excrementos. Creo que se trata de un punto secundario, pero importante. Convendría que pudiésemos encontrar las palabras justas.

Goffman: —Sí, doctor Fremont-Smith, claro que he intentado encontrar esas palabras. Yo estoy acostumbrado a hablar con personas que están de acuerdo en las cuestiones fundamentales, y yo supongo que ellas suponen que yo estoy de acuerdo con ellas en estas cuestiones. Yo me sirvo de palabras gruesas para conmoverlas un poco y hacerles ver que las cosas van, verdaderamente, muy mal. En este sentido, yo estoy tratando de buscarles las cosquillas a ustedes. ¿Y usted me dice que eso no está bien? (...)

Ahora, quisiera continuar y tratar de trivializar hasta cierto punto las fases de este ciclo de preparación.

Ante todo, quisiera, señor Bateson, añadir algo a su comentario, que me ha gustado mucho. Aunque yo no esté muy al corriente del asunto, creo que, si una familia también está rodeada de una barrera, y es también, en cierto modo, un lugar en que las personas pasan toda la vida, otra característica de estos lugares es que los hijos y los padres se hallan en relación íntima durante toda su vida en común. Estoy de acuerdo con usted en que, formalmente, y de hecho hasta cierto punto, es característica de las instituciones totales que los internos vivan una vida muy desconocida para la gente de arriba. Los vigilantes, que están en el nivel inferior de la administración de un manicomio, conocen un extremo de la vida cotidiana de los pacientes, pero no lo saben todo. Esta discontinuidad, o diferencia, tiene una función muy importante. El personal la necesita, porque los de abajo del todo viven hechos emocionalmente desgarradores. Manteniéndose a distancia, el personal se ahorra muchas preocupaciones.

Bateson: —Mi término «preparación» (*processing*) suponía implícitamente que la escala jerárquica, el sistema de clases si usted quiere, de la institución total suele basarse en una bipartición estructural. Aunque haya cierto número de miembros intermedios del personal, entre el de posición más alta y el de posición más baja, una línea horizontal corta limpiamente en dos esta columna, por donde sea. Se está por arriba o se está por debajo de ella, y esta línea es más importante que todas las líneas complementarias de una parte y de otra. ¿Es éste un análisis con el que usted podría estar de acuerdo?

Goffman: —Es una buena observación, a la que yo añadiría una precisión menor. Debajo del último escalón administrativo, habrá a menudo otros pequeños escalones que no son importantes, como los operarios y otros, que los hay también, por ejemplo, en las escuelas particulares. Pero, fundamentalmente, es cuestión de oficiales y reclutas.

Mead: —El personal obrero forma a los estudiantes al mismo tiempo que los docentes. Quiero decir que no es cosa que tenga tanto que ver con la jerarquía como una relación con el grupo de personas a las que ven constantemente.

Birdwhistell: —Creo que, si hay instituciones que funcionan como usted señala, las hay también que obran más bien como transformadores: una cosa se introduce en el sistema bajo una forma y sale bajo otra.

Después, hay situaciones en que la institución *se convierte* en el transformador, o en la maquinaria de preparación. Creo que son dos cosas diferentes. Y por último, está el tercer tipo que usted indicaba, en el cual el paso de los materiales modifica tanto un aspecto de la maquinaria como estos mismos materiales.

Goffman: —Sí, pero hay sistemas abiertos, en que la estabilidad de la maquinaria descansa en una alimentación constante, rápida y reiterada. Todo el sistema se basa en el movimiento, en cierto modo. Estos lugares son tan bertalanfianos como nada pueda serlo¹.

Otro punto que debiéramos subrayar es el de la autorregulación. No es simple cuestión de informar a las personas. Su objetivo es lograr que se comporten de manera distinta, voluntariamente, una vez han recibido la información. Es lo que ocurre, por ejemplo,

1. Véase L. von Bertalanffy: «The Theory of Open Systems in physics and biology», *Science*, vol. III, núm. 23, 1950.

con el oficial nuevo que se convierte en un caballero y logra desenvolverse por sí mismo en muchísimas situaciones sociales.

En este sentido, las instituciones totales son singulares. Las actividades y los fines de la institución se «encarnan» en las personas que pasan por ella. Los productos de la institución y los elementos que atraviesan el ciclo metabólico son idénticos. De ahí, el alcance y los límites de la analogía metabólica.

Me gustaría llegar ahora a las fases de este proceso, y quisiera añadir que no me detendré en ellas más de lo preciso. Estas fases no son sino medios de ordenar los datos, y ustedes podrán dirigirles sus quejas. Voy a dibujarles la diana, en cierto modo:

Esbozo del proceso «metabólico»

- a) La mala conducta contingente
- b) Los ritos de transición
- c) Los procesos desorganizadores
 - 1) Las modificaciones del yo
 - 2) Las indeterminaciones en el campo
- d) Los factores de indeterminación en el campo
- e) Los factores de reorganización personal
- f) Las líneas de adaptación
- g) Los móviles y la creencia^{3*}

La primera fase de la que hablaremos podría llamarse la «mala conducta contingente». La persona que va a entrar en un manicomio ha obrado de una manera inaceptable u ofensiva para alguien que no puede tolerar por más tiempo esta conducta. El futuro internado es también una persona atrapada por su propio sistema social, tanto que el encierro se presenta en definitiva como la solución natural.

Quisiera repararlo. La persona que va a entrar en el manicomio está relacionada con alguien —padre, patrono o vecino— a quien importuna. Desde el punto de vista de esta persona, el futuro internado se comporta mal. Esta persona se queja, trata quizá de corregir de palabra al ofensor, no lo consigue y decide actuar. La persona que actúa se encuentra en una situación social en que le es natural recurrir, ya a un manicomio, ya a un agente que la dirigirá a él. Espero mostrar que el ingreso en un manicomio público es un proceso social muy complicado, que puede tener poquísima relación con lo que se cree ser un trastorno mental. Lo cierto es que

3*. En el presente extracto, recogemos solamente los puntos a) y b).

no entran todos los que deberían entrar y que quizá no debieron entrar muchos que sí han entrado. El estado mental de una persona no es más que uno de los factores en juego, y de importancia muy variable. El proceso debe observarse y estudiarse *in situ*, allí donde unos individuos tienen acceso a ciertas instancias y allí donde suelen quejarse o no, esperar ciertas cosas o no.

Lindell: —El proceso legal obligatorio, ¿es más bien elástico, o más bien rígido, cuando se trata de conseguir el ingreso de persona semejante?

Goffman: —Creo que eso depende de su posición en el sistema social, aunque ésta es otra de las cosas que debemos estudiar. Por ejemplo, un marido de un barrio popular empieza a pegar a su mujer. Durante las seis últimas semanas, se ha vuelto psicótico, como diría un psiquiatra. Su mujer va a quejarse a la policía, que va a ver, puede decir: «No es más que una pelea de matrimonio», y no hace caso. Unas semanas después, el marido consigue salir por sí mismo de su período de tensión. En un barrio burgués, la policía podría haber adoptado una actitud diferente y, en ciertos casos, el resultado final habría sido muy distinto.

Meerloo: —Esta no es más que una definición parcial de las enfermedades mentales. Usted parece manifestar una actitud muy agresiva ante las instituciones. Puede decirse que la persona encerrada es una molestia para la sociedad o para sí misma. Muchos pacientes se sienten protegidos, y son protegidos, por la institución.

Goffman: —Ya sé que eso lo dicen siempre las autoridades psiquiátricas, y tienen razón hasta cierto punto. Pero trate de comprender esto (y temo que la duda de la doctora Mead sea pertinente en este caso): yo no trato, por el momento, de hablar de enfermedad mental; yo estoy hablando del *manicomio público*, y hablo de él como de una *institución*.

Meerloo: —Entonces, podemos decir que en una institución hay muchos tipos de pacientes. ¿De acuerdo?

Goffman: —En un manicomio público, de diez mil pacientes, puede haber cien que hayan ingresado voluntariamente. Yo no hablo de esos cien.

Meerloo: —Yo he sido director de un manicomio municipal, aunque no en Estados Unidos. En tales instituciones, gran parte de los acogidos están protegidos contra sí mismos, sea cual fuere la tragedia que el asilo represente para él.

Frank: —Hay otras personas que se preocupan con frecuencia de los enfermos mentales. Un familiar puede estar preocupado por

2. Véase J. A. Clausen y M. R. Yarrow: «Paths to the mental hospital», *Journal of Social Issues*, vol. 11, núm. 25, 1955.

la salud del paciente. Son aquellos a quienes se envía al hospital como protección contra ellos mismos, podríamos decir.

Goffman: —Ciertamente, usted debe matizar lo que yo digo en este sentido, pero quisiera subrayar que eso constituye un proceso contingente. Permítame ponerle unos ejemplos².

Fremont-Smith: —Quisiera confirmar lo que ha dicho sobre el policía. Estoy seguro de que es eso lo que pasa con frecuencia: el policía llega, y su decisión de llevar al manicomio al hombre que pega a su mujer se debe a la casualidad. Ocurre a menudo que el hombre no va al manicomio y nunca ha necesitado ir.

Goffman: —Y a menudo, el hombre a quien llevan al manicomio no cree su mujer que esté enfermo. Muy posiblemente, ella no comprende lo que es un trastorno mental. Sólo, que tenía una cuenta pendiente con él.

Recuerden que, en general, estas instituciones se alimentan de personas pertenecientes a los grupos sociales de ingresos bajos. Alrededor del 75 % de los hospitalizados pertenecen más o menos a estos grupos..., que no están implicados en el mundo psiquiátrico como nosotros lo estamos en las ciencias sociales. Según dicen muchos de ellos: «Este hombre no se comporta correctamente, no sé qué hacer con él». Como sociólogo, eso es todo lo que yo observo. Yo no me intereso por las cosas que preocupan a ustedes. Lo que sucede por debajo no es asunto mío.

Mead: —¡Sí! Usted se interesa por esas cosas, y creo que seguirá induciéndonos a error si confunde protección e ingreso voluntario. Muchas personas no se presentan por sí mismas en el manicomio. Las interna su familia porque tiene miedo a que le peguen un cuchillazo, expresión muy dura y muy importante. De modo que, al recoger el número de los pacientes que han pedido el ingreso voluntariamente, usted no ha contestado a la observación del doctor Frank sobre la proporción, en la población, entre los que ven el encierro como una protección del paciente y quienes lo consideran para su propia protección.

Goffman: —Sí.

(...)

Bateson: —A veces es difícil obtener el ingreso voluntario en un manicomio y conseguir esa autoprotección (...).

Mead: —Cuando la pide *uno mismo*.

Bateson: —Porque las autoridades no creen que uno pueda pedirle si realmente es peligroso para sí mismo.

Goffman: —En cierto modo, verdaderamente, he buscado controversia. Yo les diré el caso de la esquizofrenia si ustedes me dicen

casos de contingencia, y haré listas para ser más claro. Así, tenemos el caso de un hombre de unos treinta años, retrasado mental, cuidado por su tía en una ciudad pequeña. La gente tolera su extraña conducta porque estiman a su tía, y ella está para ayudarlo. Ella muere..., y, entonces, lo mandan al manicomio. Una contingencia forma parte del caso: la muerte de la tía.

Fremont-Smith: —Es más que la muerte de la tía. Es que ya no cumple un papel funcional.

Goffman: —Sí. O veamos la familia con un miembro que no puede o no quiere trabajar. Ocurre que se mudan a un piso en el que hay habitación para él. Tenemos casos en comunidades de ingresos bajos, en que se cuida a un padre anciano en la misma casa si presenta ciertos síntomas de senilidad. Cuando la familia se muda, *entonces* deciden despacharlo al manicomio. El ingreso es contingente.

Déjenme que les ponga otro ejemplo. Un joven burgués, prometedor, encantador, que se dispone a entrar a la universidad, empieza a cometer actos de exhibicionismo delante de unas niñas. Los padres de las niñas se enfadan mucho y quieren mandar al joven a la cárcel. Pero les dicen que, después de todo, es un buen muchacho y les preguntan: «¿Quedarían satisfechos si fuese al manicomio?» —«Bueno, eso estaría bien», consienten. Su honor de padres queda satisfecho con el ingreso del joven en el manicomio. En este caso, los elementos de «promesa» (entre otros) son los que constituyen la contingencia.

Yo no hablo ahora de trastornos mentales, y espero que ustedes dejen de lado este aspecto por un momento. Desde el punto de vista de la comunidad, este joven se ha comportado de una manera inaceptable y se han puesto en marcha ciertos mecanismos, variables de una clase y de una región a otra, que lo han llevado a verse en una institución.

Peck: —Yo puedo confirmar su análisis con datos procedentes del otro extremo del proceso. Hace poco, he formado parte de comisiones hospitalarias de autorización de salida. Durante las doce sesiones a las que asistí, se planteó por tres veces la cuestión de saber si el paciente no podría salir en Navidad. En un caso, se arguyó que sería muy incómodo para el paciente salir dos días antes de Navidad, sin haber hecho sus compras de regalos para la familia. Creo que esto ilustra el tipo de consideraciones que pueden determinar si un paciente sale o se queda hospitalizado. No son éstos, ciertamente, los criterios de que ingenuamente creemos servirnos cuando prescribimos una hospitalización.

Frank: —Mi reacción emocional —y quizá no sea más que una emoción— se explica porque, en sus observaciones, hay una insinuación según la cual el manicomio, como institución, es hostil a los pacientes y a la comunidad. Creo que, en parte, eso es cierto. La mayoría de los ejemplos que ha puesto podrían interpretarse también en el sentido de mostrar que la familia ya no es capaz de cuidar a esa persona y que, por tanto, hay que encontrar otra instancia de cuidado. El hospital que duda sobre si dejar salir a alguien en Navidad piensa en el bienestar del paciente. Usted selecciona ejemplos para mostrar cuándo la gente comete errores de juicio y cuándo fracasan los hospitales. Sin duda, cometen graves errores de juicio. Yo no creo que sea justo decir que ésta sea una característica de los hospitales, aunque su analogía sea perfectamente acertada.

Goffman: —Espero que usted me corrija sobre esto durante la reunión y que pueda establecer una situación en lo que yo vaya a decir, entre lo que sea válido y las distorsiones que puedan surgir (...).

Birdwhistell: —¿Podría volver sobre una de sus observaciones anteriores, relativa a la propia protección? Decir que se encierra a los pacientes para protegerlos de sí mismos puede tener dos sentidos, que dependen del punto de vista, y que no son necesariamente contradictorios. Por ejemplo, un hombre no debe herirse: si se hieriese, heriría a su familia. El objetivo aquí es su propio interés y el de su familia. Esto es cierto verdaderamente en muchas comunidades. Si alguien de su familia se hiere, el accidente, en un contexto temporal amplio, puede ser también una desgracia para uno. La herida de su pariente lo hiere a él. Por tanto, al protegerlo, protege también a su familia. Se trata de elementos de un mismo sistema homeostático. Cuando un hombre se suicida, particularmente de las clases populares, su muerte afecta a la posición de toda la familia. Los motivos de prestigio o de molestia para la familia no son opuestos a los intereses del paciente, puesto que él también es miembro de la familia.

Goffman: —Sí. Podemos llevar el razonamiento un poco más lejos volviendo sobre su expresión de «cuidado». El grupo de John Clausen del Instituto Nacional de Sanidad Mental ha investigado mucho sobre las familias con un miembro ingresado en un manicomio³. Me basaré en parte de sus trabajos y, como ellos, no consideraré de momento a los «independientes» (*floaters*), que no dejan un mundo familiar tras de sí cuando entran en el hospital.

3. J. A. Clausen y M. R. Yarrow (comps.): «The Impact of mental illness on the family», *Journal of Social Issues*, vol. 11, núm. 4, 1955.

En una familia, cuando un miembro cae «enfermo», se produce una disminución considerable de atención a las tareas cotidianas. La esposa puede dejar de peinarse y de lavarse, o de cuidar de los hijos, etc. El esposo puede hacerse irresponsable, vagar por el vecindario fumando todo el día y descuidar su vestido. Puede pasearse en zapatillas, dejar de ir a trabajar y despotricar contra todo el mundo. En cada caso, la persona puede estar constantemente de mal humor y estar «imposible».

A menudo, los demás miembros de la familia no consideran que todo esto sean síntomas psicológicos. Pero los psiquiatras sí lo entienden de esta manera. Yo, como sociólogo, veo en ello un desajuste en las obligaciones de alguien en cuanto familiar. Y cuando, a partir de esta situación, lo mandan a una institución, se habla a menudo del hospital como de un sitio donde lo pueden «tratar».

Peck: —¿Preparar?*

Goffman: —Preparar. En cierto modo, lo que se hace es, por una parte, anular la situación de la persona que se comporta en ella de manera irregular y, por otra parte, mantener, sin embargo, la relación de parentesco con ella. Se preserva la superestructura legal, pero esta «mala» persona queda evacuada de la casa. Es lo que todo ello significa. Si esta persona fuese una criada que descuidase el trabajo, la despedirían. Si la persona fuese de otra clase social, y casada, podría haber divorcio. Pero, en ciertas situaciones, ninguna de estas soluciones es posible. La persona no es una criada. Está casada, pero no se puede conseguir el divorcio. Se han probado otras salidas, pero sin resultado. Se ha consultado a una serie de personas y, finalmente, se llega al internamiento en el manicomio. Esto es lo que pasa y, a pesar de todo, el proceso preserva la familia, en cierto modo, desde el punto de vista legal.

Fremont-Smith: —Usted no ha descrito más que un tipo de situaciones cuyo desenlace es que encierran a alguien. Pero también hay gente que perturba socialmente a su familia, como usted mismo acaba de decir, y que no terminan en el manicomio.

Goffman: —A veces, consiguen el divorcio, por ejemplo.

Fremont-Smith: —Hablo de familias que no consiguen el divorcio. No es simple cuestión de manicomio o divorcio. En la mayoría de los casos, la alternativa al divorcio no es el manicomio. Usted ha descrito sólo un grupo de personas que perturban su hogar.

Goffman: —Exactamente. No hay ninguna razón teórica para que unos perturbadores terminen en el manicomio y, otros no.

4*. *Processed.*

Fremont-Smith: —Si se considera el problema teniendo en cuenta el aspecto de las perturbaciones.

Goffman: —En ciertos casos, que lo manden a uno a la cárcel o al manicomio se debe casi sólo al azar. Depende de a quién se conozca, de si las instituciones están llenas o no, y de otros factores del mismo orden.

Fremont-Smith: —O de la institución en que se entre en primer lugar.

Goffman: —Y a veces, los pacientes llevan consigo este elemento al hospital. Más aún, algunos se aprovechan de haber estado en un hospital. Al salir, les dan una tarjeta que reza: «Soy enfermo mental». Y cuando la policía los agarra, los mandan al manicomio, en vez de a la cárcel o de maltratarlos.

Peck: —En el Tribunal de menores, uno de los elementos importantes en la decisión de si mandar al adolescente a un manicomio o a un reformatorio es el que la familia lleve o no un abogado al tribunal.

Goffman: —Ese elemento no tiene nada que ver con la enfermedad (que puede ser real); es una contingencia, y debemos estudiar estas cosas en su medio natural.

Quisiera hacer dos observaciones sobre esta noción de «mala conducta contingente», para, después, seguir adelante.

En primer lugar, las personas que se mandan a un manicomio público forman un conjunto muy heterogéneo en distintos aspectos. Pertenecen, en general, a grupos de bajos ingresos, pero, dentro de estos grupos, están muy diferenciados en cuanto al sexo, la edad, la formación, la ocupación, etc.

Después, cuando la institución observa su propio procedimiento de admisión, no lo ve más que en una sola frase: «El paciente estaba enfermo». El paciente ha llegado por este motivo. Afortunadamente, su familia ha tomado conciencia de que ha caído enfermo.

Eso puede ser perfectamente cierto. Pero se ha contraído en una sola frase un proceso social muy complejo, con lo que llegamos al encubrimiento de que hablaba el doctor Spiegel. Hasta cierto punto, conviene a una institución saber circunscribir y reducir toda la complejidad del proceso social a una frase: el paciente ha caído «enfermo». Lo cual quiere decir: ahora que lo tenemos, es normal y justo que lo tengamos.

(...)

Ahora quisiera hablar de los *rites de passage*, las transiciones, o pasos ceremoniales, que señalan el ingreso de un paciente en un

manicomio. El desplazamiento de una situación ritual a otra es señalado por ciertas ceremonias e implica al individuo en ciertos hechos memorables.

Mead: —Se dice *rites de passage* en francés. Es jerga sociológica.

Goffman: —La empleo precisamente porque es una expresión sociológica estereotipada. Creo que no se podría encontrar la fase o el elemento del ciclo a los que se refiere. Se puede criticar este enfoque, y creo que estaría justificado. Pero es un marco de referencia del que se sirven algunos sociólogos al hablar de una persona que termina en una situación psiquiátrica. Quisiera hablar de cuatro o cinco aspectos de este rito de transición.

Primero, según ocurre con frecuencia, el individuo a quien llegan a internar cree al principio que se trata de la traición de alguien. Si es su cónyuge el que lo ha entregado al manicomio, quedará muy angustiado. Lo estará menos, probablemente, si ha sido su tendero. Pero, de todas maneras, lo estará en cierta medida.

Fremont-Smith: —Cuando usted dice «traición», doctor Goffman, es una palabra especial. ¿Quiere decir una traición en opinión del paciente?... una traición, ¿a qué? ¿Quiere decir una traición en opinión del paciente, porque significaría dejarlo al descubierto? ¿O bien se trata de una traición a nuestro parecer, vista la situación?

Goffman: —Traición, en opinión del paciente. En tanto los demás sean sensibles a su punto de vista, participarán también de este sentimiento de traición.

Fremont-Smith: —¿Quiere usted decir que él, desde su punto de vista, siente una especie de traición?

Goffman: —Sí. En cierto sentido, desde un punto de vista general, en su actitud está una parte esencial de la verdad.

Lifton: —¿Se cree traicionado porque lo han mandado a la institución psiquiátrica?

Goffman: Sí: opina que nadie habría debido empujarlo a una situación tan desgraciada.

Mead: —¿Como su mujer, si es la que ha hecho la gestión legal?

Goffman: —No necesariamente. Su mujer, simplemente, puede haberlo llevado al psiquiatra. Pero el psiquiatra tiene práctica, y sabe cuánta necesidad tiene uno de que lo hospitalicen. Evidentemente, una dimensión de la práctica psiquiátrica es esta labor de encauzamiento al manicomio.

Liddell: —¿A cuántos médicos hay que consultar antes de meter a uno en el manicomio?

Goffman: —En muchos sitios, y en muchos casos, hacen falta

dos. En todas las grandes ciudades, hay algunos psiquiatras conocidos como aquellos a quienes hay que consultar cuando se necesitan documentos de internamiento. En cierta medida, estos psiquiatras se crean una práctica especializada en el internamiento. Saben acelerar y facilitar el procedimiento.

Fremont-Smith: —Eso varía de una ciudad a otra.

Goffman: —Espero no haber ofendido a nadie.

Peck: —Parece que está hablando del «juez de la horca».

Goffman: —Es que se dice que, si no cumple esta función, lo haría otro.

Fremont-Smith: —Lo de la firma de dos psiquiatras varía de un Estado a otro. En muchos Estados, es muy diferente. No siempre se requiere un psiquiatra. Puede tratarse de la asociación entre un juez y un médico.

Frank: —Hay una cosa que me molesta en lo afectivo. El sociólogo, so pretexto de objetividad, emplea constantemente palabras duras, en vez de servirse de palabras objetivas. Creo que en su libro *And Keep Your Powder Dry*, doctora Mead, muestra usted que el antropólogo quizá deba proceder así, que no hay medio de evitar las palabras duras.

Goffman: —Tiene razón en un sentido, pero creo que conviene hacer una precisión. La finalidad de esta reunión es discutir problemas, y deberíamos ser capaces de soportar toda clase de desacuerdos. Cuando me sirvo de la palabra «traición», el uso es exacto en cierta medida. La persona que entra en el manicomio suele opinar que se trata de un lugar poco recomendable para vivir en él.

Meerloo: —Algunos manicomios.

Fremont-Smith: —La mayoría de los manicomios. Como he viajado mucho, puedo decir: «la mayoría». Creo que se ha equivocado al emplear la palabra «traición», porque no ha precisado que era el paciente el que se sentía traicionado, y eso nos ha desconcertado.

Goffman: —Permítanme explicárselo. Yo he estudiado el hospital desde el punto de vista del enfermo, que constituye una parte bastante importante de la institución. Por tanto, hay que estudiar su punto de vista. Ustedes, que tienen una visión global de la cuestión, deben tomar el punto de vista del paciente e integrarlo en una perspectiva más amplia. Pero hay que empezar por recoger las piezas. Yo digo que el punto de vista del enfermo es una de ellas. La vida de un paciente en el manicomio no es agradable. Hay que volver sobre ello y analizar este lado desagradable. Si empleo palabras que les molestan, las empleo, simplemente, en un contexto intelectual.

Birdwhistell: —¿Las emplea desde el punto de vista del paciente, o sobre su punto de vista?

Goffman: —Desde su punto de vista.

Fremont-Smith: —Eso es interesante, y, si puedo permitirme la expresión, es casi una «traición» a lo que acaba de decir cuando hablaba de un sociólogo que no se interesaba por los individuos y que, por tanto, usted se interesaba por el flujo del proceso institucional. Y ahora, de golpe, está usted en el interior del paciente y nos presenta un informe sobre sus sentimientos. No tengo nada que objetar, pero hay una diferencia. Ciertamente, usted ha dado un salto. Estoy de acuerdo con lo que acaba de decir: que debemos estudiar todos los aspectos de la estancia del paciente en el manicomio. La mayor parte de éstos, de todo el mundo —y he visto muchos—, son tales que la mayoría de nosotros ni siquiera podemos soportar el mirarlos a la cara, aunque algunos estén organizados admirablemente, como seguro lo estaba ése de que usted nos habla.

Nosotros debemos estudiar el problema del modo como usted lo presenta. Cuando usted dice «desde el punto de vista del paciente», ¿de qué punto de vista se trata?

Goffman: —Del punto de vista de quien no podía juzgar demasiado, por no ser un enfermo: del mío, es decir, del punto de vista de un observador.

Fremont-Smith: —¿Ha hablado usted a enfermos personalmente?

Goffman: —Yo entré en el manicomio en el papel de un asistente del director de deportes, habiendo pasado después al de una persona que hacía un estudio sobre la vida comunitaria y la animación de los pacientes. Yo me vestía como un paciente, comía con ellos y trataba con ellos. No dormía con ellos, en parte por motivos personales, y en parte porque la institución creía que eso no estaba bien.

Fremont-Smith: —Eso nos ayuda mucho.

Goffman: —Permítame volver sobre su otra observación. Usted dice que yo paso de un punto de vista a otro. Cierto. Es deliberado. El proceso contingente se ha discutido desde el exterior. Después, he tenido que cambiar de perspectiva. Los sociólogos deben hablar desde el punto de vista de la gente que estudian, porque desde esta perspectiva se edifica el mundo que analizan.

El paciente se desenvuelve en cierto mundo. En él lleva un vida social. Y nuestro oficio es penetrar hasta el núcleo de esta vida social. El mundo de su punto de vista no es el único mundo social. Hay otros, que podríamos descubrir. Pero, en lo que me afecta, uno

de esos mundos es el suyo, y está en el patio del manicomio, que la profesión psiquiátrica olvida, me parece. El funcionario ve al interno que entra en su despacho, pero a menudo no comprende que este interno tiene un mundo social completo dentro del hospital. Esta sí que es de verdad una generalización sociológica, y bien democrática, además: todo grupo tiene un mundo social. Cuando se obliga a veinte o treinta individuos a vivir juntos, enseguida tienen ya un mundo propio, y nuestro oficio es penetrar en él y describirlo tan precisamente como podamos.

Birdwhistell: —¿Nos hará el favor de indicarnos claramente cuándo procede usted «desde» y cuándo procede «sobre»? Si nos lo hace...

Fremont-Smith: —Cuando cambie usted, eso es todo. Yo no me oponía al cambio mismo.

Spiegel: —Yo me pregunto si habría sido tan grande la excitación sobre los internos si el doctor Goffman hubiese hablado de cárceles, sin la presencia de directores de ellas ni de agentes judiciales, en vez de hablar sobre los manicomios delante de este plantel de psiquiatras y de personas interesadas por la psiquiatría.

Mead: —Además, ha dicho que nos iba a hablar de una institución total. En ciencias sociales, necesitamos todas las aclaraciones posibles para tratar de una totalidad. Al pasar de una posición total a una posición parcial, ha embrollado. Usted partía de la institución total. Mete un manicomio en el mismo contexto que un convento, una escuela y otras instituciones que cumplen una labor que nos parece, o muy valiosa y útil, o que nos parece muy lamentable y nociva. Ha escogido tal manera de definir objetivamente las cosas que las categorías ordinarias del bien y del mal, de lo conveniente y de lo inconveniente, quedan en el aire. Después, ha empleado una figura retórica que nos ha contrariado e irritado, porque trataba a personas como a desechos. Esta expresión no es nada adecuada para hablar de los licenciados en Derecho por Harvard, aunque quizá pueda aplicarse a algunos que salen de nuestras cárceles y de nuestros manicomios. Entonces, ha insistido mucho en este aspecto, lo que nos ha llevado a una discusión tirante, por estimar muchos de nosotros que su análisis no era aplicable a todas las instituciones que ha citado. Después, ha basculado y ha dejado de hablar de la institución en general. Y ahora habla del grupo de los pacientes, de la manera como perciben su grupo y de la manera como lo perciben otras personas de su medio. Si en un primer plano hace abstracción de los efectos, pero vuelve a introducirlos en el plano siguiente, irá constantemente al encuentro de dificultades,

independientemente de que hable a psiquiatras o no..., aunque en este caso las dificultades sean mayores.

Goffman: —¿Puedo tratar de contestar a algunas objeciones tuyas? Y no trataré de ser tan respondón como de lo que a veces soy capaz, porque necesito su ayuda, doctora Mead.

Primero, la cuestión de los desechos. La he propuesto para indicar un sentido en que no es buena la analogía metabólica. En el plano biológico, es lícito hablar de desechos. Tratándose de instituciones totales, no lo es, porque el fin de la institución es hacer capaces a sus miembros de cumplir ciertas tareas en el exterior. Por tanto, desde el principio, he admitido que no era demasiado buena esta analogía.

Después, en lo que se refiere a las instituciones totales, no quiero decir con ello que vaya a tratar de todos los aspectos de una institución. Lo que quiero decir es que hay una clase de instituciones que pueden llamarse «instituciones totales». Y voy a hablar un poco del mundo, de la vida social y de la organización social de su grupo de residentes, pero sólo en un aspecto: el relativo a su entrada y salida de la institución y los cambios que este paso produce en ellos, en cierto modo. Para llegar a eso, debo partir desde el exterior, para observar el proceso que los lleva por contingencia hasta la institución. Una vez allí, yo debo tratar, en cuanto sociólogo, de penetrar hasta cierto punto en su fuero interno, porque en un mundo social los objetos no se componen de factores objetivos del mundo exterior, sino de estos factores vistos desde el interior.

No se trata de descubrir las actitudes del paciente, como podría hacerlo con cuestionarios un psicólogo social. La cuestión es la de todo un mundo dentro de un individuo. Yo no intento determinar, por ejemplo, la opinión del paciente sobre el hospital: intento penetrar en el meollo de la vida social del hospital, espero, desde el punto de vista del paciente.

Spiegel: —¿Quiere eso decir que se nos mostrará también esa misma visión de la vida social del hospital a los ojos de los miembros de la dirección?

Goffman: —Lo que se les mostrará no será la visión de un paciente auténtico, porque yo no lo era. Ustedes van a conocer la situación a través de uno que se hallaba en algún lugar entre ambas partes.

Spiegel: —¿Uno que, de cuando en cuando, puede ver a través de los ojos de un paciente?

Goffman: —Admitámoslo, si queremos ser perfectamente claros con todos estos cuentos y terminarlos de una maldita vez para

siempre. Cuando digo que los manicomios son unos sitios horribles, es porque creo que lo son. Pero lo digo para obtener de ustedes el mandato de hablar de ellos sociológicamente, para contrariar la perspectiva, muy respetable en sí misma, que ustedes me ofrecen. Les presento, por tanto, lo que quizá sea una mirada sesgada. Quizá no habría tenido que ocurrir todo esto. En cierta medida, yo no habría tenido que exponer estos datos a un grupo de psiquiatras, sino a un grupo de sociólogos. Para mí, habría sido mucho mejor, en cierto sentido, estudiar una cárcel.

Fremont-Smith: —Yo no sé si para usted lo es o no, pero para nosotros es importantísimo que usted exponga sus datos a un grupo de personas preocupadas por la psiquiatría. Creo que el motivo por el que le planteamos dudas sin cesar es que tratamos de comprender su punto de vista de una forma que sea positiva y que le sea aceptable. Creo que eso forma parte de la misma dinámica de un grupo. Usted dice cosas y creo que no prevé del todo las reacciones que le llegan. Lo cual quiere decir que la persona que hace una exposición es incapaz a menudo de prever el punto de vista particular de cada miembro del grupo. El conferenciante hace una prueba, y nosotros reaccionamos, como en el caso del doctor Spiegel. El conferenciante hace una segunda tentativa, y nosotros volvemos a reaccionar. Este proceso de grupo nos permite, en definitiva, lograr una convergencia de puntos de vista. Luego avanzamos. Y creo que estamos avanzando positivamente.

Goffman: —Usted nos impedirá que pongamos en juego sólo nuestros afectos, ¿verdad? Cuando lleguemos a no hacer más que intercambiar nuestros sentimientos vitales, ¿nos dirá usted que avancemos un poco?

Fremont-Smith: —Sí, pero creo que no hará falta.

Después de este último «saque de morro», más dirigido a Frank y a Mead que a Fremont-Smith, Goffman prosiguió serenamente su explicación, desde los ritos de transición hasta las adaptaciones secundarias. No volvió a haber otro ataque directo de Mead. Fremont-Smith concluyó diciendo que la exposición había sido «de las más interesantes».

Texto 4

El olvido de la situación^{1*}

Goffman reúne aquí, en unas cuantas páginas muy densas, su punto de vista sobre el lenguaje. Recogiendo el argumento que adelantaba en su tesis doctoral, insiste en la necesidad de estudiar la situación en que se produce el acto de lenguaje como una realidad sui generis. Rechaza así igualmente a los investigadores que apprehenden el lenguaje «desde el exterior», estableciendo correlaciones entre tal característica del locutor y tal variación de su producción lingüística, y los que lo apprehenden «desde el interior», tratando de desprender sus estructuras morfológicas y sintácticas.

Presentado en 1964, en un volumen colectivo que señala los comienzos de la etnografía del habla, «El olvido de la situación» es un texto fundamental, porque sintetiza los diez primeros años de pensamiento de Goffman sobre el lenguaje y anuncia los diez siguientes, que arrojarán Forms of Talk, su último libro.

^{1*}. Título original: «The Neglected Situation», en *American Anthropologist*, vol. 66, núm. 6, Parte II (*Special Issue*), 1964, págs. 133-136. © original: American Anthropological Association, 1964. (De la traducción al francés por Y. Winkin.)

No habrá variable social que no se señale y muestre su pequeño efecto sobre la conducta oral: la edad, el sexo, la clase, la casta, el país de origen, la generación, la región, la formación escolar, las disposiciones cognitivas de carácter cultural, el bilingüismo, etc. Así, cada año se informa de nuevos determinantes sociales de la conducta oral. (Debemos señalar que, también cada año, se acoplan al razonamiento nuevas variables psicológicas.)

Paralelamente a esta corriente correlacionista, que liga atributos sociales, cada vez más diversos, y conducta oral, se ha desarrollado otro movimiento, muy activo también. Trata de desarrollar la extensión de las propiedades que pueden descubrirse en la misma conducta oral. Estas propiedades complementarias mantienen diversas relaciones con la estructuración del lenguaje, clásica ya, en plano fonético, fonémico, morfémico y sintáctico. Así es como se han definido nuevas características semánticas, expresivas, paralingüísticas y cinéticas de la conducta discursiva. Tenemos así un cesto lleno de indicadores que nos podemos poner a correlacionar.

Estoy seguro de que estas dos corrientes de análisis —la correlacionista y la indicativa— podrían (y sin duda podrán) mantener eternamente una coexistencia académica apacible. Sin embargo, un problema se avista en el horizonte. En ciertos momentos, estos dos modos de análisis se acercan de manera desagradable, obligándonos a examinar el territorio que los separa; y de golpe, este movimiento nos lleva a presentir que algo importante se ha olvidado.

Veamos primero la segunda corriente: la manifestación de nuevas propiedades o de nuevos indicadores en la conducta oral. Hace mucho tiempo que se estudia el aspecto del discurso que se puede transcribir claramente al papel. Hoy se examinan cada vez más los aspectos difusos del discurso. La lengua que se agita en la boca resulta no ser más que (en ciertos planos de análisis) una parte de un acto complejo, cuyo sentido debe investigarse igualmente en el movimiento de las cejas y de la mano. No obstante, una vez que estamos dispuestos a considerar estos comportamientos mímicos intranscriptibles asociados al habla, topamos con dos problemas graves.

En primer lugar, mientras que el sustrato de un gesto tiene su fundamento en el cuerpo de su productor, la forma del gesto puede ser determinada íntimamente por la morada (*niche*) microecológica en que se encuentra el locutor. Para describir un gesto, por no hablar siquiera de descubrir su sentido, quizá debamos tener en cuenta la condición humana y material de los lugares en que se ha producido. Por ejemplo, cierto análisis quizá no pueda apreciar el

sonido de una palabra sino conociendo de antemano la distancia que separa a los interlocutores.

Segundo, los gestos que hace un individuo al hablar son muy parecidos a los que hace cuando quiere dejar bien claro que no está dispuesto a que lo metan en ese momento en conversación. Por tanto, en ciertos planos, el estudio del comportamiento al hablar no puede ser distinto analíticamente del que consiste en observar el comportamiento de actores en presencia uno de otro, pero en silencio. El estudio de la conducta oral nos lleva fácilmente al estudio de la conducta sin habla. Investigadores como Ray Birdwhistell y Edward T. Hall han construido una pasarela entre el habla y los comportamientos sociales, pero, habiendo llegado a la otra orilla, se han visto demasiado ocupados para volver atrás.

Volvámonos ahora a la corriente correlacionista de la que hablábamos al principio. Nos encontramos un poco más desconcertados todavía. El motivo es que en ella se hacen cada vez más trabajos sobre un tipo particularmente subversivo de correlación: la que se establece entre el habla y la situación de elocución. ¿Se dirige el locutor a una persona del otro sexo, o no?, ¿subordinada o superior?, ¿una o varias?, ¿a alguien que tiene enfrente, o al teléfono? ¿Lee un guión o habla espontáneamente? ¿Es formal o informal la ocasión?, ¿habitual o urgente? Obsérvese que no estamos considerando ahora los indicadores de la estructura social, como la edad o el sexo, sino más bien el valor invertido en estos indicadores, tal como se reconocen en la situación correspondiente.

De ello se sigue que encaramos el problema siguiente: el investigador que se interese por las propiedades del lenguaje hablado puede verse estudiando la condición física del lugar en que el locutor hace sus gestos, simplemente porque no se puede describir por completo un gesto sin aludir al medio extracorporal en que ocurre. Por otro lado, quien se interesa por los correlatos lingüísticos de la estructura social puede descubrir que ha de entrar a analizar el instante en que aparece ante otros alguien que posee tales atributos sociales. Por tanto, estos dos tipos de investigadores deben prestar atención a lo que vagamente llamamos la situación social. Y esto es lo que se ha olvidado.

Hasta ahora, la idea de situación social se ha tratado a la manera del «aquí te pillo, aquí te mato». Por ejemplo, si se trata del lenguaje de respeto, las situaciones sociales se convierten en ocasiones en que se hallan en presencia personas de distinta posición, sacándose directa y simplemente una tipología de las situaciones sociales de un cuadro de doble entrada: posiciones alta-baja, baja-

alta e iguales. La misma crítica podría hacerse de otros indicadores de la estructura social. De ello se deriva que las situaciones sociales no tienen ni propiedades ni estructuras propias. No sirven más que para trivializar, en cierto modo, la intersección geométrica entre actores que hablan y actores que ofrecen ciertos índices sociales particulares.

Yo no creo que este enfoque de las situaciones sociales «a la que salta» sea siempre válido. No se puede tratar la situación social como a un pariente pobre. Puede decirse que las situaciones sociales constituyen una realidad *sui generis*, por seguir la costumbre del maestro^{2*}, y que por tanto exigen un análisis propio, muy semejante al que se concede a otras formas fundamentales de organización social. Además, puede asegurarse que esta esfera de actividad es de importancia muy especial para quienes se interesan por la etnografía del habla. En efecto, ¿dónde surge el habla, sino en situaciones sociales?

Comparemos, pues, estas situaciones sociales con aquellas que habíamos tratado con tanta desenvoltura. Yo definiría una situación social como un medio constituido por mutuas posibilidades de dominio, en el cual un individuo se encontrará por doquier asequible a las percepciones directas de todos los que están «presentes», y que le son similarmente asequibles. Según esta definición, hay situación social tan pronto como dos o varios individuos se encuentran en mutua presencia directa y sigue habiéndola hasta que se vaya la penúltima persona. Quienes se hallan en una situación determinada pueden definirse como una reunión aunque parezcan aislados, silenciados y distantes, o aun sólo presentes temporalmente. La manera como los individuos deben comportarse en virtud de su presencia en una reunión se rige por reglas culturales. Cuando se respetan, estas reglas de orientación organizan socialmente la conducta de los implicados en la situación¹.

La participación en una reunión significa siempre coerción y organización, pero hay disposiciones sociales especiales que originan una estructuración de las conductas, complementaria, o más importante, para todos o algunos de los presentes. Así, a dos o varias personas implicadas en una situación social, es posible el ratificarse mutuamente como apoyos autorizados de un objeto particular de atención visual y cognitiva, aunque se trate de un objeto móvil.

2*. Goffman alude, naturalmente, a Durkheim, a quien se refiere de manera irónica, pero muy seria.

1. Expuse este tema con detalle en *Behavior in Public Places* (1963).

Estas tentativas de orientación conjugada podrían llamarse *encuentros*, o implicaciones cara a cara, que encierran una atención mutua y privilegiada a todo modo de comunicación, así como, típicamente, una aproximación física que constituye una morada ecológica, dentro de la cual los participantes se vuelven unos a otros, apartándose de quienes están presentes en la situación sin participar oficialmente en el encuentro. Hay reglas claras que rigen el principio y fin de los encuentros, la llegada y partida de los participantes, las exigencias que puede plantear un encuentro a sus miembros y el decoro visual y sonoro que debe observarse ante los presentes en la situación, pero fuera del encuentro. Desde luego, tal reunión social puede no comprender ningún encuentro, sólo participantes sin implicación, vinculados únicamente por relaciones de interacción dispersa. Otra puede comprender un encuentro que reúna a todas las personas presentes en la situación..., orden favorable a una interacción sexual. Y otra puede comprender una implicación asequible, que debe desarrollarse en presencia de participantes no implicados, o paralelamente a otros encuentros.

Son ejemplos de encuentros los juegos de cartas, las parejas de la pista de baile, los equipos quirúrgicos en acción y las peleas de boxeo: todos ellos ilustran la organización social de una orientación conjugada momentáneamente; todos forman un entrelazado ordenado de actos de cierto carácter. Con esto quiero decir que el habla ocurre (cuando ocurre) dentro de tal condición social. Lo que se ordena en ellos, naturalmente, no son, ni juegos de cartas, ni pasos de baile, ni procedimientos quirúrgicos, ni puñetazos, sino turnos de habla. Obsérvese, entonces, que la habitación natural del habla es un lugar en el que el habla no siempre está presente.

Estoy diciendo que el acto de habla debe referirse siempre al estado de habla sostenido por cierto turno de habla. Este estado de habla necesita de un círculo de locutores aceptados como co-participantes. (Fenómeno tal que el discurso solitario, o la conversación entre locutores no ratificados, como se produce en la conversación aparte, o al teléfono, debe entenderse en primer lugar como una desviación de la norma; si no, se habrán perdido su estructura y su sentido.) El habla está ordenada socialmente, no sólo por la distribución de los locutores y de los registros lingüísticos, sino también como un pequeño sistema de acciones de cara a cara, mutuamente ratificadas y ritualmente conducidas. Es, en otras palabras, un encuentro social. Una vez confirmado cierto estado de habla, debe haber indicios para pedir y dar la palabra y para informar al locutor sobre la estabilidad de la concentración de atención

que recibe. Debe mantenerse una colaboración estrecha entre los locutores, a fin de asegurar que los turnos de habla no se invadan demasiado, o no falten recursos de conversación, porque la intervención de todo locutor debe representar siempre y exclusivamente una progresión. Si hay personas presentes en la situación, pero no reconocidas como participantes en el encuentro, el nivel sonoro y el espacio físico habrán de gestionarse de tal manera que signifiquen respeto —no recelo— ante estas personas directamente asequibles.

Los enunciados se someten, desde luego, a constreñimientos lingüísticos (como los sentidos), pero, en todo instante, deben hacer una labor complementaria, y es esta labor la que ocupa a los interlocutores. Los enunciados deben exponerse con un surtido de gestos funcionales, gestos que sostienen los estados de habla y los disciplinan, convirtiéndolos en pequeños sistemas de actividad. Durante esta labor mímica, se utilizan sonidos, pues ocurre que son bien prácticos en los encuentros hablados. Pero también se utiliza constantemente todo lo que se tenga a mano. Por tanto, muchas propiedades del habla deberán entenderse como alternativas, o equivalentes funcionales, de actos extralingüísticos; así, por ejemplo, cuando un participante señala la inminencia de su retirada de un encuentro conversacional cambiando de postura, apartando visiblemente su atención, o modificando el perfil paralingüístico de su última frase.

En cierto plano de análisis, por tanto, son dos cosas diferentes el estudio de los enunciados que pueden transcribirse y el estudio del habla. En este mismo plano de análisis, el de los turnos de habla y lo que se dice en ellos, forma parte del estudio de la interacción cara a cara. Esta tiene sus propias reglas, tiene procesos propios y estructura propia. Estos procesos y esta estructura no parecen de carácter intrínsecamente lingüístico, aun cuando su expresión tome a menudo forma lingüística.

Texto 5

La ritualización de la femineidad^{1*}

Con Gender Advertisements, artículo del que ofrecemos una síntesis en este texto, Goffman nos procura por primera vez una apreciación de su interés por la imagen, y muy particularmente por la imagen fotográfica de revistas o de publicidad. Goffman no dice que estas imágenes reflejen fielmente su sociedad. Tampoco dice que no puedan enseñarnos mucho sobre ella. Son escenificaciones de escenificaciones, puesto que sus autores, para producirlas, se sirven forzosamente del «idioma ritual» de la sociedad. Una novela no tiene más que una relación convencional con su sociedad de referencia, pero tampoco sale de ninguna parte. Por tanto, puede ofrecer a los sociólogos documentación interesante. Goffman presenta una muestra análoga con la fotografía de gran consumo público, estudiando con precisión de etólogo las exhibiciones (displays) que las mujeres deben cumplir «espontáneamente» en sociedad o deliberadamente para el fotógrafo publicitario (ritualización de primer grado), (ritualización de segundo grado, o hiperritualización).

^{1*}. Título original: «Gender Advertisements», *Studies in the Anthropology of Visual Communication*, vol. 3, núm. 2, 1976, págs. 69-154. De los extractos traducidos al francés por Alain Kihm. © original: *Actes de la recherche en sciences sociales*.

Incluimos en este artículo unas cuantas fotografías comerciales (publicitarias) que representan sujetos humanos. Estas fotografías las hemos seleccionado arbitrariamente de diarios y revistas de gran tirada, fácilmente asequibles, al menos para mí, reuniéndolas en series que, gracias a un orden no exento de malicia, permiten exponer, delimitar y bosquejar un tema preciso, relativo al sexo, el femenino en particular. Cada serie se acompaña de un comentario sencillo.

Pero antes, unas palabras sobre cómo el análisis social puede utilizar las fotografías. En mi opinión, los temas que puede plantear la fotografía tienen una categoría ontológica bastante mixta, y toda tentativa de pontificar sobre el orden de realidad así representado es muy posible que aboque al fracaso.

El que quiera estudiar las fotografías comerciales dispone de un método consistente en sacar una muestra al azar de uno o varios números de una o varias revistas, precisando los títulos y los períodos y abandonando todo interés por lo que se salga de la muestra: la representatividad determinable es, pues, una de las condiciones que debiera cumplir toda colección de fotografías¹..., y que no cumplen las que nosotros vamos a analizar (dicho sea de paso, la única importancia de los resultados así obtenidos partiendo de una muestra sistemática, muy a menudo, está sólo en si se puede esperar que el lector los generalice fuera del terreno tratado, operación cuya garantía estadística exigiría un nuevo estudio, el cual, a su vez, llevaría a una sobregeneralización mayor aún, y así sucesivamente, lo que es otra cuestión). Observemos, de todos modos, que este tipo de representatividad corresponde a las imágenes en cuanto tales y no nos revela nada de lo que muy a menudo queremos conocer, o sea, de qué aspectos de la vida real son imagen verdadera estas fotografías y qué efecto social tienen sobre la realidad supuestamente figurada..., limitación de la que, por otra parte, adolecen también nuestras fotografías.

Dado que apenas hay límites a lo que yo pueda optar por llamar tema, ni a los tipos de fotografías que pueda reunir para exponer lo que primeramente he identificado, ni a las ordenaciones posibles dentro de las series, podría creerse que nada me impide demostrar lo que me plazca basándome en algunos puntos aparentemente comunes. En esta materia, el éxito no requiere sino un poco

1. Véase un ejemplo reciente en D. E. Robinson: «Fashions in Shaving and Trimming of the Beard: The Men of the *Illustrated London News*, 1842-1972», *American Journal of Sociology*, 81 (5), págs. 1131-1141.

de maldad y de astucia y un buen montón de fotografías. Porque, cuanto mayor sea la colección del investigador, mayor será su certeza de ver confirmado lo que cree haber descubierto en tal ejemplo, e incluso lo que, de todas maneras, tiene ganas de demostrar: prueba de que la representatividad disminuye a veces conforme los datos se multiplican. De esto se sigue que, por sí misma, la eficaz ilustración de un tema no demuestra nada en cuanto a lo que puede descubrirse en imágenes ni, menos, en el mundo. Y el caso es que emplean un método bastante parecido al mío los compiladores de álbumes cómicos y los fotógrafos humoristas que acoplan la imagen de un famoso en plena gesticulación con la de un animal tomado en una postura aparentemente semejante, o le añaden un bocadillo cuyo texto modifica radicalmente la situación, prestando a los protagonistas reacciones inconvenientes.

Los temas que quiero examinar plantean tres cuestiones de metodología general que no deben confundirse: el descubrimiento, la exposición y la prueba. Sólo me importan ahora las dos primeras, como pretextos para explotar, sin gran esfuerzo, las particularísimas ventajas que ofrece la fotografía, y que son las siguientes:

Hay una clase de prácticas conductivas —que podríamos denominar «cortos comportamientos»— cuya forma material parece muy bien cifrada, mientras que los efectos sociales, o el sentido de los actos en cuestión, quedan vagos en parte, cumpliéndose además íntegramente, del principio al final, en tiempo muy breve y en espacio limitado. Constituyen hechos conductivos, que se pueden grabar y reproducir por medio de magnetófonos, magnetoscopios y cámaras. (La cinta magnética y la película, a diferencia de la fotografía, proporcionan, no una sola imagen de una ocurrencia real de la actividad considerada, sino toda una colección de grabaciones de esta especie. Mejor aún, el empleo del magnetófono y del magnetoscopio para examinar comportamientos muy cortos facilita el estudio microfuncional, es decir, del papel de un elemento conductivo en el flujo de lo que precede, coincide y sigue.) Tenemos ahí un encuentro entre un objeto de estudio y una técnica que coloca al investigador en una relación enteramente nueva con sus datos y constituye el fundamento práctico del macroanálisis.

Ahora son baratas y fáciles de reproducir, en forma de diapositivas, fotografías de todas procedencias. En cuanto se ha hecho una colección, nada es más fácil que seleccionarlás, ordenarlás y reordenarlás; en resumen, entregarse con ellas a un juego de pruebas y errores que contribuye magníficamente a revelar esquemas y aportar ejemplos, simples ilustraciones, o sacados de casos reales.

La capacidad social de la vista es enorme y, el acuerdo de los videntes, impresionante: dos factores que puede explotar el investigador. Le ofrecen, en efecto, la posibilidad de considerar claramente figuras conductivas que la insuficiencia de talento literario no le permitiría citar sólo por medio de las palabras. Estas, al no tener que restituir ya la totalidad del problema, pueden limitarse a dirigir la mirada a lo que hay que ver. Por lo mismo, la noción de «reacción puramente subjetiva» se hace susceptible de promoción académica, pues es bien evidente que parte, al menos, de lo que no se estudia por temor a caer en la palabrería tiene una realidad específica y se deja percibir con precisión, debiéndose la desviación a la incapacidad literaria del investigador, no al carácter de los datos².

En una colección de ejemplos en imágenes (trátese de ilustraciones o de representaciones de casos reales) sobre un tema común, hay más que un simple procedimiento para asegurarse de que el fenómeno estudiado aparezca claramente a la vista del espectador. Más frecuentemente, bastarían uno o dos ejemplos. Además, en contra de las ideas tradicionales sobre la muestra, el tamaño de la colección no tiene, de ninguna manera, la finalidad de mostrar el predominio de tales o tales casos dentro de la muestra, ni (por extensión) dentro del terreno del que ésta se saque. Se trata de algo muy diferente. Porque el interés de tener diversos ejemplos en imágenes de un tema único es que aporten un abanico de distintos planos contextuales secundarios que vengán a aclarar diferencias ocultas, aun mostrando un trazo único.

2. El oído tiene, tanto como la vista, una capacidad impresionante y, en esta materia, los fonéticos (a quienes han seguido últimamente todos los que se interesan por el análisis del discurso) han hecho un esfuerzo ejemplar por elaborar sistemas de notación que, aun pudiéndose imprimir, evitan las limitaciones de la ortografía corriente, tendiendo un puente entre el ámbito de los sonidos y el de las publicaciones. No obstante, hay una dificultad: mientras que unos investigadores adiestrados son perfectamente capaces de hacer todos una transcripción idéntica de una secuencia sonora determinada, su formulación escrita puede aplicarse igualmente a expresiones que, por otra parte, entenderían como significativamente diferentes. Dicho de otra manera: teniendo una grabación magnetofónica, la transcripción del lingüista puede resultar muy útil para dirigir la atención auditiva a tal sonido, aprovechando para fines eruditos toda la competencia del oído; pero, si no hay grabación, la transcripción no resuelve nada. En cuanto a la transcripción escrita de las grabaciones en magnetoscopia, plantea problemas más graves aún.

Pues bien, en cierto modo, la profundidad y la amplitud de estas diferencias contextuales son lo que produce sensación de estructura, de orden único, fundamental a las desviaciones superficiales. Mientras que, para los métodos tradicionales, las diferencias entre partidas que contabilizar en cuanto representativas de una misma cosa son causa de engorro, y en proporción del grado a la diferencia, lo contrario es cierto del análisis mediante imágenes, que consiste precisamente en fundir en un todo estas desviaciones aparentes. Y no hay nada de este análisis que no sea interesante e instructivo, hasta su inversión en los hechos; así, cuando un publicitario, partiendo de tales modelos y de tal argumento de venta, se pone a buscar diversas escenas posibles, o a hacerlas figurar, con la esperanza de llegar al cliente mediante una mezcla de repetición y de novedad. Porque, sea cual fuere su deseo de rodear de cambios un tema determinado, no por ello puede dejar de cumplir las exigencias de la imaginación escénica —conveniencia, inteligibilidad, etc.—, mostrando así forzosamente la posibilidad y la manera de hacer concordar diversos elementos para que «expresen» lo mismo. El que un conjunto de publicidades pueda manifestar una estructura fundamental común es, pues, un artificio enteramente producido por la misma idea publicitaria, y el investigador no hace sino descubrir lo que de entrada se ha compuesto deliberadamente. Pero, en todo caso, el conocer los medios por los que el publicitario logra encontrar diversos disfraces a sus estereotipos nos informa sobre las maneras posibles de escoger y modelar documentos sacados de escenas reales con el fin de provocar la interpretación que se desea.

Las fotografías ilustrativas de la conducta relacionada con el sexo (social) que yo he coleccionado así de manera no aleatoria pueden tener como utilidad, por otra parte, refrescarnos las ideas sobre tres puntos: los estilos de comportamiento relacionados con el sexo, la manera como la publicidad presenta de ellos una visión finalmente sesgada y las reglas de producción escénica particulares de la forma fotográfica. Mi interés se dirige ante todo al primer punto, pero los textos que acompañan a mis fotografías abordan todas las cuestiones que éstas puedan plantear. Precisaré, de todos modos, que el punto esencial de la exposición es la idea de los publicitarios sobre la manera de representar con beneficio a las mujeres. Por tanto, tendré que aventurarme a generalizaciones poco fundadas, con sólo el mérito de versar principalmente sobre la manera como el sexo se representa, no sobre su escenificación real.

En general, no he retenido las fotografías ilustrativas de lo que,

a mi parecer, es común a los dos sexos, en el plano de la imagen solamente, o también en la realidad; ni las que registran diferencias que he supuesto conocidas por todos. De ello se sigue que toda la parte trivial —o que, al menos, me lo parece— de la publicidad está claramente subrepresentada (sesgo, por lo demás, que se encuentra por todas partes en etnografía: lo que se registra son las diferencias y las semejanzas inesperadas con el mundo propio). Además, aunque la profesión publicitaria (en Estados Unidos) se centre en Nueva York, y aunque los modelos y los fotógrafos constituyen un mundo muy particular, lo que producen no tiene nada de extraordinario a los ojos de quienes lo miran, sino que es algo «naturalísimo». Con otras palabras, aun si los documentos aquí presentados no pueden considerarse representativos del comportamiento relacionado con el sexo en la realidad, y ni siquiera de la publicidad en general, ni de tal publicación en particular, no obstante me parece que puede emitirse sobre ellos un juicio negativo de cierta importancia, a saber, que *en cuanto imágenes* no se las advierte como nada de excepcional ni anormal. Siendo esto así, para adquirir conciencia inmediatamente del estereotipo, bastará imaginar, en cada fotografía, qué resultaría de haberse cambiado los sexos. Teniendo presente esta posibilidad, el lector estará en situación de hacer sus propios comentarios y de formarse una idea sobre los méritos posibles de los míos.

Una última reserva: en su inmensa mayoría, las publicaciones presentan inocentemente escenas ficticias cuyos sujetos, los personajes, no tienen nada en común con los modelos profesionales que posan para la ocasión. Así, evidentemente, cuando se dice, por ejemplo, que las enfermeras son presentadas de tal o tal manera por la publicidad, se trata de una abreviatura: de hecho, se ofrece la imagen de unas modelos vestidas de enfermeras, que posan en una reproducción de entorno médico. (Sin duda, bastaría una retribución adecuada para hacer que una enfermera verdadera posase o se dejase fotografiar en su trabajo; pero el caso es que las agencias publicitarias suelen estimar que las verdaderas enfermeras en verdaderos hospitales no tienen un aire muy «típico».) Podré caer en semejante simplificación, hablando de los sujetos de una fotografía como si se tratase de ejemplificaciones, de imágenes tomadas de la realidad. Pero la complicación se debe a que posar para la publicidad implica casi invariablemente una titularidad de sexo, haciendo las modelos femeninas de personajes femeninos y, los modelos masculinos, de personajes masculinos. (La misma titularidad se observa en cuanto a los grupos de edades.) De ello se sigue que

toda explicación sobre el sexo en la publicidad termina por llegar al punto en que, en cierto sentido, modelo y personaje no son más que uno. Esto es lo que en particular justifica la simplificación de que hablábamos. Porque si, ciertamente, el publicitario que escenifica una «enfermera» no nos presenta el registro fotográfico de tal personaje; dicho de otra manera, no nos muestra la imagen *auténtica* de una verdadera enfermera, en todo caso nos hace ver una mujer verdadera, al menos, en el sentido corriente de la palabra «verdadero»³. Cuando sale del estudio, la modelo deja de ser «enfermera», pero sigue siendo «mujer».

Unas palabras, para terminar, sobre las fotografías mismas. Advirtamos en primer lugar que en ellas se ve a mujeres tomar actitudes «femeninas», no sólo ante hombres, sino también ante *otra mujer*, lo cual nos empuja a pensar que los estereotipos relacionados con el sexo —en fotografía, al menos— se basan en la noción de un espacio con dos casillas y que lo importante es rellenar estas casillas con sujetos diferenciados en su papel, pero no necesariamente opuestos en su identidad sexual.

Habiendo quedado ya claro que no hace falta tomar en serio mi colección de fotografías, quisiera explicar rápidamente por qué, sin embargo, es seria. La misión del publicitario es disponer favorablemente al espectador ante el producto que ensalza, y su procedimiento consiste, en general, en mostrar un ejemplar brillante en un marco encantador, con el mensaje implícito de que, comprando uno, estaremos en el buen camino para vernos en el otro..., que es lo que deseamos. Además, es interesante observar que el elemento encantador suele estar proporcionado por la presencia, en el cuadro, de una elegante mujer joven, llegada para conceder su aprobación y el esplendor de su persona al producto, trátese de una escoba, un insecticida, un asiento ortopédico, materiales de recubrimiento, una tarjeta de crédito o una bomba al vacío. Pero todo eso, desde luego, no es más que publicidad y no tiene demasiado que ver con la vida real. Eso es lo que dicen los críticos de este arte de la explotación; ingenuos críticos, todo hay que decirlo, que no se enteran de nada en esta vida real.

El publicitario, encomie como quiera su producto, tiene que someterse a las limitaciones del medio que utiliza. Porque, debiendo exponer algo sensato y fácilmente comprensible, sólo dispone de

3. Se encontrará precisiones sobre la expresión «verdadera mujer» en E. Goffman: *Frame Analysis* (Harper and Row), Nueva York, 1974, págs. 284-285.

caracteres de imprenta y de una o dos fotografías de unos personajes que, aun si parecen estar hablando, se nos presentan callados. Observemos, además, que el texto, que explica más o menos «lo que pasa», suele ser, con la mayor frecuencia, algo superfluo, pues la imagen cuenta por sí misma su pequeña historia.

Entonces, ¿cómo es que unas fotografías pueden representar el mundo, un mundo en que la gente (móvil, nunca fija en una postura) se entrega a actividades que se extienden en el tiempo, en que el sonido cuenta casi tanto como la vista, por no hablar de los olores y del tacto, y en el cual podemos conocer personalmente a los individuos que encontramos, suceso improbable en el caso de los personajes publicitarios?

Es cuestión con unas cuantas soluciones evidentes. Así, es posible montar una escena cogiendo a los personajes justo en pleno acto capaz de compendiar a la vista de todos la secuencia de la que se ha sacado; seguramente, porque no se lo estima posible sino en el curso de una acción prolongada, de la cual es un momento que lleva al espectador a reconstruirla⁴. Una segunda solución consiste en servirse de escenas que ya son silenciosas y estáticas en la realidad: dormir, pensar, mirar escaparates y, sobre todo, esa mirada de reojo que nos sirve para comunicar nuestra actitud general ante lo que otra persona —que no nos mira directamente— dice o hace. También es posible disponer los personajes en una microconfiguración espacial, de suerte que sus posiciones relativas en el espacio indiquen su posición *social* relativa. Y desde luego, está la solución consistente en utilizar escenas y personajes estereotipados que la gran mayoría de los espectadores tiene identificados desde hace mucho tiempo con una u otra actividad, de modo que hay garantía de comprensión inmediata. En este sentido, observemos de paso que los publicitarios escogen casi siempre tipos positivos, aprobados por todos (quizá porque prefieran ver sus productos más bien asociados a lo bueno que disociados de lo malo), de modo que nos presentan personajes idealizados sirviéndose de medios ideales para fines que no lo son menos y unidos, naturalmente, por relaciones también ideales, como vemos por la microecología de su disposición. Queda, en fin, el recurso de hacer que posen celebridades, personajes que uno, desde luego, no conoce personalmente, pero de los que siempre se sabe algo.

4. Cosa que me indicó hace unos años David Sudnow. Véase D. Sudnow: «Temporal Parameters of Interpersonal Observation», en D. Sudnow (comp.): *Studies in Social Interaction* (The Free Press), Nueva York, 1972, págs. 259-279.

Interesa observar que los publicitarios no son los únicos en recurrir a estos métodos. Los emplean también los gobiernos y las organizaciones de fin no lucrativo para transmitir sus mensajes en la prensa o en carteles; y no obran de otra manera los grupos de extrema izquierda ni las personas particulares que toman la fotografía como entretenimiento o vocación. (En realidad, sentimos decirlo, es equivocado suponer que sólo los publicitarios hacen publicidad. Incluso los adversarios de la comercialización del mundo se ven obligados a concretar sus argumentos en imágenes que escogen de acuerdo con criterios muy semejantes, en definitiva, a los del enemigo.)

Pero el punto esencial al que quiero llegar es que, al fin y al cabo, el trabajo del publicitario, que debe escenificar el valor de su producto, no es tan distinto a la tarea de una sociedad al llenar sus situaciones de ceremonial y de signos rituales destinados a facilitar la orientación mutua de los participantes. Uno y otra tienen que contar una historia por medio de los limitados recursos «visuales» que ofrecen las situaciones sociales. Ambos tienen que convertir hechos oscuros a una forma fácilmente interpretable; y ambos se sirven de los mismos procedimientos básicos: exhibición de intenciones, organización microecológica de la estructura social, idealización aprobada y exteriorización mímica de lo que puede parecer una reacción íntima. (Así, igual que una publicidad de Coca-Cola nos mostrará una familia de aspecto feliz, bien vestida, en un balneario elegante, podremos ver familias modestas, pero reales, y vestidas de forma corriente, que se permiten el pequeño lujo de ir a pasar diez días de sus vacaciones al mismo sitio, teniendo buen cuidado de fotografiarse, después de haberse cambiado, en su nuevo papel, como para confirmarnos, si falta hiciere, que están entregándose a una exhibición de autopromoción.) Dicho esto, no se trata de negar, desde luego, que las exhibiciones de las fotografías publicitarias constituyen un subconjunto particular de todas las exhibiciones. En general, el publicitario tiene que resignarse a exponer en la instantánea apariciones mudas e inodoras, limitación que no conocen los ritos de la vida real.

Lo cual plantea la cuestión de las «situaciones sociales», definidas como órdenes en que hay personas en mutua presencia material. Ocurre, y aun frecuentemente, que las fotografías publicitarias nos muestran personajes solitarios, indudablemente fuera de cualquier situación social. Sin embargo, para que la escena pueda interpretarse, hace falta que el sujeto muestre apariencias y actos de valor informativo, procedimiento, justamente, que, seguimos en

las situaciones sociales reales para montar nuestras propias historias y enterarnos de las historias de los demás. Por tanto, solitarios o no, los personajes de la publicidad se dirigen implícitamente a nosotros los espectadores, que nos encontramos alojados en su entorno por el permiso que se nos ofrece de ver de ellos lo que podemos ver, con el efecto de producirse una situación que puede llamarse social. Más aún, es frecuente que el fotógrafo elimine de antemano cualquier ambigüedad pidiendo a su modelo que simule una respuesta mímica a un fantasma que vagase junto a la cámara, es decir, en realidad, en el espacio que se supone habitamos nosotros los espectadores. Y observemos además que el personaje solitario, no contento con «exteriorizar» la información destinada a darnos una idea de lo que se nos quiere mostrar, se abstiene constante y totalmente de entregarse a comportamientos prohibidos o poco recomendables, aquellos que en realidad podrían esperarse de una persona segura de su soledad. (Quién sabe si el realismo comercial no tendrá como subproducto el reforzar la censura de los comportamientos solitarios...)

Por consiguiente, el interesado por la presentación de los sexos en la publicidad no debería limitar su atención a revelar los estereotipos de los publicitarios, por significativos que puedan ser; tampoco, a buscar en estos estereotipos lo que puedan descubrirnos sobre los modelos dominantes, fundamentales al reparto de los papeles sexuales en nuestra sociedad: tendría que examinar también de qué manera quienes componen la publicidad (y posan para ella) juntan los diversos hechos de las situaciones sociales para alcanzar su objetivo, a saber, presentar una escena significativa e interpretable de un vistazo. Así, quizá consigamos discernir, allende la labor artística, cómo, con la presencia de unos cuerpos ante otros, y rodeados de elementos no humanos, puede darse forma a la expresión. Y en vista de lo que saben hacer los fabricantes de imágenes con los hechos locativos, podemos empezar a pensar en lo que nosotros mismos hacemos. Entonces, tras una variedad infinita de configuraciones escénicas, quizá logremos discernir un idioma ritual único y, tras una multitud de diferencias superficiales, un pequeño número de formas estructurales.

Ahora, admito de buena gana que, con todo esto, puedo dar la impresión de querer sacar mucho de nada, en este caso, utilizar documentos publicitarios fácilmente asequibles para hablar de la conducta relacionada con el sexo. Pero lo que me interesa aquí no es la conducta en general, sino solamente la exhibición que los individuos incorporan a las situaciones sociales, exhibición que, sin

Lo masculino y lo femenino

La mayoría de los anuncios que escenifican hombres y mujeres recuerdan más o menos francamente la división y la jerarquía tradicionales entre los sexos. Así, la mujer aparece más a menudo en posiciones de subalterna o de asistida. El hombre, por el contrario, simbolizada su posición superior por su estatura más alta, se representa en una postura protectora que varía según el lazo social que lo une a sus compañeras: familiar, profesional o amoroso.



The Faces of Virginia





El tacto

Las mujeres se muestran, con mucha mayor frecuencia que los hombres, tocando ligeramente, con el dedo o con la mano, los perfiles de un objeto, que abrigan en su seno o le acarician la superficie (a veces, so pretexto de dirigir su acción). Las vemos también tocarlo apenas, como por miedo a que les dé una corriente eléctrica. Tenemos ahí un tocamiento ritualizado, que conviene distinguir de la variedad utilitaria, la que coge, maneja y retiene.



En cambio, cuando la mujer se toca a sí misma, lo hace, según parece, para hacer sentir hasta qué punto su cuerpo es algo delicado y precioso.



La mujer oculta

Se puede observar una situación social desde lejos o tras una separación (un «biombo de participación»), de manera que no nos vean o nos vean poco, en cuyo caso es posible participar efectivamente en los hechos sin exponernos a que los demás nos vigilen o nos apostrofen. De lo cual se deriva una escisión entre algunas ventajas y algunos inconvenientes de las interacciones cara a cara. Además, la presencia de tal biombo nos permite implicarnos simultáneamente en varias interacciones secundarias disociadas sin parecer indisponibles a ninguno de los participantes.

Hay una versión ritualizada de este comportamiento, que consiste en presentarse, en cierto modo, en el último borde de la situación, o bien al abrigo de cualquier protección, cuando en realidad se está enteramente asequible a los participantes. Oculta detrás de un objeto:



Detrás de una persona (con la posibilidad, entonces, de manifestar algo más que el simple distanciamiento, que puede llegar hasta la traición colusoria a la persona protectora):

Smooth is the fastest growing
Light Whiskey in America.



La mujer lejana

Podemos considerar que el apartar la vista equivale a retirarse de la corriente de comunicación, y con el fin de recobrar, al abrigo de toda vigilancia directa, el dominio de las emociones. Como, por otra parte, en tal comportamiento no se trata de fuga, parece implicar cierta sumisión, cierta confianza en la persona origen del estímulo⁵.

Puede ser, por ejemplo, una pieza de vestido del hombre, que ella retuerce distraidamente.



La mujer de los anuncios parece a menudo despegada de lo que la rodea (tener «la cabeza en otro sitio»), a pesar de estar al lado de un hombre, como si la vigilancia de él, preparado para enfrentarse a todo lo que pueda ocurrir, bastase por los dos. (A veces, en efecto, el hombre tiene aspecto de estar en guardia.) «A la deriva», pues, pero «anclada». Cuanto a los objetos que entonces mira la mujer, son diversos.



5. Véase M. R. A. Chance: «An Interpretation of Some Agonistic Postures: the Role of 'Cut-Off' Acts and Postures», *Symposium of the Zoological Society of London*, 8, págs. 71-89.

Las manos son muy adecuadas para fijar en ellas una mirada que se ha desviado, pues esta postura, además de indicar cierto recogimiento, casi siempre hace bajar la cabeza, en lo que puede verse una actitud de sumisión:



Hablar por teléfono supone forzosa-mente cierta distracción del entorno más directo. Entonces, se está menos preparado a lo que en él pudiera ocurrir, lo que suele remediarse limitando la duración de la llamada y no entrando demasiado en la conversación. En cambio, los anuncios nos muestran mujeres soñadoras, sumidas con delicia en comunicaciones que podemos imaginar bastante largas.



La mujer sumisa

En situación social, quien se tienda en la cama o en el suelo, estará más bajo que las personas sentadas o de pie. El suelo es, además, una de las partes menos limpias, menos puras y nobles de una pieza, el sitio que se reserva al perro, las cestas de ropa sucia, los zapatos de calle, etc. Por otra parte, es la postura que menos permite defenderse, que más dependientes nos hace de la benevolencia del medio. (Y evidentemente, el estar tendido en el suelo, el sofá o la cama parece ser un modo convencional de mostrar disposición sexual.) Lo importante para nosotros es que los anuncios nos muestran más a menudo niños y mujeres que hombres acostados.

Con frecuencia las mujeres, y muy pocas veces los hombres, posan con una «tímida flexión de rodilla». Sea como por otra parte fuere, esta flexión de la rodilla podría interpretarse como postura de quien renuncia a estar bien preparado a los imprevistos de la situación social, porque no puede por menos de retrasar ligeramente cualquier movimiento de lucha o fuga. Se trata, por tanto, de otra actitud que parece requerir la benevolencia de quien pudiera resultar peligroso en el entorno. Pero, recordemos, en este caso se trata más de montar una escena que de caracterizar sexualmente un personaje. Así, la imagen puede muy bien representar dos mujeres, una flexionando la rodilla, y otra sirviéndole de soporte escénico. Hay reparto, pues, de dos papeles, que no corresponden forzosamente a dos sexos:



La postura inclinada es de una distribución bastante idéntica a la anterior. Podemos distinguir entre la inclinación del cuerpo y la inclinación de la cabeza, pero las consecuencias no son muy diferentes. En ambos casos, el nivel de la cabeza se ha rebajado en relación con los demás, entre otros, indirectamente, el espectador de la imagen. Se deriva una actitud que podemos interpretar como la aceptación de una subordinación, como una expresión insinuante, sumisa y conciliadora.



Puede admitirse que la sonrisa cumple a menudo una función de suavizador ritual, señalando que no es de temer ninguna hostilidad, querida o provocada, que se ha comprendido el significado de los actos del otro y que su persona se ha estimado digna de aprobación. E incluso hay quien temerosamente mira de reojo a un posible agresor y se sorprende sonriendo de manera automática cuando éste ha descubierto esa mirada, sin que siempre se vea tentado a devolver la sonrisa. Por otra parte, responder enseguida con una sonrisa (o, más aún, con risa aprobatoria) a un exabrupto puede querer decir que se pertenece, al menos por conocerlo, al entorno del que lo ha lanzado. Todas estas variedades de sonrisas parecen ser, pues, ofrenda de un inferior a un superior, más que al revés. De cualquier manera, comprobamos que en la sociedad estadounidense, durante las reuniones mixtas, las mujeres sonrían más, y más expansivamente, que los hombres, situación que la publicidad reproduce, quizá sin intención muy consciente⁶.



6. Véanse los comentarios de N. Weisstein: «Why We Aren't Laughing Any More», *MS*, 2, 1973, págs. 49-90.

La timidez

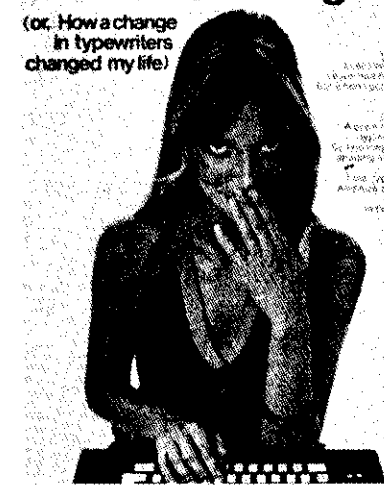
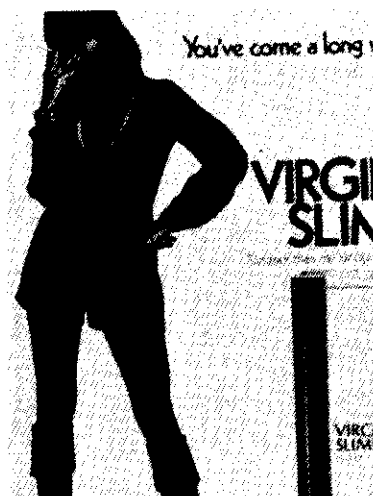
Juegos de manos

Más que los hombres, las mujeres se nos muestran en posturas que las alejan mentalmente de la situación social circundante, dejándolas desorientadas y desconcertadas, parece, por tanto, que a la merced y benevolencia eventuales de otros participantes, presentes o posibles. Por otra parte, cuando una persona pierde el dominio de sus facciones, cuando su emoción se «desborda», tiene el recurso, para disimular un poco su fallo, de desviarse de los demás, o bien de taparse la cara o la boca, sobre todo, con las manos. Se trata de la ritualización de un gesto asociado a la infancia: con semejante acto no se puede disimular que se está disimulando algo, pero se ciega uno momentáneamente al entorno. Es, por tanto, una reacción particularmente vana e inadecuada cuando responde a una amenaza real.



True Confessions of an Olivetti girl.

(or. How a change in typewriters changed my life)



La risa

Lo mismo que taparse la boca puede ser una forma atenuada de ocultar el rostro, podemos admitir que el llevarse un dedo a los labios es, a su vez, una versión reducida de aquel acto. De todos modos, parece que se trata, corrientemente, de otra especie de ritualización: una manera atenuada de chuparse o morderse el dedo. En efecto, este gesto da la impresión de que cierta corriente de ansiedad, o cierto rumiar algo, o cualquier cosa parecida, se ha desviado del centro de la atención, manteniéndose aparte, disociada y más o menos



inconsciente. Una cosa es cierta: parte de la cara está tapada, y es como si, pudiendo ver sin ser vistos, fuésemos libres de sustraer el rostro y una de las manos a la implicación debida al cara a cara: Cuanto a los dedos juntos, parecen manifestar la misma vuelta disociada sobre sí mismo que el gesto anterior, pero en forma todavía más atenuada. Además, podemos imaginar que ha habido un movimiento desde la boca.





La mujer dócil

Toda instrucción parece encerrar cierta subordinación del alumno, que da prueba de deferencia a su instructor: caracteres expresivos propios de la situación de aprendizaje, más reforzados todavía por el lazo que, para la mayoría de la gente, y en todos los períodos, une este aprendizaje a la jerarquía de las edades. Además, hay en nuestra sociedad una forma de aprendizaje especialmente asociada, parece, a la categoría infantil: el aprendizaje cinético, por el cual el alumno amolda su acción a la del instructor, que lo guía físicamente⁷. Pues bien, es más fácil ver a un hombre instruir a una mujer de esta manera que una mujer a un hombre:



Cuando, por necesidad o cortesía, un adulto recibe ayuda de otro para ejecutar una acción corporal, pocas veces ocurre esto sin colaboración por su parte: guía la ejecución o se devuelve la iniciativa en los últimos movimientos. (Dos ejemplos de esta situación: pasar la sal y ayudar a alguien a ponerse el abrigo.) De este modo, el beneficiario puede conservar su sensación de autonomía. Y



7. Esta noción de aprendizaje cinético está sacada de G. Bateson y M. Mead: *The Balinese Character* (New York Academy of Science), Nueva York, 1942, págs. 85-86. Esta obra era una brillante innovación por emplear fotografías para el estudio de aquello de lo que puede tenerse una imagen clara, habiendo animado a toda una generación de antropólogos a sacar fotos. Sin embargo, apenas se ha hecho el análisis de los documentos así reunidos, como quizá no podía ocurrir de otra manera. En cierto modo, ha habido una confusión entre el interés humano y el interés analítico. Nos han mostrado admirables películas y fotografías de gente maravillosa y hechos fascinantes, pero sin gran beneficio. Se ha demostrado mucho respeto y afecto por los autóctonos, pero muy poco por el aprovechamiento analítico de las imágenes.

puede conservarla mejor, naturalmente, adquiriendo la práctica que le permita ocuparse de sus necesidades por sí mismo. Siendo esto así, los niños han de soportar el ver su colaboración desdenada por el adulto que se ocupa de cuidar de ellos⁸. Se entiende, pues, que la foto que nos muestra a un adulto dándosele de comer en la boca se esfuerce por dar a la escena un tono caricaturesco, sin duda para evitar que el yo proyectado por el hecho de ser alimentado de esta manera se tome como reflejo del yo real. Pero debemos comprobar que las mujeres se muestran más a menudo que los hombres en tal postura y, sin embargo, no se las pinta dando a su acto un aspecto particularmente cómico:



© Jacques de Lévy

8. Además, conviene tener en cuenta la idea, generalmente admitida, según la cual los miembros de clases de tendencias aristocráticas solían contratar criados a quienes pedían unos servicios íntimos que los burgueses han preferido siempre hacer por sí mismos, con un pudor que ha servido de soporte a la democracia. Naturalmente, el correlato de estos servicios íntimos era la categoría de no persona de aquellos que los prestaban.



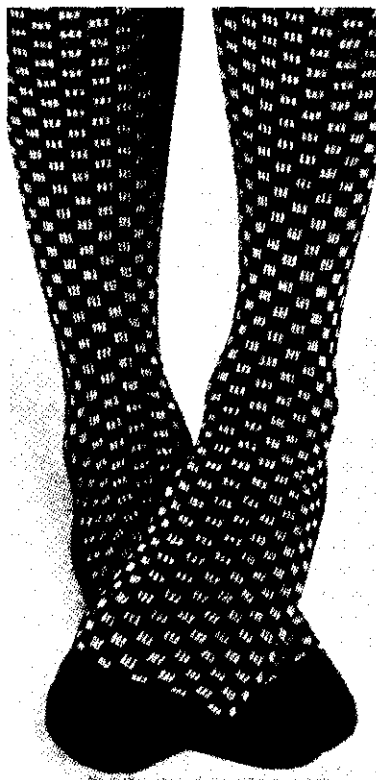
Découvrez la vraie de



La mujer niña

Dado el estado de subordinación de los niños, sujetos al favor de los adultos, parece evidente que «hacerse el niño» significa querer atraerse un trato semejante. ¿En qué medida encontramos realmente este comportamiento? Podemos preguntarnos. Lo cierto es que lo encontramos en los anuncios.





La mujer-juguete

El «Espera, que te cojo» es un juego corriente entre mayores y niños, que se ven tratados, de broma, como presas asaltadas por un predador. En este juego, ciertos objetos (cojines, chorros de agua o balones de agua) sirven de proyectiles que nos alcanzan sin hacernos daño. Y hay lugares (camas, nieve, estanques o brazos) a los que se puede lanzar sin peligro al pequeño cautivo. Pues bien, ocurre que los hombres se entregan a tales juegos con las mujeres, que colaboran haciendo como querer escaparse, lanzando gritos de falsa alarma, temor o apaciguamiento. (El baile es una ocasión institucionalizada, en la cual la pareja a la que se levanta del suelo nunca es el hombre.) Muy bien puede ocurrir, además, que el hombre tome una actitud más clara, como indicando lo que sería capaz de hacer en serio.

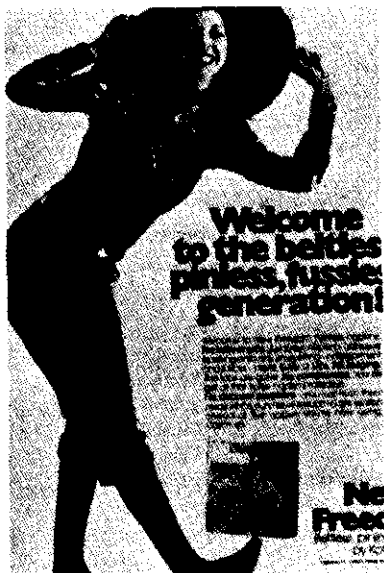


"We were walking down the street when we saw these huge pads. These were just beautiful!"



La mujer juguetona

La nota cómica de las actitudes pueriles puede ofrecerla también otra desfiguración del yo, limitada, quizás, al ámbito publicitario: la de hacer de todo el propio cuerpo un medio de gesticulación divertida, una especie de marioneta circense:



Dicha de mujer

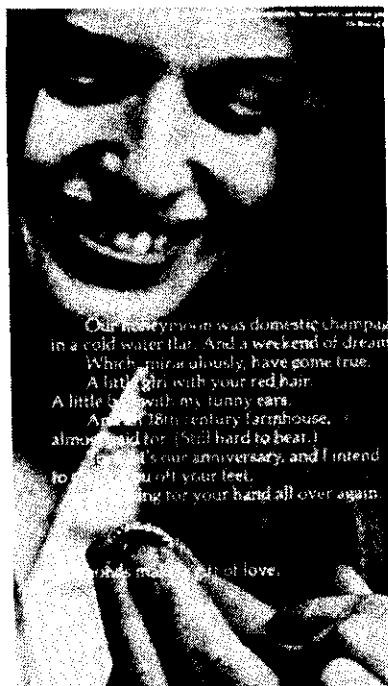
Hemos observado ya que las mujeres de los anuncios, más que los hombres, tienden a retirarse de la situación social que las rodea, por causa, entre otras, de sus reacciones emocionales. Entre éstas, las hay que manifiestan placer, encanto, gozo o alegría, maneras todas de quedar transportados de dicha. El sentido quizás esté en que la mujer —como el niño comiendo un helado— es capaz de encontrar una especie de satisfacción última y definitiva en objetivos plenamente alcanzables en el momento⁹. Una exultación de consumo, en cierto modo.



sis a la vista y al tacto de mesas o cómodas que amorosamente han impregnado de la caricia de ceras pulverizables, duraderas, lustrosas y con perfume de limón; quedan enormemente maravilladas ante la resplandeciente blancura de su ropa..., y la negra envidia de las vecinas. El anuncio de la cera Johnson nos muestra un ama de casa que abraza estrechamente su mesa de comedor, con un brillo tan estupendo. Después, encera su piso hasta que, aprisionada en el último rincón, tiene que saltar por encima de los muebles para poder salir. Y tal colada nos hace ver una mujer hondamente deprimida porque su ropa no brilla tanto como la de su vecina.

Observemos además que ciertos anuncios, en vez de mostrarnos el alborozo de una mujer al recibir un regalo de un hombre, nos presentan a veces la escena anterior, quiero decir, la de «Adivina qué te traigo», llevando el hombre una cosa que la mujer no puede ver (obligada, a veces, a taparse los ojos), e insistiendo en que acierte lo que va a enriquecer su existencia, sumiéndola entonces en tan dichoso tormento. En otra versión, el donante deja caer su regalo sin previo aviso, a resultas de lo cual la beneficiaria pierde provisionalmente todo dominio de sí misma y se desmaya de gusto. Por lo demás, los padres practican corrientemente con sus hijos esta burla dentro de la generosidad, que conviene equiparar a ese otro atentado al equilibrio que es el ataque de broma, antes citado.

9. L. Komisar: «The Image of Woman in Advertising», en V. Gornick y B. K. Moran (comps.): *Woman in Sexist Society* (New American Library), Nueva York, 1972, págs. 306-307, desarrolla una idea del mismo orden. Si hemos de creer los anuncios televisivos, la mayoría de las estadounidenses caen en irrefrenables éxta-



duda alguna, participa de la que se esfuerzan los publicitarios por incluir en las escenas que montan en torno de sus productos para fotografiarlos. Ciertamente, en su mayoría, las fotografías comerciales no son más que «imágenes», a lo sumo «realistas», pero, evidentemente, la misma realidad que se supone deforman es artificial en muchos aspectos, y no los menos importantes. Porque la faz de lo real aquí en cuestión es la manera como las situaciones sociales nos sirven de recursos escénicos para hacer al instante el retrato visible de la naturaleza humana que reivindicamos. Por eso, las fotografías de composición quizá resulten más sustanciales de lo que se creía, en cierto modo equivalentes, para quien estudia el idioma ritual de una comunidad, a lo que es un texto escrito para quien estudia su lengua^{2*}.

Ritual e hiperritualización

Acabamos de descubrir, pues, cierto número de expresiones «naturales» de la femineidad y de la masculinidad, en tanto se dejen representar en las imágenes publicitarias por medio de estilos de comportamientos perceptibles visualmente. Creo que estas expresiones aparecen al examen, como otras tantas ilustraciones, de unidades conductivas de tipo ritual, retratos de un entendimiento ideal de los dos sexos y de sus relaciones estructurales, captadas en parte gracias a la indicación, también ideal, de la actitud de los actores en la situación social.

Ciertamente, las fotografías publicitarias se componen de poses estudiadas cuidadosamente para que parezcan «naturalísimas». Pero yo sostengo que las expresiones reales de la femineidad y de la masculinidad proceden también de poses artificiales, en el sentido etimológico de este término.

¿Qué diferencia hay, pues, desde el punto de vista de los ritos, entre las escenas que nos pinta la publicidad y las escenas de la realidad? La noción de «hiperritualización» constituye una primera respuesta. En efecto, la normalización, la exageración y la simplificación que caracterizan los ritos en general se reconocen en las poses publicitarias, pero elevadas a un grado superior y acordadas a menudo a la puerilidad, la irrisión, etc. Por otra parte, están los

2*. Los temas abordados se desarrollan más largamente en E. Goffman: «Gender Advertisements», *Studies in the Anthropology of Visual Communication*, op. cit.

procedimientos de montaje. Una fotografía publicitaria constituye tal ritualización de ideales sociales que se ha cortado, suprimido, todo aquello que obste a su manifestación. En la vida corriente, en cambio, por muy incansablemente que nos empeñemos en producir semejantes expresiones «naturales», no lo conseguiremos sino por medio de ciertos estilos de comportamiento, o en ciertos detalles particulares de nuestras actividades: ceremonias breves, expresiones de simpatía, reuniones de amigos, etc., distribuidos a lo largo de nuestra ronda diaria de acuerdo con un plan que todavía conocemos muy poco. En resumen, tanto en la publicidad como en la vida, queremos poses brillantes, queremos exteriorizarnos; pero en la vida, buena parte de la película carece de interés. En todo caso, posemos para una fotografía, o cumplamos un verdadero acto ritual, nos entregamos a una misma representación ideal de carácter comercial que se supone describe la realidad de las cosas. Cada vez que un hombre real enciende el cigarrillo a una mujer real, su gesto supone que las mujeres son objetos valiosos, algo limitadas físicamente, a las que conviene ayudar a cada paso. Tenemos aquí, en este pequeño rito interpersonal, una manifestación «natural» de la relación entre los sexos, pero que quizás esté tan lejos de reflejar realmente esta relación como lejos está de ser representativa la pareja de un anuncio de cigarrillos. Las expresiones naturales no son diferentes a las escenas comerciales: se utilizan con el fin de propagar cierta versión de las cosas, y en condiciones al menos tan dudosas y expuestas como las que conocen los publicitarios.

Así, pues, en general, los publicitarios no crean las expresiones ritualizadas que emplean: explotan el mismo cuerpo de exhibiciones, el mismo idioma ritual, que todos nosotros los que participamos en situaciones sociales, y con la misma finalidad, la de hacer interpretable un acto previsto. A lo sumo, no hacen sino convencionalizar nuestras convenciones, estilizar lo que ya está estilizado, dar un empleo frívolo a imágenes fuera de contexto. En resumen, su chapuza, si se nos permite, es la hiperritualización.

Texto 6

El orden de interacción*

Cada presidente de la American Sociological Association debe preparar un discurso ante sus colegas reunidos en asamblea anual. Ningún presidente se ha librado nunca de esta norma, excepto Goffman. Elegido para el discurso de 1982, escribió su texto y, acto seguido, tuvo que ingresar en el hospital. No pudo presentarse para leer su discurso, pero tuvo tiempo de leer las pruebas antes de su muerte, en noviembre de 1982. Se trata pues de un testamento. Goffman ha volcado en él toda su sociología, refutando a unos (a los que no quieren ver en la sociedad más que un conglomerado de interacciones) y alentando a otros (los que logran distinguir, pero vinculándolas, micro y macroestructuras). Para él es esencial no confundir los diferentes niveles de estructuras sociales y, por ese mismo hecho, no creer que se puede estudiar una estudiando las otras. «El orden de la interacción», dirá él, es un campo de análisis «auté-

* Título original: «The Interaction Order», *American Sociological Review*, vol. 48, n. 1, febrero de 1983, págs. 1-17. © original: American Sociological Association, 1983.

nomo de pleno derecho», pero que no prejuzga otros órdenes económicos y sociales.

Leyendo este texto uno no puede evitar sentirse impresionado por la coherencia del conjunto del proyecto intelectual de Goffman. Su tesis concluía con una conceptualización del orden de la interacción como orden social en la interacción. Su último texto vuelve sobre sus proposiciones de 1953 y las amplía. Su pensamiento se podría comparar con la curva que describe en el espacio un círculo que avanza regularmente.

Nota introductoria

Un discurso presidencial plantea una serie de requisitos; un artículo en una revista especializada otros muy distintos. Por lo tanto, la política de la *American Sociological Review* de publicar cada año el discurso de la American Sociological Association le da al editor un respiro anual. Una vez al año las primeras páginas pueden ser ocupadas por un nombre conocido y el editor está libre de cualquier responsabilidad sobre esos criterios que los artículos sometidos a revisión raramente cumplen: originalidad, desarrollo lógico, legibilidad y extensión razonable. En teoría un discurso presidencial, cualquiera que sea su carácter, debe resultar de cierta importancia para la profesión, aunque sólo sea una importancia pobre. Es más, los lectores que no pudieron o no quisieron hacer el viaje tienen una oportunidad de participar indirectamente en lo que se puede interpretar como la culminación de aquella reunión a la que no asistieron.

No es la mejor de las garantías. Yo no esperaba publicar esta charla, sino restringirla a los límites dentro de los que se impartió.

Pero, de hecho, no hubo tal cosa. Por lo tanto, lo que ofrezco al lector es una participación indirecta en algo que no tuvo lugar. Una conferencia, pero en los asientos únicamente lectores. Una oferta dudosa.

De cualquier forma, algo hubiera resultado dudoso. Después de todo, igual que la mayoría de discursos presidenciales, éste fue escrito en borrador y pasado a máquina mucho antes de que se pronunciara (y antes de que yo supiera que no se iba a pronunciar), y la presentación iba a consistir en leer el manuscrito, no en improvisar. Por lo tanto, si bien el texto se redactó como si respondiera a una ocasión social determinada, casi nada de él podía haber sido generado por lo que ocurría en ésta. Posteriormente, cualquier pu-

blicación resultante hubiera utilizado un texto con varias modificaciones realizadas tras la lectura real.

El orden de interacción

Durante una hora de la noche se permite que el presidente de la Asociación mantenga en cautiverio a la mayor audiencia de colegas que puede aportar la sociología. Durante una hora, pues, y dentro de los límites de estas paredes, se representa un acto de boato mundano. Un sociólogo elegido de entre una lista muy breve se aventura hasta el centro del campo de batalla del Hilton pertrechado por un tema de su elección. (Esto nos recuerda que el aspecto sociológicamente interesante de Hamlet es que todas las escuelas superiores de habla inglesa encuentran cada año algún payaso dispuesto a representar su papel.) En cualquier caso, parece que los intereses de los presidentes de sociedades eruditas son lo bastante bien conocidos como para que se les escoja debido a ello. La toma de posesión lleva asociado el discurso público, así como la sugencia de que demuestren que están realmente obsesionados por aquello que ya se sabía que les obsesionaba, como prueba el hecho de que hayan sido elegidos. La elección les incita a repetir lo mismo que han dicho siempre y les da la posibilidad de hacerlo. A los presidentes de la Asociación se les hace creer que son representantes de algo, y que ese algo es justo lo que su comunidad intelectual desea que representen y necesita ver representado. Al preparar y pronunciar sus discursos tienen la sensación de ser guardianes temporales de su disciplina. No importa lo grande que sea la sala de actos o lo irregular de su forma, sus ojos se dilatan hasta ocuparla por completo. La estrechez del marco disciplinario tampoco representa un límite. Sea cual fuere el tema de máximo interés público en ese momento, el orador demostrará que su disciplina tiene una relevancia decisiva sobre él. Es más, la ocasión parece hacer que los oradores se muestren peligrosamente de acuerdo consigo mismos; animados por el acontecimiento, se dedican a salirse del discurso que tenían preparado mediante afirmaciones entre paréntesis *orbiter dicta*, discurriendo sin reparos sobre ética, política y demás creencias. Se produce, una vez más, ese especial engaño de alto rango: la autoindulgencia y la autofelicitación pública. Se supone que esta puesta en escena coloca carne sobre los huesos del esqueleto, oponiendo la imagen que el lector se forma de una persona con la vívida impresión creada cuando las palabras proceden

de un cuerpo en lugar de una página. Lo que hace peligrar son las ilusiones que les queden a los oyentes sobre su profesión. No temáis, amigos, pues aunque vayáis a contemplar una vez más la pasión de la tribuna, nuestras son la disciplina y la forma de análisis para las que las ceremonias son datos además de deberes y el discurso supone conducta que se debe observar además de opinión que se debe considerar. En realidad, uno podría verse tentado a proponer que lo interesante para todos los que estamos aquí no es lo que *yo* he venido a decir (como todos sabemos), sino qué hacéis *vosotros* escuchándome.

Pero supongo que ni vosotros ni yo deberíamos vapulear demasiado los actos rituales. Algún *goy*¹ podría estar escuchándonos y salir de aquí para difundir la irrelevancia y el desencanto por el país. Si nos excedemos en *eso*, ni siquiera podremos conservar el tipo de trabajo que conseguimos los sociólogos.

Basándoos en este preámbulo podríais concluir que considero embarazosos los discursos presidenciales. Es verdad. Pero, probablemente, eso no me da derecho a extenderme sobre el tema de mi incomodidad. Pensar que uno puede redimirse por la pérdida del tiempo ajeno confesando que él también lo está perdiendo constituye una enfermedad del *yo* específica de los oradores. Por eso me siento incómodo hablando de mi incomodidad. Pero parece que no me siento incómodo por mi incomodidad al hablar de mi incomodidad. Sin embargo, es probable que vosotros sí.

I

Además de constituir una demostración viva de los disparates que acabo de esbozar, lo que diré esta noche constituirá una especie de prédica ya recogida más escuetamente en los prefacios de los libros que he escrito. Es diferente de otras prédicas que habéis tenido que oír sólo en el sentido de que no es de carácter especialmente autobiográfico, no es profundamente crítica con los métodos establecidos y no se basa en una preocupación por las carencias de los grupos desfavorecidos, ni siquiera por las de aquellos que intentan trabajar en nuestra profesión. No poseo el remedio universal para los males de la sociología. Multitud de miopías limitan nuestra visión de las cosas. Establecer un origen concreto de la ceguera y la

1. *Goy*: en dialecto yiddish, dicese de las personas no judías y, particularmente, de los cristianos. [T].

tendenciosidad resulta atractivamente engañoso. Cualquiera que sea nuestro objeto de estudio y nuestra convicción metodológica, lo único que podemos hacer es conservar la fe en el espíritu de la ciencia natural y avanzar a tientas, intentando convencernos de que nuestra ruta nos conduce hacia adelante. No nos ha sido dada la credibilidad y la importancia que han adquirido últimamente los economistas, pero casi los igualamos en cuanto a errores en predicciones minuciosamente calculadas. Realmente, nuestras teorías sistemáticas son casi tan vacuas como las suyas; pasamos por alto casi tantas variables críticas como ellos. Si bien no tenemos la genialidad de los antropólogos, al menos nuestro objeto de estudio no se ha visto arrasado por la difusión de la economía mundial. Esto nos ofrece la oportunidad única de pasar por alto los hechos relevantes con nuestros propios ojos. No podemos licenciar a estudiantes con notas tan altas como los psicólogos y, en el mejor de los casos, la formación de éstos parece más profesional y concienzuda que la que nosotros proporcionamos. Aún no hemos conseguido dotar a nuestros estudiantes de ese gran nivel de incompetencia erudita que han alcanzado los psicólogos, pero bien sabe Dios que lo estamos intentando.

II

La interacción social puede definirse en sentido estricto como aquella que se da exclusivamente en las situaciones sociales, es decir, en las que dos o más individuos se hallan en presencia de sus respuestas físicas respectivas. (Es de suponer que el teléfono y el correo representan versiones reducidas de esta realidad primordial.) Este punto de partida «cuerpo a cuerpo», paradójicamente, implica que cierta distinción sociológica muy central puede, en principio, no ser relevante: me estoy refiriendo al típico contraste entre vida rural y urbana, entornos domésticos y públicos, relaciones íntimas de larga duración e impersonales y fugaces. Después de todo, las reglas de tráfico de los peatones se pueden estudiar igual en una cocina repleta o en una calle repleta; los derechos de interrupción, durante el desayuno o en un tribunal de justicia; los apelativos cariñosos, en un supermercado o en el dormitorio. La pregunta de cuáles son las diferencias respecto a las líneas tradicionales sigue estando abierta.

Mi intención durante todos estos años ha sido conseguir que se aceptase como analíticamente viable esta área «cara a cara»

—que puede denominarse *el orden de interacción*, por ponerle un nombre cualquiera— cuyo método preferencial de estudio es el microanálisis. Mis colegas no se han entusiasmado demasiado con todo ello.

Con lo que os diré esta noche pretendo resumir los motivos para enfocar el orden de interacción como un área sustantiva por derecho propio. En términos generales la justificación de su escisión de la vida social debe ser la misma que la de cualquier otra: que los elementos que contiene encajan mejor entre sí que con otros más allá de tal orden; que analizar las relaciones entre diferentes órdenes resulta crítico, constituyendo un área de estudio por derecho propio y que una investigación así presupone, en primer lugar, delinear los diferentes órdenes sociales; y que aislar el orden de interacción proporciona un medio y un motivo para analizar diferentes sociedades comparativamente y la nuestra históricamente.

El hecho de que pasemos la mayor parte de nuestra vida diaria en presencia inmediata de los demás es algo inherente a la condición humana; en otras palabras, lo más probable es que nuestros actos, cualesquiera que sean, estén *socialmente situados* en un sentido estricto. Tanto es así que es fácil que una actividad realizada en la más absoluta intimidad acabe siendo caracterizada por esa condición especial. Por supuesto, siempre es de esperar que el hecho de la situación social conlleve alguna consecuencia, si bien a veces de poca relevancia aparente. Estas consecuencias se han enfocado tradicionalmente como «efectos», es decir, como indicadores, expresiones o síntomas de estructuras sociales tales como las relaciones, los grupos informales, la edad, el género, las minorías étnicas, las clases sociales y otras cosas por el estilo, sin preocuparse mucho de tratarlos como datos en sus propios términos. El truco consiste, por supuesto, en conceptualizar de forma diferente dichos efectos, ya sean grandes o pequeños, para así poder extraer y analizar lo que tienen en común y para que las modalidades de vida social de las que se derivan puedan desmembrarse y catalogarse sociológicamente, permitiendo que se pueda exponer lo que es intrínseco a la vida interaccional. De esta forma uno puede ir de lo puramente situado a lo situacional, es decir, de lo que está situado accidentalmente en una situación social (y que puede situarse fuera de ella sin cambiar demasiado) a lo que sólo puede darse en encuentros cara a cara.

¿Qué se puede decir de los procesos y estructuras específicas del orden de interacción? A continuación presento algunos esbozos.

Es probable que lo específico de la interacción cara-a-cara esté

relativamente circunscrito al espacio y, con toda seguridad, al tiempo. Es más (y en esto se diferencia de los roles sociales en sentido tradicional), la suspensión de una actividad interaccional que se ha iniciado tiene un efecto trascendental sobre ella y no se puede extender demasiado sin alterarla profundamente. En el orden de interacción, la concentración y la implicación de los participantes —o al menos su atención— resulta siempre crítica, y estos estados cognitivos no pueden mantenerse por períodos largos de tiempo o sobrellevar lapsos e interrupciones continuadas. La emoción, el estado de ánimo, la cognición, la orientación corporal y el esfuerzo muscular están implicados intrínsecamente, e introducen un componente psicobiológico inevitable. La calma y la intranquilidad, la falta de autoconciencia y la cautela resultan vitales. Obsérvese también que el orden de interacción capta al ser humano justo desde ese ángulo de su existencia que muestra una superposición considerable con el de otras especies. Resulta tan poco sensato descartar que puedan haber similitudes entre el saludo animal y humano como buscar las causas de la guerra en la predisposición genética.

Se podría establecer la hipótesis de que (aparte de las exigencias obvias del cuidado infantil) la necesidad de interacción cara-a-cara está enraizada en ciertas precondiciones universales de la vida social. Hay, por ejemplo, todo tipo de motivos ajenos a los sentimientos y a la herencia genética por los que individuos de todos los orígenes —desconocidos o amigos— encuentran indispensable pasar el tiempo juntos. Uno de ellos es que el material especializado, sobre todo el diseñado para usarse más allá del círculo familiar, no resultaría económico si no fuera explotado y empleado por un número determinado de personas que acuden a ciertas horas para ello, tanto si lo han de emplear a la vez, adyacente o secuencialmente. Al llegar y partir encontrarán que es una ventaja usar las rutas de acceso establecidas, y todavía más cuando tienen la sensación de que pueden cruzarse unos con otros sin peligro.

Hay una condición de la vida social que destaca enormemente cuando los individuos —por el motivo que sea— están en presencia inmediata de otros; a saber, su carácter promisorio e indicativo. No se trata sólo de que la apariencia y los modales hagan patente el *status* y las relaciones. También resulta que la línea de nuestra mirada, la intensidad de nuestra participación y la forma de nuestras acciones iniciales permite a los demás escrutar nuestro propósito e intención inmediata, tanto si estamos hablando con ellos a la vez como si no. En consecuencia, siempre estamos en posición de facilitar esta apertura, bloquearla o incluso desorientar a nues-

tros observadores. El carácter de escrutinio de tales observaciones resulta facilitado y a la vez dificultado por un proceso fundamental que aún no se ha estudiado sistemáticamente —la ritualización social—, es decir, la estandarización de la conducta corporal y vocal mediante la socialización, que confiere a tal conducta —o a tales gestos, si se prefiere— una función comunicativa especial.

Los individuos, en presencia de otros, se encuentran en una posición ideal para compartir un mismo foco de atención, percibir que lo comparten y percibir esa percepción. Esto, en combinación con su capacidad para indicar sus cursos de acción física y ajustar sus reacciones a indicaciones similares de los demás, constituye la precondition para algo crucial; la coordinación continua e intrínseca de la acción, sea como apoyo de tareas altamente colaborativas o como forma de acomodar tareas adyacentes. El habla aumenta inmensamente la eficacia de tal coordinación, resultando particularmente crítica cuando algo no funciona como se esperaba. (El habla, por supuesto, tiene otra función especial: permitir que ciertos aspectos externos a la situación participen del proceso colaborativo y que se negocien los planes referentes a cuáles de ellos lo harán, pero éste es un tema diferente y prohibitivamente complicado.)

La caracterización que un individuo puede hacer de otro gracias a poder observarlo y oírlo directamente se organiza alrededor de dos formas básicas de identificación: una de tipo *categórico* que implica situarlo en una o más categorías sociales y otra de tipo *individual* que le asigna una forma de identidad única basada en su apariencia, tono de voz, nombre propio o cualquier otro mecanismo de diferenciación personal. Esta doble posibilidad —identificación categórica e individual— es fundamental para la vida interactiva en todas las comunidades excepto las pequeñas y aisladas de antaño, y se encuentra presente en la vida social de otras especies. (Volveré sobre ello más tarde.)

Los individuos, cuando se encuentran en presencia inmediata de otros, se enfrentan necesariamente al problema persona-territorio. Por definición sólo podemos participar en situaciones sociales si llevamos con nosotros nuestro cuerpo y sus pertrechos, y este equipo es vulnerable a la acción de los demás. Somos vulnerables a la violencia física y sexual, al secuestro, al robo y a la obstrucción de nuestros movimientos, sea por aplicación no negociada de la fuerza o, con más frecuencia, por los «intercambios coercitivos», esa forma de regateo tácito por el que aceptamos cooperar con el agresor a cambio de la promesa de que no nos hará tanto daño como

permitirían nuestras circunstancias. De forma similar, en presencia de los demás somos vulnerables a que sus palabras o gestos traspasen nuestras barreras psíquicas y rompan el orden expresivo que esperamos que se mantenga ante nosotros. (Por supuesto, afirmar que somos vulnerables es afirmar también que tenemos a nuestro alcance los recursos para hacer igualmente vulnerables a los demás, y ninguno de los dos argumentos pretende negar la posibilidad de que haya una cierta especialización convencional, sobre todo en función del sexo, respecto a quién amenaza y quién es amenazado.)

La territorialidad personal no debe verse sólo en términos de restricciones, prohibiciones y amenazas. En toda sociedad se da una dualidad fundamental en su uso, de forma que muchas de las conductas mediante las que podemos ser tratados ofensivamente por cierta categoría de personas están íntimamente ligadas a aquellas por las que los miembros de otra categoría pueden expresarnos adecuadamente su afecto. Así, aquello que —caso de creerlo— constituiría una presunción, se convierte en una cortesía o señal de afecto si nos limitamos a brindarlo; nuestras vulnerabilidades rituales son también nuestros recursos rituales. Violar los territorios del yo es socavar el lenguaje de la cortesía.

Por lo tanto, la copresencia corporal lleva implícitos riesgos y posibilidades. Dado que tales contingencias son evidentes, es probable que den lugar a técnicas de control social, y dado que se controlan básicamente las mismas contingencias sería de esperar que el orden de interacción mostrara rasgos marcadamente similares entre sociedades muy diferentes. Os recuerdo que es en las situaciones sociales donde se hace frente a estas posibilidades y riesgos y donde tendrán su efecto inicial. Son las situaciones sociales las que aportan el escenario natural en el que se encarna y se da lectura a todas las manifestaciones corporales. De ahí la justificación para utilizar la situación social como unidad de trabajo básica en el estudio del orden de interacción. Y de ahí, en consecuencia, la justificación para afirmar que nuestra experiencia del mundo tiene un carácter de enfrentamiento.

Pero no estoy defendiendo un situacionismo beligerante. Como nos recordó Roger Barker con su noción de «entorno conductual», es muy improbable que las regulaciones y expectativas aplicadas a una situación social concreta se generen en ese mismo momento. Su expresión «patrón de conducta duradero» se refiere con razón al hecho de que a una misma clase de entornos, así como de ubicaciones concretas a lo largo de fases inactivas, se le aplicará una misma forma de comprensión. Es más, si bien un entorno conductual

concreto puede no ir más allá de cualquier situación social generada por dos o más participantes en su medio —como es el caso de un bar local, una pequeña tienda o la cocina de casa— son frecuentes otras ordenaciones. Fábricas, aeropuertos, hospitales y vías públicas son entornos conductuales que sustentan un orden de interacción que se extiende en el espacio y el tiempo más allá de cualquier situación social concreta que en ellos se dé. También hay que decir que aunque los entornos conductuales y las situaciones sociales no sean, claro está, unidades de interacción egocéntricas, algunas otras sí lo son: una de ellas es la tan poco estudiada rutina diaria.

Se pueden esgrimir razones más profundas que éstas en favor de la cautela. Es evidente que cada participante se enfrenta a una situación social equipado con una biografía ya preestablecida de encuentros previos con los demás —o al menos con otros parecidos— y con una gran gama de suposiciones culturales que cree compartidas. No podemos ignorar la presencia de un extrañamiento a menos que su aspecto y modales manifiesten sus intenciones benignas y un curso de acción identificable y no amenazador; tales interpretaciones sólo pueden hacerse según las experiencias anteriores y la «sabiduría» cultural. No podemos pronunciar una frase con sentido a no ser que ajustemos el léxico y la prosodia a lo que la identidad categórica o individual de nuestros oyentes potenciales nos permite asumir que ya saben y que no les importará que asumamos que saben. En el mismo núcleo de la vida interactiva está nuestra relación cognitiva con quienes están ante nosotros, relación sin la que nuestra actividad conductual y verbal no podría organizarse significativamente. Aunque esta relación cognitiva pueda modificarse durante el contacto social —y de hecho lo haga—, es extrasi-tuacional en sí misma y consiste en la información que dos personas tienen sobre la información que tiene la otra sobre el mundo, y la información que tienen (o no) sobre la posesión de dicha información.

III

Hasta el momento, al referirme al orden de interacción he dado por supuesto el término «orden», lo cual requiere una explicación. Me refiero, en primer lugar, a una área de actividad, una forma específica de ésta, como en la expresión «el orden económico». No intento sugerir nada sobre cuán «ordenada» es esa actividad nor-

malmente o sobre el papel de las normas y reglas en el mantenimiento de ese orden. Con todo, me parece que, como orden de actividad, el de la interacción está de hecho ordenado —quizá más que otros—, y que esta ordenación se predica de una gran base de presuposiciones cognitivas compartidas, cuando no normativas, y de límites autoimpuestos. Las preguntas de cómo llega un conjunto de tales normas a ser histórico, cómo se contrae y dilata su distribución geográfica con el tiempo y cómo las adquieren los individuos en un lugar y momento dado son muy pertinentes, pero yo no puedo contestarlas.

El funcionamiento del orden de interacción puede interpretarse como la resultante de varios sistemas para facilitar las convenciones, en el mismo sentido que las reglas de un juego, las normas de tráfico o la sintaxis de una lengua. Para ello se pueden ofrecer dos explicaciones. En primer lugar el dogma de que el efecto fundamental de una serie de convenciones es que todos los participantes paguen un precio bajo y obtengan un beneficio alto, siendo la noción implícita la de que cualquier convención que facilite la coordinación servirá, siempre que se pueda inducir a todos a aceptarla, sin que las diferentes convenciones tengan valor por sí mismas. (Esa es la forma en la que uno define en principio las «convenciones», por supuesto.) En segundo lugar, la interacción ordenada se considera un producto del consenso normativo, según la visión sociológica tradicional en la que los individuos dan por sentadas, sin plantearse las, normas que consideran intrínsecamente justas. A propósito, ambas perspectivas asumen que las restricciones que se aplican a los demás se aplican también a uno mismo, que los demás adoptan la misma perspectiva sobre las restricciones de su conducta y que todo el mundo entiende lo que se obtiene con esta autosuministración.

Estas dos explicaciones —la del contrato social y la del consenso social— plantean dudas e interrogantes obvios. El motivo de sumarse a una serie de acuerdos no tiene por qué decirnos nada sobre el efecto de hacerlo. La cooperación efectiva para mantener las expectativas no implica ni creencia en la legitimidad o justicia de cumplir un contrato convencional (cualquiera que éste sea) ni creencia personal en el valor supremo de las normas concretas implicadas. Los individuos continúan con los acuerdos de interacción presentes por una amplia gama de motivos, y uno no puede concluir de su aparente apoyo tácito que, por ejemplo, se opondrían o resistirían al cambio. Es muy frecuente que tras la comunalidad y el consenso se escondan motivos heterogéneos.

Nótese también que los individuos que violan sistemáticamente las normas del orden de interacción pueden, no obstante, depender de él todo el tiempo, incluso el que pasan violándolas. Después de todo, la mayoría de actos de violencia son mitigados por la oferta de algún tipo de intercambio —no deseado por la víctima— por parte del agresor y, por supuesto, éste presupone que el mantenimiento de las normas sobre el habla y sobre los gestos amenazadores cumple esta función. En el caso de la violencia no negociada sucede lo mismo. Los asesinos tienen que depender y aprovecharse del tráfico y de las normas convencionales sobre la apariencia física si quieren tener oportunidad de atacar a su víctima y huir de la escena del crimen. Los vestíbulos, ascensores y callejones pueden ser sitios peligrosos porque pueden estar ocultos a la vista y ocupados sólo por la víctima y el agresor; pero detrás de la oportunidad que ello proporciona al delincuente está su dependencia de las normas, que le permiten entrar y salir de allí sin levantar sospechas. Todo ello debería recordarnos que, en casi todos los casos, los acuerdos de interacción pueden resistir una violación sistemática, al menos a corto plazo, y por lo tanto que si bien es beneficioso para el individuo convencer a los demás de que su cumplimiento es fundamental para el mantenimiento del orden y mostrar una conformidad aparente con ellos, no lo será soslayar sus sutilezas.

Hay motivos aún más profundos para poner en tela de juicio los dogmas referentes al orden de interacción. Podría resultar conveniente creer que los individuos (y las categorías sociales de éstos), al manipular los diferentes aspectos del orden de interacción, obtienen siempre un beneficio sustancialmente mayor que lo que les cuestan las cortapisas concomitantes. Pero esto resulta cuestionable. Lo que, desde la perspectiva de unos, significa un orden deseable puede ser considerado exclusión y represión desde el punto de vista de otros. Saber que ciertos consejos tribales de África Occidental reflejan (entre otras cosas) adhesión a una regla o rango hablando ordenadamente no plantea interrogantes sobre la neutralidad del término orden. Tampoco lo hace el hecho de que (como Burrage y Corry han mostrado recientemente) en las procesiones ceremoniales a través de Londres, desde los Tudor a los tiempos de los Jacobitas, los representantes de los oficios y profesiones mantuvieran una jerarquía tradicional respecto a su posición al marchar y al observar la procesión. Pero cuando consideramos el hecho de que hay categorías —muy amplias en nuestra sociedad— de personas que pagan continuamente un precio considerable por su existencia interaccional sí se plantean interrogantes.

Sin embargo, al menos a corto plazo histórico, las categorías más desfavorecidas continúan cooperando, cosa que queda oculta ante la evidente mala voluntad que manifiestan sus miembros respecto a unas pocas normas a la vez que comparten todas las demás. Detrás de la disposición a aceptar la forma en la que se ordenan las cosas está, quizás, el hecho brutal de la posición propia en la estructura social y el coste real o imaginario de permitir que se nos señale como descontentos. En cualquier caso, no cabe duda que ciertas categorías de individuos, en todo tiempo y lugar, han demostrado una capacidad descorazonadora para aceptar abiertamente formas de interacción lamentables.

En resumen, si bien es adecuado destacar la distribución desigual de los derechos (como en el caso del uso segregacionista de los servicios locales de una ciudad) y los riesgos (como, por ejemplo, entre personas de diferente edad o sexo) en el orden de interacción, el tema central sigue siendo el uso y las disposiciones que permiten que una gran diversidad de proyectos se lleve a cabo mediante el recurso inconsciente a formas de procedimiento. Por supuesto, aceptar las convenciones y normas tal como son (y guiar la acción de acuerdo con ello) significa, *en efecto*, confiar en los que nos rodean. De lo contrario uno apenas podría manejar sus asuntos; de hecho apenas tendría ningún asunto que manejar.

La doctrina de que ciertas reglas básicas conforman el orden de interacción y permiten el tránsito de su empleo plantea la cuestión de las medidas políticas y éstas, por supuesto, suscitan consideraciones políticas una vez más.

El moderno Estado nacional, casi como forma de definir su propia existencia, reclama para sí la autoridad final sobre el control de las amenazas a la vida y las propiedades en toda su jurisdicción territorial. El Estado posee (en teoría siempre y en la práctica muy a menudo) mecanismos seguros de intervención cuando las formas locales de control social no consiguen mantener las alteraciones del orden de interacción dentro de ciertos límites; especialmente en lugares públicos, pero no sólo en ellos. Sin duda, la prevalencia del orden de interacción incluso en los lugares más públicos no es creación del aparato estatal. La mayor parte de este orden, ciertamente, se origina y se mantiene desde abajo, por así decir; en ciertos casos a pesar de la autoridad superior y no debido a ella. Sin embargo, el Estado ha establecido efectivamente su legitimidad, monopolizando el uso de armas potentes y personal entrenado militarmente como forma extrema de sanción.

En consecuencia, algunas de las formas corrientes de interac-

ción —discursos, reuniones, procesiones, por no hablar de formas más especializadas como piquetes o manifestaciones de huelguistas— pueden ser interpretadas por los gobernantes oficiales como una afrenta a la seguridad del Estado y disueltas por la fuerza debido a ello aunque, de hecho, no contengan nada evidentemente amenazante para el orden público en un sentido sustantivo. Por otra parte, las violaciones del orden público pueden llevarse a cabo no sólo por interés propio, sino como reto claro a la autoridad del Estado, como actos simbólicos interpretados a modo de afrenta y utilizados para anticipar tal interpretación.

IV

He estado hablando en términos que pretenden ser aplicables a la existencia cara a cara en cualquier parte. Por ello he pagado el precio de costumbre —mis afirmaciones han sido generales, tópicas y metateóricas— empleando un término tan cuestionable como aquello a lo que se refiere. Un intento menos precavido, igual de general pero basado en hechos naturales, es el de identificar las unidades sustantivas básicas, las estructuras recurrentes y los procesos concomitantes. ¿Qué clase de animales encontraremos en el zoo interaccional? ¿Qué plantas habrá en este particular jardín? Permíteme que pase revista a lo que considero algunos ejemplos básicos.

1. Se puede empezar por las personas como entidades vehiculares, es decir, por unidades deambulatorias humanas. En los lugares públicos tenemos «individuales» [*singles*] (un grupo de uno) y «con» [*withs*] (un grupo de más de uno); estos grupos pueden considerarse unidades autocontenidas en lo que se refiere a su participación en el flujo de la vida social peatonal. También se pueden mencionar unas pocas unidades deambulatorias mayores: por ejemplo las filas, las procesiones y, como caso límite, la cola, siendo ésta una forma de unidad deambulatoria estacionaria. (Podría llamarse «cola», por extensión, a cualquier forma de orden basada en el momento de llegada, pero yo no lo hago.)

2. A continuación, aunque sólo sea como unidad heurística y con finalidades de consistencia en su uso, resulta útil adoptar el término *contacto*. Con ello me refiero a cualquier ocasión en la que un individuo se coloca en presencia de la respuesta de otro, sea mediante la copresencia física, un contacto telefónico o un intercambio epistolar. De esta forma estoy contando como parte del mismo contacto todos aquellos intercambios que se dan en tales ocasio-

nes. Así, una mirada furtiva al cruzarse por la calle, una conversación, un intercambio de saludos progresivamente atenuados mientras se circula entre los invitados a una fiesta, la mirada de un miembro del público a los ojos del conferenciante: todo ello cuenta como contacto.

3. Luego está esa amplia categoría de situaciones convenidas en las que las personas entran en un pequeño círculo físico como participantes en una empresa compartida de forma consciente y a todas luces interdependiente, estando el período de participación cargado de rituales de algún tipo o siendo susceptible a su invocación. En algunos casos sólo está implicado un puñado de participantes, la charla que se produce es del tipo que puede considerarse de propósito autolimitante y se mantiene la apariencia de que, en principio, todos tienen el mismo derecho a contribuir. Este tipo de encuentros conversacionales es diferente de las reuniones en las que un presidente administra el uso de la palabra y la pertinencia de ésta (por ejemplo las «audiencias», «juicios» y demás procedimientos legales). Todas estas actividades basadas en el habla contrastan con las muchas otras interacciones en las que los actos que se entretienen no implican vocalización, y en los que el habla, cuando aparece, lo hace como forma de participación sorda e intermitente o como acompañamiento irregular de la actividad en progreso. Ejemplos de esto último son los juegos de cartas, las transacciones de servicios, los actos amorosos y el comensalismo.

4. A continuación la modalidad «de tribuna»: esa situación universal en la que se representa una actividad frente a un público. Lo que se ofrece puede ser una charla, un concurso, una reunión formal, una obra de teatro, una película, una actuación musical, una muestra de habilidad o destreza, una ronda de oratoria, una ceremonia o una combinación de lo anterior. Los protagonistas estarán en una plataforma o bien rodeados por los espectadores. El tamaño de la audiencia no está relacionado directamente con lo que se presenta (aunque sí con las medidas que permiten una buena visibilidad del escenario), y la obligación primordial de los espectadores es contemplar, no actuar. La tecnología moderna, por supuesto, ha ampliado los límites de esta forma de interacción y ha permitido llegar a públicos muy numerosos y distantes, así como subir al escenario una gran variedad de materiales. Pero el formato en sí responde en gran medida a la necesidad de mantener la atención de un gran número de personas centrada en un foco visual y cognitivo, cosa que sólo es posible si están dispuestos a participar de forma meramente indirecta en lo que se representa.

5. Finalmente, se podrían mencionar las celebraciones sociales. Me refiero a la reunión de individuos admitidos de forma controlada; a lo que se produce bajo los auspicios y en honor de alguna circunstancia valorada por todos. Es probable que se genere un estado de ánimo común que marque los límites de la participación. Los participantes llegan coordinadamente y se van igual. Más de una región delimitada puede servir de entorno para una ocasión concreta, estando conectadas entre sí para facilitar el movimiento, la mezcla y la circulación de la respuesta. Dentro de sus límites, es probable que una celebración social aporte un entorno para diferentes acciones pequeñas y focalizadas, conversacionales o no, y con mucha frecuencia pone en evidencia (y enmarca) una actividad «de tribuna». Normalmente impera la sensación de que hay una forma oficial de proceder, un período previo caracterizado por ser objeto de una sociabilidad no coordinada y otro posterior marcado por la sensación de haber quedado liberados de las obligaciones de la ocasión. En el caso típico se hacen preparativos con anterioridad, a veces incluso se establece un programa u horario. Se da cierta especialización en el reparto de funciones, mayormente entre personal de mantenimiento doméstico, organizadores oficiales y participantes no-oficiantes. El acontecimiento en su conjunto se ve como un hecho unitario y transmisible. Las celebraciones sociales pueden considerarse como las mayores unidades de interacción, y parecen ser las únicas que pueden organizarse de forma que duren varios días. Sin embargo, lo normal es que, una vez iniciada, una celebración social se mantenga ininterrumpida hasta acabar.

Está claro que siempre que se producen encuentros personales, representaciones «de tribuna» o celebraciones sociales, se dan también movimientos deambulatorios y las unidades por las que éstos se regulan. También debería quedar claro que los intercambios verbales breves de dos a cuatro participantes cumplen una función facilitadora y acomodativa, tapando los huecos que se producen en la actividad coordinada y los defectos en la conexión con otras actividades adyacentes e independientes.

Me he referido a unas cuantas entidades básicas de interacción: unidades deambulatorias, contactos, encuentros conversacionales, reuniones formales, representaciones «de tribuna» y celebraciones sociales. Se podría aplicar un tratamiento paralelo a los procesos y mecanismos de interacción. Pero, si bien es relativamente fácil revelar procesos secundarios de interacción bastante generales —especialmente los microscópicos— es difícil identificar los más básicos excepto, quizá, cuando se refieren al turno de uso de la palabra

en una conversación. En cierto sentido podría decirse lo mismo de los roles de interacción.

V

No hablaré más de las formas y procesos de la vida social específicos del orden de interacción. Eso sólo resulta relevante para quien está interesado por la etología humana, la conducta colectiva, el orden público o el análisis del discurso. En lugar de ello quisiera centrar mis comentarios finales en un asunto general de mayor relevancia: la conexión entre el orden de interacción y los elementos de organización social considerados más tradicionalmente. La intención será la de describir ciertos rasgos del orden de interacción, pero sólo aquellos que se apliquen a mundos macroscópicos más allá de los cuales se encuentran estos rasgos en las interacciones.

Para empezar, un tema que es tan obvio como para ser dado por supuesto e ignorado: el impacto directo de los efectos situacionales sobre las estructuras sociales. Se podrían citar tres ejemplos.

En primer lugar, dado que una organización compleja puede llegar a depender de un personal determinado (en el caso típico, de aquel que haya conseguido acceder a roles de mando), en la secuencia diaria de interacciones sociales dentro y fuera del trabajo —es decir, en la rutina diaria— en las que estos personajes pueden resultar heridos o raptados, también puede verse afectada su organización. Los negocios menores, las familias, los parientes y otras estructuras pequeñas son igual de vulnerables, sobre todo aquellos que están ubicados en áreas con un elevado índice de criminalidad. Si bien este tema puede copar la atención pública en varios momentos y lugares, a mí no me parece de gran interés conceptual; analíticamente hablando, la muerte inesperada por causas naturales provoca casi los mismos problemas a las organizaciones. En ambos casos nos enfrentamos ni más ni menos que con el riesgo.

En segundo lugar, como ya se ha sugerido, está el hecho obvio de que una gran parte del trabajo de las organizaciones —la toma de decisiones, la transmisión de información, la coordinación de tareas físicas— se realiza cara a cara, requiere ser realizada así y es vulnerable a efectos cara a cara. Dicho de otro modo, en la medida en que los agentes de la organización social a cualquier escala, desde Estados a hogares, puedan ser persuadidos, engatusados, engañados, intimidados o influidos de cualquier forma por efectos que sólo se dan en tratos cara a cara, entonces el orden de interacción afectará abiertamente a las entidades macroscópicas.

En tercer lugar, hay encuentros de «procesamiento de personas» [*people-processing*]; encuentros en los que la «impresión» que los sujetos se forman durante la interacción afecta al curso de sus vidas. El ejemplo clásico es el de la entrevista de clasificación efectuada por consejeros escolares, psicólogos del departamento de personal, psiquiatras encargados del diagnóstico o forenses. En un sentido menos directo, este proceso es ubicuo; todos somos cancerberos custodiando alguna cosa. El origen de las amistades y los lazos matrimoniales (al menos en nuestra sociedad) puede buscarse en cierta ocasión en la que, de un contacto accidental, salió algo más de lo imprescindible.

Queda claro qué es lo situacional en tales encuentros de procesamiento, ya se den en entornos institucionalizados o no: toda cultura, y desde luego la nuestra, parece tener un gran fondo de saber y creencia popular sobre indicadores intrínsecos de *status* y carácter que pretende facilitar la interpretación de las personas. De esta forma, por una especie de preacuerdo, las situaciones sociales parecen estar perfectamente diseñadas para aportarnos pruebas de los diferentes atributos de los participantes, aunque sólo sea representando lo que ya sabíamos. Es más, en las situaciones sociales, como en otras circunstancias, los que toman las decisiones, si se les presiona, pueden emplear una gran gama de racionalizaciones para ocultar al otro (e incluso a sí mismos) la diversidad de consideraciones que configuran su decisión y, en especial, el peso relativo dado a cada una de ellas.

Es en estos encuentros de procesamiento donde puede darse esa clasificación silenciosa que, como diría Bourdieu, reproduce la estructura social. Pero ese impacto conservador no es, analíticamente hablando, situacional. El aquilatamiento subjetivo de una serie de atributos sociales, sean o no sean éstos pertinentes oficialmente y reales o imaginarios, genera un micropunto de desconcierto; el valor encubierto asignado, por ejemplo, a la raza, puede ser mitigado por el asignado a otras variables estructurales —clase social, sexo, edad, copertenencia a asociaciones, red de patrocinio— estructuras que, en el mejor de los casos, no son totalmente congruentes entre sí. Los atributos estructurales, utilizados abierta o encubiertamente, no se mezclan del todo con los personales tales como el estado de salud o la fuerza física, ni con propiedades que adquieren toda su existencia en situaciones sociales: el aspecto, la personalidad, etc. Por lo tanto, lo situacional de los encuentros de procesamiento son las pruebas que aportan de los atributos reales o

aparentes de un participante mientras, a la vez, permiten que se determine su curso vital mediante un aquilatamiento inaccesible de estas complejas pruebas. Si bien esta estructura normalmente facilita la consolidación subrepticia de las líneas estructurales, también podría servir para debilitarlas.

Por lo tanto se pueden señalar formas evidentes en las que las estructuras sociales dependen de, y son vulnerables a, lo que ocurre en los encuentros cara a cara. Esto ha llevado a algunos a proponer de forma reduccionista que todos los rasgos macroscópicos de la sociedad, y la sociedad en sí misma, son un compuesto existente a intervalos de aquello cuyo origen sería la realidad de los encuentros: una cuestión de sumar y extrapolar efectos interaccionales. (Esta postura se ve a veces reforzada por la afirmación de que todo lo que sabemos sobre las estructuras sociales tiene su origen en resúmenes muy modificados del flujo de la experiencia en las situaciones sociales.)

En mi opinión, estas pretensiones son incompatibles. Por una parte confunden el formato interaccional en el que se producen las palabras y las indicaciones gestuales con el significado de éstas; es decir, confunden lo situacional con lo meramente «situado». Cuando nuestro agente de bolsa nos informa de que hay que vender, o nuestro jefe o cónyuge de que ya no necesita nuestros servicios, las malas noticias pueden sernos comunicadas en privado y de un modo tranquilo y delicado que haga más humana la situación. Tal consideración es uno de los recursos del orden de interacción. En el momento álgido puede resultar muy de agradecer. Pero a la mañana siguiente, ¿qué importará si el mensaje nos ha llegado por teléfono, por la pantalla de un ordenador, en un sobrecito azul junto al reloj de fichar o escrito en una nota en el despacho? La delicadeza con la que se nos trate en el momento de darnos las malas noticias no dice nada de la importancia estructural de éstas.

Es más, no creo que se pueda llegar a conocer la estructura del mercado, o la distribución del valor catastral de una ciudad, o la sucesión étnica en la administración municipal, o la estructura de los sistemas de parentesco, o los cambios fonéticos sistemáticos en los dialectos de una comunidad lingüística, según hechos extrapolados o agregados a partir de encuentros sociales concretos entre las personas implicadas en cualquiera de estos patrones de interacción. (Es razonable someter las afirmaciones sobre estructuras y procesos macroscópicos a un microanálisis de los que escarban minuciosamente tras las generalizaciones intentando encontrar diferencias críticas entre, por ejemplo, industrias, regiones o períodos de tiempo breves tratando de debilitar las visiones de conjunto.)

Tampoco sostengo la idea de que la conducta cara a cara sea más real que lo que concebimos como las negociaciones entre dos empresas o la distribución del número de delitos durante el ciclo semanal en las distintas zonas de un barrio de Nueva York; en todos los casos nos encontramos ante resúmenes toscamente modificados. Simplemente afirmo que las variantes de la vida cara a cara se ven facilitadas por su repetición continua por unos participantes que son heterogéneos en muchos sentidos y que, aún así, han de llegar rápidamente a un acuerdo de trabajo; así, estas variantes parecen más susceptibles de análisis sistemático que el funcionamiento interno o externo de la mayoría de entidades macroscópicas. Las variantes propiamente dichas están ancladas en sentimientos subjetivos, por lo que permiten que la empatía desempeñe un papel importante. La corta extensión espacial y temporal del aspecto fenomenológico de muchos de estos hechos facilita su grabación (y reproducción) y siempre se tiene, por supuesto, la tranquilidad de poder mantener la vista fija en un factor concreto de ellos durante todo su curso. Aún así, hay que tener en cuenta que, incluso en la área de la interacción cara a cara, lo que algunos aceptan como unidad más pequeña (y, en ese sentido, definitiva) de la experiencia personal, otros lo ven como algo desesperantemente complejo que necesita una forma mucho más refinada de microanálisis.

En resumen, referirse a las formas de vida relativamente autónomas en el orden de interacción (como muy bien ha hecho Charles Tilly respecto a una categoría especial de ellas) no significa considerarlas algo previo, fundamental o constitutivo de la forma de los fenómenos macroscópicos. Esto es semejante a lo que hacen los autores teatrales, los psicólogos clínicos y los buenos informadores, todos los cuales construyen sus historias de modo que ciertas fuerzas internas de sus personajes constituyan y gobiernen la acción, permitiendo a los oyentes y lectores identificarse con el resultado. Tampoco significa referirse a algo inmutable. Todos los elementos de la vida social tienen una historia y están sometidos a cambios críticos en el tiempo, y ninguno de ellos puede entenderse del todo sin hacer referencia a la cultura en la que se produce. (Lo que no implica afirmar que los historiadores y antropólogos puedan aportar, en general, los datos necesarios para un análisis realista de las prácticas de interacción en comunidades que ya no están a nuestro alcance.)

VI

No me he referido a las relaciones directas entre las estructuras sociales y el orden de interacción porque tuviera nada nuevo o importante que decir, sino sólo para establecer un contraste adecuado para los efectos de conexión considerados más frecuentemente, a saber, los durkheimianos. Todos conocéis la letanía. Un rasgo fundamental de los encuentros cara a cara es que en ellos, y sólo en ellos, podemos dar forma y estructura dramática a ciertos temas que, de otro modo, resultan intangibles. Mediante el vestido, la gesticulación y la postura corporal podemos representar una lista heterogénea de cosas inmateriales que sólo tienen en común el hecho de que son significativas en nuestras vidas: hechos importantes del pasado, creencias sobre el cosmos y nuestro lugar en él, ideales sobre nuestras diferentes categorías de personas y, por supuesto, relaciones y estructuras sociales mayores. Estas encarnaciones se centran en ceremonias (engarzadas a su vez en celebraciones sociales) y, probablemente, permiten a los participantes afirmar su afiliación e implicación en su colectividad y revivir sus creencias más fundamentales. La celebración de una colectividad es un motivo consciente para la ocasión social que la alberga y figura naturalmente en la organización de dicha ocasión. La escala de rango de tales acontecimientos es amplia: en un extremo las coronaciones, en el otro las cenas de parejas, ese ritual de clase media cada vez más frecuente y que va adquiriendo peso (a la vez que nos lo hace adquirir a nosotros).

La antropología social reclama estos territorios como suyos y, en realidad, el mejor trabajo sobre ellos en las comunidades modernas es *The Living and the Dead*, de Lloyd Warner. Resulta que las sociedades secularizadas de masas no han demostrado ser hostiles a tales celebraciones: de hecho, la sociedad soviética está plagada de ellas, como ha documentado recientemente Crystal Lane. Las bendiciones pueden disminuir en número e importancia, pero no disminuyen las ocasiones en las que se ofrecían.

Es de suponer que estas ocasiones tienen consecuencias para las macroestructuras. Por ejemplo, Abner Cohen dice que el carnaval musical del área londinense de Notting Hill, que empezó siendo una fiesta multiétnica de barrio, acabó convirtiéndose en el principio de la organización política de los hindúes occidentales en Londres; lo que empezó por ser un asunto festivo anual —con una existencia fundamentalmente interaccional— acabó por convertirse en la expresión de la autoconciencia política de un grupo, siendo así que

esta propia expresión había contribuido considerablemente a crear el contexto estructural en el que apareció. Por lo tanto, el carnaval fue más la causa de un movimiento social y del efecto de tal movimiento en la formación de un grupo que una expresión en sí mismo. Paralelamente, Simon Taylor afirma que el calendario de celebraciones políticas establecido por el movimiento nacional-socialista en Alemania —que reflejaba la idea hitleriana de las ceremonias cristianas básicas— desempeñó un papel importante en la consolidación de la presencia del partido en la nación. La fecha clave en este ciclo anual era, aparentemente, el día del Reichsparty en Núremberg, celebrado en el Zeppelinfeld. Allí podían concentrarse casi un cuarto de millón de personas que veían directamente el estrado. Parece que el efecto de toda esa gente respondiendo al unísono ante el mismo acto resultó duradero para algunos de los participantes; desde luego éste es un caso límite de evento situacional y lo interesante no es cómo el ritual reflejaba la doctrina nazi sobre el mundo sino cómo la reunión anual contribuyó claramente a la hegemonía política de sus anfitriones.

En estos dos ejemplos —aunque ambos resultan algo extremados— se salta directamente del efecto interaccional a la organización política. Cualquier acto político de masas —especialmente los que implican un encuentro directo con la autoridad— puede, por supuesto, tener un efecto duradero sobre sus participantes.

Si bien parece bastante fácil identificar a las colectividades por la sombra que las ceremonias proyectan contra la pantalla conductual y citar, como yo he hecho, pruebas de lo importante que puede resultar esa sombra, resulta muy diferente demostrar que *en general* de las ceremonias se obtiene algo significativo, al menos en la sociedad contemporánea. Los individuos que están en posición de autorizar y organizar tales ocasiones suelen ser los que destacan en ellas, y siempre parecen tener expectativas optimistas sobre su resultado. Pero, de hecho, los lazos y las relaciones que ceremonializamos pueden estar tan atenuados como para que una celebración anual sea lo máximo que estemos dispuestos a pagar para renovarlos; por lo tanto no son indicativos de nuestra realidad social sino de nuestra nostalgia, nuestra mala conciencia y nuestra lástima persistente por todo aquello que ya no nos liga. (Cuando un amigo se muda a otra ciudad, la celebración puede convertirse en la sustancia de la relación y no sólo su expresión.) Es más, como han sugerido Moore y Myerhoff, las categorías de personas que se reúnen en una ceremonia (y por lo tanto las estructuras implicadas) pueden no volver a reunirse jamás en una ceremonia o por cual-

quier otro motivo. Puede que se represente una intersección esporádica de intereses y nada más. Desde luego, ciertas celebraciones como este discurso de investidura presidencial, no tienen necesariamente el efecto de renovar el vínculo de los miembros del público con la disciplina o profesión bajo cuyo nombre se reúnen. En realidad, todo lo que se puede desear es que el recuerdo de cómo pasó la hora se desvanezca rápidamente, permitiendo a todos volver el año siguiente deseando de nuevo no haberlo hecho. En resumen, los sentimientos sobre los lazos estructurales sirven más como recurso de implicación —para llevar a la práctica una ocasión celebrativa— que para reforzar los fundamentos en los que se basan.

VII

Si consideramos las ceremonias como dramatizaciones de tipo narrativo, más o menos extensas y aisladas de las rutinas mundanas, entonces podemos contrastar estas dramatizaciones complejas con los «rituales de contacto», a saber, expresiones breves y superficiales que se dan incidentalmente en toda acción, siendo el caso más frecuente el que implica a dos individuos. Estas dramatizaciones no han sido abordadas demasiado bien por la antropología aunque parecen más investigables que las secuencias más complejas. De hecho, la etología y la concepción etológica del ritual, al menos entendido como exhibición de las intenciones, resulta ser tan relevante como la formulación antropológica. La cuestión es, por lo tanto: ¿qué principios conforman la base de las estructuras sociales en los rituales de contacto? Este es el tema que quisiera considerar para acabar.

Los hechos que ocurren incidentalmente mientras los individuos están en presencia inmediata unos de otros están diseñados para servir como metáforas microecológicas, resúmenes y símbolos icónicos de los acuerdos estructurales, deseados o no. Si estas expresiones no se dieran incidentalmente, se podría manipular el entorno para producirlas. Dadas las sensibilidades selectivas de una cultura concreta —por ejemplo la preocupación por la altura relativa, el valor adscrito a la derecha *versus* la izquierda, la orientación según los puntos cardinales—, dados todos esos sesgos culturales, algunos recursos descriptivos y situados se explotarán más que otros. La cuestión es, por lo tanto, cómo se conectarán o ligarán estos rasgos a las estructuras sociales, incluidas las relaciones sociales. Aquí las ciencias sociales se lo han tomado con bastante

calma, la suficiente como para conformarse con la fórmula «una expresión de». El ritual social menor no es una expresión *de* los acuerdos estructurales en ningún sentido; como máximo es una expresión adelantada *en lo que se refiere* a tales acuerdos. Las estructuras sociales no «determinan» las expresiones culturales aceptadas, simplemente ayudan a elegir entre el repertorio disponible de ellas. Las expresiones en sí, tales como la prioridad al ser servido, al pasar por una puerta, al sentarse, el acceso a varios sitios públicos o el orden preferente de interrupción al hablar, son interaccionales en esencia y carácter; como máximo es posible que tengan cierta relación con aquello se les pueda asociar procedente de las estructuras sociales. Son vehículos de señalización fabricados a partir del material indicativo que se tenía a mano, y la pregunta de como «reflejo» de qué se interpretan permanece incontestada.

Veamos, por ejemplo, un fragmento de nuestro lenguaje que aparece frecuentemente en los exámenes: el permiso recíproco para utilizar el nombre de pila como forma de dirigirse a otra persona. Sólo por el hecho de que dos individuos se permitan saludarse y tratarse por el nombre de pila no se puede deducir que mantengan una relación estructural determinada o que sean miembros de una organización social, grupo o categoría concreta. Hay muchas variaciones en función de la región, clase social y época, y éstas no se corresponden directamente con las variaciones en la estructura social. También hay otros problemas. Consideremos por un momento a la gente como nosotros. Nos dirigimos por el nombre de pila a nuestros familiares, parientes de la misma generación, amigos, vecinos, compañeros de colegio, a la gente que nos presentan en las reuniones familiares, a los compañeros de trabajo, a nuestro vendedor de coches, a nuestro contable y, cuando apostamos, a nuestro corredor de apuestas. Lamento tener que decir que, a veces, también a nuestros hijos y padres. El hecho de que en algunos casos (parientes y cónyuge por ejemplo) el nombre de pila (como opuesto a otros nombres) sea obligado y en otros opcional sugiere la ambigüedad de su uso. El término tradicional «lazos primarios» se refiere a ello, pero de forma optimista; refleja el reduccionismo psicológico de los sociólogos que nos precedieron y la añoranza que sentían por los vecindarios en los que se criaron. De hecho, el uso del nombre de pila es un recurso establecido culturalmente para estilizar las relaciones más inmediatas: implica una reducción de la formalidad y la renuncia a marcar el tono de la pretensión ritual de circunspección. La informalidad se constituye a base de materiales de interacción (como la formalidad), y las diferentes relacio-

nes y círculos sociales que se basan en estos recursos simplemente comparten algunas afinidades. Esto no significa, claro está, que una lista completa de las formas simétricas y asimétricas de consideración, desconsideración, circunspección y tranquilidad ritual que dos individuos hacen extensivas el uno al otro no nos aporte una estimable información sobre sus lazos estructurales. Ni tampoco que las convenciones no puedan vincular de forma exclusiva ciertas manifestaciones a las estructuras sociales; por ejemplo, en nuestra sociedad las bodas emplean algunas estrategias que anuncian la formación de una clase concreta de estructura social y sólo una. Tampoco significa decir que las formas de interacción no sean responsables del entorno institucional en el que se dan. (Incluso al margen de lo *que* se dice, las reglas de posesión de la palabra en el habla informal se diferencian de las de las sesiones de terapia familiar, que a su vez son diferentes de las del aula, que a su vez se diferencian de las de una sala de justicia. Estas diferencias formales son, en parte, inexplicables en términos de las tareas concretas llevadas a cabo en esos entornos, que a su vez vienen determinados por factores extrasituacionales.)

Por lo tanto, en términos generales (y dejando al margen los matices), lo que encontramos, al menos en las sociedades modernas, es una forma de vínculo no-exclusivo —un «acoplamiento laxo»— entre las prácticas interaccionales y las estructuras sociales; estratos y estructuras que se colapsan en categorías más amplias que no corresponden exactamente a nada de lo que hay en el mundo estructural; una maquinaria formada por distintas estructuras que encajan en ruedas dentadas interaccionales. Dicho de otra forma, un conjunto de reglas de transformación, una membrana que selecciona cómo se administrarán las diferentes distinciones socialmente relevantes en el seno de la interacción.

Un ejemplo. Desde la perspectiva de cómo se desenvuelven las mujeres de nuestra sociedad en una charla informal mixta, resulta de poca importancia el que (estadísticamente hablando) algunos hombres, por ejemplo los ejecutivos, tengan igualmente que esperar y depender de las palabras de los demás, aunque en cada caso no sean muchos. Sin embargo, desde el punto de vista del orden de interacción el tema es crucial. Nos permite intentar formular una categoría de rol que comparten las mujeres y los ejecutivos (y cualquiera que esté en sus circunstancias), y este rol pertenecerá *analíticamente* al orden de interacción, cosa que no sucede con las categorías «mujer» y «ejecutivo».

He de recordaros que el hecho de que la actividad interaccional

dependa de factores externos a la interacción —cosa tradicionalmente pasada por alto por aquellos de nosotros que nos centramos en los contactos cara a cara— no implica por sí mismo que dependa de estructuras sociales. Como ya se ha sugerido, una cuestión fundamental en todas las interacciones cara a cara es la de la relación cognitiva entre los participantes, es decir, qué es lo que cada uno de ellos puede asumir efectivamente que el otro sabe. Esta relación es relativamente independiente de su contexto, y se extiende más allá de cualquier situación social a todas las ocasiones en las que se encuentran dos individuos. Las parejas que constituyen estructuras íntimas, por definición, sabrán bastantes cosas uno del otro, y también conocerán muchas experiencias que sólo ellos comparten, todo lo cual afecta radicalmente a lo que se dicen y a lo lacónicos que pueden ser al referirse a ello. Pero toda esta información exclusiva palidece cuando se considera la cantidad de información sobre el mundo que dos individuos que apenas se conocen pueden asumir que es razonable asumir al formular afirmaciones mutuas. (Aquí, una vez más, vemos que la distinción tradicional entre relaciones primarias y secundarias es algo de lo que la sociología debe huir.)

El modelo general de relación entre el orden de interacción y el estructural que he sugerido permite (espero) proceder de forma constructiva. En primer lugar, como sugerí, el tema de quién hace qué a quién se puede considerar como susceptible de ser investigado, partiendo de la base de que prácticamente en todos los casos las categorías resultantes no coincidirán del todo con ninguna división estructural. Dejádme que ponga otro ejemplo. Los tratados de etiqueta están llenos de conceptos sobre la cortesía que los hombres deben demostrar ante las mujeres en la sociedad educada. A esto subyace una concepción, presentada por supuesto con menos claridad, sobre el tipo de hombres y mujeres de los que no se espera que participen en estas pequeñas lindezas. Sin embargo, más relevante aún es el hecho de que cada uno de sus pequeños gestos resulta también prescriptivo para otras categorías de personas: un adulto respecto a un anciano, un adulto respecto a un joven, un huésped respecto a un invitado, un experto respecto a un principiante, un nativo respecto a un extranjero, los amigos respecto a alguien que celebra un momento crucial de su vida, el sano respecto al enfermo y la persona íntegra respecto a la incapacitada. Como ya se dijo, lo que todas estas parejas comparten no es algo inherente a la estructura social sino lo que responde a la escenificación de la interacción cara a cara. (Incluso si uno se limitara a una sola es-

fera de la vida social —por ejemplo la actividad dentro de una organización compleja— se mantendría un acoplamiento laxo entre el orden de interacción y la estructura social. La preferencia que le damos a nuestro jefe inmediato se la damos también al jefe inmediato de éste, y así hasta llegar a la cúspide de la organización; la preferencia es un recurso interaccional referido al rango ordinal y no a la distancia entre rangos.) Por lo tanto resulta fácil, e incluso útil, especificar en términos sociales estructurales quién representa un acto determinado de deferencia o presunción ante quién. Sin embargo, en el estudio del orden de interacción, tras afirmar esto, se debe investigar quién más lo hace ante quién más, categorizar a estas personas con algún término que se les aplique a todas y hacer lo mismo con sus actos. También se debe aportar una descripción técnicamente detallada de las acciones implicadas.

En segundo lugar, el concepto de acoplamiento laxo nos permite encontrar un lugar adecuado para colocar el poder evidente que tienen las modas y costumbres para producir cambios en las prácticas rituales. Un ejemplo reciente que todos conocéis fue el del paso repentino, si bien poco duradero, a formas de vestir informales en el mundo empresarial durante las últimas fases del movimiento *hippie*, acompañado, en ocasiones, por cambios en las formas de saludo, todo ello sin las correspondientes modificaciones en la estructura social.

En tercer lugar, se pone de manifiesto lo vulnerables que resultan ciertos rasgos del orden de interacción a la intervención política directa desde abajo o desde arriba, trascendiendo en ambos casos las relaciones socioeconómicas. Así, en los últimos años los negros y las mujeres se han introducido en lugares públicos segregados, cosa que en muchos casos ha tenido consecuencias duraderas sobre las formas de acceso a éstos, pero, en conjunto, sin que se hayan dado grandes cambios en la posición de estos dos grupos en la estructura social. También resulta evidente la voluntad de un nuevo régimen de introducir y forzar una práctica que afecte a la forma en la que ciertas categorías de personas aparecen en público: por ejemplo, cuando los nacionalsocialistas en Alemania exigieron a los judíos que llevaran brazaletes identificativos en los lugares públicos, cuando el gobierno soviético emprendió acciones oficiales para impedir que las mujeres Khanty (grupo étnico siberiano) llevaran velo o cuando el gobierno iraní hizo exactamente lo contrario. Y también se pone de manifiesto la efectividad de los intentos directos de alterar los intercambios de contacto; como cuando se introduce desde arriba un saludo revolucionario, una consig-

na verbal o una forma de trato, a veces de manera bastante permanente.

Por último, resulta evidente la influencia que pueden obtener quienes pertenecen a un movimiento ideológico a base de concentrar sus esfuerzos en los saludos y despedidas, formas de trato, tacto y corrección y otras muestras de educación en los contactos sociales e intercambios verbales. También se entiende lo escandalosa que puede resultar una doctrina que conduce a la violación sistemática de las normas sobre cómo vestir adecuadamente en público. En este aspecto, los *hippies* americanos y, posteriormente, «los siete de Chicago»² se comportaron como unos simples aficionados; los auténticos terroristas de las fórmulas de contacto fueron los cuáqueros británicos de mediados del siglo XVII que consiguieron, en cierto modo (como ha descrito recientemente Bauman), crear una doctrina que chocaba directamente con las formas de contacto a través de las que se expresaban educadamente las estructuras y los valores oficiales en los contactos sociales. (Desde luego, otros movimientos religiosos de ese mismo período se mostraron igual de recalitrantes, pero ninguno de modo tan sistemático.) Este aguerrido grupo de maleducados permanecerá siempre como ejemplo del maravilloso poder subversivo de los malos modales aplicados sistemáticamente, recordándonos una vez más las vulnerabilidades del orden de interacción. No hay duda: los discípulos de Fox³ consiguieron llegar a alturas irrepetibles en el arte de fastidiar a los demás⁴.

VIII

De todas las estructuras sociales que interactúan con el orden

2. Los siete de Chicago [*The Chicago Seven*]: Grupo de activistas radicales americanos que fueron detenidos y procesados a finales de los años 70 por su presunta implicación en un intento de acción revolucionaria durante la Convención Demócrata celebrada en dicha ciudad estadounidense. [T.]

3. Fox, George (1624-1691), líder religioso inglés fundador, en 1647, de la secta Society of Friends, llamados también Cuáqueros. La secta cuáquera se distingue por no poseer culto externo ni jerarquía eclesiástica, así como por la sencillez y severidad de sus costumbres. Los cuáqueros no admiten ningún sacramento, no prestan juramento en justicia, se niegan a cumplir el servicio militar, consideran la guerra como una lucha fratricida y no admiten ninguna jerarquía religiosa. [T.]

4. En el original, *becoming a pain in the ass*. [T.]

de interacción, las que parecen hacerlo más íntimamente son las relaciones sociales. Quisiera decir unas palabras al respecto.

Plantearse la cantidad o frecuencia de interacciones cara a cara entre dos individuos que se relacionan —dos extremos de la relación— como algo constitutivo de tal relación resulta estructuralmente ingenuo y adopta la proximidad amistosa como modelo de todas las demás relaciones. Aun así, por supuesto, existe un fuerte vínculo entre relaciones y orden de interacción.

Tomemos como ejemplo la relación entre «conocidos» (en nuestra sociedad). Es una institución fundamental desde el punto de vista de cómo tratamos a los individuos que están en nuestra presencia inmediata o telefónica, factor clave en la organización de los contactos sociales. Está implicado el derecho y la obligación mutua de aceptar y reconocer abiertamente la identificación individual de todas las ocasiones iniciales de proximidad incidental. Esta relación, una vez establecida, se define como vitalicia, propiedad imputada de forma mucho menos correcta al vínculo matrimonial. La relación social que llamamos de «simples conocidos» incorpora el conocimiento y poco más, y constituye un caso límite —una relación social cuyas consecuencias se limitan a las situaciones sociales— pues la obligación de aportar pruebas de tal relación es la propia relación. Estas pruebas son el meollo de la interacción. El conocimiento del nombre de otra persona y el derecho a usarlo al dirigirse a él o ella implica incidentalmente la capacidad de especificar a quién se está emplazando a hablar. De la misma forma, un saludo incidental implica la iniciación de un encuentro.

Cuando nos referimos a relaciones más «profundas», el conocimiento y sus obligaciones siguen siendo un factor que se debe considerar, pero no el definitivo. Sin embargo, aparecen otros vínculos entre las relaciones y el orden de interacción. La obligación de intercambiar saludos al pasar se amplía: la pareja puede verse obligada a interrumpir sus cursos independientes de acción para que todo el contenido del encuentro se pueda dedicar abiertamente a mostrar el placer derivado de la oportunidad del contacto. Durante esta pausa sociable cada participante está obligado a demostrar que mantiene fresco en la memoria no sólo el nombre del otro sino también fragmentos de su biografía. Se formularán preguntas sobre las personas importantes en su vida, viajes recientes, enfermedades si las ha habido, situación profesional y varias otras cosas que demuestran que quien pregunta está familiarizado con el mundo del otro. Asimismo, será obligado ponerle al día respecto a los mismos temas. Estas obligaciones, por supuesto, ayudan a resuci-

tar unas relaciones que, de otra forma, podrían verse atenuadas por falta de trato; pero también aportan la base para iniciar un encuentro y una forma sencilla de hacerlo. Por lo tanto, tendremos que admitir que la obligación de mantener al día la biografía de nuestros conocidos (y asegurarnos de que ellos hacen lo mismo respecto a la nuestra) resulta al menos tan útil para la organización de los encuentros como para la relación de las personas que se encuentran. Esta utilidad para el orden de interacción resulta también muy evidente en relación a nuestra obligación de recordar inmediatamente el nombre de nuestros conocidos, cosa que siempre nos permite emplearlo como vocativo en las conversaciones multipersonales. Después de todo, el nombre propio al comienzo de una frase es un mecanismo eficaz para alertar a los oyentes sobre a cuál de ellos nos estamos dirigiendo.

De la misma forma que las personas relacionadas estrechamente se ven obligadas a saludarse cuando se encuentran incidentalmente en presencia inmediata unas de otras, también, tras un período moderado de no haber estado en contacto, están obligadas a forzar un encuentro, sea mediante una llamada telefónica, una carta o acordando conjuntamente una oportunidad de contacto cara a cara: este acuerdo en sí mismo representa un contacto incluso aunque no se llegue a ningún acuerdo. En estos «contactos forzados» se pone de manifiesto que los encuentros son una parte del orden de interacción y se definen como uno de los bienes que las relaciones producen mutuamente.

IX

Si bien resulta interesante intentar descubrir las conexiones entre el orden de interacción y las relaciones sociales, hay otro tema que, obviamente, requiere atención: aquello a lo que la sociología tradicional se refiere como *status* sociales difusos o (en otra versión) rasgos maestros determinados por el *status*. Para acabar mis comentarios de esta noche quisiera referirme a este tema.

Se podría decir que en nuestra sociedad hay cuatro *status* difusos fundamentales: edad, sexo, clase social y raza. Si bien estos atributos y las estructuras sociales correspondientes funcionan de formas muy distintas (siendo quizá la raza y la clase social los más directamente relacionados), todos comparten dos aspectos básicos.

En primer lugar, constituyen una clave clasificatoria en la que cada individuo puede ser ubicado respecto a cada uno de los cuatro *status*.

En segundo lugar, nuestra situación respecto a estos cuatro atributos resulta evidente debido a ciertas señales que nuestros cuerpos acarrearán en todas las situaciones sociales, sin que sea necesaria ninguna información previa. Podemos o no ser identificados *individualmente* en una situación social concreta, casi siempre podemos serlo *categoricamente* respecto a esas cuatro variables. (Cuando no es así aparecen problemas muy instructivos desde el punto de vista de la sociología.) La facilidad con la que se perciben estos rasgos en las situaciones sociales no es, por supuesto, enteramente fortuita; la mayoría de las veces la socialización, de forma sutil, asegura que nuestra posición sea más evidente de lo que podría ser. Por supuesto, al menos en la sociedad moderna, es improbable que un rasgo que no sea fácilmente perceptible adquiera carácter de rasgo determinante de *status* difuso (o, por decirlo con mayor propiedad, rasgo identificador de *status* difuso). Con esto no estoy afirmando que esta facilidad de percepción sea igualmente importante de cara al papel que cada uno de estos *status* difusos desempeña en nuestra sociedad. Ni tampoco que, por sí sola, garantice que la sociedad emplea estructuralmente esta propiedad.

Manteniendo *in mente* este esquema de los *status* difusos, veamos un ejemplo paradigmático del tipo de contexto al que se aplica el microanálisis: aquellos acontecimientos en los que un «sirviente», en un entorno preparado para ello, entrega somera y regularmente ciertos bienes a una serie de parroquianos o clientes, en el caso típico a cambio de dinero o como fase intermedia en un proceso burocrático. En resumen, la «transacción de servicio» se refiere aquí a aquellas en las que sirviente y «servido» se encuentran en la misma situación social, por oposición a los contactos telefónicos, por correo o con una máquina automática. La forma institucionalizada de estos tratos se basa en un conjunto cultural amplio que engloba temas como el protocolo gubernamental, el código de la circulación y otras formalizaciones de la preferencia.

En la sociedad contemporánea casi todo el mundo se ve envuelto diariamente en transacciones de servicios. Sea cual sea el significado básico de éstas para quienes la reciben, es probable que la forma en la que sean tratados en tales contextos tiña su sentido del lugar que ocupan en la comunidad en general.

En casi todas las transacciones contemporáneas de servicios parece prevalecer una idea básica: todos los candidatos a ser servidos serán tratados «de la misma forma» o «igual», sin que ninguno sea favorecido o desfavorecido respecto a los otros. No es necesario, claro está, buscar la causa de la institucionalización de este acuer-

do en la filosofía de la democracia: bien pensado, esta ética aporta una fórmula muy eficaz para la rutina y el proceso de los servicios.

El principio de la igualdad de tratamiento en las transacciones de servicios tiene algunas implicaciones obvias. Para tratar con más de un candidato a la vez en una forma que parezca ordenada y correcta es probable que se recurra a la cola, que supone que se sirve primero a quien llega primero. Esta norma genera un ordenamiento temporal que bloquea totalmente la influencia de los *status* sociales que aportan los candidatos, atributos de extraordinaria importancia fuera de esa situación. (He aquí la explicación fundamental del «determinismo local» como mecanismo de bloqueo.) Dicho en pocas palabras, inmediatamente después de haber entrado en un escenario de servicios, los clientes se interesarán por identificar el sistema de orden (si se han de sacar papelitos numerados de una máquina, si hay que apuntarse en una lista, si hay una cola que requiere la presencia personal o si se orientan sin necesidad de ella). También se esperará de ellos —como parte de la competencia que se les presupone— que sepan hacer «subcolas» atendidas por distintos sirvientes. Por supuesto, si hay que respetar el lugar propio en la cola, los demás deben contribuir a mantener la disciplina entre ellos, además de en relación al sirviente.

Además del principio de igualdad hay otra regla omnipresente en las transacciones de servicios de hoy en día: la expectativa de que cualquiera que busque ese servicio será tratado con «cortesía»; por ejemplo, que el sirviente atenderá rápidamente a sus peticiones y que las ejecutará acompañadas de palabras, gestos y modales que muestren de alguna manera su aprobación hacia el solicitante y el placer del contacto. Lo que esto implica (cuando se considera a la vez el principio de igualdad) es que un cliente que hace una compra muy pequeña merece el mismo estilo de recepción que el que hace una muy grande. He aquí la institucionalización —en realidad la comercialización— de la deferencia y, una vez más, un factor que puede contribuir a la rutina de la prestación de servicios.

Dadas las dos reglas que he mencionado —la igualdad de trato y el trato cortés— los participantes en las transacciones de servicios pueden tener la sensación de que todos los atributos relevantes externamente resultan inútiles y que sólo desempeñan cierto papel los generados internamente; por ejemplo, se sirve primero a quien llega primero. En realidad se trata de una respuesta normalizada. Obviamente, lo que de hecho tiene lugar mientras el cliente percibe esa sensación de normalidad en el trato es algo complejo y precario.

Tomemos por ejemplo las presuposiciones no declaradas respecto

a quien constituye un candidato serio a ser servido. Ciertas cualificaciones perceptibles situacionalmente, tales como la edad, el estado de sobriedad, la capacidad para hablar y la solvencia, deben satisfacerse antes de que se nos permita presentarnos como cualificados para ser servidos. (La orden «Una taza de café, enseguida» puede no recibir la lacónica respuesta «¿Leche o azúcar?») si es un vagabundo callejero quien la formula; la amable petición de «Veinte valiums de 5 miligramos, por favor» en la farmacia de un hospital de Filadelfia mientras se enseña la receta bien puede evocar la seca respuesta «¿Cómo los va a pagar?»; los intentos de comprar bebidas alcohólicas en cualquier lugar de los Estados Unidos pueden provocar la exigencia de ver el carnet de identidad.)

Dejando aparte las reglas de calificación, es probable encontrar ciertos acuerdos que permitan la permeabilización de las cortapisas que imponen las colas. Por ejemplo: un individuo que llega a una cola puede alegar circunstancias atenuantes, pedir que se le dé preferencia y conseguir que la persona que, por su posición en la cola, es la primera afectada le ceda este privilegio especial (o se lo ofrezca si su necesidad resulta evidente). El coste que paga quien hace este favor será compartido por todos los demás miembros de la cola; pero éstos, en general, parecen estar dispuestos a delegar y acatar su decisión. Una forma más frecuente de suavizar las normas es la que se da cuando quien encabeza una cola se aviene a cederle su puesto a la persona siguiente (o ésta se lo pide) porque tiene prisa o porque parece que lo que necesita no le ocupará mucho tiempo, cambio que no afecta a los demás de la cola.

Hay otros acuerdos que se deben considerar. Las transacciones de servicios se pueden llevar a cabo de forma que el sirviente ni siquiera mire a la cara al «servido». (Esta es, de hecho, la explicación para el uso del término «transacción de servicio» en lugar de «encuentro de servicio».) Lo normal, sin embargo, es que las miradas se encuentren, que se acepten las obligaciones mutuas de un encuentro social y que se empleen (especialmente por parte del sirviente) las formas de tratamiento en el intercambio inicial, sobre todo al principio o al final de la frase. En nuestra sociedad esto implica el uso de un vocativo marcado genéricamente y de una conducta cuyo tono se cree adecuado para la mezcla de sexos implícita en la transacción. (Los tratamientos se pueden omitir casi siempre, pero si se emplean deben reflejar correctamente el género.) Si el «servido» no es un adulto, es probable que esto se refleje en la selección del vocativo y del «registro de habla» por parte del sirviente.

Si sirviente y «servido» se conocen individualmente por el nom-

bre y tenían una relación previa, es probable que la transacción empiece y termine con un ritual relacional: se emplearán tratamientos de identificación individual y los mismos intercambios de preguntas y buenos deseos que se dan en los saludos y despedidas entre conocidos. En la medida en que estas muestras de sociabilidad iniciales y finales se basen en una implicación subordinada durante la transacción, y en la medida en que las otras personas presentes no tengan la sensación de que su posición en la cola se ve perjudicada, es improbable que haya un sentimiento de intrusión en la aplicación de un trato igualitario. La forma de manejar las relaciones personales queda así colocada entre paréntesis.

He presentado, en términos esquemáticos, ciertos elementos de la estructura de las transacciones de servicios que pueden interpretarse como institucionalizados y oficiales de forma que, normalmente, cuando se aplican a un entorno determinado, los que están presentes tienen la sensación de que no ha sucedido nada extraño o inaceptable. Con esto *in mente* se pueden tratar dos temas fundamentales en cuanto al manejo de los *status* difusos en las transacciones de servicios.

Primero, adviértase que no es infrecuente que los individuos que solicitan servicios tengan la sensación (justificada o no) de haber sido tratados de forma desigual y descortés. De hecho, los diferentes elementos de la estructura normal del servicio se pueden «manipular», explotar o violar disimuladamente en un número casi infinito de formas. Así como un cliente puede resultar discriminado por ello, otro puede verse favorecido injustamente. Normalmente estas violaciones adoptarán la forma de actos cuya responsabilidad individual puede ser negada por el actor si se le reta abiertamente. Por supuesto, este camino permite «expresar» toda suerte de atributos oficialmente irrelevantes y de base externa, ya estén asociados con los *status* sociales difusos, las relaciones personales o la «personalidad». Creo que para entender estos efectos se deben rastrear sus orígenes hasta el momento concreto del servicio en el que se producen, y debe verse que no es posible una formulación sencilla de la mezcla de relevancias oficiales y no-oficiales de los diferentes atributos de sirviente y «servido». Lo que se reconoce en un cierto nivel estructural será cuidadosamente contrastado por contraprinicipios en otro. Una vez más, por lo tanto, nos encontramos con un marco institucionalizado (si bien delimitado cultural y temporalmente) bastante diferenciado en su estructura, que puede servir de recurso para satisfacer toda suerte de fines, uno de los cuales (pero sólo uno) es la discriminación informal en sentido tradicional.

El segundo aspecto fundamental es que la noción de «igualdad» o «trato justo» no se debe interpretar de forma simplista. Es difícil que se dé alguna forma de trato objetivamente igualitario, excepto quizá cuando se elimina al sirviente y en su lugar se coloca una máquina automática. Lo único que se puede decir es que la idea de los participantes sobre el trato igualitario no se ve alterada por lo que sucede y eso, por supuesto, es otro asunto. La sensación de que prevalece el «determinismo local» no dice mucho respecto a qué se obtiene, de hecho, en términos «objetivos».

Todo esto resulta evidente en función de lo que se ha dicho sobre las formas aceptables en las que las relaciones personales pueden participar en los encuentros de servicio. Las formas de manejar las colas nos aportan otro ejemplo. Lo que las colas protegen es la posición ordinal determinada «localmente» por la fórmula «Quien llega primero se coloca primero». Pero el tiempo que se ha de esperar para ser servido no depende sólo de la posición ordinal en la cola, sino también de cuánto tiempo ocupan los que están delante. Sin embargo, resulta obligado ignorar este último punto. Si la persona que nos precede ocupa un tiempo exageradamente largo, nos veremos contrañidos a manifestaciones extraoficiales y básicamente gestuales de descontento. Este problema se agudiza particularmente en las «subcolas». En los bancos, supermercados y aeropuertos, el cliente puede tener que escoger una «subcola» y darse cuenta, al llegar a un cierto punto de ella, de que irse al final de otra que parece avanzar más rápidamente podría representar una pérdida estratégica. Así, la persona puede verse obligada a afrontar el riesgo de una cola que avanza más lentamente de lo normal. La respuesta a este trato desigual suele ser la sensación de haber tenido mala suerte o haber manipulado mal las contingencias, algo definible como generado localmente, pero que no es percibido como una cuestión de trato injusto del sirviente.

Las «subcolas» pueden ejemplificar otro punto. Los hoteles grandes han adoptado un sistema de múltiples colas para registrarse, cada una de las cuales se determina por una serie de iniciales del apellido. La inicial del apellido es, desde luego, una propiedad que se lleva con uno mismo y no algo generado por la situación, pero se percibe como si no fuera socialmente significativa, como algo respecto a lo cual no se tienen actitudes muy arraigadas. (En el protocolo de Estado se puede utilizar un mecanismo similar para evitar problemas de precedencia; por ejemplo, dando prioridad al embajador con mayor antigüedad.) La sensación de trato igualitario en tales casos no hace referencia a los determinantes de priori-

dad empleados sino a los que quedan explícitamente excluidos.

Un último ejemplo. En las colas puede darse el caso de que dos personas entren en escena «a la vez». En tales casos de indeterminación de las reglas de la cola —en los que pueden generarse manifestaciones no-intencionadas e indeseables de desigualdad— los contendientes tienen a su alcance una amplia gama de acuerdos a los que recurrir; una forma pública de *noblesse oblige*, según la cual el más fuerte, capaz o superior en *status* social le cede la preferencia al otro, como hace un protector con su protegido. Así se da un trato preferencial iniciado por quien, de otra forma, estaría en posición de forzar el resultado contrario. No cabe duda de que, normalmente, estos hechos no alteran la escena de servicio y todo el mundo se queda con la sensación de que no se ha roto la regla de la igualdad. Pero está claro que las categorías de individuos que reciben esta prioridad de cortesía pueden sentirse sobreprotegidos y, en último extremo, menospreciados. En todos los casos, una forma de discriminación que el individuo aceptaba como intrascendente puede llegar a producir reacciones agudas contra el desprecio o el privilegio.

En resumen, la sensación habitual de que los atributos de base externa quedan oficialmente excluidos de las prestaciones de servicios y prevalece el determinismo local —dejando aparte, claro está, alteraciones disimuladas reales o imaginarias— es una especie de hazaña perceptiva. A los atributos externos se les presta una «atención» rutinaria y sistemática, y varias formas de determinismo local (aparte de la norma «Se sirve primero a quien llega primero») se ven sistemáticamente desatendidas. El trato «igualitario» no se ve sustentando en absoluto por lo que pasa de hecho —oficial o extraoficialmente— durante las transacciones de servicios. Lo que sí puede verse sustentado (y así ocurre) es el bloqueo de ciertas influencias de base externa en determinados momentos estructurales del servicio. De aquí generalizamos la sensación de que prevalece el trato igualitario.

X

Acabaré este discurso con una queja personal. Creo que todos estamos de acuerdo en que nuestro trabajo consiste en estudiar la sociedad. Si se me preguntara por qué y hasta qué punto, yo respondería: porque está ahí. Louis Wirth, a cuyas clases asistí, hubiera encontrado esta respuesta desastrosa. El tenía otra, y desde sus tiempos ha sido la normal.

Y es que yo creo que la vida social humana existe para que la estudiemos con métodos de naturalista, *sub specie aeternitatis*. Desde la perspectiva de las ciencias físicas y biológicas la vida social humana es sólo una costra irregular en la cara de la naturaleza, no especialmente susceptible de análisis sistemático profundo. Y así es. Pero es nuestra. En este siglo, con pocas excepciones, sólo los estudiantes han conseguido mantenerse firmes en este punto de vista, sin piedad ni necesidad de tratar problemas tradicionales. Sólo en los tiempos modernos se forma a los estudiantes universitarios para que examinen todos los niveles de la vida social meticulosamente. Yo no soy de los que piensan que nuestras afirmaciones hasta el momento se pueden fundamentar en logros espectaculares. En realidad he oído decir que podríamos estar contentos si nos cambiaran todo lo que hemos producido hasta ahora por un par de buenas distinciones conceptuales y una cerveza fría. Pero tenemos una cosa que no debemos cambiar por nada del mundo: la facilidad para mantener un espíritu libre e independiente frente a cualquier elemento de la vida social y la cordura para buscar sólo en nosotros y en nuestra disciplina esta aspiración. Esta es nuestra herencia y lo que nosotros legaremos. Si hay que autorizar las necesidades sociales, que sean análisis independientes de los acuerdos sociales de que disfrutan aquellos con autoridad institucional: sacerdotes, psiquiatras, maestros de escuela, policías, generales, líderes gubernamentales, padres, varones, blancos, nacionales, propietarios de medios de comunicación y todas las demás personas bien situadas que están en condiciones de dar su visto bueno oficial a las versiones de la realidad.

**Yves Winkin:
Entrevista con Erving Goffman^{1*}**

La entrevista se hizo en Filadelfia el 23 de abril de 1980, sin magnetófono: su finalidad no era publicarse, sino recoger informaciones con vistas a un estudio sobre la sociología estadounidense de los años cincuenta. Erving Goffman rechazó siempre las entrevistas periodísticas y sólo aceptó hablar conmigo de su carrera y de su obra con la condición de no sacar ninguna cita de la charla para publicarla¹. El texto siguiente es un original sin corregir, redacta-

^{1*}. Publicada en *Actes de la recherche en sciences sociales*, núm. 54, septiembre 1984, págs. 85-87.

1. A insistencia de la Asociación Estadounidense de Sociología, que acababa de elegirlo presidente, en 1980 aceptó reunirse con el periodista inglés Peter David, del *Times Higher Education Supplement* («The Reluctant Self-Presentation of Erving Goffman», *THES*, 19 septiembre 1980, pág. 7). La entrevista se reproduce, no en forma de diálogo, sino de informe en el que sólo aparecen muy breves citas literales. Peter David explica con mucha agudeza la actitud de Goffman en este sentido: «Tentaría quitar importancia a la aversión de Goffman a la publicidad considerándola como una idiosincrasia inexplicable, arraigada en una timidez crónica o

do primeramente en inglés, extraído de los apuntes tomados al vuelo durante la entrevista. Respetando el deseo de Goffman, no hemos hecho una corrección estilística para la presente publicación, con objeto de reducir la posibilidad de ofrecer extractos fuera de contexto.

La entrevista trata primero de sus años de formación en Toronto, donde uno de sus profesores es el antropólogo Ray Birdwhistell, creador de la «cinética», el estudio de la comunicación por medio del cuerpo y del gesto.

Goffman arranca enseguida diciendo que, veinticinco años después, es muy difícil comprender hasta qué punto era innovador Birdwhistell en su época, en Toronto. Birdwhistell explicaba y mostraba físicamente cómo se sostiene un cigarrillo de manera «popular» o «burguesa». Esto ha significado, para Goffman, que se pudieran analizar desde el punto de vista social un conjunto enteramente nuevo de comportamientos. Birdwhistell incorporaba sus datos de observación a la corriente llamada «Cultura y Personalidad» y a las teorías de Warner. Pero no estaba ahí su importancia. Lo importante es que desbrozó el terreno. Junto a sus observaciones, no hay nada en el artículo de Mauss. Y no pueden criticarlo por haberse inspirado en Warner: en aquella época, hacia 1945-1950, el análisis de Warner era muy innovador. La creatividad se había perdido cuando Birdwhistell publicó sus trabajos, en 1970. Pero fue sólo entonces cuando la sociolingüística empezó a legitimar sus trabajos, realizados veinticinco años antes. «Mi amigo (Paul) Ekman lo critica, pero no lo comprende. El tribunal de mi tesis doctoral tampoco lo comprendía y a mí me costó una enormidad explicarle estas historias (del comportamiento), que sólo entendían como relaciones sociales.»

en una especie de arrogancia al revés. Sin embargo, Goffman no es ostensiblemente tímido, como tampoco es tímida su sociología (...). Y tampoco es arrogante. En la conversación, Goffman parece sinceramente reservado, no en el plano afectivo, por creer que la modestia fuese especialmente virtuosa, sino en el plano intelectual, por no considerarse —él, con su personalidad y sus sentimientos de persona particular— como una explicación aplicable a su sociología. El querría que sus publicaciones hablaran y fuesen juzgadas por sí mismas, porque encierran la mejor y más clara exposición de sus ideas. Y si no lo consiguen, este fracaso no podría quedar atenuado por ninguna palabra pronunciada después y conservada sin rigor (en forma de entrevista publicada).

La cinética llega demasiado lejos en lingüística. Birdwhistell se interesó un momento por la etología (quizás habría sido una dirección mejor de investigación. Habría tenido que adoptar solamente el método lingüístico. Pero él, en realidad, quería crear una lingüística corporal. (Ahora bien), el cuerpo no es creativo, generativo, como el lenguaje. No puede decirse que sea un lenguaje. Hoy, Birdwhistell ha dado marcha atrás y se ha replegado en la consideración metodológica.

La entrevista aboca así, pasando por una transición no conservada en mis apuntes, a la carrera de Birdwhistell, de Margaret Mead y de Bateson.

La carrera de Birdwhistell debe compararse con la de Bateson. Al llegar a Estados Unidos, Bateson no pudo encontrar trabajo. Era un buen antropólogo (*Naven* es verdaderamente un buen libro), pero no fue aceptado como tal. Tuvo que ir a donde está el dinero, o sea, en la psiquiatría y afines. Y lo mismo le pasó a Birdwhistell. Aun llegando del lugar más plenamente legitimador, no fue aceptado como antropólogo por sus pares y tuvo que dirigirse a públicos de asistentes sociales, compensándolo con análisis muy técnicos. Siempre le ha faltado un público crítico de doctorandos. Ha acabado teniendo que gustar a un público, no a sus colegas. Se ha quedado en la periferia. Margaret Mead ha tenido la misma carrera. Entre el momento de publicarse sus trabajos sólidos y el momento de ser aceptada por la Universidad, pasaron dos generaciones. Hoy también se reconoce a Bateson, pero, como a Mead, dos generaciones después de su labor antropológica. En estos tres casos, se ha establecido una alianza entre abuelos y nietos contra hijos.

Hoy se ha extendido considerablemente la comunicación no oral, pero, para algunos psicólogos sociales, no es trabajo legítimo. Por tanto, no se reconoce a Birdwhistell como decano de la disciplina. Sólo un puñado de personas lo reconocen como tal. Durante toda su carrera, lo han protegido algunas personas públicamente poderosas, que sabían de dónde sacar dinero, como Margaret Mead, pero que también estaban en la periferia de su disciplina y tenían que orientarse hacia otros terrenos para que los escuchasen. Hoy todavía, aunque haya podido estabilizarse obteniendo un puesto en (la universidad de) Pensilvania, Birdwhistell está fuera de campo, porque está en Comunicación (en la escuela de Annenberg). El Departamento de Antropología no lo ha invitado nunca a ser profesor asociado de ellos, ni nada. Su grupo de referencia sigue componiéndose de psiquiatras y de asistentes sociales.

Yo objeto que Birdwhistell estuvo, como Goffman, entre los participantes en las prestigiosas conferencias «Macy» sobre los procesos de grupo que se celebraron de 1954 a 1958.

Para Goffman, participar en las conferencias «Macy» no significa estar dentro del sistema. La gente que va a conferencias interdisciplinarias como las conferencias «Macy», o a conferencias de semiótica como la de 1962², son perros vagabundos, con problemas de legitimidad en su disciplina. Son desviados, francotiradores, tipos raros, como Bateson y Mead, que, para obtener cierto respeto, han de hablar a gente que no es de su especialidad. Birdwhistell ha sido considerado siempre como un charlatán porque no hablaba a sus colegas, sino a público diverso. «Trate de encontrar una nota a pie de página sobre su trabajo en las revistas de lingüística y antropología: no las habrá. Haga una comparación con los artículos de Schegloff sobre el análisis conversacional: no hay escrito sobre la materia que no se refiera a sus trabajos. Schegloff es una autoridad establecida en el terreno. En este sentido, yo he sido siempre bastante convencional. He ocupado siempre puestos situados en la corriente central de la disciplina.»

Después de unas observaciones sobre la importancia del psicoanálisis en las ciencias humanas de los años cincuenta, la conversación pasa a la postura de Goffman ante la noción de «comunicación».

Goffman reconoce haber aludido a Birdwhistell en el prólogo de *Strategic Interaction* cuando la toma con los investigadores que

2. Goffman alude al coloquio organizado por Thomas Sebeok en 1962 en la universidad de Indiana. Véase Th. Sebeok, A. Hayes y M. C. Bateson (comps.): *Approaches to Semiotics* (Mouton), La Haya, 1964.

3. En este prólogo, escribe Goffman: «Este concepto (comunicación) ha sido una de las nociones más prometedoras de las ciencias sociales. Durante los últimos quince años, cada generación de investigadores la ha aplicado a nuevos terrenos con nuevas esperanzas. Pero si a menudo la comunicación se ha ofrecido como una panacea, pocas veces ha presentado resultados. Aquello a lo que se aplica principal y evidentemente este término —los cauces socialmente organizados de transmisión de la información— ha recibido muy poca atención etnográfica sistemática. Y el descubrimiento según el cual la comunicación podría utilizarse en sentido lato para cubrir el fenómeno de la interacción cara a cara ha resultado casi desastroso: la comunicación entre dos personas una frente a otra es efectivamente una forma de interacción o de conducta cara a cara, pero ésta nunca es sólo, y no siempre, una forma de comunicación»: *Strategic Interaction* (University of Pennsylvania Press), Filadelfia, 1969, pág. IX.

hacer equivaler «comunicación» y «conducta social»³. Hablar del vestido como lenguaje, o del lenguaje vestimental, es cosa de periodistas: el vestido no es creativo (al contrario que el lenguaje). Goffman estima que «comunicación», en sentido lato, confunde las cosas y prefiere «conducta exhibitoria» (*display behavior*). Pero también se ha confundido el *display*, porque los etólogos parecen emplearlo a veces como sinónimo de «expresión», cuando deberían limitarlo a un sentido técnico.

Para Goffman, el debate sobre la intencionalidad es palabrería académica. Incluso cuando hablamos, no somos intencionales, o al menos pocas veces. Cuando se muestra una intención, es porque se quiere mostrar otra cosa: se es entonces malintencionado.

La entrevista atiende ahora a cuestiones de historia de la sociología estadounidense, en particular sobre el origen del «interaccionismo simbólico».

Goffman insiste en la idea de que el «interaccionismo simbólico» no existe. Los estudiantes formados por Hughes, Warner, Blumer, etc., se consideraban como sociólogos de las profesiones o de las relaciones industriales (*occupational or industrial sociologists*). Es «gente como usted» la que los ha llamado «interaccionistas simbólicos» (y Goffman se dirige a mí con un poco de irritación en la voz). El «interaccionismo simbólico» no tiene realidad: es sólo una etiqueta (*label*) que ha conseguido imponerse. La «gente como usted» se inventa un movimiento donde no hay más que individuos. Es lo que pasa con Gouldner y su *Coming Crisis*⁴. Estaba a mil leguas de la verdad: mientras usted no viva la historia desde dentro, no hará más que equivocarse. Y siempre habrá gente que se ría de su trabajo, porque han conocido desde dentro lo que ha pasado en realidad. Y de todos modos, dentro de diez años, todo estará olvidado. «Por tanto, lo que usted hace no es historia intelectual, sino encasillamiento intelectual.» (*Yo trato de explicar a Goffman que, en un primer tiempo, he de clasificar gran cantidad de datos muy dispares empleando expresiones cómodas, como «interaccionismo simbólico».*) El me contesta que, entonces, haría mejor escribiendo un artículo sobre el etiquetado sociológico. Me pone el ejemplo de la «sociología de la desviación»: la palabra «desviado» (*deviant*) ha sustituido términos, como «toxicómano» (*drug-addict*), que han caído en desuso. Con la etnometodología, es también otra historia, porque el grupo en torno de Garfinkel (Sacks,

4. Alvin Gouldner: *The Coming Crisis of Western Sociology* (Basic Books), Nueva York, 1970.

Schegloff, Sudnow, etc.) estaba decidido a prescindir de una denominación particular. El término «etnometodología» se acuñó más tarde («y no crea a Garfinkel cuando cuenta cómo inventó esta palabra..., ¡tonterías!»). La expresión «interaccionismo simbólico», por su parte, ha lanzado un movimiento, una escuela, una revista, etc. Es justo al revés.

Llegamos así a las etiquetas que han querido colgarle.

«Yo he sido formado por Hughes, y *Presentation of Self*, en realidad, es psicología social estructural a lo Hughes. Mis amigos de Chicago y yo formamos una especie de grupo solidario. Así, yo estaba muy cerca de Fred Davis, por ejemplo. A todos los han llamado “interaccionistas simbólicos”. O sea, que yo también debo de pertenecer al “interaccionismo simbólico”. Pero, recuerde, ¡eso no es más que una etiqueta!»

Le digo que a menudo lo han calificado de hombre solo en el mundo universitario; y, sin embargo, ha hablado de un grupo de ayuda mutua.

Goffman me explica que, durante los años cincuenta, se libró una dura batalla entre la sociología de investigación sobre el terreno (*fieldwork sociology*) y la sociología «fuerte» (cuantitativa). Los únicos sociólogos que obtenían puestos eran los «duros» (fuertes) de Harvard, Columbia y Chicago, tendencia de encuestas (*survey*). Los sociólogos del terreno, en especial los de Chicago agrupados en torno de Hughes, se vieron excluidos del mercado de trabajo. Hughes no tenía ninguna fuerza: siguió siendo profesor-asistente durante diez años. «Yo obtuve en Berkeley el único puesto que había en el mercado de la época en sociología floja. Era como, hoy, contratar a un negro o a una mujer. De modo que yo era central en sociología floja y bastante periférico respecto de las fuerzas dominantes de la sociología. Después, cuando el terreno se ablandó, los sociólogos flojos fueron aceptados en situaciones centrales.» (*Entonces, ¿usted se hizo central por partida doble? —«Sí, eso es.»*) Pero, durante varios años, estos sociólogos lo pasaron muy mal. Meltzer, el mejor alumno de Hughes, fue varios años repetidor en un pequeño colegio; y tuvo que lanzarse a compilar libros de lecturas, etc. En aquella época, Goffman no tenía hijos. Su padre lo ayudó económicamente hasta los 30 años. Pero sus compañeros, que no procedían como él de la clase media, sino más bien de la clase baja alta, tenían que ganarse la vida por sí mismos, o con alguna beca, o con cualquier empleo. Aceptaron, pues, cualquier cosa en

cualquier sitio. Goffman pudo permitirse seguir en Chicago de investigador (después de doctorarse) y, posteriormente, ir al Instituto Nacional de Sanidad Mental para tres años de investigación pura. Entonces, obtuvo el mejor puesto que había: Berkeley. Sus compañeros y él estaban dentro de su disciplina (al contrario que Birdwhistell, que estaba fuera de la suya), pero lejos de la base del poder, que se encontraba en Harvard y Columbia. Eran aceptados en las revistas científicas, podían enseñar (empleaban documentación de las investigaciones de Hughes sobre las profesiones), pero no tenían dinero, ni grandes coloquios, ni puestos importantes. Sólo en el momento en que se abrió el sistema de la Universidad de California, pudieron meterse todos sus amigos en buenas colocaciones, como «interaccionistas simbólicos».

La entrevista continuó sobre el papel de Hughes como mentor, sobre sus lecturas en Chicago y su trabajo en el Instituto Nacional de Sanidad Mental. Mientras hablábamos, sentados en sillones de jardín en la terraza, el sol empezó a darme en la cara cada vez que levantaba la vista hacia él, entre dos notas que garabateaba. Entonces, me propuso que nos cambiásemos el sitio. Yo me negué cortésmente. El insistió. Entró en la casa y volvió con un sombrero sin alas, que se encasquetó. Nos cambiamos. Así, el resto de la entrevista consistió, para mí, en tratar de reprimir una sonrisa indomitable ante el espectáculo, de cortesía enternecedora, que me ofrecía Erving Goffman, «catedrático Benjamín Franklin de Sociología», jugando al escondite con el sol de una tarde de primavera.

Bibliografía

I. OBRAS DE ERVING GOFFMAN

The Presentation of Self in Everyday Life, Edimburgo, University of Edinburgh Social Sciences Research Center, monografía n. 2, 1956; Nueva York, Doubleday Anchor, 1959 (trad. cast.: *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Madrid, Martínez de Murguía, 1987).

Encounters: Two Studies in the Sociology of Interaction, Indianápolis, Bobbs-Merrill, 1961.

Asylums: Essays on the Social Situation of Mental Patients and Other Inmates, Nueva York, Doubleday Anchor, 1961 (trad. cast.: *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*, Madrid, Martínez de Murguía, 1987).

Behavior in Public Places: Notes on the Social Organization of Gatherings, Glencoe, Ill., The Free Press, 1963.

Stigma: Notes on the Management of Spoiled Identity, Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall, 1963.

Interaction Ritual: Essays on Face to Face Behavior, Nueva York, Doubleday Anchor, 1967.

- Strategic Interaction*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1969.
Relations in Public: Micro-studies of the Public Order, Nueva York, Basic Books, 1971 (trad. cast.: *Relaciones en público*, Madrid, Alianza, 1979).
Frame Analysis: An Essay on the Organization of Experience, Nueva York, Harper and Row, 1974.
Gender Advertisements, Nueva York, Harper and Row, 1979.
Forms of Talk, Filadelfia, University of Pennsylvania, Press, 1981.

II. ARTICULOS DE ERVING GOFFMAN

- «Symbols of Class Status», *British Journal of Sociology*, vol. II, 1951, págs. 294-304.
 «On Cooling the Mark Out: Some Aspects of Adaptation to Failure», *Psychiatry*, vol. 15, n. 4, 1952, págs. 451-463.
 «Interpersonal Persuasion», en B. Schaffner, comp., *Group Processes. Transactions of the Third Conference (October 7-10, 1956)*, Nueva York, Josiah Macy Jr. Foundation, 1957, págs. 117-193. Las páginas 117-138 de este texto aparecen traducidas en la presente obra.
 «On Some Convergence of Sociology and Psychiatry: A Sociologist's View», *Psychiatry*, vol. 20, n. 3, 1957, págs. 201-203.
 «Mental Symptoms and Public Order», en *Disorders in Communication*, vol. XLII of the Research Publications of the Association for Research in Nervous and Mental Disease, 1964, capítulo XVIII, págs. 262-269 (reproducido en *Interaction Ritual*).
 «The Neglected Situation», *American Anthropologist*, vol. 66, n. 6, part. II, 1964, págs. 133-136. Trad. cast. en la presente obra, texto 4.
 «The Arrangement Between the Sexes», *Theory and Society*, vol. 4, n. 3, 1977, págs. 301-331.
 «A Reply to Denzin and Keller», *Contemporary Sociology*, vol. 10, n. 1, 1981, págs. 60-68.
 «The Interaction Order», *American Sociological Review*, vol. 48, n. 1, febrero de 1983, págs. 1-17.
 «Microsociologie et histoire», en Ph. Fritsch, comp., *Le Sens de l'ordinaire*, Lyon, Presses universitaires de Lyon, 1983, págs. 197-202 (intervención oral no reescrita por Erving Goffman).
 Rose, D., *Erving Goffman's The Presentation of Self in Everyday Life. A Critical Commentary*, Nueva York, American R.D.M. Corporation, 1966.
 Smith, Greg, *A Simmelian Reading of Goffman*, Londres, Routledge, de próxima aparición.

III. LIBROS SOBRE LA OBRA DE GOFFMAN

- Castel, R., Cosnier J., Joseph I., comps., *Le parler frais d'Erving Goffman*, París, Ed. de Minuit, 1989.
 Ditton, J., comp., *The View from Goffman*, Londres, The MacMillan Press, 1980 (recopilación de nueve textos originales sobre la obra de Goffman; excelente biografía).
 Drew, P., Wootton, T., comp., *Erving Goffman: Exploring the Interaction Order*, Oxford, Polity Press, 1988.
 Gregersen, B., comp., (once artículos sobre la obra de Goffman), Copenhague, Hans Reitzels Forlag, 1975.
 Junker, J.-P., *Entfremdung von der Rolle. Ein Nachtrage zu Goffmans Konzept der Rollendistanz*, Berna, Stuttgart, Paul Haupt, 1971.
 Williams, R., *Erving Goffman*, Nueva York, Saint Martin's Press, en preparación.

IV. ARTICULOS SOBRE LA OBRA DE GOFFMAN (con exclusión de las reseñas)

- Abrahams, R., «Pros and Players», *Raritan*, primavera de 1984, págs. 76-94.
 Ashworth, P.D., «A Sartrean Reading of Goffman», *Bulletin of the British Psychological Society*, vol. 36, nov. 1983, págs. 112-122.
 Ashworth, P.D., «'L'enfer, c'est les autres': Goffman's Sartrism», *Human Studies*, vol. 8, 1985, págs. 99-168.
 Atkinson, P., «Goffman's poetics», *Human Studies*, vol. 12, 1989, págs. 59-76.
 Barberis, J.-M., «Espace de l'interaction chez Goffman», *Cahiers de Praxématique*, n. 13, 1989, págs. 59-82.
 Basaglia Ongaro, F., «Commentaire (sur Asiles)» en su libro *Qu'es-ce que la psychiatrie?*, París, PUF, 1977, págs. 289-317.
 Becker A., «Goffman's Animated Language Game», *Raritan*, primavera de 1984, págs. 76-94.
 Berger, B. M., «A Fan Letter on Erving Goffman», *Dissent*, vol. 20, 1973, págs. 353-361.
 Bergesen, A., «Reflections on Erving Goffman», *Quarterly Journal of Ideology*, vol. VIII, n. 3, 1984, págs. 51-54.
 Birrell, S., «Sport as Ritual. Interpretations from Durkheim to Goffman», *Social Forces*, vol. 60, n. 2, 1981, págs. 354-376.
 Boltanski, L., «Erving Goffman et le temps du soupçon», *Information sur les sciences sociales*, vol. 12, n.º 3, 1973, págs. 127-147.

Bourdieu, P., «Erving Goffman est mort», *Libération*, 2 de diciembre de 1982, pág. 23.

Bourdieu, P., «Erving Goffman, Discoverer of the Infinitely Small», *Theory, Culture and Society*, vol. 2, n. 1, 1983, págs. 112-113 (inicialmente aparecido en *Le Monde*, 4 de diciembre de 1982, págs. 1 y 30).

Cioffi, F., «Information, Contemplation and Social Life», *The Royal Institute of Philosophy Lectures*, vol. 4, 1969-70. págs. 103-131.

Clarke, M., «Total Institutions: Some Dimensions of Analysis», *New Sociology*, vol. 1, n. 4, 1974, págs. 53-80.

Collins, R., «Three Stages of Erving Goffman's Sociology», en R. Collins, *Sociology since Mid Century, Essays in Theory Cumulation*, Nueva York, Academic Press, 1981, págs. 219-253.

Collins R., «The Passing of Intellectual Generations: Reflections on the Death of Erving Goffman», *Sociological Theory*, vol. 4, n. 1, 1986, págs. 106-113.

Coser, R. L., «Role Distance, Sociological Ambivalence and Transitional Status Systems», *American Journal of Sociology*, vol. 72, n. 3, 1966-1967, págs. 173-187.

Craib, I., «Erving Goffman: *Frame Analysis*», *Philosophy of the Social Sciences*, vol. 8, n. 4, 1978, págs. 79-86.

Creelan, P., «Vicissitudes of the Sacred. Erving Goffman and the Book of Job», *Theory and Society*, vol. 13, n. 5, 1984, págs. 663-695.

Cuzzort, R., King, W., «The Human Views of Erving Goffman», en su libro *Twentieth Century Social Thought*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1980, págs. 286-303.

Chaput Waksler, F., «Erving Goffman's sociology: An introductory essay», *Human Studies*, vol. 12, 1989, págs. 1-18.

David, Peter, «A Reluctant Self Presentation of Erving Goffman», *Times Higher Education Supplement*, 19 de sept. 1980, pág. 7.

Daniels, A., «A Tribute to Erving Goffman» *ASA Footnotes*, enero de 1983, pág. 2.

Davies, Chr., «Goffman's concept of the total institution: criticisms and revisions», *Human Studies*, vol. 12, 1989, págs. 77-95.
fecha del artículo de Denzin & Keller: 1981.

Dawe, A., «The Underworld View of Erving Goffman», *British Journal of Sociology*, vol. 14, 1973, págs. 246-253.

Denzin, N., Keller, C., «*Frame Analysis*. An Essay on the Organization of Experience», *Contemporary Sociology*, vol. 10, n. 1, págs. 52-60.

Edgley, Ch., «Masks and Social Relations: An Essay on the Sources and Assumptions of Dramaturgical Social Psychology», *Humboldt Journal of Social Relations*, vol. 3, n. 1, 1975, págs. 4-12.

Edgley, Ch., Turner, R. E., «Goffman as Critical Theorist: Some Notes on the Maligning of an Ally», *Quarterly Journal of Ideology*, vol. VIII, n. 3, otoño de 1984, págs. 26-39.

Edmondson, R., «Sociology, Rhetoric and Personal Communication», cap. 6 de su *Rhetoric in Sociology*, Londres, Macmillan, 1984, págs. 147-166.

Fine, G. A., Martin, D. D., «A Partisan view: Sarcasm, Satire, and Irony as Voices in Erving Goffman's *Asylums*», *Journal of Contemporary Ethnography*, vol. 19, n. 1, abril 1990, págs. 89-115.

Freidson, E., «Celebrating E. Goffman», *Contemporary Sociology*, vol. 13, n. 4, 1983, págs. 359-362.

Gamson, W., «Goffman's Legacy to Political Sociology», *Theory and Society*, vol. 14, n. 5, 1985, págs. 605-622.

Giddens, A., «Erving Goffman as a Systematic Social Theorist», en A. Giddens, *Social Theory and Modern Sociology*, Stanford, Stanford University Press, 1987, págs. 109-139.

Gonos, G., «"Situation" versus "Frame": The «"Interactionist" and the "Structuralist" Analysis of Everyday Life», *American Sociological Review*, vol. 42, 1977, págs. 854-867.

Gouldner, A., «Other Symptoms of the Crisis: Goffman's Dramaturgy and Other New Theorics» en A. Gouldner, *The Coming Crisis of Western Sociology*, Nueva York, Basic Books, 1970, págs. 378-390.

Grimshaw, A., «Erving Goffman: A Personal Appreciation», *Language in Society*, vol. 12, n. 1, 1983, págs. 147-148.

Hacker, S., Gaitz, Ch., «The Moral Career of the Elderly Mental Patient», *Gerontologist*, vol. 9, n. 2, 1969, págs. 120-127.

Hall, J., «Sincerity and Politics. Existentialists vs. Goffman and Proust», *Sociological Review*, vol. 25, n. 3, 1977, págs. 535-550.

Hannerz, U., «La ville en scène: les contes de Goffman», en U. Hannerz, *Explorer la ville*, Paris, Éditions de Minuit, 1983, págs. 254-300.

Heilman, C., «Communication and Interaction. Parallel in the Theoretical Outlooks of E. Goffman and R. Birdwhistell», *Communication*, vol. 4, n. 2, 1979, págs. 221-234.

Hood, Th., «Character is the Fundamental Illusion», *Quarterly Journal of Ideology*, vol. VIII, n. 3, 1984, págs. 4-12.

Hymes, D., «On Erving Goffman», *Theory and Society*, vol. 13, n. 5, 1984, págs. 621-631.

Jameson, F., «On Goffman's Frame Analysis», *Theory and Society*, vol. 3, n. 1, 1976, págs. 119-133.

Javeau, Cl., «Diderot, Goffman et le mensonge social», *Revue internationale de philosophie*, vol. 148-149, n. 1-2, 1984, págs. 171-181.

Katz, I., «Some Thoughts about the Stigma Notion», *Personality and Social Psychology Bulletin*, vol. 5, n. 4, 1979, págs. 447-460.

Lofland, J., «The Morals are the Message: The Work of Erving Goffman», *Psychiatry and Social Science Review*, vol. 4, n. 4, julio de 1970.

Lofland, J., «Erving Goffman's Sociological Legacies», *Urban Life*, vol. 13, n. 1, 1984, págs. 7-34.

MacCannell, D., «Erving Goffman (1922-1982)», *Semiotica*, vol. 45, n. 1-2, 1983, págs. 1-33.

MacGregor, G., «A View from the Fort: Erving Goffman as Canadian», *The Canadian Review of Sociology and Anthropology*, 23, noviembre de 1986, págs. 31-43.

MacIntyre, A., «The Self as Work of Art», *New Statesman*, 28 de marzo de 1969, págs. 447-448.

Manning, P. K., «The Decline of Civility: A Comment on E. Goffman's Sociology», *The Canadian Review of Sociology and Anthropology*, vol. 13, n. 1, 1976, págs. 13-25.

Marks, A., «Test of Goffman's Hypothesis of Familiarity and Deviance: Attempted Suicide and Tolerance of Deviant Behavior», *Psychological Reports*, vol. 13, n. 2, 1976, págs. 420-422.

Marx, G., «Role Models and Role Distance, A Remembrance of Erving Goffman», *Theory and Society*, vol. 13, n. 5, 1984, págs. 649-662.

Messinger, Sh., y otros, «Life as Theater: Some Notes on the Dramaturgic Approach to Social Reality», *Sociometry*, vol. 25, 1962, págs. 98-110.

Miller, Th., «Goffman, Social Acting and Moral Behavior», *Journal for the Theory of Social Behavior*, vol. 14, n. 2, julio de 1984, págs. 141-163.

Mouzelis, N.P., «On Total Institutions», *Sociology*, vol. 5, n. 1 (1971), págs. 113-120.

Nahavandi, F., «Introduction à la sociologie d'Erving Goffman», *Cahiers durkheimiens*, n. 4, 1979 (número especial).

Peele, R., Luisada, P. V., Lucas, M.-J., Rudisell, D., Raylor, D., «Asylums Revisited», *American Journal of Psychiatry*, vol. 134, n.º 10, 1977, págs. 1077-1081.

Perry, N., «The Two Cultures and the Total Institution», *The British Journal of Sociology*, vol. 25, n. 2, 1974, págs. 345-355.

Phillips, J., «Goffman's Linguistic Turn: A Comment on *Forms of Talk*», *Theory, Culture and Society*, vol. 2, n. 1, 1983, págs. 114-117.

Phillips, S., Dingman, H., «On the Constructions of Persons», *Mental Retardation*, vol. 6, n. 5, 1968, págs. 20-22.

Posner, J., «Erving Goffman: His Presentation of Self», *Philosophy of the Social Sciences*, vol. 8, 1978, págs. 67-78.

Psathas, G., «Goffman's Image of Man», *Humanity and Society*, vol. 1, n. 1, 1978, págs. 84-94.

Rawls, A., «Interaction as a Resource for Epistemological Critique», in R. Collins, ed., *Sociological Theory 1984*, San Francisco, Jossey-Bass, 1984, págs. 222-252.

Rawls, A., «Language, self, and social order: A reformulation of Goffman and Sacks», *Human Studies*, vol. 23, 1989, págs. 147-172.

Rogers, M., «Goffman on Power», *American Sociologist*, vol. 12, n. 2, 1977, págs. 88-95.

Rogers, M., «Watching the Snorers: Erving Goffman and the Ideology of Narcissistic Awareness», *Quarterly Journal of Ideology*, vol. VIII, n. 3, 1984, págs. 13-25.

Ryan, A., «Maximising, Moralizing and Dramatizing», en Chr. Hookway y Ph. Petit, comps., *Action and Interpretation of Social Sciences*, Cambridge, Cambridge University Press, 1978, págs. 65-81.

Schäfer, A., «Identität und sekundäre Anpassung. Zum theoretischen Bezugsrahmen Erving Goffmans», *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, vol. 35, n. 4, 1983, págs. 631-654.

Schudson, M., «Embarrassment and Erving Goffman's Idea of Human Nature», *Theory and Society*, vol. 13, n. 4, 1984, págs. 633-648.

Sedgwick, P., «Psycho-Medical Dualism: The Case of Erving Goffman», en su libro *Psycho-Politics. Laing, Foucault, Goffman, Szasz and the Future of Mass Psychiatry*, Nueva York, Harper and Row, 1982, págs. 43-65.

Smith, G., «The Sociology of Erving Goffman», *Social Studies Review*, vol. 3, n.º 3, enero 1988, págs. 118-122.

Smith G., «Snapshots 'sub specie aeternitatis': simmel, Goffman and formal sociology», *Human Studies*, vol. 12, 1989, págs. 19-57.

Stebbins, R., «A Note on the Concept of Role Distance», *American Journal of Sociology*, vol. 73, 1967-1968, págs. 247-250.

Trahair, R., «Structural Role Theory and the Total Institution», *Australian Journal of Psychology*, vol. 27, n. 1, 1975, págs. 31-40.

Uromaner, M., «Erving Goffman and the Academic Community», *Philosophy of the Social Sciences*, vol. 10, n. 3, 1980, págs. 287-291.

Verhoeven, J., «Goffman's frame analysis and modern micro-sociological paradigms», in H. J. Helle and S. N. Eisentadt, comps. *Micro-Sociological Theory*, Beverly Hills, Sage, 1985, págs. 71-100.

Warfield Rawls, A., «The Interaction Order Sui Generis: Goffman's Contribution to Social Theory», *Sociological Theory*, vol. 5, n. 2, 1987.

Watson, R., «Goffman, Talk and Interaction: Some Modulated Responses», *Theory, Culture and Society*, vol. 2, n. 1, 1983, págs. 103-108.

Wedel, J., «Ladies, We've Been Framed. Observation on Goffman's Arrangement Between the Sexes», *Theory and Society*, vol. 5, n. 1, 1978, págs. 113-125.

Weinstein, R., «Goffman's Asylums and the Social Situation of Mental Patients», *Journal of Orthomolecular Psychiatry*, vol. 11, n. 4, 1982, págs. 267-274.

Wexler, M., «The Enigma of Goffman's Sociology», *Quarterly Journal of Ideology*, vol. VIII, n. 3, 1984, págs. 40-50.

Williams, R., «Sociological Tropes: A Tribute to Erving Goffman», *Theory, Culture and Society*, vol. 2, n. 1, 1983, págs. 99-102.

Williams, S. J., «Appraising Goffman», *British Journal of Sociology*, vol. XXXVII, n. 3, 1986, págs. 348-369.

Winkin, Y., «The French (Re)presentation of Goffman's *Presentation and Other Books*», *Theory, Culture and Society*, vol. 2, n. 1, 1983, págs. 109-111.

Young, T. R., «The Politics of Sociology: Gouldner, Goffman and Garfinkel», *American Sociologist*, vol. 6, 1971, págs. 276-281.

Zeitlin, I., «The Social Psychology of Erving Goffman», en su libro *Rethinking Sociology*, Nueva York, Appleton-Century-Crofts, 1973, págs. 191-214.

Hay que destacar igualmente una excelente bibliografía en *Human Studies* (vols. 12, 1989), preparada por F. Chaput Waksler y G. Psathas.

Indice de nombres

- Adamson, Alan, 18n, 19, 19n
Allen, Woody, 85
Arensberg, Conrad, 49, 49n
- Back, Kurt, 55n
Backer, Roger, 177
Baltzell, Digby, 73n
Bardach, E., 82n
Barnard, Chester, 57, 57n, 92n
Bateson, Gregory, 21, 40, 40n,
62, 62n, 70, 78, 97n, 113,
114, 115, 118, 209, 210, 210n
Bauman, Richard, 196
Becker, Howard, 28, 28n, 30,
30n, 32, 32n, 34n
Belknap, Ivan, 77n
Bell, Daniel, 30
Berger, Bennett, 26n
Berkeley, universidad de Califor-
nia, 80, 82-83
- Bertram, Beth, 18n
Bettelheim, Bruno, 30
Birdwhistell, Ray, 20n, 21, 21n,
22, 24, 32, 39, 41n, 78, 115,
120, 124, 126, 131, 208, 209,
210, 213
Blondel, Charles, 61, 61n
Blumer, Herbert, 30, 31, 32n,
33, 33n, 34n, 56n, 69, 73,
80, 211
Böll Heinrich, 38
Boltanski, Luc, 14, 14n, 16, 20
Bott, Elisabeth, 23, 28, 40n
Bourdieu, Pierre, 10, 14n, 67,
67n, 74, 74n, 186
Bridgeman, Percy, 32
Brisset, D., 80n
Bucky, Thomas, 64n
Bulmer, Martin, 31n
Burgess, Ernest, 32, 34, 61n, 73

- Burke, Kenneth, 29, 29n, 32, 42, 80, 80n
 Burns, Elisabeth, 80n
 Burns, Tom, 49, 49n, 65, 80n
- Carey, J., 31n
 Carlin, Jerry, 27, 27n
 Cassirer, Ernst, 42
 Castel, Françoise, 76n, 77n
 Castel, Robert, 76n, 77n
 Caudill, William, 77, 77n
 Chicago, universidad de, 22, 24, 25-45, 73, 75-76
 Chapoulie, J.M., 34n
 Choate, Angelica, 65, 73
 Choate, familia, 81
 Clausen, John, 76, 76n, 117n, 120n
 Cohen, Abner, 189
 Collins, Randall, 33n, 69n
 Cooley, Charles, 57, 57n
 Cuddihy, John M., 14, 14n, 15, 64, 64n
- Daly, Tom, 18n
 David, Peter, 207n
 Davis, Fred, 27, 212
 Denzin, Norman, 57
 Dewey, John, 61, 61n
 Ditton, Jason, 47n
 Dixon, véase Shetland
 Dmytriw, Nestor, 16
 Donaldson, C., 48n
 Duncan, H.D., 29n, 60n
 Durkheim, Emile, 21, 24, 30, 39, 55, 57, 68, 72n, 132n
 Dzubak, L., 16n
- Edgley, Ch., 80n
 Edimburgo, universidad de, 48, 79
 Eells, K.K., 22n
 Ekman, Paul, 208
 Einstein, Albert, 64
 Elton, Lady, 18n
 Evans, Gary, 18n 19n
- Faris, Robert, 30n, 73
 Ferns, H.S., 17n
 Flaubert, Gustave, 14
 Flem, Lydia, 15, 15n, 63, 63n, 64n
 Fought, John, 60n
 Frank, Lawrence, 117, 119, 124, 128
 Franklin, Benjamin, 84, 213
 Freidson, Eliot, 27n, 35n
 Fremont-Smith, Frank, 111-128 passim
 Freud, Sigmund, 15, 17, 24, 28, 30, 63, 64, 64n, 80
 Fritsch, Philippe, 85n
 Frumhartz, Muni, 24
- Garfinkel, Harold, 212
 Gluckman, Max, 69, 69n
 Goffman, Anne, 16
 Goffman, Frances, 17, 17n
 Goffman, Max, 16
 Goffman, Tom, 77
 Gold, R.L., 37n
 Goody, Jack, 68n
 Gouldner, Alvin, 211, 211n
 Grafmeyer, Yves, 31n
 Grant, W.V., 82n
 Grierson, John, 18, 18n, 19
 Gross, Edward, 105n
 Gumperz, John, 60
 Gusfield, Joseph, 26, 26n, 29n, 38, 38n, 58, 58n
- Habenstein, Bob, 27
 Hall, Edward, 131
 Hannerz, Ulf, 31n
 Haring, P.G., 40n
 Hart, C.W.N., 21, 21n, 24
 Hauser, Philip, 31
 Hayes, A., 210n
 Heinrich, M., 83n
 Henderson, Lawrence, 57, 57n
 Henry, William, 41, 41n, 42, 47
 Hiller, H.H., 20n
 Hitler, Adolf, 120

- Hobbes, Thomas, 57, 57n
 Homans, George, C., 93n
 Hopkins, C. Howard, 37n
 Horowitz, I.L., 23n 31n
 Huber, B.J., 81n
 Hughes, Everett, 26n, 30, 31, 32n, 33, 33n, 34, 34n, 35, 35n, 36, 36n, 37, 37n, 38-40, 50, 54, 56, 59, 60n, 66n, 73, 75, 79, 211-213
 Hymes, Dell, 17, 17n, 60, 60n
- Ichheiser, Gustav, 29, 29n, 62
 Innis, Harold, A., 20
- Janowitz, Morris, 58, 58n
 Jeffrey, Dick, 27, 27n
 Joos, Martin, 60n
 Joseph, Isaac, 31n
 Junker, B.F., 22n, 37n
- Keller, C., 57
 Kennedy, John, 73
 Kesey, Ken, 82
 Khaldoun, Ibn, 32
 Kihm, Alain, 135n
 Kimball, Solon, 49, 49n
 Kissinger, Henry, 83
 Kittel, D., 37n
 Kluckhohn, Clyde, 40, 40n, 41n, 43n
 Kornhauser, Bill y Ruth, 27
 Kurtz, Lester, 31n
- Labarre, Weston, 60n
 Lamaison, Pierre, 74n
 Lane, Crystal, 189
 Lang, Kurt y Gladys, 27n
 Leach, Edmund, 68, 69n
 Leavitt, H., 55n
 Leeds-Hurwitz, Wendy, 59n
 Legg, Stuart, 18, 18n
 Lévi-Strauss, Claude, 15
 Liddel, N., 112, 117, 123
 Lifton, N., 123
 Linton, Ralph, 40, 40n
- Lipset, Seymour, 23n, 83n
 Lofland, Lyn H., 26n, 32n, 34n, 47n
 Lovell, Ann, 76n, 77n
 Low, J.O., 22n
 Lunt, P.S., 22n
 Lyman, S.M., 36n
 Lynch, David, 17n
- Mac Cannel, Dean, 72n
 Mac Cartney, J.L., 36n
 McLuhan, Marshall, 20
 Macy, Josiah Jr., 107, 107n, 210
 Malinowski, Br., 49, 100n
 Mandelbaum, D., 40n
 Mannheim, Karl, 30, 32
 Marunchack, M.H., 16n
 Marx, Gary, 83n
 Marx, Karl, 15, 30, 72n
 Matthews, Fr. H., 31n
 Mauksch, Hans, 27n, 36, 36n
 Mauss, Marcel, 208
 Mead, George Herbert, 33, 56, 60n, 69, 70
 Mead, Margaret, 40, 40n, 77, 110, 111, 113, 115, 118, 122, 123, 126, 127, 128, 209, 210
 Meeker, M., 22n
 Merloo, N., 117, 124
 Meltzer, Bernard, 212
 Mendlovitz, Saul, 27, 28
 Merton, Robert, 24, 38
 Mills, Wriqth, C., 30
 Moore, S., 68n, 190
 Morris, P., 18n
 Mowrer, O.H., 40n
 Mueller, R.A.H., 55n
 Murray, H., 40, 40n, 41n, 42, 43n, 60n
 Murray, Steve, 60n
 Musil, Robert, 38
 Myerhoff, Barbara, 68n, 190
- National Filmboard, 18-20, 23, 84

Ogden, C.K., 100n

Panofsky, Erwin, 20

Pareto, Vilfredo, 57

Park, Robert, 30, 31n, 34, 35,
36, 37n, 40, 57, 57n, 60n, 61n

Parsons, Talcott, 13, 24, 38, 57,
57n, 58, 92n, 95n

Peck, H., 119, 121, 122, 124

Peeps, J.M., Stephen, 25n

Petras, J.W., 33n

Petryshyn, J., 16n

Piaget, Jean, 30

Pittington, Ralph, 48

Ponsonby, Frederick, 80

Post, Emily, 64

Proust, Marcel, 24, 28, 54

Radcliffe-Brown, A.R., 21, 24,
39, 49, 55, 57, 104n

Rainwater, Lee, 31n

Redfield, Robert, 40

Reeve, George, 17

Reich, Wilhelm, 28

Remy, Jean, 31n

Reynolds, L.T., 33n

Richards, I.A., 100n

Rieff, Philip, 57n

Riesman, David, 30, 34n, 76

Robinson, D.E., 136n

Rocher, Guy, 57n

Rosenbaum, M., 66n

Rosenblum, B., 66n

Ruesch, Jurgen, 62, 62n, 97n

Rueckert, W.H., 29n

Sacks, Harvey, 211

Sainte-Elizabeth, hospital, 13,
76, 78

Sankoff, Gillian, 10, 85

Sapir, Edward, 40, 42, 43, 59n,
72

Sartre, Jean-Paul, 72n

Schaffner, Bertram, 78n, 107n

Schegloff, Emanuel, 210, 211

Schneider, D.M., 40n

Schopenhauer, A., 67

Schudson, Michael, 29n, 52, 53,
53n

Sebeok, Thomas, 210n

Schwartz, M.S., 77n

Shetland, islas, véase Dixon

Sills, D.L., 60n

Simmel, Georg, 32, 34, 70, 72n

Smith, H.L., 60n

Snyder, Th. D., 82n

Sombart, W., 32

Spencer, Herbert, 57

Spiegel, J., 109, 111, 126, 127

Stanton, A., 77n

Stocking, Jr., G.W., 22n

Stone, Greg, 27

Strauss, Anselm, 75n

Strole, L., 22n

Sudnow, David, 142n, 211

Tarde, Gabriel, 70n

Thomas, William, 30, 31

Thorne, B., 34n

Tilly, Charles, 188

Tomovic, V.A., 18n

Tönnies, Ferdinand, 32

Toronto, universidad de, 20-24,
28, 39

Trager, George, 60n

Turner, Vistor, 68n

Van Gennep, Arnold, 69

Vérendrye (de la), Pierre, 16n

Vidich, Arthur, J., 36n

Von Bertalanffy, Ludwig, 79,
115n

Voye, Liliane, 31n

Warner, W. Lloyd, 22, 22n, 24,
31, 34n, 39, 40, 40n, 41, 41n,
42, 47-50, 50n, 54, 56, 65,
73, 75, 189, 208, 211

Watson, Rod, 47n

Weber, Max, 30, 32, 72n

Westley, Bill, 27

White, R.C., Jr., 37n

Whitehead, A.N., 24

Whorf, Benjamin, 42, 43

Wirth, Louis, 30, 32, 32n, 40,
58, 73, 204

Wolff, Kurt, 54, 54n

Wolin, Sh. S., 83n

Wrong, Dennis, 20, 23, 24

Yarrow, M.R., 117n, 120n

Zakuta, Leo, 23n

Índice analítico

- Acoplamiento laxo entre estructuras microscópicas y macroscópicas, 59n, 193-195
Análisis conversacional, 210
Anomia, 93
Antipsiquiatría, 82
- Broma, 103-104
- Celebración, 184, 189, 190
-- ritual de, 191-192
Ceremonial, 190
Ciclo metabólico, 79, 110-116, 126-127
Cinefilia, 20, 84-85
Ciudad como organismo social, 34-35
Véase también Escuela de Chicago
Cola de espera, 203-204
- Comportamiento
-- estructura potencial de, 117
-- lugar de (behavioral setting), 117
-- pequeño, 137
Compromiso de conveniencias, 58, 91, 95
Comunicación, 61-62, 75, 91-98, 210-211
-- no oral, 209
Comunidad cultural, 39
Conducta, *véase* Comportamiento
Contacto, 182-197
Véase también Ritual
Conversación, 54, 58-62, 91-98, 99-106, 133
Véase también Interacción conversacional
Cotilleo, 102-103

- Cultura
 -- de imposición, 109
 -- el lenguaje como guía simbólica de la, 43
 -- y personalidad, 21, 39-40, 43
- Chisme, (gossip), 102-103
- Desapego, 47
 Deferencia, 68-69, 220
 Disforia, véase Euforia
- Embarazo, 58, 80, 91, 94
 Encuentros sociales, 80, 133
 Enunciado, 133
 Escenificación de la vida cotidiana, 42, 142-143
 Escuela de Chicago, 25-39
 Estrategia matrimonial, 74-75
 Estratificación social, 22, 39
 Véase también Warner, W.L., en Índice de nombres
 Estudio comunitario, 39, 49, 54, 75, 189
 Etnografía, 37-39, 45, 139-140
 Etnometodología, 211
 Euforia, 70
 Véase también Disforia
 Exhibición, 135, 168, 211
 Experiencia
 -- del mundo, 177
 -- organización social de la, 83-84
 Expresión, 62, 168, 211
 -- de las emociones, 61
 Véase también Impresión
- Frame Analysis, 20, 84
 Fuerzas formadoras de hábito, 9, 20, 82
 Giro, 44-45
- Hábito, 14, 16, 82
 Habla, 176
 -- acto de, 133
- estado de, 137
 -- propiedades del, 134
 -- turno de, 133, 183
 Hiperritualización, 135, 167-168
 Identificación,
 -- categorial, 176-177, 199
 -- individual, 176-177, 199
 Implicación, 70-71, 80, 175, 176
 Impresión, 62, 186
 Véase también Expresión
 Institución, 107-108
 -- total, 108-110, 126-127
 Interacción, 54, 173-176
 -- conversacional, 53-54, 91-98
 -- estratégica, 83
 -- orden de la, 56, 59, 72, 91-98, 169-205
 -- realidad *sui generis*, de la, 55-56, 132
 -- rito de, 68
 Interaccionismo simbólico, 33, 54, 68-70, 211, 212
 Véase también Blumer, H., en el Índice de nombres
 Interconexión, 39
 Investigación sobre el terreno, 35, 37-39, 77-78, 212
 Véase también Etnografía; Observación participante
- Lenguaje, 129-134
 -- como guía simbólica de la cultura, 43
- Mala conducta contingente, 115, 121
 Marco, 20, 84, 109
 Mensaje, 92
 -- alimentación del flujo de mensajes, 100-107
- Normas, 180
 Véase también Reglas
 Observación participante, 37-38, 50-51, 77, 125

- Véase también* Hughes, en el Índice de nombres; Etnografía; Investigación sobre el terreno
 Ocupación, frente a profesión, 35-36
 Ofensa, 94-95
 Orden, 177-180
 -- conexión entre el orden de la interacción y la organización social, 185-189
 -- de la interacción, 56, 59, 72, 92-98, 169-205
 -- social, 56-59, 67-68, 91-98
- Palique (small talk), 100-102
 Perspectiva por incongruencia, 47
 Posición social, 48, 100
 -- difusa, 198-199, 202
 -- índice de, 25, 33, 46, 63-64
 -- símbolo de, 64-67, 73, 208
 Véase también Estratificación social
 Pregunta hobbesiana, 56-57
 Profesión frente a ocupación, 35-36
 Prueba de percepción temática (TAT), 40-44
 Psicoanálisis, 24, 28, 33, 40, 42, 54, 63, 81, 210
 Véase también Cultura y personalidad
 Psicología social, 81
 Publicidad, 85, 135-168
- Realidad
 -- aprehensión filmica de la, 20, 25, 84
 -- interpretación de la, 20, 84, 109
 Recursos
 -- rituales, 177
 -- seguros, 99-106
 Reglas, 93-94, 133
 -- infracción de las, 94-95
- Véase también* Sanciones
 Relaciones
 -- de broma, 49
 -- sociales, 75, 196-198
 Respuesta
 -- directa, 46
 -- indirecta, 46
 -- objetiva, 42
 -- proyectiva, 42
 Reunión, 132
 Rito
 -- de interacción, 68
 -- de transición, 116-122
 Ritual, 68-69, 167-168
 -- de contacto, 191-192
- Sanciones, 93, 94-95
 Véase también Reglas
 Síntoma, 15, 63-64
 Sistema, 57-58
 Véase también Orden social
 Situación social, 129-134, 143, 173-174
 Socialización, 25, 176
 Sujeto goffmaniano, 67, 71
- Táctica, 95
 -- correctiva, 95
 -- de ganancia, 96
 -- protectiva, 95
 Tacto, 95
 Teatro, metáfora del, 20, 62-63, 80
 Territorio, 176-177
 Tolerancia, 96-97
 Véase también Compromiso de conveniencia
 Traición, 123
 Transacción de servicio, 199-202
 Turno de habla, 133
- Unidad transmisora, 182
- Yo (self), 71
 -- proyectado, 71